This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

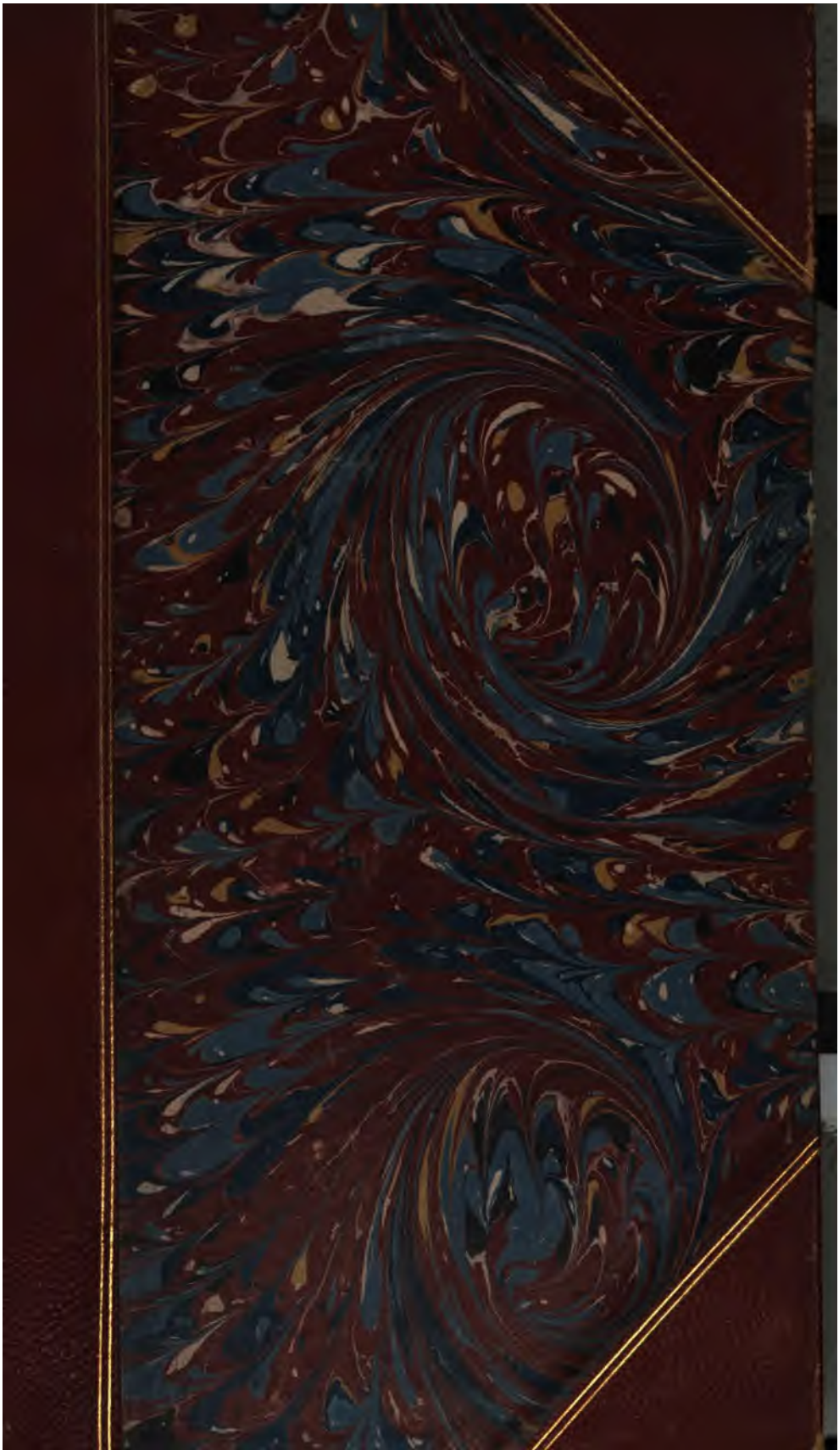
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

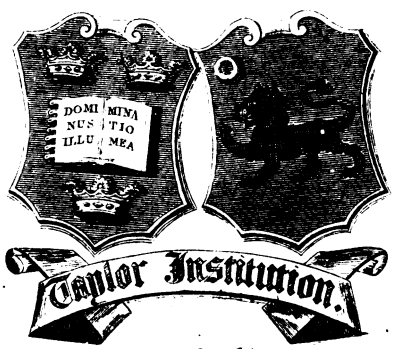
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



J

~~54. g. 12.~~

OS. 12 E. 23



1878.

POESÍAS.

POESÍAS

DE

DON RAIMUNDO DE MIGUEL,

CATEDRÁTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA

EN EL INSTITUTO DE SAN ISIDRO DE MADRID

Seguidas de un apéndice

que contiene la traduccion

DE LOS DOS PRIMEROS LIBROS DE LA ENEIDA

Y VARIAS COMPOSICIONES LATINAS

del Maestro Francisco Sanchez de las Brozas,

vertidas á la lengua castellana

EN VARIEDAD DE METROS

POR EL MISMO AUTOR.

MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 10.

1877.

Es propiedad de su Autor.

ESTABLECIMIENTOS TIPOGRÁFICOS DE M. MINUESA,
Juanelo, núm. 19, y Ronda de Embajadores.

AL EXCMO. É ILLMO. SEÑOR

DON FERNANDO ÁLVAREZ

DIPUTADO Á CÓRTES EN DIFERENTES LEGISLATURAS POR LOS DISTRITOS DE BÚRGOS, MEDINA DE POMAR Y VILLARCAYO, PRESIDENTE DEL CONGRESO EN LA DE 1865, MINISTRO QUE HA SIDO DE GRACIA Y JUSTICIA, PRESIDENTE DEL TRIBUNAL DE CUENTAS DEL REINO, ACADÉMICO DE LA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS, DE LA MATRITENSE DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACION, ANTIGUO CONSEJERO DE INSTRUCCION PÚBLICA, INDIVIDUO DE VARIAS CORPORACIONES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS, ETC., ETC., ETC.

Grande honra es para mí sin duda, y á noble orgullo tengo poder estampar el respetable nombre de V. al frente de este libro. V. con la amabilidad que le distingue, y cuando apenas me conocia aún, se dignó aceptar las primicias de mis ensayos literarios; V. con la eficacia de su consejo añadió nuevos estímulos á mis naturales aficiones; V. me impulsó suavemente por el camino de las Letras alentándome una y otra vez para que no desmayara en tan penoso viaje: ¿á quién, pues, con más razon que á V. deberé consagrar hoy los últimos menguados frutos de mi pobre ingénio?

No sé si en estas páginas podrá V. encontrar algo que digno sea de fijar su atencion, algo que merezca aplauso; pero sí estoy bien seguro de que no ha de dudar ni un solo instante de la rectitud de mis intenciones. Casi todas las piezas contenidas en este tomo son de carácter sério: si tal vez se encuentran una ú otra del género festivo, son como un pálido rayo del sol poniente, que rompe muy de tarde en tarde las apiñadas nubes para eclipsarse de nuevo y hacer más perceptible la oscuridad.

Nada diré de la tendencia moral que siempre he procurado imprimir á mis modestas obras: V. me conoce lo bastante, y seria completamente ocioso insistir sobre este punto. No necesito por fortuna huir del escepticismo, cuando el escepticismo en todo tiempo huyó de mí. No me complazco en desgarrar el alma arrojándola en brazos de la negra incertidumbre,

ni en punzar el corazon con la espina de la duda; antes busco, en cuanto mis débiles fuerzas lo consienten, derramar sobre ambos el bálsamo del consuelo.

Veo con dolor que privilegiados Ingénios de nuestro siglo, así dentro como fuera de la madre patria, parecen recrearse en descubrir á los ojos del lector atónito abismos insondables, cuya aterradora profundidad, hiriendo como de un vértigo al espíritu, espanta, ofusca y desvanece. Si en ese inextricable laberinto de pavorosos y encontrados pensamientos donde la fé vacila, si en ese proceloso mar de perplejidades donde casi naufraga la esperanza, si en esa borrascosa lucha de ideas lúgubres y sombrías es donde ostenta su poder el fuego de la inspiracion y donde principalmente se revelan el génio y el talento, confieso con ingenuidad que jamás podré estar inspirado. No comprendo, sin embargo, que sea tal la mision de los poetas, á quienes la sábia antigüedad llamó *divinos,* mirándolos como semidioses en la tierra. Yo quisiera ver en ellos siempre los maestros, los amigos, los bienhechores de la humanidad, encargados de suavizar sus penas y de traer lenitivo á sus dolores, en vez de exasperarlos con fatídicos augurios y tenebrosas conjeturas. Tal vez pareceré demasiado severo en mis apreciaciones; pero creo y he creido siempre que de los que así abusan de su númen y de las altas dotes con que plugo al Cielo favorecerles, pudiera mejor que de otros decirse con justicia:

Illos Pierides sacri de vertice montis
Deturbant, nomenque negant venerabile vatum
Et pestem dixere.....

Dígnese V. acoger esta humilde pero respetuosa ofrenda de mi adhesion y cariño con igual benevolencia que las anteriores, y le quedará profundamente reconocido su más atento y obligado amigo S. S.

Q. B. S. M.

RAIMUNDO DE MIGUEL.

Madrid 20 de diciembre de 1876.

PRÓLOGO.

1. Sólo cediendo á los ruegos de mis hijos y á las instancias repetidas de personas competentes y bien intencionadas, he podido resolverme á publicar esta Coleccion de Poesías, que pudieran titularse con toda propiedad *Solaces de un Ciego.* Privado de la luz del dia y condenado á forzosa oscuridad, yo que tanto gocé siempre con los variados espectáculos de la naturaleza; yo que tanto me deleitaba en contemplar la frescura de los valles, la amenidad de las praderas, las sombras de los bosques, la imponente majestad de las montañas, los rios y las fuentes, los pájaros y las flores; yo que desde mi adolescencia casi nunca supe lo que era ociosidad, ocupado siempre en tareas más ó ménos útiles, si nó para los demás, á lo ménos para mí, que encontraba en ellas un manantial de delicias; yo que despues de tantos años apenas dejé pasar un dia sin conversar algunas horas con mis libros favoritos, con esos benévolos amigos que en todo tiempo nos escuchan complacientes, que no se cansan de responder á nuestras consultas, que siempre nos acogen con amor, sin dar muestras de enojo por la frecuencia de nuestras visitas; yo, en fin, para quien la ocupacion, en fuerza del hábito y costumbre, habia venido á ser una necesidad imperiosa de mi alma, privado casi repentinamente de todos estos recursos, relegado á un

aislamiento ineludible, muerto en vida, por decirlo así, y á solas con mi dolor, me ví á punto de desfallecer bajo el peso de la gran tribulacion con que Dios se dignaba poner á prueba mi flaca virtud. Sólo la cristiana consideracion de que el Árbitro Supremo de los humanos acontecimientos, como Padre amante y cariñoso todo lo prepara, dirige y encamina para bien y provecho de sus pobres criaturas, por más que nuestra débil y contrariada inteligencia no alcance á medir los altos fines de su sabiduría, pudo darme aliento para hacerme superior á tal desgracia, y recobrar la tranquilidad interior que, no debo negarlo, habia llegado á faltarme en los principios de mi infortunio. Una vez resignado con mi suerte adversa, sentí que comenzaba á sonreirme más que nunca la dulce aunque lejana esperanza de que, no siendo incurable, al parecer, mi dolencia, quizá lograria recuperar, más ó ménos tarde, la perdida luz que hoy por hoy me está negada. Pero necesitaba dar algun pábulo á mi espíritu, procurarme alguna honesta distraccion, encontrar el medio de imprimir un rumbo ménos triste á mis ideas melancólicas. En medio de las amarguras de la vida nunca falta, sabiéndole buscar, algun resquicio por donde pueda penetrar al alma dolorida un rayo de consuelo. Animábame á creerlo asi el feliz ensayo que con este mismo fin habia hecho componiendo mis *Fábulas Morales,* publicadas cuando ya no podia leer ni manejar la pluma; y resolví echarme de nuevo en brazos de las Musas, mi áncora de salvacion en el penoso estado á que me hallaba reducido, y pude desde entonces exclamar con el poeta:

¡Gratia, Musa, tibi, namtu solatia præbes;
Tu requies curæ, tu medicina mali!

2. Tal es la verídica y sencilla historia de mi modesto

Libro. Nació como nacieron mis *Fábulas Morales*. Una y otra Coleccion, señaladamente la que hoy me atrevo á presentar al público, fueron concebidas en la oscuridad, y bajo la influencia de impresiones dolorosas muy poco apropósito para poderles augurar próspera vida. Pero ese triste sello de su orígen basta por sí mismo ¿á qué ocultarlo? para hacerlas más gratas á mis ojos, y aun confío que ha de contribuir en parte á granjearles la benevolencia del lector; bien así como los niños débiles y enfermizos se atraen preferentemente el amor y cariño de sus padres, y logran despertar en favor suyo las naturales simpatías de todo corazon sensible.

3. Casi todas las poesías que contiene este volúmen, con muy pocas excepciones, han sido dictadas cuando ya me hallaba privado de la vista. Los hombres de letras, y muy singularmente los familiarizados con esta clase de ejercicios, saben muy bien cuántas dificultades de todo género hay que superar en la práctica antes de conseguir el fin apetecido; y esto aun teniendo completa libertad de leer y releer lo escrito, y de insistir una y otra vez para tachar aquí, corregir allá, modificar tal ó cual pasaje, limando estrofa por estrofa y verso por verso hasta redondear convenientemente la composicion y darla por acabada. Júzguese ahora con qué clase de obstáculos habré tenido yo que luchar, careciendo de tales medios, y no pudiendo proceder de igual manera. Érame forzoso, en efecto, fijar el pensamiento capital que habia de servir como de tema al asunto, estudiarle en su conjunto y pormenores, concertar el plan, desenvolverle, versificar mentalmente la composicion y repetirla en mi interior hasta grabarla en la memoria para poder allí leerla y repasarla con los ojos de la fantasía hasta hallarme en disposicion de dictarla de seguida al amanuense encargado de trasladarla al papel. En

composiciones breves y sencillas no es necesario un grande esfuerzo de imaginacion para llegar á este resultado; pero en una tirada de ciento, doscientos, trescientos ó más versos, la dificultad es de tal naturaleza que sólo podrá apreciarla con exactitud quien una vez se proponga probar sus fuerzas en ensayos de este género.

4. Entre las piezas contenidas en este Libro hay un Romance histórico, titulado *Alfonso VII,* del cual debo decir algunas palabras. En el Liceo literario de una capital de provincia surgió hace algunos años la idea de formar un *Romancero de los Alfonsos.* Acogido con aplauso tan laudable pensamiento, se convino en sortear los once reinados entre otros tantos individuos, cada uno de los cuales deberia desempeñar la parte que le correspondiese. A los pocos dias de haberse tomado tal acuerdo me ví agradablemente sorprendido por una comunicacion de aquel ilustrado Centro, en la cual se me manifestaba oficialmente que contando con mi aquiescencia, se habian tomado la libertad, muy honrosa para mí, de incluir mi nombre en la urna, habiéndome cabido en suerte el reinado del sétimo Alfonso. No podia yo ser indiferente á esta prueba de confianza, y remití al poco tiempo mi Romance en muestra de agradecimiento á la Corporacion, por más que comprendiese cuán exagerada idea se habia formado de mi aptitud para desempeñar con acierto tan difícil cometido. Al cabo de algunos meses supe con sentimiento que el Liceo habia desistido de su propósito por causas que ignoro y que nunca traté de investigar. En su virtud recogí mi Romance, y no volví á pensar en él hasta que mi docto amigo el inspirado Traductor de *Los Argonautas,* el eminente literato D. Xavier de Leon Bendicho, cuya pérdida nunca llorarán bastante los amantes de las Letras, solicitó mi permiso para publicarle

bajo mi nombre, y como por via de Apéndice á la *Historia de Almería* que en la actualidad estaba escribiendo. Accedí gustoso á su pretension, y al efecto le facilité una copia que él mismo sacó de su propio puño; pero como la muerte hubiese venido á sorprenderle por desgracia antes de dar á la estampa su trabajo, tambien esta vez quedó sin ver la luz pública el mencionado Romance, que hoy, al fin, tiene cabida en la presente Coleccion. Réstame sólo añadir que la parte histórica del mismo descansa en cuanto al fondo en los datos que me suministró la *Crónica de Sandoval*, que con tanta diligencia y minuciosidad escribió los hechos concernientes á la vida de aquel monarca insigne.

5. Siguen luego otras dos composiciones que ya antes de ahora vieron la luz pública por separado: un Romance heróico bajo el título de: *España victoriosa y triunfante del Africano con motivo de la toma de Tetuan,* obra premiada con mencion honorífica por la Real Academia Española, en el certámen poético abierto por la misma en 1860 para conmemorar los triunfos de nuestras armas al otro lado del Estrecho; y una Leyenda titulada: *Aparicion de la Santísima Vírgen del Pilar de Zaragoza al Apóstol Santiago*, cuyo poemita obtuvo el primer premio en el certámen celebrado en Lérida por la Academia Bibliográfico-Mariana en Octubre de 1864 para cantar las glorias de la Madre de Dios, con sujecion al Programa fijado en la convocatoria. Nada diré acerca de estas dos composiciones juzgadas ya por el público, sino que me ha parecido oportuno darles cabida en mi Coleccion para poderlas conservar más fácilmente.

6. Acaso se me tachará de haber insistido sobre un mismo pensamiento en varias de mis composiciones. Razon tendrian sin duda los que tal observacion hicieran, pero debo an-

ticiparme á contestarla, diciendo: 1.° Que aun cuando el fin moral de algunas de ellas sea el mismo, sin embargo, el plan del asunto, los argumentos que se emplean, las fuentes de donde se derivan y la forma con que se presentan siempre son distintos: 2.° Que esa insistencia ha sido realmente intencionada, convencido como estoy de que nunca recomendaremos lo bastante aquello que por su naturaleza misma es bueno y conveniente. Por eso me propuse volver una y otra vez sobre ciertas ideas trascendentales y altamente consoladoras, presentando á los ojos del lector verdades de importancia suma, embellecidas con las galas poéticas, y descargadas de su aridez dogmática para hacerlas más agradables y mejor inculcarlas en el ánimo. Esto que en todo tiempo y ocasion seria provechoso, lo es á mi juicio, mucho más en una época en que la soberbia y el orgullo, sobreponiéndose á la fé, y pretendiendo remontar el vuelo más allá de la esfera á donde alcanza la razon, parecen haber formado el ruin propósito de empequeñecer y degradar nuestra propia dignidad equiparándonos á los brutos, mirándolo todo y juzgándolo todo á través de un engañoso y desapiadado materialismo sin más ventaja suya que la de arrancar al hombre los consuelos que tanto ha menester en los dias de prueba para hacerse superior á la desgracia que de contínuo le acosa y le persigue en este valle de miserias. Séame permitido trasladar aquí, como conducentes al mismo fin, las sentidas expresiones que la discreta Miss Regina María Roche pone en boca de un anciano llorando la muerte de su hija: «En la calma de las noches, cuando todo descansa, tengo gusto en contemplar ese cielo en el que creo habita, y en el que prontamente me reuniré con ella. Sin esta esperanza yo seria ciertamente el más desgraciado de los seres que respiran. ¡Oh! qué crueles son los hombres, que le-

vantando dudas sobre una vida futura, destruyen tan dulce esperanza! ¡Hijos del error, tened encerradas en vuestros corazones tan impías dudas; no arranqueis su último consuelo á los desgraciados por una barbarie sin objeto! Cuando este mundo no es para ellos sino un lugar desierto y desolado, ¡cuán dulce les es pensar que hay otro donde todo es felicidad! Cuando lloramos la pérdida del objeto de nuestra tierna aficion, ¡qué alivio nos trae pensar que nos reuniremos un dia con él! Este pensamiento ha enjugado muchas veces mis lágrimas, y detenido mis suspiros; qué digo? me ha dado algunas veces una especie de alegría, y hasta en la tumba que encierra los mortales despojos de mi Juliana he exclamado: ¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¿dónde están tus temibles facciones? Yo las desafío, pues, que tengo la certeza de volver á ver algun dia á mi querida hija.» ¡Ójala que aquellos á quienes el Cielo ha concedido el rico don de la sensibilidad y un talento superior aprovecharan algunos ratos de ócio, encaminando sus esfuerzos á combatir tantos errores sin objeto! ¡Cuán agradecida habia de quedarles la Patria, y cuánto ganarian con ello las costumbres públicas.

7. Cierra este volúmen un Apéndice que contiene la traduccion de los dos primeros Libros de la Eneida. Hace años, llevado de mi amor á Virgilio, que es entre todos los poetas quien siempre cautivó más mi corazon, y vencido por las repetidísimas instancias de mi buen amigo el distinguido literato D. Gumersindo Laverde, me propuse traducir en verso castellano aquel inmortal poema. Arredrábame lo árduo de la empresa; pero confiaba en que con mi decision y constancia lograria ir venciendo poco á poco las dificultades que necesariamente habian de salirme al paso. Lleno de esta idea, puse, al fin, manos á la obra, consagrándole con ardoroso empeño

cuantos ratos me dejaba libres el cumplimiento de mis obligaciones. Acercábame al final del Libro II, cuando ví anunciado en un periódico de esta corte que D. Eugenio Ochoa llevaba muy adelantada la traduccion de todas las obras de Virgilio con el propósito de darlas á la estampa dentro de un breve término. Yo que tan alta idea tenia, y no sin fundamento, de las aventajadas dotes literarias de aquel malogrado escritor, suspendí desde luégo mi trabajo con la mira de continuarle más adelante, ó abandonarle por completo, segun la impresion que hiciera en mi ánimo la traduccion ofrecida. Sin embargo, desde aquel primer anuncio hasta el dia en que esta apareció trascurrieron más de cuatro años, cuyo espacio de tiempo me hubiera bastado para dar cima á los diez restantes Libros de la Eneida. Pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando ví que la version del Sr. Ochoa, por las razones que él mismo apunta en el Prólogo de su obra, estaba hecha en prosa, y no en verso, como yo me habia figurado! Hubiera querido continuar mi interrumpido trabajo; pero era tarde: mi vista habia ido extinguiéndose con creciente rapidez, y ya por entónces no me era posible leer sin gran trabajo media docena de renglones. Hé aquí por qué sólo puedo ofrecer al lector la traduccion de los dos primeros Libros de la Eneida, en vez de presentar el poema íntegro, como yo hubiera deseado. Si Dios me tiene reservada la fortuna de recobrar la luz perdida, no será difícil que algun dia vuelva nuevamente sobre una tarea que tanto lisonjeaba mis aficiones, y con la cual me hallaba ya tan encariñado. Por el temor de que saliera demasiadamente abultado este volúmen, no doy á continuacion el texto de Virgilio, como al principio me propuse. En hecho de verdad, esto habria sido una redundancia inútil para los que no están familiarizados con el latin; y los que le dominan lo bastante

para hacer un cotejo concienzudo de la version con el original, no dejarán, seguramente, de tener á mano un ejemplar de la Eneida para poder satisfacer este deseo. Fuera de que ¿quién habrá entre estos últimos que no sepa casi de memoria los dos primeros Libros que aquí les presento?

8. En la traduccion he procurado sobre todo ser exacto y fiel, no ateniéndome servil y exageradamente al rigor de la letra con menoscabo de las leyes de nuestro idioma, ni desviándome tanto de ella, que la interpretacion y el original pareciesen dos obras distintas. Atento al fondo de los pensamientos más que á la corteza, por decirlo así, de las palabras, y penetrado cuanto me ha sido posible del espíritu del escritor, no he perdonado medio para expresar sus conceptos con toda claridad, conservando sus mismas imágenes, sus movimientos apasionados, sus arranques líricos, y aquel matiz poético que caracteriza respectivamente cada situacion particular.

9. Con respecto á la versificacion debo hacer presente que de intento he usado de diversas combinaciones poéticas, y aun de diferentes metros, convencido de que sólo así puede aspirarse á traducir las obras de un poeta con esperanza de buen éxito. Los griegos y latinos, á quienes su lengua musical y lo fijo y determinado de su prosódia permitian sostener el número métrico sin el auxilio de la rima, podian muy bien escribir todo un poema sin emplear más que el exámetro, y sin que el oido llegara á fatigarse con la aparente igualdad de cadencias, porque dentro de ese círculo trazado por el arte tenian recursos poderosos para dar infinita variedad á los sonidos y compases. Pero nosotros nos hallamos en muy diversas condiciones. Dejando á un lado la cuestion de si el poema épico deberá escribirse desde el principio al fin en octavas reales, como parecen exigir algunos críticos rindiendo

ciego culto, más que á la razon á la autoridad y la rutina, confieso con franca ingenuidad que siempre me ha parecido humanamente imposible emplear sin interrupcion y con acierto aquella misma forma tratándose de una traduccion. Supongamos que el pensamiento es por su naturaleza tan complejo que no puede tener cabida dentro de una octava: ¿qué sucederá en este caso? Ó dejando sin concluir el sentido en esta habrá que continuarle en la siguiente, terminándole tal vez en el primero, segundo ó tercer verso contra las prescripciones del buen gusto y de la métrica, ó será forzoso mutilarle para poderle encajonar dentro de aquella medida. Supongamos, por el contrario, que es de suyo tan sencillo que puede desenvolverse cómodamente en dos, tres ó cuatro versos: entónces no quedaria otro recurso que comenzar al medio de la estancia con otro nuevo, que tal vez seria el principio de una situacion diametralmente opuesta á la anterior, ó desleirle sin escrúpulo para llenar con él la octava, enervando la locucion y quitando toda su gracia y vigor al pasaje. Dificultades como esta saldrian al paso á cada momento, sin más medio de conjurarlas que atestar de ripios la composicion, ó mutilarla sin conciencia, lo cual ya no seria traducir. Para obviar tales inconvenientes, y teniendo en cuenta otras graves consideraciones que no juzgo necesario explanar aquí, he usado libremente en mi version, como ya dejo apuntado, de diversas combinaciones poéticas, empleando ya el romance heróico, ya el endecasílabo libre, el cuarteto, el quinteto, la octava, la silva, segun lo reclamaba la naturaleza y especiales condiciones de cada cuadro.

10. Hace algunos años que traduje al castellano en variedad de metros, algunas poesías, hasta entónces inéditas, del Maestro Francisco Sanchez de las Brozas, conocido entre los

doctos con el antonomástico y glorioso apelativo de *El Brocense*. Estas poesías fueron copiadas por mí mismo con la más escrupulosa exactitud del manuscrito que, del propio puño y letra del autor, y procedente de uno de los Colegios Mayores de Salamanca, se conserva en la Biblioteca del Real Palacio; y he creido hacer un señalado servicio á la literatura patria dándoles cabida en esta Coleccion para que los amantes de las Letras latinas y de nuestras glorias nacionales puedan formar juicio del númen poético de aquel insigne Humanista, y saborear las bellezas del texto original, que, por ser apenas conocido, acompaño al pié de la traduccion.

11. Yo no sé hasta qué punto podrá ser de utilidad mi modesto libro. No á mí, sino al público ilustrado corresponde el decidirlo, y á su fallo inapelable me abandono. Como quiera que sea, habrá servido por lo ménos mi trabajo para dulcificar las horas, dando alguna trégua á los dolores de mi alma, y para dejar á mis hijos un ejemplo de aplicacion y una elocuente prueba de que, con buena voluntad, todavía puede consagrarse el hombre á tareas más ó ménos importantes, aun colocado en las tristes condiciones á que yo me hallo reducido.

Madrid 20 de diciembre de 1876.

Á X....

SONETO. (1)

¿Quién nivela y dirige en el vacío
La legion de los astros numerosa?
¿Quién opone á la noche tenebrosa
La luz del dia y el calor al frio?

¿Quién las nieves engendra y el rocío?
¿Quién desata la fuente bulliciosa?
¿Quién tiñe en el verjel la fresca rosa?
¿Quién platea los peces en el rio?

¿Quién dá instinto á los brutos y á las aves?
¿Quién concita las aguas turbulentas
Que son terror á las cansadas naves?

¿Quién apaga la voz de las tormentas?
Responde á mis preguntas si lo sabes,
Mas si no crees en Dios, calla y no mientas.

(1) Véase el Prólogo, párrafo 3.

LA VIDA HUMANA.

Corre entre ásperos breñales
Desatado riachuelo,
Que con pasos desiguales
Vá rompiendo los cristales
Que le dió el nativo suelo.
Alto monte fué su cuna,
Su sepulcro será el mar:
¡Ay, con qué varia fortuna
Le hará su estrella importuna
La distancia atravesar!
Ya se quiebra en un terrero
Que sus fuerzas debilita
Refrenándole altanero;
Ya por un derrumbadero
Con fragor se precipita;
O de ruinoso molino
Se le sorbe la canal,
O su menguado destino
Le depara otro camino
Por un infecundo erial.

Aquí inmunda jabalina
De la floresta vecina
Sin sosiego ni descanso
Bebe, y hoza, y se reclina,
Y enturbia el limpio remanso;
Allí del alto barbecho
Baja el buey de la alquería,
Y removiendo su lecho,
Desata de trecho en trecho
El fango que en él dormia.
Ya del barranco desierto
Perdido en los cantijales,
Se arrastra con paso incierto
Por un terreno cubierto
De espinosos matorrales;
Ya jugueton se desliza
Por la esmaltada pradera
Que el soplo de abril matiza
O las huertas fertiliza
De la frondosa ribera.
Ora se esconde medroso
Entre dos altas montañas,
Y luego en el valle umbroso
Reaparece orgulloso
Festonado de espadañas;
Ora variado el paisaje,
Corre á la extensa llanura,
Y continúa su viaje
Bajo un toldo de follaje
Que le dá sombra y frescura;

O su límpido caudal
Se derrama tristemente
Por un vasto cenagal,
Dando vida al junqueral
Donde mora la serpiente.
Y si el puro azul sereno
De los cielos ennegrece
Densa nube en cuyo seno
Pavoroso ruje el trueno
Que al campesino estremece;
Y si el ábrego violento
Las encinas arrebata,
Y del alto firmamento
Rasgan uno y otro viento
La espantosa catarata;
Entónces el manso rio
Se desborda tumultuoso,
Y con su indomable brio
Del cercano caserío
Viene á turbar el reposo.
Y en tempestad ó en bonanza
Nunca cesa de rodar
Perdiéndose en lontananza,
Y avanza, avanza y avanza,
Muriendo al cabo en el mar.
Hasta que en ténue vapor
El sol, por fin, le resuelve
Con su fecundo calor,
Y á la region superior
Con nueva existencia vuelve.

La marcha no interrumpida
De ese pobre riachuelo
Imágen es de la vida,
Quebrantada y combatida
Con tanto y tan largo duelo.
Como él al mar, de igual suerte
Corre al sepulcro el humano,
Donde al soplo de la muerte
Se desmorona y convierte
Deleznable en polvo vano.
Vive entre sustos y dudas,
Pesadumbres y dolores,
Miserias y pruebas rudas:
¡Cuánto de espinas agudas!
¡Cuán poco, ay triste, de flores!
Venturoso el caminante
Que al final de la partida
De la tierra se levante,
Y alce su vuelo triunfante
Para más dichosa vida.

EL SOL.

Majestuoso, refulgente,
Sin rival en hermosura,
Despues de la noche oscura
Renace el sol en Oriente:
De la esfera nuevamente
Sube á medir la extension,
Y desde la alta region
De donde brota su llama
Luz bienhechora derrama
Por toda la creacion.
Velan su carro triunfal
Tules de oro, grana y rosa
De elegancia caprichosa
Nueva siempre, y siempre igual;
Descorre al fin el cendal
Que ocultaba su belleza,
Y apenas el viaje empieza
Radiante y deslumbrador,
Le saluda en derredor
La absorta naturaleza.

Muge en la linde el ternero,
Grazna el cuervo en el collado,
Zumba la abeja en el prado,
Trina en la fuente el jilguero;
Despierta al albor primero
La rosa fragante y pura,
Y no hay una criatura
Tan hondamente dormida
Que no dé muestras de vida
En el monte y la llanura.
Mudo avanza en su camino
El astro rey paso á paso
Hasta llegar al ocaso
Para cumplir su destino:
Grande se vá como vino
En la escursion cotidiana:
¿Podrá explicar lengua humana,
Sin que tiemble ó se acobarde,
Quién se le lleva á la tarde?
Quién le vuelve á la mañana?
Si á su virtud y poder
Se debe tal maravilla,
¡Doblémosle la rodilla,
Que él es sin duda el Gran Sér!
Pero nó, que á oscurecer
Viene su luz codiciada
Tal vez la luna callada
Si opuesta sus rayos trunca,
Y Dios no se eclipsa nunca,
Ni á Dios le oscurece nada.

¡Orgulloso pensador,
Tú que con lábio blasfemo
Te ries del Sér Supremo
Cual de un mito sin valor!
Mira con santo temor,
Mira el sol si no estás ciego,
Y en la frente hallarás luego
De ese planeta bendito
El nombre de Dios escrito
Con caractéres de fuego.

LA ESPERANZA.

¡Supremo don del Cielo,
Sagrada emanacion, por quien conjura
Ganosa de consuelo
La pobre criatura
Las nubes del dolor y la amargura!
De tu inmortal asiento
Baja un instante á la angustiada tierra:
Ven, ven, y con tu aliento
Balsámico destierra
Los rudos males que le mueven guerra.
Do quier fijas tu planta
El agostado campo reverdece,
Se anima la fé santa,
Y revivir parece
El alma, si abatida desfallece.
Sin ti las duras penas
Se redoblan de Ticio en cuyo pecho,
Cargado de cadenas,
El hígado deshecho
Devora el buitre nunca satisfecho.
Si tú Vestal divina,
Si el fuego sacro tú conservar quieres
El caos se ilumina;
Mas ¡ay! dime quién eres,
Que todo muere en él cuando tú mueres.

¿Serás un vano sueño?
Un ángel precursor de bienandanza?
El iris que halagüeño
Presagia la bonanza?
¿Quién eres, quién, dulcísima Esperanza?
Si un dia en el poniente
Con augurio fatídico se hundiera
Del sol el carro ardiente,
Y allá se detuviera
Para no girar más por nuestra esfera;
¡Con qué ansiedad el hombre
La ciega inmensidad registraria
De aquel cuadro sin nombre
Al ver que no volvia
La clara luz del suspirado dia!
Dejando el blando lecho
Corriera por doquier desalentado
Al ver en su despecho
La mar, el cielo, el prado
En horrendas tinieblas sepultado!
¡Cuán desconsoladoras
Dejaria correr la noche oscura
Aquellas tristes horas
De negra desventura,
De agonía, de insomnio y de pavura!
De ménos cruel manera
Conturba al reo sentenciado á muerte
La hora postrimera
Del trance duro y fuerte
Do le arrastra maléfica la suerte.

¡Qué horror cuando agotara
Sus pobres medios de vivir, y luego
De súbito se hallara
Sin pan, sin luz, sin fuego,
Transido de hambre, tiritando y ciego!
Si en esto el horizonte
Vaga luz de improviso enrojeciera
Detrás del alto monte,
Cual si tornar quisiera
De nuevo el astro rey á su carrera....
Entónces ¡cuán ansioso
Clavaria en los cielos su mirada,
Del astro luminoso
Creyendo en la llegada
Detrás de aquella luz anticipada!
Así el alma que llora
Sumida en el dolor, si en lontananza
De luz consoladora
Un rayo á ver alcanza,
Ese rayo de luz es la Esperanza.
Por ella, entumecido
Se abraza el pobre náufrago al madero
Del buque destruido,
Siguiendo el derrotero
Que le imprimen las iras del mar fiero.
Por ella la corriente
De tibio manantial busca afanoso
Muy lejos el doliente,
Y afronta, aunque achacoso,
Los azares de un viaje peligroso.

Por ella el negociante
Del vasto mundo á los confines llega;
Los pueblos de Levante
Recorre con fé ciega
Y á la ciencia del cálculo se entrega.
Por ella el que cautivo
De olvidada mazmorra en lo profundo
Se ve enterrado vivo,
Fatiga moribundo
La sorda lima que le vuelve al mundo.
Por ella en los horrores
Que la asedian doquier, el alma herida
Bendice los dolores
Que al fin de la partida
Tendrán compensacion en otra vida.
Ven, ven, dulce Esperanza,
Redobla mi valor! tu vestidura
Descubro en lontananza
Más cándida, más pura
Que el ampo de la nieve en árdua altura.
Torrentes de consuelo
Vertiendo están tus ojos virginales:
¿Qué fuera el mústio suelo,
Mansion de tantos males,
Sin ti para los míseros mortales?
¡Oh, cuán infortunado
Quien el mar tempestuoso de la vida,
Por ti desamparado,
Surcar sólo decida,
Santa Esperanza, con la fé dormida!

Tú al triste das aliento,
Y sus lúgubres noches hermoseas;
Con tu divino acento
De mí te enseñoreas;
¡Mil veces y otras mil bendita seas!

LA MARIPOSA.

SONETO.

Girando en torno de la ardiente llama
Sus alas bate inquieta mariposa,
Y el fuego analizar quiere orgullosa
Que destellos tan fúlgidos derrama:

Febril agitacion su pecho inflama,
Sube, baja, vá, vuelve, y no reposa
Hasta dar con la muerte, que insidiosa
La espía en el objeto que tanto ama.

Tal la humana razon, si tiende el vuelo
Por sondear con afan y sin medida
Verdades cuya luz le plugo al Cielo

Dejar á sus miradas escondida,
Al pretender palparla, dá en el suelo
Con las alas deshechas y sin vida.

EL VICIO.

SONETO.

Del límpido arroyuelo en la corriente
Baja á beber la rauda golondrina,
Y volando rastrera, el ala inclina
Por bañarse en la linfa trasparente:

Oculta entre los juncos la serpiente
Con sus ojos de fuego la fascina,
Y en vez de huir, incauta se avecina
Del reptil ponzoñoso al fiero diente.

Su fatal y mortífera influencia
Desplegar suele así fascinadora
Traidor el vicio, que á morir sentencia

Las víctimas que astuto al fin devora,
Y en las garras del mónstruo la inocencia
Su ruina y perdicion ya tarde llora.

EL MENDIGO.

«Nada tengo y todo es mio,
Libre soy como la alondra
Que al morador atolondra
Del alegre caserío.
Más libre aún, canto y rio
Sin inquietudes ni afanes,
Pues nadie tuerce mis planes,
Nadie me inspira recelos,
Ni me persiguen mochuelos
Ni me acosan gavilanes.
»Curtido del sol y el viento
Desde veinte años atrás,
Ni tengo frio jamás
Ni calor experimento:
Cuando el ábrego sediento
Viene á quemar la ribera,
O cuando el cierzo exagera
Sus rigores inclemente,
Ambos pasan por mi frente
Cual brisas de primavera.

»Hoy como ayer venturoso,
Veo mis dias correr
Sin desear ni temer,
Ni envidiado ni envidioso:
Del transeunte piadoso
Gimiendo me lanzo en pos,
Y á la una ó á las dos,
A fuerza de importunar,
Le obligo, por fin, á dar
Una limosna por Dios.

»Con fruto abundante y sano
Me brindan por el otoño,
Ya el castaño, ya el madroño,
Y el nogal y el avellano;
A todo alcanza mi mano,
Todo mi ojo lo escudriña;
Rey de la vasta campiña,
Me rinden crecidas cuotas
La encina con sus bellotas,
Con sus racimos la viña.

»A falta de pátrio hogar
Hallo siempre grato lecho,
Si es verano, en un barbecho,
Si es invierno, en un pajar:
No hay aldea ni lugar,
Ni choza de leñador
Que cuando apura el calor
O se apetece el abrigo
Nieguen al pobre mendigo
Un asilo protector.

»En la apacible estacion
Paso la siesta á la sombra,
El césped por rica alfombra
Y el cielo por pabellon:
Tranquilos mis sueños son,
Pues ningun pesar me abruma,
Y tan dulcemente, en suma,
Duermo tendido en el prado,
Que no envidio al potentado
Su lecho de blanda pluma.
»Tan sábiamente me rijo,
Que huyendo de los pesares
Corro siempre á los lugares
Donde hay zambra y regocijo:
Para estar en ellos fijo,
Mi secreta policía
Me anuncia dia tras dia
Con toda anticipacion
Cuándo se mata el lechon,
Cuándo hay boda en la alquería.
»Nunca falta en mi zurron,
Porque aquí ó allí lo dan,
Tal cual pedazo de pan,
Y cecina de castron:
De buen vino provision
Llevo á las veces conmigo,
Y de la sed, sin testigo,
Templo con él los ardores
Y á Dios y á mis bienhechores
Con santo fervor bendigo.

»Si me ataca ¡dura suerte!
Maléfica enfermedad,
Ya vendrá la caridad
A consolarme en la muerte:
Procuraré hacerme fuerte
Llegado el trance fatal,
Porque para mí es igual
Morir de buen ó mal grado
En un alcázar dorado
O en un oscuro hospital».
Esto un mendigo decia,
Y tan feliz se juzgaba
Que á sus ojos asomaba
Juguetona la alegría.
Yo, que de cerca le oia,
Me convencí plenamente
De que todo sér viviente
Se forma de esa entidad
Que llaman *felicidad*
Una idea diferente.

AMOR CONSTANTE.

Tu dulce y melancólica mirada
Fomentó de mi pecho el tierno afan
Cuando con voz turbada
Mis penas te decia en la enramada
La noche de San Juan.

Si rendido al poder de tu belleza
Con mis ojos tus ojos consulté,
Dime, ángel de pureza,
¿Por qué los desviaste con tristeza?
¿Por qué, Celia, por qué?

Tú la paz me robaste que dichoso
Gocé otro tiempo en el tranquilo hogar;
Devuélveme el reposo,
Y la gloria tendré de ser tu esposo
Llevándote al altar.

En los árduos senderos de la vida
Seré tu firme apoyo, tu sosten;
Y el alma enaltecida
Verá abrirse ante sí, Celia querida,
Las puertas del Eden.

De la luna á los pálidos fulgores
Hollaremos la alfombra del jardin;
Sonreirán las flores,
Y al verte cantarán los ruiseñores
Que alegran el confin.

Abierto al gozo el corazon sencillo,
Feliz cual ningun sér lo fué jamás,
Cruzando el bosquecillo
Los aromas del nardo y del tomillo
Conmigo aspirarás.

Y á la barca del lago saltaremos,
Y en mis brazos allí te arrullaré;
Y al choque de los remos
Con cariño infantil renovaremos
La prometida fé.

Y cual besan las auras matinales
A la rosa dormida en el pensil,
Con raptos celestiales
Grabaré en tus mejillas virginales
Mil ósculos y mil.

Mas ¡ay! ¿por qué, por qué triste suspiras
Y tus lágrimas brotan sin querer,
Y lánguida me miras,
Y los húmedos ojos, ¡ay! retiras
De mí sin responder?

—A tus dulces halagos no sonrío
Porque ya esta infeliz no puede amar;
No culpes mi desvío;

Era dueño y señor de mi albedrío
Un bravo militar.

Robóle impía guerra á mi ternura
Y al mortífero plomo sucumbió:
Tan negra desventura
Sumió mi corazon en la amargura,
Y no puedo amar, nó!

—Llórale, pobre Celia! mas si un dia
Del pecho herido al generoso afan
Sucede la alegría,
Volveré á recordarte, vida mia,
La noche de San Juan.

LA DANZA DE LA ALDEA. [1]

Suelen los dias de fiesta
Ir las mozas á bailar
En las eras del lugar,
Un pandero por orquesta.

Llevan siempre lo mejor
Que en su fondo tiene el arca,
Costumbre que en la comarca,
Ya se sabe, es de rigor:

El más lindo zagalejo,
La más airosa toquilla,
Que supliendo á la mantilla
Da realce á su gracejo;

Saya de fina bayeta,
Chaquetilla de Sedan,
Zapato de cordoban
Que la media azul sujeta;

Pañuelo de color vario,
Pero de griton dibujo,
Y para colmo de lujo
Un collar y un relicario.

---

(1) Histórico.

Gritan con loca expansion
Y júbilo sin igual
Como novel colegial
En dia de vacacion.

Su frescura juvenil
Inspirar celos podria
Al rosal de Alejandría
Que mece el aura de abril.

Por la inmediata avenida
Llega un mozo y otro mozo
Pintado en la cara el gozo
Que en su corazon anida.

Flores traen á las doncellas
Con que adornen sus cabellos:
¡Qué ufanos se acercan ellos!
¡Qué alegres aguardan ellas!

Al verlos aproximar
Con tan amoroso anhelo
Bajan los ojos al suelo
Sin atreverse á mirar.

¡Con qué amable timidez
Se turban á su presencia!
¡Qué tesoro de inocencia!
¡Qué fondo de sencillez!

De pensar casi dá gana
Que en el corro encantador
Se ha introducido el Candor
Disfrazado de aldeana.

¿Ni quién presumir podria,
Sin juzgar ligeramente,
Que en aquella pura frente
Se alberga la hipocresía?

Pero ya empieza la danza,
Y las jóvenes parejas,
Momentos antes perplejas,
Forman estrecha alianza.

Saltan, corren, tornan, giran,
Y la moza del pandero
Canta con todo el salero
Que sus amores le inspiran.

Llega el segundo intermedio,
Y el más decidor, Venancio,
Jura que contra el cansancio
Es el vino un gran remedio.

Y en dos grupos á la par
Se separan con placer;
Los mozos para beber,
Las mozas para charlar.

Su amena conversacion
Debe ser interesante;
Oigámoslas un instante,
Ya comienzan, atencion.

—¿Qué habrá hecho Dios de la Irene,
Que no asoma por aquí?
—¿Y qué te se importa á ti?
No viene porque no viene.

—¡Dénla un dulce por la gracia!
—Estará con el civil,
Con quien bailó al tamboril
En la ermita de la Acacia.

—Fino y rumboso es el tal,
Pues segun cuentan las gentes,
Le ha mercado unos pendientes
Y una saya de percal.

—¡Nos sacas de grande apuro!
Yo sé más: el otro dia
Despues de la romería
Se gastó con ella un duro.

—¡Seria para ablandarla!
—Dádivas quebrantan peñas!
—Y el civil que, por más señas,
Tiene un aquel y una charla....

—¿Habrá la tonta podido
Soñar ni por un momento
Que todo un señor sargento
Vendria á ser su marido?

—Toma, si vá con buen fin...
—Si ella le quiere y él la ama...
—Como que diz que la llama
Carita de querubin.

—Querubin era Luzbel,
Y Luzbel cayó del cielo,
Con que un querubin del suelo...
¡Figúrate tú, Isabel!

—Mal rayo, mala centella
En la que su honra lastima:
Sabeis que Irene es mi prima
Y quiero volver por ella.

—Harias mucho mejor
En volver, Blasa, por ti,
Pues algo se sabe aquí
Que te hace poco favor.

—¡Insolente! ¡deslenguada!
Dijo Cleta que lo oyó,
Y la frase acompañó
De una horrenda bofetada.

Como un rayo Beatriz
Se lanza entonces á Cleta,
Por los rizos la sujeta
Y la muerde en la nariz.

Petra y Deogracias al ver
Tan mal parada á su tia,
Se arrojan sobre la arpía
Sin poderse contener.

Y como fúrias se ensañan,
Se apostrofan y patean,
Y se agarran y golpean,
Y se vapulan y arañan.

Los aldeanos que ven
Borrasca tan singular,
Acuden para indagar
La causa de aquel belen.

Cada cual con grande ahinco,
Cual si tuviera hidrofobia,
Lucha en favor de su novia,
Y se enzarzan otros cinco.

Quien más puede más se venga;
Ya no hay un cráneo seguro,
Ni humana voz ni conjuro
Que los enfrene y contenga;

Hasta que un alguacil viejo
Les intima segun uso,
Y este herido, aquel contuso,
Fueron todos al Concejo.

¡Y luego ponderarán
La sencillez de la aldea!
Dios la dé á quien la desea
Como dice aquel refran.

AMOR PÁTRIO.

«Compasion, á fé, me inspiras
Al ver que padeces tanto;
¿Qué tienes que así suspiras,
Y cada vez que al sur miras
Nubla tus ojos el llanto?
»¿Por qué cegar no consigo
Las fuentes de tu dolor,
Cuando siempre fuí contigo
Más bien compatriota amigo
Que extranjero protector?
»Mi palacio te franqueo,
Tienes asiento á mi mesa,
Y nunca alegre te veo,
Y en tus tristes ojos leo
Que el vivir así te pesa.
»Cuanto pude te ofrecí;
Si al abrigo estás aquí
De enojosa humillacion,
¿Por qué recatas de mí
Las penas del corazon?

»O deliras por tu España
O abominas de la tierra
Que el Sena fecundo baña
Por no ver ¡ceguera extraña!
Los mil encantos que encierra.
»Si contemplas sus blasones,
Sus pórticos y jardines,
Monumentos y salones,
Alcázares, torreones,
Parques, teatros, festines;
»Su refinada cultura,
Sus infinitos placeres,
Su hospitalaria dulzura,
Y la ideal hermosura
De sus graciosas mujeres;
»Entónces comprenderás
Por obcecado que estés,
Si campo al discurso das,
Que no vale España más
Que el rico suelo francés.»
Esto á un jóven emigrado
Bondadoso le decia
Entre afable y enojado
Cierto noble potentado
Que afligido le veia.
Tristemente le miró
Despues de oirle, el mancebo,
Su mano amiga tomó
Y de esta manera habló
Dando un suspiro de nuevo:

«El ancho espacio
De tu palacio
La seda, el oro
Cubren doquier;
Y en sus salones
Y galerías
Noches y dias
Bulle el placer;
Mas, ¡ay! el alma sin piedad destroza
Negro pesar desde que el Sena ví;
Vuelva yo pronto á mi querida choza;
La paz, la dulce paz que allí se goza
Jamás podria yo encontrar aquí.

»De áspera arena
Mi boca llena
Con sus manjares
La emigracion;
Aquí los platos
Más escogidos
¡Cuán desabridos
Y amargos son!
Pan moreno amasado en mi cabaña,
Secas legumbres junto al pátrio hogar,
Y un vaso de aquel vino de mi España
Valen más, vive Dios, que en tierra extraña
El suntuoso festin de Baltasar.

»Ricos carruajes,
Joyas, encajes,
Trenes soberbios
Luce París;

Y no sostiene
La competencia
Con su opulencia
Ningun país;
Pero no cambio yo el nativo suelo
Por las aguas regado del Tiron
Con su alfombra de flores y su cielo,
Por ese encopetado tiranuelo
Con su falso oropel y ostentacion.

»Aquí el lenguaje
Viste un ropaje
Con que deslumbra
Tierno y falaz;
Cuanto se escucha,
Cuanto se mira,
Todo es mentira,
Puro disfraz.
¡Cuán otra la vivienda donde yo
Los ojos á la luz primera abrí!
El lábio al pecho nunca desmintió;
Si severo del uno brota el *nó*,
Jamás traidor el otro dice *sí*.

»Damas muy bellas,
Lindas doncellas
Que del gran mundo
Delicia son,
Con su sonrisa
Y acento blando
Van cautivando
La admiracion;

Mas yo de mi zagala en su pobreza
No trocara el donaire y juventud
Por toda esa estudiada gentileza,
Que aplausos vá pidiendo á su belleza
Con miradas de equívoca virtud.

»¡Dulce jilguero
Que vocinglero
Los verdes campos
Cruzando vas!
De linde en linde
Tal vez un dia
La pátria mia
Visitarás.
Si acaso forjas el amante nido
Cerca del techo donde yo nací,
Y á Clori ves en el verjel florido,
Pregúntale al pasar si fiel me ha sido
Como fiel y constante yo le fuí.»

Dijo: y su triste mirada
Con profundo desconsuelo
Recorria extraviada
La llanura dilatada,
Camino del pátrio suelo.
Y dando rienda al dolor
Que ocultar queria en vano,
De su noble protector
Estrechaba con amor
Una vez y otra la mano.

EPIGRAMAS.

I.

Sancho se jacta de ateo,
Y que no hay Dios asegura:
¡Desdichada criatura,
Cómo le engaña el deseo!
Pero acá para *inter nos*:
¿Se habrá Sancho figurado
Que basta su dicho honrado
Para suprimir á Dios?

II.

Contra mí sin compasion
Tronaste en cierto café
Porque un tiempo refrené
Tu torcida inclinacion:
Más tarde desde el rincon
De un papelucho incivil,
Ingrato, grosero y vil
Morderme otra vez quisiste.....

Es natural: reptil fuiste
Y sigues siendo reptil.

III.

La viuda de un comisario,
Graciosa y de esbelto talle,
Va tapada por la calle
Dando vueltas al rosario;
Y en el templo ¡cosa rara!
Descubriéndose al entrar,
Busca sitio para orar
Donde le vean la cara.
Yo al notarlo me confundo,
Pues pretende, una de dos,
Ó adentro engañar á Dios,
Ó afuera engañar al mundo.

IV.

Jactábase un jugador
De su gran serenidad
Cuando alguna cantidad
Arriesgaba de valor.
«*Serenísimo* señor,
Dijo al oirle un labriego,
Yo os encuentro desde luégo
Más sereno en otra cosa.....
—¿En cuál?—En que á vuestra esposa
Dejais sin pan por el juego».

V.

Nécio llamaste á don Blas,
Y en don Blas el pueblo entero
Siempre ha visto un usurero,
Pero un nécio, eso jamás.
—Yo supongo.....—Mal supones,
Ten presente que en el dia
La mayor sabiduría
Consiste en hacer doblones.

VI.

Por hurtar un gallo vivo
Sentenciaron á Valderas
A seis meses de galeras
Por via de correctivo:
«Sed probo en lo sucesivo»,
Decia el Corregidor;
Mas él replicó: «Señor,
Guardaos vuestros sermones,
Pues hay muy probos ladrones
A quienes vendrán mejor».

VII.

Con tierna solicitud
Un doctor improvisado
Llama al pobre desahuciado
Para darle la salud.

Es muy lógico su afan,
Pues dicen que cada oveja
Busca siempre á su pareja,
Segun lo canta el refran.

VIII.

No hay escritor tan feliz,
Ni ingenio tan singular,
A quien deje ya pasar
De tu crítica el tamiz;
Mojas la pluma en veneno
Con que lo inficionas todo:
Ese era el único modo
De no encontrar nada bueno.

IX.

¿Por qué en público á Daniel
Llamas profundo escritor,
Y aquí, cuando no está él,
Dices que es falso oropel
La vena de tal autor?
—Si en el artículo extenso
Que en su alabanza escribí
No pensé como aquí pienso,
Es que quise darle incienso
Para que él me le dé á mí.

X.

¡Soberbia composicion!
¡Qué melodía tan grata!

¡Qué dulzura, qué expresion!
¡Cuál conmueve el corazon
Y cautiva y arrebata!
—¡Inspirado por demás
Estuvo al hacerla Blas!
—¡Cómo! ¿Es Blas quien eso ha escrito?
Entónces no hablemos más;
Si es de Blas no vale un pito.

XI.

Despues de adobarse bien
Lábios, cejas y mejillas
Con perfumadas pastillas
La amable doña Belen;
Exclamaba su doncella
Con cierta melancolía:
«¡Lástima! ¡cuánto valdria
Si ese rostro fuera de ella!»

XII.

El fervoroso don Bruno,
Segun público rumor,
Guarda con todo rigor
La santa ley del ayuno.
No es ley que le da gran pena,
Antes le causa alegría,
Pues con ella cada dia
Se economiza una cena.

XIII.

Pregunta: ¿Qué es patriotismo?
Respuesta: La cualidad
De ejercer la caridad
En provecho de sí mismo.
—¿No le podeis definir
De otro modo?—Sí, señor:
Es cierto don superior
De enredar y de bullir
Para ponerse las botas
A costa de la nacion.
—Con esa definicion
Me explico muchos patriotas.

XIV.

—¿Rabiais don Crispin? ¿qué os pasa?
—Que no puedo á mi pesar
Ni un títere colocar
En la alcoba de esta casa.
—Usted sin duda exagera.
—Ni un títere, lo que os digo.
—Pues entónces, pobre amigo,
Tendreis que dormir afuera.

XV.

Dios nos libre de tu lengua,
Que aunque presumes de hidalgo,
Siempre hallas que decir algo
De agenas honras en mengua.

Es lógico y natural
Tu intencionado desden:
Quien no sabe pensar bien,
¿Cómo puede no hablar mal?

XVI.

Azotaron á un ladron
Porque robó un par de guantes;
Si alzaran así el telon
A quien apanda un millon,
¿Habria pencas bastantes?

XVII.

Por conseguir un empleo
Que le dé renta y honor
A una señora mayor
Hace la corte Mateo.
Vieja y fea y regañona,
La idolatra ó lo aparenta;
¿No le tendria más cuenta
Bregar en una tahona?
Duro fuera, pero al cabo
Todavía es menor mal
Ganar sudando un jornal
Que ser de una arpía esclavo.

XVIII.

El novio de Mariquita,
Segun parecer de Juana,

Es un tonto, un tarambana,
Feo y sin gracia maldita.
¿Cuánto va que esa doncella,
Tan brava como se ha visto,
Le encuentra gracioso y listo
Si le hace el amor á ella?

XIX.

Elogiábase á un autor,
Hijo mimado de Apolo,
Que se elevó por sí solo
Sin deber nada al favor.
Tuvo envidia de este tal
Pedro Lobo su paisano,
Y cortando por lo sano
Dijo en tono magistral:
«No le deis tanta importancia,
Porque yo le he conocido
Mal calzado y peor vestido
Ir á la escuela en su infancia».
Lógico anduvo Perico
Al hablar así, pues él
Nunca pasó del nivel
Que tenia cuando chico.

XX.

Dicen que ningun molino
Muele con agua pasada:

Sentencia poco fundada
Que tal vez es desatino;
Dígalo el noble don Lino
Que arrogante en su pobreza,
Llena de aire la cabeza,
Y el pecho de vanidad,
Muele á todos sin piedad
Con su pasada grandeza.

XXI.

SONETO.

(IMITACION.)

Llego tarde al teatro: voy á entrar
Cubierto, aunque corrido esté el telon,
Y daré intencionado un pisoton
A dos ó tres vejetes al pasar;

Si tropiezo un dandy con quien charlar,
No me importa un ardite la funcion,
Y miro de soslayo, á lo maton,
Al que nécio me quiso interpelar.

Cerca atisbo muy linda una mujer;
Le hago señas audaz no bien la ví;
Si se amosca el marido ¡qué placer!

Si indignado los ojos clava en mí,
Yo en sus barbas me rio sin ceder:
¿Y es esto de buen tono? diz que sí.

XXII.

Ven acá, ¿cómo has podido
Torcerte así, desdichado,
Que tres años has cursado,
Y tres cursos has perdido?
—No es porque se haya torcido,
Dijo un maulon escolar;
Derecho vino á estudiar,
Y en la práctica es un hecho
Que suele estudiar *derecho*
Todo el dia en el billar.

XXIII.

Dice indignado García,
Y creo que no se engaña,
Que no medrará la España
Con tanta empleomanía.
Yo de hipócrita le arguyo,
Pues si ocurre una vacante
No temais que se adelante
Ningun memorial al suyo.

XXIV.

Lejos de su hija querida,
Jóven, bella y retozona,
Pancracia la santurrona
Pasa en el templo la vida;

Y mientras que ante un retablo
Se entrega á Dios extasiada,
La jóven mal vigilada
Se suele entregar al diablo.
Temo, perdóneme Dios,
Que el demonio haga fortuna,
Porque si pierde á la una,
Vendrá á cargar con las dos.

A FRAY LUIS DE LEON

CON MOTIVO
DE LA SOLEMNE INAUGURACION DE SU ESTÁTUA
EN LA PLAZA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.

¿Por qué, por qué impaciente
Se agrupa ante el alcázar sacrosanto,
Donde habita Minerva, tanta gente
De aquí y allí con regocijo tanto?
¿Qué dice el dulce llanto
Que brota por doquier de afectos rico?
Es que en ofrenda de cariño lleva
Sus plácemes al grande Ludovico
Que en ese augusto pedestal se eleva.

¡Mirad, mirad su frente,
De candor y modestia claro espejo,
Donde vivo destella y refulgente
De génio oculto el inmortal reflejo!
La ciencia y el consejo
Humildes se aposentan en su lábio;
Pero ¿qué vaga sombra de tristura
Nubla la faz del eminente sábio
Y empaña de sus ojos la luz pura?

Del alma dolorida
Paréceme escuchar hondo gemido!
Oid, oid: *¡Qué descansada vida*
La del que huye el mundanal rüido!.....
En ese eco perdido,
En esa vibracion de sus cantares
Que tanto al númen délfico alborozan,
¿Quién no ve traducirse los pesares
Que aquel sencillo corazon destrozan?

¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo?.....
La amargura sin fin que el pecho aceda
Lanza ese grito de afliccion y duelo:
¡Pension del bajo suelo
Es llorar sin descanso! en vano lidia
Por huirla el mortal, cantor divino,
Que el fraude, el dolo y la mordaz envidia
Saldrán á sorprenderle en su camino.

Con obras inmortales
Rabiosos celos al inícuo inspiras,
Y heridos en su orgullo tus rivales
Te hacen el blanco de sus torpes iras;
Mas ¡ay! ¿de qué te admiras?
El soberbio aquilon, cuando se ensaña
Y se arroja á las selvas retumbante,
No lucha altivo con la débil caña,
Combate al cedro y abedul gigante.

Pero así como el cielo
Resplandece pasada la tormenta
Con más diáfana luz, y el mústio suelo
Su espléndido verdor lozano ostenta;
Así tras de la afrenta
Que en horrendas prisiones devoraste
Apolo te da asiento entre sus hijos,
Ciñe el lauro á tu sien ¡bello contraste!
Y hoy te aclama en solemnes regocijos.

¡O mármol venturoso,
Más que el de Paros donde Fidias pudo
Su génio revelar maravilloso,
Mil veces y otras mil yo te saludo!
¿Qué importa que sañudo
Tronche los fresnos del erguido monte
Desatado huracan, si el sol parece,
Y á su influjo benigno de Belmonte
El invicto laurel más reverdece?

Al pié de ese alabastro
Yace postrada en vergonzosa ruina
La rábia astuta del menguado Castro
Y el furor implacable de Medina.
El cielo que fulmina
Su rayo vengador contra el potente
Y escuda con su diestra al pequeñuelo,
Del cobarde Montoya hirió la frente
Confundiendo á los Zúñiga y Ciguelo.

Guirnaldas inmortales
Tejed, ninfas del Tormes, á porfia;
Cantad rústicos himnos, o zagales,
Que alegren por doquier la selva umbría.
Lució sereno el dia,
Dia feliz en que el varon preclaro
Del Turia al Rhin la admiracion absorbe,
Brillante luz, inextinguible faro
Que irradia por los ámbitos del orbe.

Y tú, alcázar sagrado,
Santuario del saber, templo divino,
Del Liceo ateniense fiel traslado,
Rica joya del pueblo salmantino!
Del ínclito Agustino
Gózate con orgullo en la memoria!
Radiante sol de tu envidiada escuela,
Su nombre venerando te da gloria;
Tu fama en alas de la suya vuela!

EL AMOR, LA VIRTUD Y EL DEBER.

I.

¿Quién eres, niño?
—El Amor.
—¿Qué buscas?
—Una mujer.
—¿Para qué?
—Para vencer.
—¿A quién?
—A un rico señor.
—¿Insensible?
—Mucho peor.
—¿Cómo se llama?
—Interés.
—¡Ay, rapaz, difícil es
Que ganes tú la partida:
La mujer será vencida
Por más armas que le dés!

II.

¿Cómo te llamas?
—Virtud.

—¿Qué temes?
—La afrenta mia.
—¿De quién?
—De la Hipocresía.
—¿Y qué buscas?
—La quietud.
—¡Inútil solicitud!
Pues ella en cualquier paraje,
Vistiendo tu propio traje,
Y hasta usurpando tu nombre,
Hará que ofuscado el hombre
Le rinda pleito homenaje.

III.

—¿Cómo te llaman?
—Deber.
—¿Quién te combate?
—El Temor.
—¿Qué te hace falta?
—Valor.
—¿Y qué anhelas?
—Merecer.
—Pues sin luchar y vencer
Lo esperas inútilmente,
Que del mundo en la corriente
Serán tus deseos vanos
Si á los respetos humanos
Doblas cobarde la frente.

IDILIO.

¿Por qué abatida, bella zagala,
Tiernos suspiros al viento das?
¿Por qué se enturbian tus claros ojos
A donde el llanto quiere asomar?

Frescas guirnaldas de hermosas flores
Tejer solias tiempos atrás,
Precioso ornato de esos cabellos
Que envidian todas en el lugar;

Mas hoy tu frente graciosa y pura
Pálida y triste cual nunca está,
Y en sus contornos ya no campean
Ni los claveles ni el arrayan.

Ayer la fuente con sus rumores,
Y el jilguerillo con su cantar,
Y la paloma con sus arrullos
Te embelesaban en el hayal;

Hoy con las brisas del verde mayo
Cual otras veces no hallas solaz,
Ni de la tórtola con los gemidos,
Ni con los ecos del manantial.

Gratas endechas cantar solias
A tu regreso de la ciudad;
Hoy enmudeces, y tus miradas
En el camino fijas están.

¿Qué oculta pena tu blando pecho
Desgarra, o Clori, con fuerza tal,
Que humedecidos los bellos ojos,
Por estas lindes vagando vas?

—¡Ay, caro Anfriso! mi amor, mi Arcadio
Marchó á la féria tres dias há
Con los corderos y ternerillas
Acompañado del mayoral.

—¿Y eso te aflige? tú eres su vida,
Yo sé que te ama, ya volverá.....
—Es que con ellos iba Filena;
¡Y es tan hermosa! ¡y él tan galan!....

DIÁLOGO A BORDO.

A MIS QUERIDOS HIJOS.

¡Piedad, Dios mio, piedad!
Triste exclamaba un ateo
Sorprendido en el Egeo
Por una gran tempestad.

—¿Cómo es que á Dios acudís,
Dijo un anciano prudente,
Si negais abiertamente
Que haya Dios cuando escribís?

—Cierto, repuso el infiel,
Que estampé en el pergamino
Ese loco desatino
Sin parar mientes en él.

En salvo cualquier quimera
Puede el orgullo forjar,
Pero á la vista del mar
Se piensa de otra manera.

—Pues entónces no comprendo
Que pidais á Dios la calma;
Muerto aquí, salvais el alma,
Porque al fin morís creyendo.

—¡Pero es horrible morir
En este espantoso abismo!
—Eso no es fé, es egoismo,
Ansia no más de vivir.

—La vida salvar deseo
Para no negar á Dios;
Quiero amarle como vos,
Pues como vos en él creo.

—Mucho el oiros me obliga,
Pero dudo de la fé
De quien á Dios sólo ve
Cuando amenaza ó castiga.

—¡Es que aquí se ve de lleno,
Porque anunciándole están,
La furia del huracan
Y la ronca voz del trueno.

¿Qué corazon puede ahora
Ser á su Dios insensible
Ante el desórden horrible
De esa escena aterradora?

—Perdonad si franco soy
En tan solemne momento;
Pensais con poco talento,
Y á demostrároslo voy.

¿Teneis padre?
—Le perdí.
—¿Os amaba?
—Tiernamente.

—¿Fuisteis con él reverente?
—No tanto como debí.

—¿Cuándo más os cautivaba
Y á su lado os atraia?
¿Cuando amante sonreia,
O cuando el látigo alzaba?

—Confieso que aunque conmigo
No anduvo injusto jamás,
Parecia amarle más
Cuando olvidaba el castigo.

—¿No es Dios en todo lugar
Nuestro Padre?
—Así lo creo;
Pero os escucho y no veo
A dónde vais á parar....

—A combatir el error
Que oscurece vuestros ojos:
Veis á Dios en sus enojos,
¡Y no le veis en su amor!

Por Él abriga y fomenta
La tierra el fecundo grano,
Y rinde el pan cotidiano
Que bienhechor nos sustenta.

Y aunque la vil criatura
Escarnezca la virtud,
Responde á su ingratitud
Con la abundancia y hartura.

Las aves y peces cria
Del hombre para regalo,
Y sobre el bueno y el malo
La lluvia y el sol envía.

Él enciende las lumbreras
Del oscuro firmamento;
Él alfombra con su aliento
Las montañas y praderas.

Rige el curso de los años,
Somete al hombre los brutos,
Colma los valles de frutos
Y las selvas de rebaños.

Por Él turnan los calores
A su tiempo con los frios;
Él alimenta los rios
Y viste el campo de flores.

Él purifica el ambiente,
Da á la aurora su sonrisa,
Y libertad á la brisa
Que nos refresca la frente.

De su gran poder señales
Suministran por doquiera
La colina, la ribera,
Los riscos y manantiales.

Y cuando todo en redor
Le proclama ¡triste afan!
Le hallais en el huracan....
¡Y no le veis en la flor!

Le aclamais en el mar fiero
Sobrecogido de espanto,
¡Y no le oís en el canto
Del ruiseñor y jilguero!

Le hallais en la tempestad
Cuando altivo brama el Noto,
¡Y no le encontrais del soto
En la rica amenidad!

¡Y que ruja es menester
Desatada la tormenta
Para poderos dar cuenta
De aquel inefable Sér!

Pues bien: si mil veces mil
Le invocais en trance tal,
Eso no es amor filial,
Es puro temor servil.

Y quien á Dios sólo ve
Cuando sus iras despliega,
Si del todo no le niega
Tiene muy muerta la fé.

Dijo: y postrado en el suelo
Se puso el anciano á orar,
Fija la vista en el mar,
Y el espíritu en el Cielo.

Al oirle parecia
Que Dios por su boca hablaba,
Pues el alma cautivaba
Y el corazon conmovia.

El viajero arrepentido
Cayó llorando á sus piés,
Y de un apóstol despues
Fué el discípulo querido.

Y aquel insigne varon
Que con él surcó los mares,
Honrado en nuestros altares
Hoy de España es el Patron.

AL EXCMO. SEÑOR

DON FERNANDO ALVAREZ,

EN EL DIA DE SU SANTO.

SONETO.

Ocho siglos el Bétis dominando
Vió al torpe musulman su campo ameno,
Pero ya estalla el rayo, ruge el trueno,
Que al fin desquicia su poder nefando.

La enseña de la Cruz al viento dando,
Terror, mengua y baldon del agareno,
A Granada dirige, de ardor lleno,
Su hueste invicta el vencedor Fernando.

En albricias de aquella gran victoria
Permite que á esperar con fé me atreva,
Oh Santo Rey, el dia de tu gloria,

Celestial proteccion que el bien promueva
Del amigo que vive en mi memoria
Y el dulce nombre que llevaste lleva.

LA FUENTE DE PURAS. [1]

Por la musgosa hendidura
De un peñascal acerado
Salta alegre al verde prado
Una fuente de agua pura.

Lleva tan rico caudal
Que al comenzar su camino
De un solitario molino
Alimenta la canal.

Entre jarales y helechos
Bulliciosa juguetea,
Y de una mísera aldea
Va á lamer los pardos techos.

Rueda luego por el valle
Ya entre zarzas, ya entre ruinas,
Ya de agrestes clavellinas
Por una tortuosa calle;

---

(1) Copiosísimo manantial cerca de la aldea de este nombre en la provincia de Búrgos, á una legua de Belorado, pátria del autor.

Y en el Tiron se derrumba
Que el Ebro corre á buscar,
Y á entrambos el vasto mar
Les abre anchurosa tumba.

Dime, o fuente cristalina,
Símbolo de mi esperanza,
¿Quién tu tesoro afianza
Que no se amengua ni arruina?

Siglos tras siglos corrieron
Y opulenta al campo vienes,
Y hoy tus ondas son perennes,
Como ayer perennes fueron.

Desde que aquí pareciste
Tan pródiga te mostraste,
Que no hay piélago que baste
A dar lo que tú ya diste.

Nunca cesas de bullir,
Nunca cesas de correr,
Y ni acabas de nacer,
Ni te acabas de morir.

¿Qué depósito escondido
Puede la tierra guardar,
Que con tanto y tanto dar
Nunca le falta surtido?

¿Cómo el mar en cuyo seno
Van tus aguas á mezclarse,
Con tan largo alimentarse
No rebosa ya de lleno?

Mas ¡ay! si diáfana y pura
Pingüe tributo le envías,
Pasando y pasando dias
Le recobras con usura.

Si la clara linfa bebe
De tu raudal abundoso
Te la vuelve generoso
En lluvia, granizo y nieve;

Nieve que infiltra la sierra
Por ignorados senderos,
Y alimenta los veneros
Donde tu caudal se encierra.

Y la deuda contraida
Justo el mar te paga así,
Pues te da la vida á ti
Si tú tambien le das vida.

Invariable seguirás
Como él en sus anchos senos
Sin que vengas nunca á ménos,
Sin que él sea nunca más.

Y ese perpétuo nivel
Guardareis siempre los dos
Interin no tuerza Dios
De vuestra balanza el fiel.

¿Qué lengua explicar podria
El prodigio sin igual
Que tu fresco manantial
Nos revela cada dia?

En su curso bullidor
Paréceme oir, o fuente,
La voz del Omnipotente
Suave bálsamo al dolor.

Confirmar ella parece
Con tu elocuencia sonora
La idea consoladora
De que el alma no perece.

Sepulcro en el mar hallaste,
Y el mar te volvió la vida,
Y á la pradera florida
Purificada tornaste.

¡Dios eterno, Dios clemente,
¿Podrá ser la criatura,
Tu más grande y noble hechura,
De peor clase que esa fuente!

¡Ah! nó, nó, que superior
A la vil materia inerte,
Le aguarda más digna suerte
En otro mundo mejor;

Y cuando llena y cumplida
Esté su mision acá,
El alma á ti volará
Rica fuente de la vida.

A MI QUERIDO AMIGO

DON AGUSTIN JUBERA.

SONETO.

Sin luz! quedé sin luz! y aprisionado,
Muerto en vida, Agustin, ¡oh desconsuelo!
Apenas basta á mitigar mi duelo
De tu voz el acento regalado.

Contemplar tu semblante no me es dado,
Ni el mar azul, ni el pabellon del cielo,
Ni del césped el verde terciopelo,
Ni el pomposo frutal de flor cuajado.

Cuando guias mis pasos al Retiro,
Los encantos del bosque y la pradera
Me cuentas cariñoso y los admiro;

Mas ¡ay! cuando tu lábio los pondera
Se exhala de mi pecho hondo suspiro
Que solo un ciego comprender pudiera.

LA VIRTUD.

SONETO.

En el valle escondido y apartado
Solitario laurel arraiga y crece,
Que ni al soplo del áustro languidece,
Ni se rinde á las iras del nublado:

Él es perenne gloria del collado
Cuando todo en redor mústio parece,
Y grata sombra al caminante ofrece
Su ramaje lustroso y perfumado.

No de otra suerte al corazon convida
Con sombra, paz y venturosa calma
La virtud, lauro invicto de la vida,

Perfume santo que refresca el alma;
Y aunque siempre agitada y combatida,
Recoge al fin la vencedora palma.

LA VIDA FUTURA.

¡Hoy soy, ayer no fuí! ¿Dónde flotaba
Tantos siglos atrás el alma mia?
¿En qué region incógnita moraba?
Ó ¿cómo empezó á ser si no existia?
¿Quién pudo, si dormia,
Su sueño sacudir? ¿qué ley tan dura
La forzó á que cautiva residiera
Del frágil barro en la prision oscura
Para ser hasta el fin su compañera?

¡Misterio impenetrable que no explora
Con su flaco poder la ciencia vana!
Solo sé que no fuí, que soy ahora,
Que de ser dejaré otra vez mañana:
Y entónces, cuando ufana
Remonte el alma su ignorado vuelo,
¿Adónde irá á parar? ¿Volverá acaso
A buscar mis despojos en el suelo?
¿Tornaré á revivir tras el ocaso?

¡La nada, el sér! ideas encontradas
Que pugnan entre sí.... Mas ¡oh ceguera!
¿No las veo por dicha armonizadas
Del humano linaje en la carrera?
¡El hombre que antes no era
Ha venido á ser hoy! ¿y yo no debo
Renacer á la vida en otra aurora?
¿Será mayor prodigio ser de nuevo
Que el no haber sido nunca y ser ahora?

Direis que al bruto por igual camino
Le estaria igual suerte reservada,
Pues que él al mundo como el hombre vino,
Y lo propio que el hombre no era nada.....
¡Cuál vuela extraviada
La mente hácia el error! ¡ay, cuál delira!
Grosero polvo de entidad salvaje,
¿Por dónde el bruto á lo inmortal aspira,
Sin razon, ni conciencia, ni lenguaje?

Si nació como nace el pobre humano,
Si se mueve como él, y salta y grita,
Tambien el rio que fecunda el llano
Al bruto en el correr y andar imita:
Y el áustro, si se agita,
Combate atronador en la eminencia,
Y da de vida, al parecer, señales;
¿Direis por eso, al explorar su esencia,
Que bruto, viento y rio son iguales?

¿Qué importa que á su modo copie el bruto
De un ente racional la vil corteza,
Si el Cielo le negó aquel atributo
Donde funda el humano su grandeza?
La gran Naturaleza
Juntar quiso el instinto al movimiento;
Mas ¡ay! aunque con don tan importante,
Si muy lejos está del rio y viento,
Aun se encuentra del hombre más distante.

¿Qué fuí? ¿qué vendré á ser? Ciega no alcanza
Tal abismo á sondear la criatura;
Pero viva alimenta una esperanza
Que luengo porvenir plácida augura:
Ganoso de ventura
Suspira el corazon, se inquieta, gime,
La paz y dicha por instinto anhela;
Constante afan, aspiracion sublime
Que en sus horas de luto le consuela.

No sin causa el iman se inclina al norte,
Ni al mar avanza vagabundo rio;
¿De dónde, pues, el natural trasporte
Que alienta en la afliccion el pecho mio?
Si en ser feliz confío,
Si corro tras un bien que no poseo,
Si buscándole voy con insistencia,
¿Quién otro sino Dios aquel deseo
Pudo hacer germinar en mi conciencia?

Cuantos son ó ya han sido en lo pasado
Del yerto polo hasta la Libia ardiente,
Desde el lecho en que el sol ha despertado
Hasta el mar do se baña en Occidente,
Vislumbran en su mente
Ese bello ideal en donde el alma,
Por una ley comun, con santo anhelo,
Se complace en buscar la dulce calma
Que sordo á su dolor le niega el suelo.

Allá en la quieta noche, cuando el mundo
Sumergido en las sombras desparece,
Misteriosa una luz en lo profundo
Del santuario de mi alma resplandece:
La imágen se me ofrece
Del sér amado que habitó conmigo
En esta soledad: la dulce esposa,
Los hijos que se fueron, el amigo,
El hermano y la madre cariñosa....

«¡Tu espíritu inmortal no fué creado,
Me dicen á una voz, para que un dia
Pereciese en el polvo! preservado
De ulterior destruccion Dios le tenia!
¡Recobre la alegría
Su imperio sobre ti; lucha y espera!
Si hoy lastiman tus piés duros abrojos,
Aquí hallarás la paz, en esta esfera
Que no alcanzan á ver carnales ojos.»

Y espero y lucho, y mi desnuda planta
Los punzantes abrojos sigue hollando,
Y si tal vez vacilo, á la fé santa
Para no sucumbir favor demando;
Y digo, levantando
Mi espíritu al Señor, de gozo lleno:
Si de Dios me animó el soplo divino,
¿Por qué de Dios no he de volver al seno,
Consumado en la tierra mi destino?

Como alegra al piloto en noche oscura
La luz radiante de encendido faro
Que en la negra borrasca le asegura,
Con rumbo fijo, proteccion y amparo;
Tal yo, de dicha avaro,
Si en el pérfido mar donde zozobro
Súbita luz á percibir acierto,
La paz del alma con la fé recobro
Pareciéndome estar cerca del puerto.

Reid, reid, los que juzgais demencia
La que ese puerto celestial divisa,
Que si lástima os causa tal creencia,
Yo á mi vez compadezco vuestra risa.
Patética me avisa
Una voz interior consoladora
Gritando sin cesar: «Repara, advierte
Que cual no fuiste ayer y eres ahora,
Así serás mañana tras la muerte.»

¡Cuál se alienta el espíritu abatido
Con tan bella esperanza! No es posible
Que á llorar el mortal haya venido,
Sin fin ni objeto, en su prision horrible.
Pues qué, el Sér invisible
Que matiza los pájaros y flores
¿Me habrá dado la luz del pensamiento
Por gozarse en mis penas y dolores
Haciéndome inferior al vil jumento?

Si el ánfora deshecha reconstruye
Con tan fácil industria el alfarero,
Y la forma y el ser le restituye
Que en la rueda veloz halló primero;
Con más razon espero
Que quien hizo los mundos de la nada
Y animó con su aliento á los humanos,
Al darles paso á la inmortal morada
Reconstruya la obra de sus manos.

Á LA NATURALEZA.

SONETO.

Ya desatan sus yemas los manzanos
Y los sáuces que entoldan la ribera,
Destrenzando la hermosa cabellera
Cada vez más fragantes y lozanos:

Ya pomposos los verdes avellanos
Que bañó por el pié fuente parlera
Dan sombra hospitalaria en doble hilera,
Y se abrazan y estrechan como hermanos:

Murmura el manso arroyo, el ave canta,
Juguetean las hojas con el viento,
Se anima en el verjel la tierna planta,

Y las flores embriagan con su aliento:
¿Quién no ve en ti, Naturaleza santa,
De un Dios, todo bondad, el instrumento?

LA GUERRA CIVIL.

¿Qué insólito furor hierve en el pecho
Del ayer indulgente ciudadano?
¿Quién de espinas sembrar pudo su lecho,
Ó armó su diestra de puñal insano?
Mas ¡ay! contra su hermano
Ciego le arrastra el iracundo Marte;
Y helada el alma, y la razon torcida,
Corre á buscar en ignorada parte
Sepulcro anticipado el fratricida.

¡Maldiga Dios la abominable guerra
Que emponzoña y amarga el regocijo;
Que en sangre tiñe la enlutada tierra,
Que obliga al padre á renegar del hijo!
¡Dolor, llanto prolijo,
Cual negra furia que abortó el averno,
Dejará en pos de sí con saña impía,
Y nefandas memorias, y ódio eterno
En pechos que el amor unir debia!

¿Qué Atila, qué Neron, qué humana fiera
Provocó, justo Dios, tan largo duelo?
¡Oh si nunca jamás abierto hubiera
Sus ojos de áspid á la luz del cielo!
En el marchito suelo
¡Qué de penas, desastres y dolores,
Qué de angustias y llanto inmerecido,
Y maldades y crímenes y horrores
Yacieran hoy en sempiterno olvido!

¡Temblad, temblad! Por el confin lejano
Fatídico ya cruje y pavoroso
Preñado proyectil, que por el llano
Siembra la muerte al estallar ruidoso;
Aquí rueda un esposo,
Gentil mancebo allá de vida lleno,
Y otra vez deja oir su voz sañuda
Retumbando el cañon.... tras ese trueno
¡Cuánta madre sin hijos, cuánta viuda!

Cual la nube que el ábrego acaudilla
Ponderosa al rugir brava tormenta,
Y al siniestro fulgor que en torno brilla
Deja ver su negrura amarillenta;
Si súbita revienta
Ya arrebata las pomas del cercado,
Ya desgarra el maizal del cobertizo,
Y de ruinas y de aves siembra el prado
Con los golpes del hórrido granizo;

Así tambien la ensangrentada arena
Mil víctimas y mil van recubriendo,
Y las haces aclara y desordena
De la máquina aleve el ronco estruendo:
Sus miembros retorciendo
Yacen otros aquí y allí tendidos;
Y ora maldicen su menguada suerte,
Ora exhalan sin fin hondos gemidos
Pidiendo á voces que les den la muerte.

¡Mísera humanidad! enloquecida
Contrariar quiere á Dios la criatura;
Juega imprudente con su pobre vida,
Y al azar de un combate la aventura;
¿Tan firme, ay, tan segura
Creyó esa frágil miserable caña
Do la muerte al nacer grabó su sello,
Que en vez de huir de la fatal guadaña
Corre soberbia á presentarle el cuello?

¡Locura, aberracion, furor impío
Que solo el ángel malo inspirar puede!
¿De dónde ese funesto desvarío?
Ese afan de morir ¿de quién procede?
Medrosa retrocede
Huyendo de los hombres la Paz santa!
Doquiera ve contaminado el suelo!
No halla un asilo en que fijar su planta,
Y deja el mundo por volar al Cielo!

¡Detente, por piedad, no así te alejes!
¿Qué va á ser de las madres doloridas
Y la esposa infeliz cuando las dejes
En llanto inútil, al partir, sumidas?
Restaña las heridas
Que del nombre español en vilipendio
Abrió á la pátria criminal demencia!
¿No ves el humo del voraz incendio
Que arrebata á los huérfanos la herencia?

Mas ¡ay! ¡vuelves los ojos y suspiras!
Y te cubres el rostro consternado
Y en torno tuyo avergonzada miras
Con el pecho oprimido y lacerado!
¡Maldito el despiadado
Que encharca en sangre la asolada tierra!
¡Maldito el pecho de acerada roca,
Fautor inícuo de la impía guerra!
¡Maldito el frenesí que la provoca!

Á MI QUERIDO AMIGO

D. GUMERSINDO LAVERDE,

CONTESTANDO Á SU ESCITACION PARA QUE EMPRENDIESE LA TRADUCCION DE «LA ENEIDA».

SONETO.

Un bálsamo es tu voz, o Gumersindo,
Un bálsamo á mi pecho lacerado;
Cuando escucho tu acento levantado,
Contigo estoy, y de mi mal prescindo.

No más á mi dolor, no más me rindo,
Sabré triunfar, merced á tu cuidado,
Si á mi tímida planta hollar es dado
La angosta senda que conduce al Pindo.

Tú aliento me infundiste y no fué en vano;
Así mi pena olvidaré..... y un dia,
Si logro del dulcísimo Mantuano

Trasladar á tu idioma la armonía,
Podrás decir, mi Gumersindo, ufano:
«Tuyo el trabajo fué, la gloria es mia.»

A MI QUERIDA HIJA DOMINICA

EN EL DIA DE SU SANTO.

¡Ángel bello, en cuyas alas
Deslumbra el oro y topacio
Cuando por el ancho espacio
Del firmamento resbalas!
Vestido hoy de nuevas galas,
Ven, y mi hogar santifica,
Y los ecos multiplica
De tu laud celestial
Para cantar el Natal
De mi tierna Dominica.
Custodio de su salud,
Vela, vela por su vida,
Y de su inocencia cuida
Con santa solicitud:
Nunca turben su quietud
Remordimientos traidores,
Y sin que ajen los dolores
De sus dias la frescura,
Marche con planta segura
Por un sendero de flores.

Tú, celestial mensajero,
Protector de los mortales,
Conjurar puedes los males
De la vida en el lindero:
A ti confiarte quiero
Los tesoros de mi amor;
Sé su más fiel guardador,
Yo te lo ruego de hinojos,
Y que ella cierre mis ojos
Cuando me llame el Señor.

LA LUNA.

En su argentado coche
¡Cuán bella se presenta, cuán graciosa
La reina de la noche
Del monte erguido tras la cresta umbrosa!
Su imágen candorosa
Copiada al natural, tiembla indecisa
En las ondas del limpio riachuelo,
Que rizándose al soplo de la brisa,
Parece alegre sonreir al cielo.

Por ella iluminada
Con estruendo y fragor se precipita
La límpida cascada
Que el blanco mate de la nieve imita;
Dirian que recita,
Despeñándose, un himno lastimero,
Y sus cien y cien hilos centellantes,
Mirados de perfil en el reguero,
Una lluvia semejan de diamantes.

Serena se derrama
Su vaga luz del bosque en la espesura,
Y entre una y otra rama
Abrirse paso al interior procura;
La espléndida verdura
Del fino césped que el recinto alfombra
Con recortes fantásticos blanquea,
Y al lado opuesto á la movible sombra
Del alto pino el tronco se platea.

¡Cuán dulce el eco blando
Oir allí del aura perfumada
Que llega saludando
Con ósculos de amor á la enramada!
Y luego la mirada
Pasear en derredor de la alta esfera
Contemplando la marcha silenciosa
De la triste y simpática viajera
Que á su caro Endimion busca celosa!

Flotante reververo,
Con sus suaves y gratos resplandores
Consuela al pasajero
Y es terror á cobardes malhechores;
De Sirio los ardores
Mitiga por doquier cuando aparece,
La negra tempestad calma y serena,
Los errantes vapores desvanece,
Y el ancho mundo de alegría llena.

¡Ven, ven, yo te saludo,
Princesa de la noche! tus senderos
Contemplo absorto y mudo
Tapizados de estrellas y luceros;
Los montes altaneros
Se ciernen por gozarte en el espacio;
Todo en tu tibio resplandor se baña,
La cúpula soberbia del palacio
Y el umbral de la mísera cabaña.

El azulado pecho
Levanta ya la mar antes dormida,
Y en su arenoso lecho
Te da, puesta de pié, la bienvenida;
Del cielo suspendida,
Por el alto zenít pura resbalas,
De la vasta extension te enseñoreas,
Y sus leyes al piélago señalas
Regulando á tu arbitrio las mareas.

«No hay Dios» dice el impío,
¡Y al blasfemar así te ve y admira!
«No hay Dios,» ¡y en su extravío
Te vuelve á ver y pertinaz delira!
¿Podrá cuando te mira
Con asombrados ojos, darse cuenta
De aquel momento en que empezó tu viaje,
De aquel próvido Sér que te sustenta,
De la mano que guia tu carruaje?

«No hay Dios» y por doquiera
Con elocuente voz su excelso nombre
Proclaman la alta esfera,
La tierra, el mar, el pez, el bruto, el hombre!
¿Hay algo que no asombre,
Algo que en ese universal concierto
No pregone su inmenso poderío,
Desde el grano de arena del desierto
Hasta el globo que flota en el vacío?

¡O lámpara sublime,
Potente iman que arrastra al oceáno!
¿Quién, quién al verte, dime,
Del Supremo Hacedor no ve la mano?
Si en su delirio insano
La torpe lengua que le niega impía
Prestar oido á la razon quisiera,
¡«Tú existes, luego hay Dios! exclamaria,
Y con santo pavor enmudeciera.

ELEGÍA

Á LA MEMORIA DE MI QUERIDA É INOLVIDABLE ESPOSA

DOÑA RITA DE VIGURI.

Doquier se vuelven mis turbados ojos
Sólo encuentran ¡cruel fatalidad!
Los míseros despojos
Del ya perdido bien: árduos abrojos,
El vacío, el horror, la soledad.
¿Por qué, sombra adorada, el raudo vuelo
Tan pronto alzaste al eternal confin,
Si al remontarte al Cielo
Debian ¡ay! en perdurable duelo
Las prendas de tu amor llorar sin fin?
Tu simpática voz era á mi oido
Lo que al prado el rocío matinal,
O al náufrago afligido
Lo que el faro en la costa suspendido
Tras la furia del récio vendabal.
Solo y mudo recorro los lugares
Que alegre un tiempo frecuentaste más:
Y acrecen mis pesares
Al ver desiertos los queridos lares
Que parecen gritarte: ¿«dónde estás»?

Te llamo ¡ay triste! al despuntar el dia
Traspasado de angustia y de dolor;
Mas ora, cual solia,
Tu voz ya no responde á la voz mia
Rebosando de júbilo y de amor.
Cuando Febo en su viaje cotidiano
Deja el carro flamígero rodar
Subiendo al meridiano,
Te llamo nuevamente, pero en vano,
Mi voz queda tambien sin contestar.
Te llamo cuando invita misteriosa
Vespertina campana á la oracion;
Y siempre silenciosa,
Mi plegaria sentida y lastimosa
No halla un ay en tu yerto corazon.
Te llamo cuando en lágrimas deshecho
Me retiro á velar y padecer;
Y al solitario lecho
Los suspiros que escapan de mi pecho
No bajas cariñosa á recoger.
Te llamo cuando fúlgida una estrella,
Borda el rico celeste pabellon;
Creyendo verte en ella,
Te trasmiten las auras mi querella
Y tampoco me das contestacion.
Te llamo cuando tal vez quiso el sueño
Compasivo mis párpados cerrar,
Y no viene risueño
Tu acento ayer tan dulce y halagüeño
Mis profundos pesares á calmar.

Te llamo cuando el ánima angustiada
Vacila y duda sin saber por qué;
Y tú, siempre callada,
No acudes presurosa á decir nada
Que nueva luz á mi ignorancia dé.
Con llanto inútil tu sepulcro riego,
Que en él hundida para siempre está
Mi calma y mi sosiego,
Y de tanto llorarte, casi ciego,
Ni en el lienzo tu imágen veo ya.
Mas ¡ay, dolor impío, impío llanto!
¿Por qué si gozas del supremo bien
Que el alma anhela tanto,
Sentir que, libre de mortal quebranto,
Sus puertas te abra el venturoso Eden?
Si dura ausencia el corazon lastima,
El tiempo volador que queda atrás
Mi espíritu reanima;
Cada sol al nacer nos aproxima
Para no separarnos ya jamás.
¡Consuelo celestial, dulce esperanza!
Torne al pecho agitado la quietud;
La dicha y bienandanza
Triunfadora conquista y afianza,
Dios lo dice, Dios mismo, la virtud.
Y á ti, de la mujer digno modelo,
Esposa casta y fiel, madre ejemplar,
¿Podria el justo Cielo,
Despues de acrisolada en este suelo,
Con usura, ángel mio, no premiar?

¿No es verdad que en la pátria donde habitas
No hay angustias, ni penas, ni dolor,
Ni miserables cuitas,
Y que nunca se ven allí marchitas
Las frescas rosas del constante amor?
Del alto Empíreo la region florida
Paréceme ¡oh ventura! verte hollar,
Y allí con nueva vida
Empuñas ya la palma merecida
Que no podrá la muerte arrebatar.
Si llegar á nosotros no te es dado,
Ni eludir es posible lo que fué
Resuelto y decretado,
El término es ya breve, yo á tu lado
Bendiciendo al destino volaré!

EL MES DE MARIA.

—Gentil zagal, contesta:
¿De dónde el regocijo inusitado
Que anima la floresta
Del uno al otro lado
Y llena de armonía el verde prado?
—Debeis ser extranjero,
Señor, en el país; en este dia
Celebra el valle entero
Piadosa romería,
Congregado en la casa de María.
La alegre primavera
Matiza ya los campos con sus flores,
Y en toda la ribera
Tributan mil loores
A la Vírgen de Mayo los pastores.
¿No veis aquella ermita
Do el sol poniente á reflejarse empieza?
Bajo su techo habita
La Madre de pureza
Que aplastó de la sierpe la cabeza

Del alma dolorida
Refugio son sus místicos umbrales,
Do logran sin medida
Los míseros mortales
El remedio seguro de sus males.
Ya vienen las zagalas;
Su sedoso cabello el aura mece,
Y á falta de otras galas
Que el arte aquí no ofrece,
Su candor virginal las embellece.
Ya suben por la senda,
Ya del templo trasponen los canceles,
Llevando por ofrenda
Manojos de claveles
Con guirnaldas de mirtos y laureles.
Al pié de los altares
Ensalzan y bendicen á María
Con místicos cantares
De fácil melodía
Que al Cielo un ángel perfumada envía.
—Gracioso pastorcillo,
¿Tan grande es vuestra fé en esa Señora?
—Podrá apagarse el brillo
De la rosada aurora,
Mas no la fé del que á sus plantas ora.
Con cánticos süaves
Pregonan su pureza al sol naciente
Los coros de las aves,
Y el aura balbuciente,
Y el rumor cadencioso de la fuente.

Del monte y la pradera
La aclaman á una voz todos los séres
Gritando á su manera:
«¡Bendita, o Vírgen, eres,
Bendita sobre todas las mujeres!»
Ni el aura vagarosa
Que por las flores del jardin resbala,
Ni la encendida rosa,
Con su perfume iguala
Al rico aroma que su nombre exhala.
Más pura que la nieve,
Más que los lirios del desierto bella,
Los ánimos embebe
La cándida doncella
Por quien Dios con el mundo la paz sella.
Por eso el vago viento
Resuena con insólita alegría,
Y sube al firmamento
La célica armonía
Del dulcísimo nombre de María.
Su cifra misteriosa
Grabó rústica mano en cada encina,
Y el haya que orgullosa
Descuella en la colina
La ostenta en su corteza blanquecina.
Mas ¿qué mucho que estalle
Del pecho agradecido la ternura,
Si talisman del valle
Benéfica le augura
Salud, y paz, y bienestar y holgura?

Estrella matutina,
Del errante y cansado peregrino
Los pasos ilumina,
Mostrándole el camino
Que recto lleva al eternal destino.
Tesoro de clemencia,
No desoye jamás á quien la implora,
Y sana la dolencia
Del alma pecadora
Que vuelta á Dios sus extravíos llora.
Si madre desolada
Ve penar moribundo al pequeñuelo,
La invoca resignada,
Que la Reina del Cielo
Nunca deja á las madres sin consuelo.
Si á nuestra humilde choza
Su negra planta el infortunio guia,
Y el alma nos destroza,
Llamamos á María
Y sucede al dolor santa alegría.
Si peste asoladora
Penetró en el aprisco infortunado,
Del valle protectora,
Desciende á nuestro lado
Y preserva los restos del ganado.
Por ella la esperanza
Sonrie al hombre en su afliccion y duelo,
Y torna la bonanza
Si al triste y mústio suelo
Negó la lluvia el irritado Cielo.

Por ella el sol de Mayo
Fecunda nuestros campos y linderos,
Y el impetuoso rayo
Perdona los viveros
Y el hayal donde triscan los terneros.
Por ella se levanta
La suave brisa que el confin orea,
Por ella la paz santa
Reside en nuestra aldea:
¡Mil veces y otras mil bendita sea!
Mirad, ya del santuario
Mística llama en los altares arde;
Ya avisa el campanario,
No quiero llegar tarde,
La Santa Vírgen, caballero, os guarde.
—Espera, dulce amigo,
Espera, que tambien yo soy creyente,
Y anhelo allí contigo
Saludar reverente
A la Madre del Dios Omnipotente.
Y tú, Vírgen María,
De cuyo trono al afligido suelo
Desciende la alegría,
Emperatriz del Cielo,
Manantial de dulzura y de consuelo;
Lucero que radiante
Del sañudo aquilon la saña enfrena,
Salud del navegante,
Purísima azucena,
Criatura sin par de gracia llena;

Protégenos, Señora,
Y aceptando propicia el triste llanto
Del mísero que llora,
Convierte su quebranto,
O Madre de bondad, en gozo santo.
Concédenos la palma
Que alcanza el justo en sus dolores fuerte:
Y al desatarse el alma
Del frágil polvo inerte
Dichosa logre en su camino verte.

A UN DESCREIDO.

SONETO.

La existencia de Dios negar osaste
Porque nunca de Dios razon te diste:
¡Miseria, vanidad! ¿Por dónde, ay triste,
Lo infinito medir imaginaste?

De su bondad en testimonio, baste
Saber que cuando ciego tal dijiste
Cual frágil caña herido no caiste
Del rayo vengador que provocaste.

Si por no comprenderle así deliras,
Y hay lógica en tu vil materialismo,
Niega si puedes cuanto en torno miras,

El ancho mar, los mónstruos de su abismo,
La tierra, el cielo, el aire que respiras,
Y niégate, por último, á ti mismo.

A MI QUERIDA HIJA CASILDA

EN EL DIA DE SU SANTO.

(Leipzig, Abril de 1867.)

¿Ves qué hermosa es la pradera
Cuando por mayo florece,
Y á las abejas ofrece
Rubia miel y blanca cera?
¿Ves cómo luce hechicera
Su espléndido y rico manto?
Pues mira, aunque á tal encanto
Yo insensible nunca fuí,
Más linda te encuentro á ti
En el dia de tu Santo.
¿Ves el pintado jilguero
Que vuela de rama en rama,
Meciéndose en la retama
Del solitario lindero?
¡Qué jugueton, qué parlero!
¿No da delicia su canto?
Pues mira, aunque vale tanto
Y absorto siempre le oí,
Más linda te encuentro á ti
En el dia de tu Santo.

No hay aquí exageracion:
Si uno de otro estamos léjos,
No se extinguen los reflejos
Del tuyo en mi corazon.
Dios te dé su bendicion
Y te preserve entre tanto
De toda pena y quebranto,
Mientras que el alma, hija mia,
Un dulce beso te envía
Con motivo de tu Santo.

EL MAR.

Præceptum posuit et non præteribit.
SALMO 148.

¡El mar, el vasto mar! ¿Del negro caos
Un mónstruo salir pudo semejante?
Y osar pudieron las ferradas naos
Cabalgar sobre el dorso del gigante?
¿Y audaz el navegante
Loco y ciego arrostrar su saña fiera?
¿Y en brazos de la ciencia ¡ciencia vana!
Saltar indiferente la barrera
Que el Cielo opuso á la codicia insana?

¡Espíritu de Dios, tú resolviste
Duro freno imponer á su violencia
El dia que á tu voz brotar le hiciste
De la nada á la luz sin resistencia:
Tu sábia omnipotencia
«De ahí no pasarás,» le dijo, viendo
Su cólera implacable; y él rabioso
Comenzó á entumecerse discurriendo
Por su cárcel de arena sin reposo.

¡Mirad, mirad cuál gime aprisionado,
Y brama de coraje y se levanta,
Y se agita y se encrespa alborotado,
Y al inmóvil escollo se adelanta!
¿A quién, á quién no espanta
Ver la fúria infernal con que acomete
Cuando nadie á la lidia le provoca,
Y oir los golpes del tremendo ariete
Que van á herir la inquebrantable roca?

Ya de frente colérico la escala,
Ya de táctica muda y la flanquea,
Y trepa altivo y con fragor resbala,
Y de nuevo la ciñe y la rodea!
Y vuelve á la pelea,
Y otra vez y otra el acerado pecho
Con cien golpes y cien ruidoso abruma,
Y en trozos de cristal rueda deshecho,
Envuelto en copos de liviana espuma.

Pero así como tigre sanguinario
Que el aprisco forzar tal vez no pudo
Se abalanza al viajero solitario
Que inerme vió sin protector escudo;
Así fiero y sañudo
Se arroja al débil fatigado leño
Que perdido el timon auxilio implora,
Y en él se ceba con tenaz empeño,
Y le vence y le rinde y le devora.

¡Qué de víctimas, cielos, á su gula
Por todas partes inmoló iracundo!
¡Qué de tristes despojos acumula
Ese inmenso sarcófago del mundo!
Bajad á lo profundo!
Del mísero naufragio en los confines
Vereis bullir el escamoso bando
Que se apresta á sus hórridos festines
Los palpitantes miembros aguardando!

Si de tantos roidos esqueletos
Hoy se animara la desnuda frente,
Si el Cielo permitiera en sus decretos
Que á la vida tornaran nuevamente,
No habria continente
Do albergarse pudiera esa milicia
Dispersa ahora en el profundo osario;
Que del mónstruo, insaciable en su codicia,
Todo siglo y país fué tributario.

Allí europeos, mejicanos, moros,
Con los de Asia se encuentran confundidos;
De Cartago y de Roma los tesoros,
De Sidonia y Damasco los tejidos!
¡Allí yacen sumidos
En sempiterna noche los secretos
De edades que pasaron; obras de arte,
Estátuas, joyas, armaduras, petos
Y las máquinas mil que ideó Marte!

Y si tanto poder tiene amarrado
A la arena y peñascos de su lecho,
¿Qué no hiciera lanzándose irritado
Por el valle, y la linde, y el barbecho?
¿Si un dia en su despecho
Los cerros y los montes se tragara,
Y subiendo y subiendo entumecido
El cetáceo informe procreara
Do las águilas hoy tienen su nido?

Pero tú, tú Gran Dios, leyes le diste
Y tu precepto su bravura enfrena;
Que á tu voz poderosa no resiste
Ni mar que ruge, ni aquilon que truena.
Si pasma y enagena
La más imperceptible yerbecilla
Que arraiga entre dos áridos sillares,
Tu infinito poder, ¡cuánto no brilla
En el diáfano espejo de los mares!

LA VIDA RURAL.

O fortunatos nimium sua si bona nôrint
Agricolas! . . . . . (VIRG.)

¡Mil veces venturoso
Quien las pompas mundanas da al olvido,
Y allega el pan sabroso
Que rinde agradecido
El fértil suelo por la reja hendido!
En sus amados lares
Nunca penetra la inquietud sombría,
Y exento de pesares,
Al Cielo se confía
Bendiciendo la luz del nuevo dia.
Ni malogrado empeño,
Ni desmedido afan viene importuno
A corromper su sueño,
Y sin temor alguno
Saborea el agreste desayuno.
Jamás la envidia ciega
Turbó la santa paz de su morada,
Ni á darle susto llega
Discordia emponzoñada,
La cabeza de sierpes erizada.

Gozoso en su casita,
No conoce ni anhela otras regiones
Que el valle donde habita
Feliz entre los dones
Con que Céres colmó sus ambiciones.
No alojan en su pecho,
Sencillo y sin doblez, negras ruindades,
Y olvida en el barbecho
Las locas vanidades
Que fijaron su asiento en las ciudades.
El ponderoso arado
Impone previsor y diligente
Al buey ya descansado,
Que dócil y obediente
Doblar al yugo la cerviz consiente.
Guiando su pareja
El duro suelo con rigor castiga,
Y al empuñar la reja
Con que á la tierra obliga
Humilde pide á Dios que la bendiga.
¡Cuán bello le parece,
Pasadas nueve lunas, aquel llano,
Al ver que arraiga y crece
Doquier fecundo el grano
Confiado á la tierra por su mano!
Nacido el sol apenas,
Del cuarto mes á las primeras horas
Pregunta á sus colmenas
Si las trabajadoras
Se emperezan ó están madrugadoras.

Ya alegre sus corderos
En el prado recuenta y examina,
Ó encauza á los viveros
El agua cristalina
Que vertió el manantial de la colina;
Ya ciega los pantanos,
Ó tomando la corva podadera,
Recorre los manzanos
Que bordan la ribera,
Y los limpia y los monda y aligera.
Del trigo ya maduro
Cuando ve las gavillas hacinadas,
¡Con qué placer tan puro
Las mira aseguradas
Contra el Sur, y las nieblas y tronadas!
Doquier vuelve los ojos
Contempla ufano el abundoso fruto
Que halaga sus antojos,
Pues monte, llano y bruto,
Todos le pagan á su vez tributo.
La vid le da buen vino,
La oveja carne, leche, y los bellones,
El huerto blanco lino,
Y el encinar montones
De grana con que engorda sus lechones.
Y cuando en la montaña
Desatado aquilon ruge altanero
Con furibunda saña,
Y el aterido Enero
Tiene al buey en su establo prisionero;

Sentado ante la hoguera,
Se rie del furor con que domina
Rabioso por afuera,
Y alegra su cocina
Con rudos troncos de apilada encina.
Allí encuentra á sus hijos,
Y á la hermana y abuela cariñosa,
Los ojos en él fijos;
Allí su amada esposa,
Que al verlos juntos de placer rebosa.
Despues que le han servido
Cena limpia y frugal segun costumbre
Junto al hogar querido,
Conversan á la lumbre,
Sin mezcla de enojosa pesadumbre.
¡Con qué atencion le escucha
La amable sociedad allí presente
Cuando habla de la lucha
Que su mastin valiente
Sostuvo con un lobo frente á frente!
Comentan las historias
Que el viejo mayoral les ha contado,
Sus marchas y victorias,
Y esfuerzo mal premiado
Allá en los tiempos en que fué soldado.
Y cuando ya agoniza
La llama que envolvia al postrer leño
Deshecho en la ceniza,
Desarrugado el ceño,
Se van á reposar con blando sueño.

¡Feliz quien no ha corrido
Del tempestuoso mundo los azares,
Y léjos de su ruido,
Sin cuitas ni pesares,
La paz y dicha encuentra en sus hogares!

COMPENSACION.

SONETO.

De montañas altísimas circuido
Se apoya en un ribazo el triste Puras,
Aldea de diez casas mal seguras
Que ningun arquitecto ha dirigido:

Jamás del mundo bullicioso ruido
La paz turbó de aquellas criaturas,
Que en plena luz aún, quedan á oscuras,
Sin sol en su horizonte reducido.

Tasajo, negro pan, pobres legumbres
Bañadas de sudor, son sus manjares:
¡Qué ignorancia revelan sus costumbres!

¡Qué miseria suponen sus ajuares!
Pero en cambio las negras pesadumbres
Nunca toman asiento en sus hogares.

ANACREÓNTICA.

¿Por qué, por qué tu frente,
Nó há mucho tan serena,
Se nubla, y á los ojos
Asoma la tristeza?

¿Por qué, dime, á tu lábio
La voz acude apenas,
Y lánguido sonries
Cual si llorar quisieras?

Descorcha, mi Periandro,
Descorcha otra botella,
Y el espumoso vidrio
Cien veces dé la vuelta.

De sobra un dia y otro
Vendrán, aunque no quieras,
A dar tormento al alma
Los sustos y las penas.

Dispon verde corona
De pámpanos y yedra
Para que ornar las sienes
Del sacro númen puedas;

De aquel que con su soplo
La dulce risa engendra
Y del pesar oculto
Borrar sabe las huellas.

Dador del regocijo
Le llaman los poetas,
Brindemos al gran génio
Que honrar quiso las cepas.

Cantemos sus virtudes,
Cantemos la excelencia
Del zumo deleitoso
De Chipre y Cariñena.

Frecuentes libaciones
Hagamos de ese néctar,
Que el ceño desarruga
Y el júbilo fomenta.

Las negras inquietudes
Con él desaparezcan,
Bebamos, mi Periandro,
Que Baco así lo ordena.

Gocemos ya que el númen
Propicio se nos muestra
Las horas fugitivas
Que rápidas se alejan.

Sonoras carcajadas,
Alegres cantinelas
Resuenen bulliciosas
En torno de la mesa.

Bebed, hasta que el vidrio
Se canse de dar vueltas
Y trunque las palabras
La entorpecida lengua.

Chispeantes de alegría
Los ojos se revuelvan,
Y el ruido y el estruendo
Los techos estremezca.

Mas cómo, las paredes
¿No veis cual bambolean,
Y al par se multiplican
Las luces por doquiera?

Morfeo, pronto, pronto,
Franquéanos las puertas
Del solitario alcázar
Do habita la pereza.

Y tú, Periandro mio,
Descorcha otra botella,
No tardes, que ya al sueño
Los párpados se cierran.

LOS ÁRBOLES PARLANTES.

FÁBULA.

En un intrincado bosque
Se alzaban entre otros árboles
Tal cual empinado fresno,
Tal cual encina gigante.

Crecia entre ellos un Pino
Que por su talla y su talle
Al más poderoso buque
Pudiera servir de mástil.

Un desmedrado Alcornoque
Celos tuvo al contemplarle,
Y hablando con cierto Chopo,
Cambió con él estas frases:

«¡Qué te parece, vecino!
¿Ves qué altivo y arrogante
Se levanta ese orgulloso
Lanzándose por los aires?

»Parece que allá en las nubes
Quiere esconder su ramaje,
Cual si ya se avergonzara
De tratar con sus iguales.

»Diez años há con nosotros
No podia compararse,
Y ya ves que al lado suyo
Parecemos dos rapaces.»

—«Tienes razon, dijo el Chopo,
Ya no hay paciencia que baste
Para sufrir unos medros
Que tanto daño nos hacen.

»Desde aquí estoy contemplando
Que hay en su copa señales
De súcias manchas que un buho
Dejó en ella al acostarse.

»Veo tambien que una rama
Se tuerce un poco, y ya sabes
Que estos, querido Alcornoque,
Son defectos garrafales.»

—«Horribles, repuso el otro,
Y es preciso antes con antes
Pedir á los leñadores
Que al punto le despedacen.»

Oyó el diálogo un Laurel,
Y sin poder dominarse,
Montando en cólera dijo:
«No prosigais, botarates.

»Cuanto estais aquí charlando
De una alma pérfida nace,
Consecuencia de la envidia
Que os devora como un cáncer.

»Si á ti te quitan el corcho,
Si á ti la pompa y follaje,
Solo sois un par de leños
En que no repara nadie.

»¡Y murmurais porque un Pino
Sobre vosotros alzándose
Trae honor á la floresta
Y á todos sus habitantes!

»Si patriotismo tuviérais,
En vez de herirle mordaces,
Debiérais con justo aplauso
En su carrera alentarle.

»Quizá dijeran un dia
Viéndole cruzar los mares:
¡En las florestas de España
Nació aquel árbol: miradle!

»Yo le consagro un renuevo
De mi triunfador ramaje,
Para hacer una guirnalda
Con que un dia coronarle.

»¡Y os quejais cuando otros bosques
Nos acriminan y abaten
Pregonando que mezquinos
Son aquí todos los árboles!»

Calló el Laurel indignado,
Quedóse en silencio el valle
Y confundida la envidia
Con tan sentidas verdades.

No extrañeis que el extranjero
Nos desprecie y nos ultraje,
Si perseguís envidiosos
Cuanto aquí teneis de grande.

LA SALVE.

SONETO.

Al extremo de un valle deleitoso,
Que el Tiron ameniza cristalino,
Pobre ermita se ve junto al camino
Consagrada á la Vírgen de Pedroso.

Como en puerto seguro de reposo,
Allí busca refugio el peregrino,
Y el anciano pastor, y el campesino,
Y la doncella del confin piadoso.

De sonora aunque rústica armonía
Conciertan una salve: y aquel canto
Con que acordes invocan á María

Sus hijos á una voz, merece tanto,
Que á los Cielos un ángel se le envia
Palpitante de amor y gozo santo.

EL LAUREL Y EL TORRENTE.

FÁBULA.

Crecia verde Laurel
A la orilla de un Torrente,
Cuya inconstante corriente
Por celos riñó con él.

«A mí me debes, decia,
Cuantos vástagos arrojas,
Y la sávia de tus hojas,
Y tu aroma y lozanía.

»Desde mi alto nacimiento
Bajo hasta ti sin rubor,
Y con riego bienhechor
Te doy vida y te fomento.

»Sin el raudal que te baña,
¿Qué serias, desdichado,
Pobre arbusto abandonado
A los piés de esa montaña?

»De tu follaje altanero
Tejerá mano discreta
Guirnaldas para el poeta,
Coronas para el guerrero.

»Mas no te envanezcas, nó,
Del génio al ceñir las sienes,
Pues cuantas virtudes tienes
Son mias, y triunfo yo.»

Tranquilo escuchó el Laurel
Del Torrente la invectiva,
Y con alma compasiva
Tuvo gran lástima de él.

«Ingrato, dijo, no soy,
Pues te pago con usura
En la sombra y la frescura
Y el perfume que te doy.

»Si á la virtud que atesoras
Debo tan solo el ser tal,
Haz que brote aquel zarzal
Estas ramas triunfadoras.

»Laurel soy por dicha mia,
Y á mi condicion le debo
El tener tal cual renuevo
Que llegue á corona un dia.

»Yo viviré en la memoria
Del bueno á quien honra dí,
Porque siempre verá en mí
Un recuerdo de su gloria.

»Mientras tu pobre raudal
Que las lluvias han nutrido
Se quedará reducido
A un estéril cantijal.

»No desconozco ni olvido
Los favores que enumeras,
Aunque hacérmelos debieras
Más grandes con ménos ruido.

Así el Laurel contestó
Profético y elocuente,
Porque se secó el Torrente,
Y él en guirnaldas vivió.

LA ROSA Y LA ABEJA.

FÁBULA.

«Anímate, no llores, pobre Rosa,
Con acento profético decia
Parda abeja zumbando bulliciosa
En torno de un rosal de Alejandría.

»La densa niebla que tenaz te envuelve
Robando á las miradas tus primores,
Y en lágrimas tu dulce humor resuelve,
Y un momento oscurece tus colores;

»Aunque abrume tus pétalos celosa,
Y sin tregua en tu mal traidora influya,
No ha de triunfar de ti, modesta Rosa,
Y al cabo la victoria será tuya.

»Lucirá claro el sol, y á su presencia
Del verjel huirá desvanecida,
Y su misma fatal malevolencia
Nuevo lustre ha de darte y nueva vida.

»Verás cómo á tu espléndido ropaje
La más preciada púrpura no iguala,
Viniendo á ser tras el pasado ultraje,
La gloria del pensil, su ornato y gala.»

Con su pérfido aliento así la envidia
Pretende oscurecer la agena fama;
Ruin y cobarde contra el bueno lidia,
Y su ponzoña por do va derrama;

Mas luego el sol de la verdad alumbra,
Las sombras del error al fin ahuyenta,
Y á su pesar al perseguido encumbra
Que tantos triunfos como ultrajes cuenta.

LA GATA Y LA GOLONDRINA.

FÁBULA.

«¡Vaya un nido original!
Dijo á cierta Golondrina
Una Gata que ladina
Miraba desde el corral.

»Si he de ser franca en un todo
Como el caso lo merece,
Más que fábrica parece
Una pellada de lodo.

»Si está firme no disputo,
Eso tú te lo sabrás,
Pero no he visto jamás
Artefacto más en bruto.

»Puedes estar satisfecha
De tu industrioso trabajo,
Que parece desde abajo
Una escudilla mal hecha.

»Huerta y soto ayer rondé
Dando á las aves un susto,
Pero nido de peor gusto
En ninguna parte hallé.»

La ultrajada ave parlera
Con quién se las há no ignora,
Y aguardó á que la oradora
Su discurso concluyera.

Entonces cuerda y sensata
Replicó desde el alar:
«Dejarás tú de arañar
Cuando dejes de ser Gata.

»Si quieres que á tu censura
Conceda yo algun valor
Muéstrame antes, por favor,
Que entiendes de arquitectura.

»Demos que el nido esté mal,
Tan mal como tú ponderas:
¿Apostemos cuanto quieras
A que no haces otro igual?»

No insistió la charlatana,
Y avergonzada se aleja
Colándose por la reja
De una entreabierta ventana.

Hermógenes que jamás
Dió muestras de inspiracion
Critica sin compasion
Cuanto escriben los demás.

Cuando ciego desatina
Ó envidioso disparata
Recuerdo lo que á la Gata
Contestó la Golondrina.

CUENTOS DE COLOR DE ROSA.

Á MI QUERIDO AMIGO

D. ANTONIO DE TRUEBA.

Admiro la inspiracion
De tus libros, dulce Trueba,
De que una elocuente prueba
Sus bellas páginas son:
Arrastrado el corazon
Por su mágia poderosa,
Siento que el mio rebosa
De júbilo, cuando leo
Y analizo y saboreo
Tus *Cuentos color de rosa.*
¡Color de rosa! hice mal
Fijándome solo en ellos;
Todos los tuyos son bellos,
Y en todos te encuentro igual:
Consoladora moral
Fluye siempre del asunto;
Y del casto amor trasunto,
¡Cuán vivamente interesan,
Y seducen y embelesan
Los detalles y el conjunto!

¿Quién que leido los haya
No envidia al gallardo mozo
Que llena el alma de gozo
Sale al campo con su laya?
No hallarás quien con Vizcaya
Firmar no quiera las paces
Si ve la pintura que haces
Cuando de sus caseríos
Las costumbres y amoríos
En dibujar te complaces.
¡Qué fondo de sencillez
En tus nobles aldeanos!
¡Qué laboriosos, qué humanos,
Qué probidad, qué honradez!
Del éuskaro suelo prez
Por su ingénita bondad,
En la grata soledad
De aquella feliz region
Parecen una excepcion
De la flaca humanidad.
Distínguese, caro Trueba,
Tu país por el amor
Con que al ageno dolor
Acude en dias de prueba:
Justa fama en eso lleva,
Pero añadir es preciso
Que piadoso el Cielo quiso
Reservar para los Vascos
Entre sus verdes peñascos
Un cuadro del paraiso.

¿A quién no consuela ver
Aquel anciano discreto
Que enseña, jugando, al nieto
Las nociones del deber?
¿Y aquella santa mujer,
Alma y gloria del cortijo,
Que con afan tan prolijo
Combate, llena de uncion,
La torcida inclinacion
De su atolondrado hijo?
¡Qué gentil, qué encantadora
La zagala diligente
Que camino de la fuente
Va pensando en el que adora!
¡Cuál sus mejillas colora
Suave tinte virginal
Cuando al fresco manantial
Pocos momentos despues
Apasionado y cortés
Viene á verla su zagal!
¡Cuánto amor ha revelado
La tiernísima mirada
Con que la jóven turbada
Saluda al recien llegado!
Y el mancebo afortunado,
Tanto como ella dichoso,
Bajo el álamo frondoso
Que cobija el verde asiento
¡Cuál renueva el juramento
De ser un dia su esposo!

Al oirlo la doncella
Le sonrie agradecida,
Cada vez más encendida,
Pero cada vez más bella,
El pudor su lábio sella,
Y al notar que el tiempo avanza,
Se despide sin tardanza
Con un elocuente adios
Que encierra para los dos
Un poema de esperanza.
¡Qué noble aquel campesino
Que, cuando á su puerta toca,
Se quita el pan de la boca
Por dársele al peregrino!
¡Y aquel honrado vecino
Que cual ángel tutelar,
Si sabe que en el lugar
Reñidos se encuentran dos,
Ante el mundo y ante Dios
Los viene á reconciliar!
Quizá dirán que al poner
Tus ídolos en accion,
No los pintas como son,
Sino como deben ser;
Y que inventando á placer
Maravillas y portentos,
Si á los héroes de tus Cuentos
Tal carácter les apropias,
Es que á ti mismo te copias
Con tus mismos sentimientos.

Yo no sé si á la verdad
Procede tal objecion;
Si hay en ti exageracion,
O si todo es realidad;
Mas dado que tu bondad
Llevar quiera á los lectores
Por un sendero de flores,
Yo descubro cuando ménos
Que á su turno con los buenos
Figuran los pecadores.
Proceder tan racional,
Mi siempre querido Trueba,
Claramente al mundo prueba
Que tu pluma es imparcial:
Si alguien, juzgándote mal,
Califica de locura
Tanto encomiar la dulzura
De tus paisanos, confieso
Que más que locura en eso
Veo laudable cordura.
Un mundo desconocido
Descubres ante mis ojos,
Ménos sembrado de abrojos,
Más apacible y florido:
Contemplándole abstraido,
De santo gozo me inundo,
Y con júbilo profundo
Que mis amarguras calma
Digo en el fondo del alma:
¡Quién viviera en ese mundo!

LA HUERFANITA.

¿Qué tienes, dí, pobre niña,
Que con tan honda afliccion
Miras al cielo y te quejas,
Y el llanto embarga tu voz?

—¡Ay! que mi madre adorada
Seis dias hace murió
Y sola quedo en el mundo
Sin otro amparo que Dios.

—No así te apenes, hermosa,
Ten confianza y valor,
Que siendo Dios quien te ampara,
No quedas tan sola, nó.

Mira esa abeja que alegre,
Posándose en una flor,
Bebe el néctar delicioso
Que en su cáliz encontró;

Y aquel bello pajarito
Que aletea jugueton
Persiguiendo entre las hojas
Al insecto roedor:

Pues si al pájaro y abeja
La Providencia acudió,
¿Podrá nunca abandonarte,
Siendo tan bueno el Señor?

—¡Ay, cuán dulce y regalada
Suena en mi oido esa voz!
Gallardo y gentil mancebo,
¿Quién sois, decidme, quién sois?

—Tu hermano, tu fiel amigo,
Tu constante protector,
Un guardian, un centinela
Que de tus huellas va en pos.

¿De dónde eres?—De aquel pueblo
Que baña el limpio Tiron,
Noble cuna, segun dicen,
De Alfonso el Batallador.

—Belorado, le conozco,
Pero más que ese blason
Le honra su firme esperanza,
Su fé en la Madre de Dios.

En aquel lindo santuario
Que Belen apellidó
¡Cuán dulcemente resuenan
Las protestas de su amor!

Protestas que á los querubes
Llenan de santa emocion,
Y van á depositarlas
Ante el trono del Señor.

Y ¿qué haces aquí?—Del valle
Recogiendo flores voy
Antes que ajar su hermosura
Logren los rayos del sol.

Tejer quiero una guirnalda
Para ofrecérsela hoy
A nuestra Excelsa Patrona
Refugio de mi dolor.

Me han dicho que si á la Vírgen
Quiero mucho, y buena soy,
Volveré á ver á mi madre:
¿Será así? ¿lo creeis vos?

—Volverás sin duda á verla
Pero en un mundo mejor,
No aquí abajo donde habita
La negra tribulacion.

Para lograrlo, un consejo
Que no has de olvidar, te doy:
Dos guirnaldas á María
Necesitas tejer, dos:

Una con flores del campo,
Trasunto de su candor;
Otra con rosas del alma,
Con flores del corazon.

La primera al débil soplo
De cierzo desolador
Pierde su aroma y frescura
Con una muerte precoz;

La segunda, como ofrenda
De otro terreno mejor,
Tiene fragancia y matices
De más larga duracion.

Pero cálmate, no llores,
Ten confianza y valor,
Que siendo Dios quien te ampara,
No quedas tan sola, nó.

Dice: y observa la niña
Que cual saeta veloz
Va remontando los aires
Su bello interlocutor.

Es el Ángel de la Guarda
Que cumplida su mision
Traspone ya de las nubes
El encendido arrebol.

Entónces la huerfanita
Se arroja en brazos de Dios,
Y siente inundado el pecho
De gozo consolador.

No teme ya quedar sola,
Pues tiene la conviccion
De que por ella vigila
Su invisible protector.

Y en lugar de una guirnalda,
Desde aquel suceso, dos
Para el altar de la Vírgen
Cada sábado tejió:

Una con flores cogidas
En el valle encantador;
Otra con rosas del alma,
Con flores del corazon.

Á LA MEMORIA DE LA VIRTUOSA É INFORTUNADA TEÓFILA. [1]

SONETO.

No bien hollaste la anhelada arena
Que el cantábrico mar inquieto baña,
Y el sol apenas de la madre España
Su luz te envia de esperanzas llena;

Sin respeto á tu dicha ¡horrible pena!
La Parca impía con tremenda saña
Rápida agita la feroz guadaña,
Y á su carro invisible te encadena.

¡Tristura, soledad, eterno duelo,
Dejaste en pos de ti, sombra querida!
¿Quién á tu esposo le dará consuelo?

Quién hará dulce á tu Isabel la vida?
Mira nuestro dolor, y desde el Cielo
Vela por ella y de su padre cuida.

(1) Hermana política del autor: falleció en el Lazareto de Vigo el 21 de Agosto de 1864.

EL MONASTERIO DE SAN VITORES.

Á MI VENERADO AMIGO Y PAISANO

EL SR. D. NICETO GOMEZ Y MARTINEZ,

DEAN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE SALAMANCA.

Orilla del Tiron, sobre un collado
Que el verde valle por doquier domina
De Fresno á Belorado,
Álzase un Monasterio abandonado
Que al cielo se avecina.

De aquel altivo risco en la aspereza
Recordaba la fé en tiempos mejores
La santa fortaleza
Con que dió al corvo alfanje su cabeza
El ínclito Vitores.

Del Oca al Ebro en larga romería
Variada multitud allí trepaba
Radiante de alegría,
Y el sepulcro del mártir en su dia
Piadosa visitaba.

Tan solo el rio en su perenne viaje
Hoy humilde le arrulla y le acompaña
Rindiéndole homenaje,
Y el extremo inferior de su ropaje,
Leal amigo, baña;

Que del Santo Patrono en su corriente
La sangre recogió, sangre bendita,
Y pasa reverente
Cantando con su linfa trasparente
Las glorias del Levita.

Ya la alegre campana del Convento
Que en la alta cima del peñon se eleva
No dá su voz al viento,
Ni el matutino canto al firmamento
El rúbio arcángel lleva.

Hoy todo es soledad: ningun rüido
Turba la calma del sagrado cerro,
Que yace en triste olvido,
Cual rey que de su trono ha descendido
Y gime en el destierro.

¿Dónde están, justo Dios, esos varones
Que perfumando ayer las soledades
Con santas oraciones,
Te hacian olvidar de las naciones
Los vicios y maldades?

¿Cuál ofensa de todos ignorada
Concitó contra sí del ciego mundo
La ira destemplada,
Que crüel los lanzó de su morada
Con ódio tan profundo?

Allí encontraba con amor creciente,
Repasando aquel pórtico divino,
Hartura el indigente,
Jordan reparador el penitente,
Descanso el peregrino.

De aquel alcázar que buscando el cielo
Su cabeza levanta majestuoso
Con atrevido vuelo,
A cada nuevo sol nuevo consuelo
Bajaba al valle umbroso.

Mas ¡ay! como el cordero que aterrado,
Viendo al lobo vagar por la pendiente,
Renuncia al verde prado,
Y en oscuro redil aprisionado
Su saña hace impotente;

Del templo así la mística pradera
Los ungidos de Dios abandonaron
Huyendo de la fiera,
Y dispersos allá en otra ribera
La salvacion buscaron.

¿Qué sacrílega mano forzó impía
El arca del Señor, y su riqueza
Sembrando por la via,
Profanó de Sion en pleno dia
La invicta fortaleza?

Siniestro el buho pavoroso grita
Rondando la mansion hoy solitaria,
Donde el silencio habita,
Donde ya enmudeció del cenobita
La férvida plegaria.

Fijó del cláustro en el recinto oscuro
Minador el reptil su madriguera,
Y el carcomido muro
Taladran ya con éxito seguro
Las zarzas por afuera.

Dan volteando con lúgubre gemido
Las veletas en noche tempestuosa
Su adios á los que han sido,
Y el sueño duermen del eterno olvido
En la tranquila fosa.

Si á través de los largos corredores
El ronco trueno con fragor retumba,
Dirian que á Vitores
Tributa ya los últimos honores
En su olvidada tumba.

Yo te saludo, asilo venerando;
Si eclipsó tu esplendor la infernal fúria,
El tiempo que rodando
Los humanos destinos va cambiando
Sabrá borrar la injuria.

Trueque Dios en dulzuras los pesares:
La victoria será entonces completa;
Y un dia en tus sillares
El eco vibrará de los cantares
Y salmos del Profeta.

FÍLIS Y LISANDRO.

IDILIO.

Sentada se halla Fílis
Orilla de una fuente
Bajo un toldo de lilas,
Retamas y laureles.

Contempla taciturna
Las aguas trasparentes
Que en un breve remanso
Dormidas se detienen;

Mas luego juguetonas
Un largo viaje emprenden,
Y entre las pardas guijas
Saltando van alegres.

Al verlo la zagala
Suspira tristemente
Y dos líquidas perlas
Sus ojos humedecen.

«Así son ellos, dice,
Se alejan y no vuelven,
Y el bien amado olvidan
Allá en otros verjeles.»

Un ruiseñor entónces
Que el casto nido tiene
Del fresco laberinto
Entre las ramas verdes,

En torno de su amada
Que en blando lecho duerme
Sus amorosos trinos
Ensaya dulcemente.

«Aun hay en estos montes,
Pensó la niña, séres
Que al pátrio hogar retornan
Porque de veras quieren.»

De súbito á su espalda
Percibe un rumor leve;
Observa, era Lisandro
Que en busca suya viene.

Tras dos años de ausencia
De luengas tierras vuelve,
Gallardo como nunca
Rendido como siempre.

UN CLAVEL.

Á MI QUERIDA NIETECITA MARÍA.

¡Pura, inocente María,
En cuya dulce mirada
Ven tus padres dibujada
La esperanza y la alegría!
Si no puedes todavía,
Con fruto mi voz oir,
Cuando sepas discurrir
Por consentirlo tu edad,
Medita en la soledad
Lo que te voy á decir.
Si allá en el fresco verjel
Notas que rompe el boton
Y sale de su prision
Un encendido clavel,
Conversa un rato con él
En íntima confianza,
Y no pierda la esperanza
Tu espíritu observador
De encontrar en esa flor
Muy provechosa enseñanza.

Pregúntale cómo vino
Al solar donde nació,
Qué modista le adornó
Con traje tan peregrino;
Por qué ignorado camino
Subió del tronco á la rama,
Quién sus colores inflama,
Y á quién debe la excelencia
De la purísima esencia
Con que el recinto embalsama:
De qué modelo acabado
Copió su sin par belleza,
Qué artista con tal destreza
Sus hojas ha recortado;
Cuándo, cómo, y quién le ha dado
La fecundante semilla
Do por rara maravilla
Mil y mil claveles duermen
Escondidos en el gérmen
De su cáliz sin mancilla.
Si responde, que obligada
Todo eso le dió la tierra,
Dile, hija mia, que yerra,
Ó que eso no es decir nada;
Pues la tierra, preguntada
Cómo obró tan gran portento,
Contestaria al momento
Que tan rara pulcritud
Es debida á la virtud
Del sol, del agua y del viento.

Y preguntados los tres,
¡Sabe Dios lo que dirian,
Y adónde nos llevarian
Tales pesquisas despues!
Que aunque crédito les dés
Y el prodigio á su manera
Cada cual exponer quiera,
Tras de tanto y tanto andar
Vendríamos á parar
En una causa primera.
Pero nó, no dirá tal
Mi perfumado clavel;
Si hablas en sério con él
Contestará muy formal:
«Existe un Sér primordial,
De quien todo sér procede,
Un Sér que todo lo puede,
Un Sér que todo lo llena,
Y esta gran máquina ordena
Con cuanto en ella sucede.
»Él me dió tantos primores,
Y la gala y el perfume,
Y el secreto que resume
Mis virginales amores;
Por él se pintan las flores,
Por él se rien los prados,
Por él trinan concertados
En retamas y tomillos
Por doquier los pajarillos
Ricamente matizados.

»Ámale, niña inocente,
Pero que exceda tu amor
Al del jilguero y la flor
Que le ensalzan diariamente:
Mientras ese amor te aliente
De la vida en el desierto,
Ten, hija mia, por cierto
Que no ha de olvidarte á ti,
Cuando se cuida de mí,
Pobre planta de este huerto.»
Eso el clavel te diria
Con su franca sencillez,
Y yo soy eco á mi vez
De su lenguaje, María:
Si contemplas algun dia
Sus hojas de terciopelo,
Alza el espíritu al Cielo,
Bendícele en tu retiro,
Y exhala un tierno suspiro
Por tu cariñoso abuelo.

LA CARIDAD.

A MI QUERIDO Y VENERADO CATEDRÁTICO

EL ILUSTRÍSIMO SEÑOR

D. HONORIO MARIA DE ONAINDIA,

OBISPO DE HUESCA.

¡Matrona angelical, Caridad santa,
Celeste emanacion, amor de amores,
Misteriosa viajera, cuya planta
Los punzantes abrojos torna en flores!
¿Por qué de los dolores
Te lanzas ¡ay! por la escabrosa senda?
¿Por qué registras los sombríos lares,
Y recorres la mísera vivienda,
Tenebrosa mansion de los pesares,
Lugar de sufrimiento,
Do fijaron las lágrimas su asiento?

Mas ¡ay! es tu mision, mision divina
Cerca del triste y angustiado suelo,
Y el querub que tus pasos encamina
Se asombra de tu amor, Hija del Cielo!
Tú llevas el consuelo,
Tú la dulce esperanza al afligido:
Por ti recobra aliento el que padece,
Por ti se vuelve á Dios el desvalido
Que en el yermo tugurio desfallece,
Y sin testigos llora,
Y tu amorosa proteccion implora.

Cual la rosa que abierta de mañana
Por dar su bienvenida al sol naciente
Con la esencia purísima qùe mana
Su cáliz virginal baña el ambiente,
Y mata el pestilente
Vapor que difundió ráfaga impura
De inmundo cenagal; así la estancia
Donde habita el dolor y la amargura
Respira al verte celestial fragancia
Sanando cuanto toca
El balsámico aliento de tu boca.

Semejándote á Dios de quien procedes,
Tu poder y virtud á todo alcanza,
Y tus dones otorgas y concedes
Sin torcer caprichosa la balanza:
Ventura, bienandanza
Logra en ti el siervo fiel y hasta el malvado:
Así la llúvia que los campos riega
Desciende bienhechora en igual grado
Al cerro inculto y á la fértil vega;
Así cae el rocío
Sobre el campo del justo y del impío.

Tú á la débil y tímida doncella
El espíritu das del varon fuerte;
Por ti se asusta al tropezar con ella
Cobarde ante sus víctimas la muerte;
Tu fuego la convierte
En un ángel de amor; y el desgraciado
Que abrirse ve la tumba solitaria,
Ya en el lecho mortuorio desahuciado,
Movido á contricion por tu plegaria,
Sin pena da la vida,
Dispuesta el alma á la final partida.

Cuando fiebre maligna la comarca
Devastó con su aliento emponzoñado,
Y una fosa comun la fiera parca
Deparó al menestral y al potentado,
Tu celo no cansado
Te ví multiplicar por donde quiera;
Junto al lecho del huérfano acogido,
Del mendigo infeliz cabe la estera,
De infestado cuartel ante el rüido,
Y allá en los hospitales,
Perenne centro de infinitos males.

Cual el Iris en medio la tormenta
Regocija á colonos y pastores
Si aparece de súbito y ostenta
La fantástica luz de sus colores;
Y en los alrededores
Parece revivir con la frescura
La mústia flor y la agostada planta,
Y el sediento verjel de la llanura;
Tal es tu aparicion, o Vestal santa,
Tal es para el que pena
Tu influencia y tu voz de encanto llena.

Yo te he visto arrostrar penoso viaje
Del vasto mundo hasta el confin lejano,
Y arrancar de los bosques al salvaje,
Formar su corazon y hacerle humano:
Así el cantor traciano
Los rabiosos leones amansaba,
De los rios el curso suspendia,
Y los ásperos riscos ablandaba;
Así tú con la mágia y armonía
De tu inspirado acento
Supiste obrar tambien igual portento.

Yo te ví descender á lo profundo
Del irritado mar, donde la vida,
Su postrimer adios enviando al mundo,
Contemplaba ya el náufrago perdida;
Resuelta y decidida
Te ví escalar el calcinado muro,
Te ví subir al inflamado techo,
Te ví correr con paso mal seguro
Disputando á las llamas en su lecho
Con vigorosa mano
El débil niño, el indefenso anciano.

Yo te he visto rodeada del estruendo,
Sin temor á la bárbara metralla,
Con faz serena y casi sonriendo
Discurrir por los campos de batalla;
Ó al pié de la muralla
La sangre restañar de los heridos,
Templar su sed, acariciar su frente,
Y humana responder á los gemidos
Y á los ayes profundos del paciente
Con voz que parecia
Saturada de néctar y ambrosía.

No de otra suerte desolada madre
Consuela al niño que postrado gime,
Por más que su alma sin piedad taladre
La recóndita pena que la oprime:
Más grande, más sublime
Apareces tú aún, casta heroina;
Que al fin la madre en el amante hijo,
Cada vez que en su seno le reclina,
Ve su encanto, su gloria y regocijo,
Y tú, sin esos goces,
Piadosa velas por quien no conoces.

Si dudara de Dios, con solo verte
La negra duda al punto cesaria,
Pues no hay razon que á comprender acierte
Tan viva luz en cárcel tan sombría:
Amor es quien te guia,
Un amor que no busca recompensa,
Amor cuyo raudal, cuya corriente
Baña del mundo la extension inmensa;
Las dulces aguas de tan rica fuente
No nacen de este suelo,
Su puro manantial brota del Cielo.

¡O dulce Caridad, yo te saludo!
Cante tus glorias superior talento:
¡Bendita tú que abrigas al desnudo,
Bendita tú que das pan al hambriento!
¡Feliz el opulento,
El mortal generoso, el sér humano
Que partiendo contigo su tesoro,
Las lágrimas enjuga de su hermano!
Mil veces y otras mil bendito el oro
Que pone á tu servicio!
¡Malhaya, amen, el consagrado al vicio!

LA AVARICIA.

Brota del monte en la cima
Fugitivo manantial
Que sepulta su raudal
En una profunda sima.

Baja luciente y sonoro
Por una regata estrecha,
Mas el campo no aprovecha
Su codiciado tesoro.

Sin suelo el ancho tonel
Donde ciego se derrama,
Languidecen la retama
Y el vivero cerca de él.

Estrepitoso resuena
Cuando cae en la hondonada,
Mas la vasija horadada
Ni se sobra ni se llena.

Y rodando sin cesar
Sus aguas allí sumidas,
Por sendas desconocidas
Se abren camino hasta el mar.

¿Por qué, o fuente desdichada,
Un caudal así destrozas
De que ni tú misma gozas,
Ni al verjel sirve de nada?

¿Por qué bondadoso el Cielo
Te dotó con tal largueza,
Si has de ser con tu riqueza
Triste escarnio al mústio suelo?

Lanzándote por el llano
¡Cuán fácilmente pudieras
Animar esas praderas
Que aguardan el riego en vano!

¡Cuántas gracias te daria
Contenta y alborozada
La huerta de la encañada
Y el pomar de la alquería!

¡Y qué gloria para ti,
Tan opulenta como eres,
Dar la vida á tantos séres
Que mueren de sed allí!

¡Con qué pompa y señorío
Bello adorno del paisaje,
Continuarias tu viaje
Hasta llegar á ser rio!

Pero ni tu bien consultas,
Ni al valle ser útil quieres,
Y nacida apenas, mueres,
Y á la luz del sol te ocultas.

Del verde soto delicia
Debieras, o fuente, ser,
En lugar de parecer
Imágen de la avaricia.

Copiándola al vivo estás,
Porque nécia y baladí,
Ni atesoras para ti,
Ni en favor de los demás.

Tambien como tú el avaro,
Sólo él y Dios saben dónde,
Su rico tesoro esconde
Sin conciencia ni reparo;

Y sepulta cuanto adquiere,
Y aun cuando el oro le sobre,
Él como tú vive pobre,
Y como tú pobre muere.

¡Malhaya, malhaya amen
Mil veces mil el caudal
Cuando se emplea tan mal
Pudiendo emplearle bien!

EL SUICIDA.

Apagada la voz, turbio el semblante
Y asomando á sus ojos la locura
Deja Clódio el hogar, donde brillante
La estrella vió lucir de su ventura.
Los pasos apresura;
Por última vez lleva su mirada
Al solitario techo,
Mansion en otro tiempo afortunada,
Y estalla un ay del congojado pecho.

Quiere morir: con insegura planta
Sigue de un bosque la escondida senda;
Retrocede, medita, se adelanta,
Y envía otro suspiro á su vivienda;
Mas ¡ay! funesta venda
Su razon oscurece; rie, llora,
Del tiempo fugitivo
Trémulo espia la marcada hora,
Y se agita febril y convulsivo.

Resuelto está: con temblorosa mano
Empuña ya el mortífero instrumento,
Ciego auxiliar de su delirio insano,
Pronto á cumplir el criminal intento;
Cuando en aquel momento,
Mientras frio sudor su frente baña,
«¡Detente, suicida!
Parecia gritarle la montaña,
¿Eres el dueño de tu pobre vida?

»Del mísero colono los sudores
Aciago malogró fiero granizo,
Y del hambre soporta los rigores
Bajo el triste y ruinoso cobertizo.
«Dios fué, Dios quien lo hizo»,
Exclama el infeliz; y atribulado
Los ojos vuelve al Cielo,
Que de sus infortunios apiadado
No le deja sin pan ni sin consuelo.

»Víctima oscura de la impía guerra
Las calles entristece un veterano,
Que arrastrándose marcha por la tierra
Implorando el auxilio de su hermano.
Bendice el cotidiano
Mísero pan con alma agradecida;
Y en tan infausta suerte
No piensa en abreviar su corta vida,
Porque es tentar á Dios buscar la muerte.

»Una tras otra, desolada madre
Las prendas de su amor ¡ay! ha perdido:
No hay puñal acerado que taladre
Con más fiereza el corazon ya herido:
Con un hondo gemido
Se vuelve contra el Cielo enfurecida;
Mas luego que percibe
Su loca aberracion, arrepentida
Valor le pide á Dios, y llora y vive.

»Y tú, porque del sol de tu fortuna
Eclipsarse de pronto la luz viste,
Ó porque arde en tu pecho la importuna
Fatal pasion que sofocar debiste,
¿Soberbio resolviste,
Tu fin acelerar?... Saber debias
Que más pronto ó más tarde
La trama ha de romperse de tus dias
Sin irla tú á cortar ciego y cobarde.

»Temes del mundo los desprecios vanos,
¡Y de Dios la justicia no te espanta!
¿Podrán cegar los míseros humanos
El abismo en que á hundirse va tu planta?
¿No anuda tu garganta
Pensar que pronto aterrador, sombrío,
Y sordo á tu querella,
Dirá el Supremo Juez: «Responde, impío,
Una vida te dí, ¿qué hiciste de ella?»

Es la voz que así hablaba al suicida
La atronadora voz de la conciencia,
Y arroja la fatal arma homicida,
Que cómplice iba á ser de su demencia.
Movido á penitencia,
Hunde en el polvo la abatida frente
Y llora su delito.
¡Feliz el que con tiempo se arrepiente,
Y al tribunal de Dios llega contrito!

CIELO CON NUBES.

Al pié de una montaña
Deslízase apacible y manso rio
Que el fértil soto baña,
En cuyo fondo umbrío
Se levanta gracioso un caserío.
Formados en hileras
Precédenle dos calles de manzanos
Con un grupo de higueras
Y frescos avellanos
Que amenizan su pórtico lozanos.
Sonora y balbuciente,
Bajo un toldo de espléndida verdura,
No léjos una fuente
Recóndita murmura
Convidando á dormir en la espesura.
De hinojos á la orilla
Lavando está su ropa una aldeana,
Tan cándida y sencilla,
Tan pura que Diana
Por ninfa suya la escogiera ufana.

Azules son sus ojos,
Nacarada su tez, rúbio el cabello,
Sus lábios casi rojos,
De cisne el blanco cuello,
Y el todo un ideal gracioso y bello.
La voz al viento dando,
Suspende al ruiseñor de su garganta
El eco dulce y blando
Que al suyo se adelanta,
Y así embebida y sin testigos canta:
«Deslumbre con sus trajes
La dama de la corte, recargada
De blondas y de encajes,
Que no le envidio nada
Con mi toca y basquiña colorada.
»Si ostentan los primores
Del arte en su prendido las doncellas,
El campo cria flores
Más lindas y más bellas
Y yo tejer coronas sé con ellas.
»Con sola una guirnalda
Que ciña en derredor la frente mia,
Las trenzas á la espalda,
¿Qué es ya la bizarría
De la más encumbrada señoría?
»Si esencias mil derraman
Perfumando sus linos y sus pieles,
Mis ropas embalsaman
Los nardos y claveles,
Los cantuesos, tomillos y laureles.

»¿Qué vale su tocado,
Ni sus dijes y cintas y florones?
No habrán ellas gozado
Brillando en los salones
Lo que yo al ver jugar mis mamantones.
»Si allá tienen diamantes
Y palacios vestidos de oro y seda,
Con joyas deslumbrantes,
En cambio á mí me queda
Mi casita y mi fuente y mi arboleda.
»¡Cuán dulce á las mañanas
Coger de un árbol y otro junto al rio
Las guindas ó manzanas
Cubiertas de rocío,
Y llevarlas en triunfo al caserío!
»¡Cuán grato en la pradera
Ver triscar por la tarde los corderos,
Y oir de la ternera
Los gritos lastimeros
Con que llama á su madre en los linderos!
»Mi madre es mi delicia,
Yo su amor, y su gloria y su embeleso;
Cuando ella me acaricia,
Ó yo le doy un beso,
¿Qué anhela el corazon que iguale á eso?
»Tranquilos y serenos
Correr mis dias en el campo vea,
Y no echaré de ménos,
En tanto que así sea,
La paz que logro en la apartada aldea.

»Aquí no hay las maldades
Que solia mi padre, entristecido,
Contar de las ciudades;
¿Por qué, padre querido,
Por qué tan pronto al Cielo te has subido?...»
De súbito vacila,
Su frente la expresion del dolor toma,
Y triste á su pupila
Una lágrima asoma
De amor filial bañada en el aroma.
Suspende su trabajo,
Mira al cielo afligida y cariñosa,
Y exclama por lo bajo:
«Mi padre en paz reposa;
¿Qué puede ya vivir su anciana esposa?
»Cuando ella deje el mundo,
¿Quién vendrá á consolarme ¡ay! aquel dia
En mi dolor profundo?
¡Tú, tú, Vírgen María,
Tú serás mi sosten, la Madre mia!»
Diciendo así se alienta,
Suspira, calla, y su labor concluye;
Y el agua turbulenta
Que murmurando fluye
Los rastros de sus lágrimas destruye.
Tras esto se levanta,
Su tierno corazon de amor palpita,
Y al fondo se adelanta
Del techo donde habita,
Y al cuello se arrojó de la ancianita.

LA CAMPANA.

Diez lustros há que la ignorada aldea
Donde alegre y feliz corrió mi infancia
En la edad del error y la ignorancia
Por lanzarme al gran mundo abandoné;
Volví al paterno hogar, fijé los ojos
En mi antigua y pacífica morada,
Y en ella apenas encontré ya nada,
Nada de aquello que al partir dejé.

Ni el sillon que ocupó mi anciana abuela,
Ni el lecho en que espiró la madre mia,
Ni el feraz huertecillo do cogia
Caprichoso las pomas sin sazon;
Ni el mastin guardador de aquellos lares,
Ni la vid que trepando á la fachada
Protegia con sombra regalada
Las macetas del rústico balcon.

De flexibles retamas doble hilera
Festonaba las márgenes del rio,
Do al jilguero inocente robé impío
Cien veces los tesoros de su amor;
Variado ya su curso, la corriente
Se arrastra por un lecho descarnado,
Y hoy es un pedregal lo que fué prado
Sin arbustos, sin flores, sin verdor.

Proceroso nogal que solitario
De la iglesia ante el pórtico crecia,
Centinela avanzado parecia
Dando guardia de honor al sacro umbral;
No léjos un laurel la santa imágen
Cobijó de María en la portada:
¿Qué resta de uno y otro? nada, nada,
¡Murió el laurel, despareció el nogal!

Penetré en el medroso cementerio:
Busqué llorando en la olvidada fosa
Do el sueño de la muerte con su esposa
El autor de mis dias duerme en paz;
Caí de hinojos, sus queridos nombres
Apartando el zarzal que en torno medra
Leer no pude en la mohosa piedra
Que lento carcomió el tiempo voraz.

Los que niños ayer, hoy son ancianos,
Los que ancianos entónces, ya se fueron,
Y el solar do correr los dias vieron
Otros dueños ocupan á su vez;
Extranjero en mi pátria, en vano quise
Descubrir por doquier con mis miradas
A los tiernos y dulces camaradas
Que jugaron conmigo en la niñez.

Mas de pronto se oyó consoladora
La simpática voz de la campana
Que anuncia al nuevo sol cada mañana
Con solemne y austera majestad;
Rodando va por los desiertos valles
Aquel divino misterioso acento
Que en sus alas arrastra el vago viento
Perdiéndose en la vasta inmensidad.

¡Mensajera del Cielo, yo bendigo
Tu lengua de metal de encanto llena,
Que siempre grata para mí resuena
Como en mis tiernos años resonó;
En las playas remotas de occidente
Hubiera entre otros mil reconocido
Ese santo y patético sonido
Que en el fondo del alma guardé yo.

Por el mudo confin se derramaban
Los ecos de tu voz al ser de dia,
Y de nuevo tornaba la alegría,
La vida y movimiento al pátrio hogar;
Y mi madre adorada al escucharte,
Sellando con un ósculo mi frente,
Me enseñaba amorosa y diligente
Al compás de tus notas á rezar.

Tú al mortal das aliento en su infortunio,
Tú su espíritu elevas hasta el Cielo,
Tú la paz, la esperanza y el consuelo
Derramas sobre el mústio corazon;
Tú elocuente recuerdas al humano
Los altos fines para que ha nacido,
Tú enlazas al que hoy es con el que ha sido
Volviéndolos á unir por la oracion.

Cuando vine del mundo á los linderos
Haciendo palpitar dos corazones,
Con sonoras festivas vibraciones
Proclamaste en la aldea mi natal;
Y más tarde con lúgubre tañido
A mi acerbo dolor, ¡ay! te asociaste,
Cuando al pueblo en la iglesia congregaste
De los mios al triste funeral.

Sóla tú permaneces invariable
De mi cansada vida en el periodo;
El tiempo que voraz lo gasta todo,
No pudo roedor cebarse en ti;
Conserve el Cielo tu bendito timbre,
Y al bajar á la tumba solitaria
Tu voz amiga anime la plegaria
Del que llegue á rogar á Dios por mí.

LA ESPIGADORA.

A la orilla de una fuente
A quien dan frescura y sombra
Densos grupos de avellanos
Que el breve círculo entoldan,

Al declinar ya la tarde
Tranquilamente reposa
De sus rústicas faenas
Una bella espigadora.

Aunque expuesta al sol de agosto,
Ya en el llano, ya en la loma,
Por los puñados de trigo
Que en su cabaña amontona,

Ni sus colores se apagan,
Ni desmerecen las formas
De aquel rostro que las Gracias
Contemplarian absortas.

Despues que su cara de ángel
Lava en las plácidas ondas,
Recoge los bucles de oro
Que al aire en desórden flotan;

Y tomando un fresco lirio
Que nace en la verde alfombra,
Con infantil alegría
Su sien virginal adorna.

Vióse luego en el remanso
Que su esbelta imágen copia,
Y pronunció estas palabras
Creyendo encontrarse sola:

«Todo el pueblo en general
Me llama hermosa, y no miente:
Lo mismo dice el cristal
De este puro manantial
En su cáuce trasparente.

»Pobre el Cielo me dejó,
Mas no acuso á mi pobreza
Ni culpo á la suerte, nó,
Porque en cambio me dotó
De salud y de belleza.

»¿Cómo no causar enojos
A la más linda y graciosa
Con estos mis lábios rojos,
Con esta frente, estos ojos
Y estas mejillas de rosa?

»La más altiva heredera,
La más erguida señora
Poderse adornar quisiera
Con la rúbia cabellera
De la pobre espigadora.

Mas ¿qué importa que me den
Por lo bella ¡triste afan!
La palma cuantos me ven,
Si no soy bella tambien
A los ojos de German?

¡De German! ¡tirano amor!
¿Has olvidado, María,
Que es el hijo, el sucesor
Del más rico arrendador
Que se ha visto en la alquería?

Si á llorar y padecer
Me tiene Dios destinada,
Él, al ménos, logre ser
Feliz con otra mujer,
Y muera esta desdichada.

Combatiré ¡suerte dura!
Con dignidad y entereza
Mi suprema desventura:
¡Ay, cuán vana es la hermosura
Si la empaña la pobreza!»

Dice: y el llanto abundoso,
Reprimido largo tiempo,
Forzada la estrecha cárcel,
Nubla sus ojos de cielo.

Vagos cruzan por su mente
Tristes y dulces recuerdos,
Y el corazon lastimado
Salirse quiere del pecho.

Con mano trémula arranca
Y hace rodar por el suelo
La pobre flor que poco antes
Entrelazó á sus cabellos.

Y á la aldea se encamina
Por el cercano sendero
Cuando ya el sol se ocultaba
Detrás de los altos cerros.

Mas de improviso aparece
Gallardo y gentil mancebo
Que escondido entre el ramaje
La contemplaba en silencio.

Su indiscrecion le avergüenza,
Pero da gracias al Cielo
Que sorprender le permite
De su ventura el secreto.

Recoge el precioso lirio,
Y estampando en él un beso
Y otro y otro, en son de triunfo
Le coloca en el sombrero.

Corre despues tras la hermosa
Que ligera como un ciervo,
De la fuente solitaria
Se encontraba ya muy léjos.

La sigue, la alcanza..... Ignoro
Lo que entrambos se dijeron,
Mas no es menester contarlo,
Porque es fácil suponerlo.

Cinco semanas más tarde
Habia danza en el pueblo
Para honrar los desposorios
De dos jóvenes apuestos.

Eran German y María,
Que unidos en lazo estrecho
De su ternura y constancia
Lograban el justo premio.

LA MUERTE ES LA VIDA.

Manantial de cuidados roedores,
De inquietudes y afanes sin medida,
De congojas y sustos y temores
Entre angustias y lágrimas y horrores,
Tal es la humana vida.

Si anegados están de acerbo llanto
Los tortuosos senderos de la tierra,
Donde todo es dolor, pena y quebranto,
¿Por qué el dejarla me conturba tanto?
¿Por qué tanto me aterra?

Sustraerse al rigor del carcelero
Que el espíritu liga al barro inerte,
Trocar por lo inmortal lo pasajero,
Quietud y calma tras martirio fiero,
Eso es, eso la muerte.

¿Por qué al verte llegar, fantasma vano
Insólito pavor el pecho oprime,
Si al fin franqueas con tu helada mano
Las puertas de la cárcel do el humano
Cautivo llora y gime?

Prisionero á la vida el hombre vino:
Nació mortal; ¿por qué tiembla y zozobra
Cuando al término avanza del camino,
Si cumplido en el mundo su destino
La libertad recobra?

¡Duro es el trance, inevitable y fuerte!
Mas ¿por qué me estremece su venida
Si voy con él á mejorar de suerte,
Si tan solo pasando por la muerte
Llegar puedo á la vida?

Cuando entre el polvo del sepulcro frio
Me recoja á dormir el postrer sueño,
Dignidades, grandezas, poderío,
Caudal, familia, hogar, cuanto fué mio....
¡De nada seré dueño!

Mas ¿qué importa? de nada necesito;
Tesoros de más precio el alma quiere;
Y al dejar la prision donde hoy habito
Tras lo grande me lanzo y lo infinito
Que no pasa ni muere.

Libre entónces mi espíritu, su vuelo
Tenderá venturoso á las praderas
Que ni agosta el calor ni quema el hielo,
Do á la luz se deslizan de otro cielo
Las horas placenteras.

Con su hálito feroz discordia impía
Jamás contaminó aquellos lugares
Donde puros renacen cada dia
La paz, el santo amor, y la alegría
Sin mezcla de pesares.

En vano, en vano con horrenda saña
Vendrás, o muerte, á cercenar mi cuello;
Tronchar conseguirás la débil caña,
Pero el golpe fatal de tu guadaña
Pondrá á mi dicha el sello.

Mas ¡ay! del justo á la inmortal herencia
¿Podria yo aspirar? ¡Idea horrible!
Mientras cruce este valle con paciencia
Y de Dios no se agote la clemencia
La duda es imposible.

Y antes rota, y deshecha y apagada
Hundirse verá el sol su mole oscura
En los negros abismos de la nada,
Que del Cielo se vea abandonada
La pobre criatura.

UN CUENTO QUE NO ES CUENTO.

Por la frondosa espesura
Que anima el Tiron fecundo
Iba yo meditabundo
Gozando de su frescura.

Su gala, pompa y primores
Lucian en torno mio
La arboleda, el soto, el rio,
Los pájaros y las flores.

De su espléndida belleza,
Más que nunca aquella tarde,
Parecia hacer alarde
La sábia naturaleza.

En un extremo del prado
Tropecé con un mendigo
Que hablaba á solas consigo
Vivamente impresionado.

Apenas reparó en mí
Tendido bajo un laurel,
Mas al pasar junto á él
Decia el buen hombre así:

«No anda el oficio tan mal,
Gracias al Cielo, que al cabo
Un ochavo y otro ochavo,
Y otro y otro hacen un real.

¡Pero siempre importunando!
¡Aquí alzando, allí cayendo,
De pueblo en pueblo corriendo,
De puerta en puerta llamando!

Si hay sobrante en mi zurron
Tal cual pedazo de pan,
¡Cuánta pena, cuánto afan
Me cuesta su adquisicion!

¡Feliz quien la vida pasa
Ganándolo honradamente
Con el sudor de su frente
Y sin salir de su casa!

Pero Dios así lo quiere;
Cúmplase su voluntad,
Que al fin, donde hay caridad
Ninguno de hambre se muere.»

Al continuar mi escursion
Dí limosna al pordiosero,
Cuyo tono lastimero
Desgarró mi corazon.

De un cerrillo á la subida
Llegué luego á una cabaña
De tierra, de junco y caña
Pobremente construida.

Un cestero en su interior
Pensativo y cabizbajo,
Se entregaba á su trabajo
Con muestras de mal humor.

Y cuando pasé decia:
«¡Malhaya amen un oficio
Que me impone el sacrificio
De estar preso todo el dia!

»Con tanto y tanto tejer
De buena ó de mala gana
Tan pobre seré mañana,
Tan pobre como era ayer.

»Esta brega sempiterna
¿Quién la sufre, quién la aguanta,
Si alcanza apenas la manta
Adonde llega la pierna?

»¡Cuán dichoso y feliz es
Quien para un caso de apuro
Puede ahorrar siquiera un duro,
Medio al ménos, cada mes.»

Apartéme conmovido
De aquella pobre vivienda,
Y tomé por una senda
Que daba al valle florido.

A espaldas de una alquería
Encontré dos labradores
Que á sus rústicas labores
Se entregaban á porfia.

Cuando pasé por allí
Fijé un poco la atencion,
Y de su conversacion
Estas frases recogí:

—«¡Buena cosecha, Juanelo!
—¡Buena á fé mia, Colás!
Esta vez el pedir más
Seria ofender al Cielo.

—Con todo, segun mi cuenta,
Bien poco habremos medrado:
Mantenga usted el ganado,
Pague usted jornales, renta.....

Y luego (lo que yo digo)
¿Qué mil diantres adelanto
Con coger ogaño tanto
Si baja el precio del trigo?»

Tampoco ese está contento
(Pensé yo) con su destino,
Y continué mi camino
Avanzando á paso lento.

Cercada de bosque umbrío
Descubrí luego una quinta,
Que en la plateada cinta
Se dibujaba del rio.

Su dueño, un rico señor,
Vagaba por el confin
Aspirando del jardin
El aroma embriagador.

«¡Qué delicioso terreno!
(Dije cortés saludando)
¡Cuán feliz sois disfrutando
De un retiro tan ameno!

—Ameno, ameno, es verdad,
Es verdad (fué su respuesta)
Mas no sabeis lo que cuesta
Gozar de su amenidad.

Aunque están muy vigilados,
Sin saber cuándo ni cómo,
Ya me estafa el mayordomo,
Ya me roban los criados.

Fiar no puedo en ninguno:
Siempre en guardia, siempre en vela,
Tengo que ser centinela
De todos y cada uno.

Diariamente segun cuenta
Decrece mi numerario,
Pues siendo yo el propietario
Disfrutan otros la renta.

Cien veces lo he repetido:
Para gozar y vivir
Es más cómodo servir,
Mucho más, que el ser servido.»

Despedíme al oir tal,
Porque veia bien claro
Que el alma de aquel avaro
Era un alma de metal.

¡Que no haya, me dije, un pecho
Tan magnánimo, tan fuerte
Que contento con su suerte
Viva de ella satisfecho!

¡Ay! aunque todo le sobre
En sus salones dorados,
De esos cuatro desdichados
El último es el más pobre.

Y aunque sin casa ni abrigo,
Siempre errante y haraposo,
De los cuatro el más dichoso
Sin disputa es el mendigo.

¡Miserable condicion
La condicion del humano!
¡Cuál le esclaviza tirano
Su insaciable corazon!

Á CONCHA

EN SU ALBUM.

No hay tan probado valor
Que no se dé por vencido
Si una vez le hirió Cupido
Con su dardo abrasador:
Ante el ara del Amor
Todos, Concha, caen de hinojos,
Todos le brindan despojos,
Nada resiste á su fuego;
Si esto puede, siendo ciego,
¿Qué no haria con tus ojos?...
Mas juzgo que el niño dios
De esos ojos se aprovecha
Cuando dispara una flecha
De alguna víctima en pos:
Para gloria de los dos
Suele con ellos vencer,
Pues con solo dejar ver
Su viva amorosa lumbre
Ó matan de pesadumbre
Ó extasían de placer.

Hay en tu ardiente mirada
Tan gran poder, niña hermosa,
Que ó subyugas cariñosa,
Ó atormentas irritada:
Dulce, afable y regalada
Yo en claro dia la ví,
Y exclamaba para mí
Sin arrostrar tus enojos:
«¡Benditos sean los ojos
Que saben mirar así!»
Mas, ¡ay! aunque tanto vale
Tu natural gentileza,
No es fácil que á la belleza
De alma tan noble se iguale:
Castos perfumes exhale
Siempre, cual hoy, candorosa,
Porque cautivan, hermosa,
Sus virginales destellos
Más que los ojos más bellos,
Más que esos ojos de diosa.
Pasará la juventud
Cual flor por el cierzo herida,
Pero en cambio con la vida
Se aquilata la virtud:
Con ella interior quietud
Lograrás y dulce calma;
¡Plegue á Dios, Concha, que tu alma
Siempre bella, siempre pura,
Como el rostro en la hermosura
Lleve en virtudes la palma!

Á D....

EN EL DIA DE SU SANTO.

SONETO.

Gratas son al tornar la primavera,
Las purísimas brisas matinales,
Y de cáuce abundoso los raudales
Al plantío que entolda la ribera;

Gratos son al novillo y la cordera,
De la fresca mañana en los umbrales,
El madroño y el mirto y los jarales
Que amenizan viciosos la pradera.

Gratos son al colono del cortijo
Los ricos dones que Pomona envia,
Dulce esperanza de su afan prolijo;

Pero más gratos son al alma mia
Esos ojos manando regocijo
De tu fausto cumpleaños en el dia.

COLON.

«Reid, Doctores sin fé,
Reid; á vuestro pesar
Ese mundo que soñé,
Por escondido que esté,
Voy con mis plantas á hollar.
»De insensatez y locura
Calificásteis mi empeño
De arrostrar tal aventura;
¿Dice tambien la Escritura
Que es la ciencia un vano sueño?
»Si ese mundo soñé yo
Del otro lado del mar
Es que Dios le reveló,
Y la ciencia le sirvió
De instrumento para hablar.
»Si de la ciencia no oís
El misterioso lenguaje,
Vanamente discutís,
Y al cabo os daré un mentís
Cuando torne de mi viaje.

»Nadie ha visto al Creador;
¿Diréis tambien que delira
Y es un vano soñador
El que en la planta y la flor
Le reconoce y admira?
»Nadie ha visto al sol lucir
Despues que la noche cierra;
¿Será soñar el decir
Que al Oriente va á subir
Por debajo de la tierra?
»¡Soñador, ah, soñador!
Guardad vuestra teología,
Digna de empleo mejor,
Para impugnar el error
Y combatir la herejía;
»Y dejad que su camino,
Sin titubear en la fé,
Siga este honrado marino
Que á dar á la España vino
Un mundo que nadie ve.
»Nadie, que loco me llama
La Europa ya por mal nombre,
Nadie, nadie; quien más me ama
Duda, recela y exclama:
¡Si tendrá razon ese hombre!
»¡Si tendrá razon! o Dios
Cuán poco fian en mí!
Solo puedo hablar con Vos,
Porque en la tierra no hay dos
Que vean lo que yo ví.

»Tú tambien, o pátria mia,
Desoiste de un buen hijo
La humilde voz: algun dia
Tus ojos, madrastra impía,
Nublará llanto prolijo!
»Colmarte quise de bienes
Y ceñir fresco laurel
Inmarcesible á tus sienes;
Ya que en tan poco le tienes
Ceñirá las de Isabel;
»Ella sola no acogió
Mis promesas con desprecio,
Ni loco me apellidó,
Y sus joyas me cedió
Por joyas de mayor precio.
»Y aunque en su pecho nacer
Ví tambien sérios temores,
¿Qué extraña podia ser
La duda en una mujer
Cuando dudan los Doctores?
»Tú el saldo, recogerás,
Reina del pueblo español,
De mi cuenta, y lograrás
Que no se oculte jamás
En tus dominios el sol.
»¡Cuán ricamente dotado
Debe estar el fértil suelo
De aquel país apartado,
Bajo tal zona situado
Con tan espléndido cielo!

»Gigante vegetacion
Debe cubrir sus riberas,
Tal vez de humanos mansion,
Tal vez desierta region
Solo poblada de fieras.
»¡Quién sabe si en sus entrañas
Fabulosas minas de oro
Guardan aquellas montañas
Reservando á las Españas
Un ignorado tesoro!
»De sus crestas primitivas
Deben brotar anchos rios
Cuyas aguas, siempre vivas,
Se lanzarán fugitivas
Por entre bosques sombríos.
»Yo lo presiento afanoso
De pisar aquella tierra;
Tras ese mar proceloso,
¡Quién sabe, Dios poderoso,
Lo grande que allí se encierra!
»Con vuestros auxilios cuento
Para mi empresa atrevida;
Vos que mandais en el viento,
Bendecid este momento,
Dulce ensueño de mi vida.»
Eso decia Colon
Mirando á sus carabelas,
Mientras la tripulacion
Aseguraba el timon
Y aparejaba las velas.

Un humilde franciscano
De acrisolada virtud
Vino á estrecharle la mano
Y así dijo el buen anciano
Con tierna solicitud:
«Hijo mio, confiad
En aquel que de amor lleno,
Inmenso en la inmensidad,
Serena la tempestad
Y apaga la voz del trueno.
»Orad con fervor cristiano
Siendo á todos digno ejemplo,
Orad, que no será en vano;
Para orar el oceáno
Es un magnífico templo.
»Con vuestra oracion, la mia
Subirá al Cielo tambien;
¡Plegue á la Vírgen María
Que á nuestras playas un dia
Volvais, Cristóbal, con bien!»
Y lleno el pecho de uncion
Y de lágrimas los ojos
Dió su santa bendicion
Al conmovido Colon
Que la aguardaba de hinojos.
A su ausencia no pudieron
Fijar breve ó largo plazo,
Pero al fin se despidieron,
Y sus almas se fundieron
En un cariñoso abrazo.

Poco despues la escuadrilla,
Viendo la mar en bonanza,
Desatraca de la orilla,
Y cual vaga nubecilla
Despareció en lontananza.

DULCE CONSUELO.

Llorosa, inconsolable, arrebatada
Por el fiero dolor que la extravía,
Triste madre al vagar por la enramada,
Llamando va á su hija, flor tronchada
Por el soplo cruel de fiebre impía.
Pregunta por su amor á los peñascos,
Al lindero del valle, á cuanto ve;
Pero lindes y peñas están mudas:
¡No pueden responder!

¿Conque no veré más su hermosa frente
(Decia la infeliz con honda pena)
Ni podré sonreir á la inocente
Que en mi seno amoroso dulcemente
Reposaba al dormir pura y serena?
Y las hojas livianas que el otoño
Del camino sembraba en derredor
Al crugir por doquier bajo su planta
Le contestaban: nó!

¿Conque no existe ya el dulce embeleso
Que formaba mi encanto y mis delicias?
¿Conque ya de mi amor en el exceso
No podré acariciarla con un beso
Ni gozar á mi vez de sus caricias?
Y de súbito el viento pavoroso
Rasgándose en las cañas mugidor
Con su ronco gemido entre el follaje
Le contestaba: nó!

¿Conque no es ya posible atar los lazos
Que el destino fatal rompió alevoso,
Ni podré ya estrecharla entre mis brazos,
Aunque el alma afligida hecha pedazos
Dia y noche la llame sin reposo?
Y en el fondo perdidas del barranco
Las puras aguas de raudal veloz
Al rodar fugitivas por las breñas
Le contestaban: nó!

¿Conque ya aquella voz tan regalada
Jamás, jamás resonará en mi oido,
Ni podré deleitarme en su mirada,
Claro espejo del alma enamorada,
Relegando mis penas al olvido?
Y al escucharla solitario buho,
Del carcomido tronco habitador
Con su canto siniestro, desde un árbol
Le contestaba: nó!

¿Conque súplicas, votos, todo es vano?
¿Conque ya para mí no habrá consuelo?
¿Conque no ha de querer ¡rigor tirano!
Devolvérmela ya tarde ó temprano,
Insensible á mis lágrimas el Cielo?
Y dejándose oir en occidente
De sordo trueno la lejana voz,
A través de las nubes cenicientas
Le contestaba: nó!

Mas de pronto ve el Iris y extasiada
Con sus bellos fantásticos colores,
Piensa al fin que su hija idolatrada,
Del Cielo habita en la feliz morada,
Y exclamó dando tregua á sus dolores:
¿No podré alguna vez, prenda del alma,
Sobre ese puente hasta tu Eden subir?
Y el ángel su custodio alborozado
Le contestaba: sí!

EL SERENO.

Cuando os vais á reposar
Yo dejo ¡ay triste! la cama,
Que mi presencia reclama
La calle para velar:
Por capricho singular
De la negra suerte mia,
Como el hombre de valía
Que tiene palacio y coche,
Tambien del dia hago noche,
Y de la noche hago dia.
Tal vez azota mi frente
La lluvia, mientras su lecho
Con abrigo y bajo techo
Guarda el último sirviente;
Tal vez doy diente con diente,
Y con la ropa calada
De la desierta barriada
Por los confines vigilo
Para que duerma tranquilo
Cada cuál en su morada.

Envuelto en mi capoton
Voy el distrito á cubrir
Para escuchar, ver y oir
Con diligente atencion;
Si astuto acecha un ladron
Que la calleja repasa
De un bazar ó de una casa
La mal defendida reja,
Con ver mi farol se aleja,
Y su intentona fracasa.
Ya un libertino conspira
Contra el marido que duerme,
Y pasa de largo al verme,
Ó del umbral se retira;
Ya cauteloso me mira
Parado en la oscuridad,
Y renuncia á su maldad
Abandonando el terreno,
Que ante el chuzo del Sereno
Pierde su serenidad.
Ya en oculta alcantarilla
Penetra con el intento
De forzar un pavimento
Villana y soez cuadrilla;
Y enristrada la cuchilla,
Como suelo, en trance tal,
Doy de alarma la señal
Con el pito salvador,
Y huye mudo de terror
Y aturdido el criminal.

Los que de dia vivís
Lo que pasa no sabeis
Desde las once á las seis
Mientras que en calma dormís;
¡Ah! si conmigo venís
Una noche, os haré ver
Cuánto se puede aprender
En esa múltiple escena
Que abriéndose en noche plena
Se cierra al amanecer.
Aquí vela un monedero
Que inseguro en todas partes
Aplica sus malas artes
Á la alquimia del dinero;
Allí jura un caballero,
Un mal padre, un mal esposo,
Que á costa de su reposo
Compra entre afanes prolijos
La miseria de sus hijos
En garito ignominioso.
Allá en su madura edad
Hace matrona caida
De su casa envilecida
Escuela de liviandad;
En la opuesta vecindad
Otro inmundo mercader,
Atropellando el deber
Y pisoteando el decoro,
Compra ó vende á peso de oro
Las gracias de una mujer.

Más allá, sola y hambrienta,
Postrada en boardilla oscura,
Una infeliz criatura
Sus infortunios recuenta;
Y cuando más se lamenta
Del golpe que á herirla vino,
¡Cruel sarcasmo del destino!
Llevan jugando las brisas
Hasta su lecho las risas
Del festin de su vecino.
Más léjos, ya desahuciado,
Inmóvil y moribundo,
Despidiéndose del mundo
Agoniza un sér amado:
La esposa fiel que á su lado
Solloza, fuera de sí,
Ve en su amante frenesí
Que á título de consuelo
Añaden duelo á su duelo
Arrancándola de allí.
De aquella casa sombría
En la más oculta pieza
Falsifican con destreza
Valores de gran cuantía;
Burlando á la policía
Júntanse en otro lugar
Hombres de torvo mirar
Que al neófito aleccionan,
Y estudian y perfeccionan
El arte de conspirar.

De angustia y tristeza lleno,
Yo aguardo el dia entretanto,
Y al oir el reló canto:
«¡Las dos y media y sereno!»
Allá en mi interior condeno
Tal vez el grito lanzado,
Pues al ver tanto malvado,
Tanto crímen, tanto horror,
Debiera gritar mejor:
«¡Nublado, siempre nublado!»

Á LA VISTA DEL PUERTO.

Surcando va las azuladas olas
Majestuoso bajel que fletó el Ásia,
Cargado de oro y joyas y perfumes,
Y telas raras.

Deslízase del piélago salobre
Por la vaga region á toda vela
Con ese orgullo audaz que al poderoso
Da la riqueza.

Cual nevada paloma que atrevida
Con vuelo siempre igual hiende los aires
Despreciando insidiosos cazadores
Y gavilanes;

Tal parece al huir la blanca lona
Gallarda columpiándose á lo léjos
Cuando céfiro amante con sus rizos
Juega benévolo.

Treinta soles con plácida bonanza
Uno tras otro, la ferrada quilla,
Obediente al timon, su derrotero
Siguió tranquila.

Suaves brisas la escoltan placenteras,
Que en el lienzo tupido cobijadas,
Con amantes halagos la conducen
Hácia la playa.

Ni el tempestuoso Orion, ni los Tritones
Su marcha triunfadora retardaron,
Ni de escollo invisible el dorso inmóvil
Rozó á su paso.

Dirian que Neptuno de su imperio
Desterró las tormentas y huracanes
Porque logre el bajel su protegido
Próspero viaje.

Ya el vigía, que atento á sus funciones,
El lejano horizonte ávido observa,
Diligente convoca á los marinos
Gritando: ¡tierra!

Cunde el gozo doquier; todos espian
Un punto imperceptible en lontananza,
Colosal promontorio que surgiendo
Va de las aguas...

Mas de pronto apiñados nubarrones
Roban la luz del entoldado cielo,
Cruza el espacio fugitiva llama,
Retumba el trueno.

Hierve la arena: gigantescas olas
Embisten al bajel embravecidas,
Cual de génio maléfico obedientes
Á la consigna.

Con siniestro rumor gimen las jarcias,
Corre sin freno el combatido casco,
Desquiciado el timon gime la entena,
Y estalla el rayo.

Gira el buque en tortuoso remolino,
Y en un postrer arranque violento
Se arroja á los peñascos y sucumbe
Cerca del puerto.

Así el pobre mortal, cuando cumplidas
Creyó sus ilusiones y esperanzas,
En el pérfido mar del infortunio
Ve que naufragan.

EL MONASTERIO DE ÍZARO.

Á MI QUERIDO AMIGO

D. ANTONIO DE TRUEBA.

Grave, imponente, majestuoso, sério,
En el cántabro mar sobre la cumbre
Del Ízaro riscoso, un monasterio
Del sol poniente se bañó en la lumbre:
Mundana pesadumbre
Turbar no pudo con su aliento insano
La amable paz y deliciosa calma
De aquel confin lejano,
Dó en las páginas mil del oceáno
La grandeza de Dios registra el alma.

Ya el brillante lucero vespertino
Baja á hundirse en las aguas de occidente
Siguiendo el vasto perennal camino
Que en su plan le trazó el Omnipotente;
Por el opuesto oriente
Va escalando la bóveda azulada
La reina de los astros, cuyas huellas
Alumbra en su jornada
Con regueros de luz mal explorada
La insondable region de las estrellas.

Reclamando sus crias la gaviota
Torna ya alborozada al grato nido
Del agudo peñon en la picota
Con marítimas yerbas construido;
El mar yace dormido;
Cierran su cáliz las pintadas flores,
Recuéstase la brisa en el lindero,
Y en los alrededores
Apagándose van los mil rumores
Con que muere el crepúsculo postrero.

Espiraba la luz, la luz del dia
Que la humilde familia Franciscana
Con fé ardorosa consagró á María
Renovando su amor cada semana:
De pronto la campana
Del pardo torreon vibra sonora;
Y al rodar por el líquido elemento
Su voz consoladora,
Una salve la gente pescadora
Murmuró vuelto el rostro hácia el convento.

«¡Salve, salve!» gritaba bullicioso
Con su mística lengua el campanario:
«¡Salve, salve!» añadia el religioso
Prosternado en las gradas del Santuario;
El risco solitario
«¡Salve, salve!» repite con el coro;
Y al compás de la célica armonía
Del órgano sonoro
Pulsando un querubin el arpa de oro
«¡Salve, salve!» en las nubes repetia.

Cuando muda la tierra en paz reposa,
Cuando todo en redor está callado,
¡Cuán dulce el himno de la casta Esposa!
¡Cuán tierno se difunde y regalado!
Anímase el collado
Y de júbilo el risco se estremece;
Todo en perfume celestial se baña,
El alma se engrandece,
Y al rumor de los cánticos parece
Sucursal de los Cielos la montaña.

¡Subid, subid á reposar en ella
Los que guardais el corazon abierto
Al purísimo amor de la doncella,
Paloma inmaculada del desierto!
¿No oís? el mar que yerto
Parecia dormir sobre la arena,
Ya estruendoso se arroja hácia la orilla,
Y en su ámbito resuena,
Y con salvas de honor el aire atruena
Victoreando á la Vírgen sin mancilla.

El pardo ruiseñor que el casto nido,
Centinela amoroso vigilaba,
Trinando alegre en el verjel florido
Su augusto nombre entre el follaje alaba;
El céfiro que andaba
Por los bajos tomillos dormitando,
Remonta el vuelo, y sella reverente
Con un ósculo blando,
Por la rota vidriera penetrando,
De la Madre de Dios la excelsa frente.

Mas ¡oh dolor! ¿qué fué del monasterio
Do el pacífico asceta recluido
De las sombras oraba entre el misterio
Léjos del vano mundanal rüido?
¿Qué rayo ha destruido
La torre de David, el templo santo
Cuya bóveda un tiempo repetia
Con regocijo tanto,
Del averno terror, del Cielo encanto,
El dulcísimo nombre de María?

Á dar de su furor señales ciertas
Llegó el génio del mal en su despecho;
Forzó el impío las sagradas puertas
Y se vió el tabernáculo deshecho;
Cayó el sagrado techo,
Los muros calcinó tea incendiaria;
Ya no rueda por arcos y pilares
La mística plegaria,
Y del cerro en la cima solitaria
Solo se oye el rugido de los mares.

¡Horror! ¡desolacion! en la hendidura
De los ya carcomidos murallones
Se alberga el cárabo en la noche oscura
Dando al viento sus lúgubres canciones;
Los salmos y oraciones
Ya no vagan por sendas y colinas;
Los ungidos de Dios se dispersaron;
Y al lado de las ruinas
Cubre un manto de agrestes clavellinas
El yermo umbral que con su planta hollaron.

¡O restos venerandos cuya historia,
De ese escollo grabada en la pendiente,
De Bermeo y Mundaca en la memoria
Vive aún dolorosa y permanente!
El tiempo, que inclemente
Los soberbios alcázares derroca,
Que altivos montes con su soplo allana,
Que todo lo disloca,
¿Volverá á ver lucir sobre esa roca
La estrella virginal de la mañana?

UNA ROSA.

AL NACIMIENTO DE MI QUERIDA NIETECITA

MATILDE.

Del alba á la venida
Despierta en su verjel rosa temprana
De púrpura vestida,
Tan bella, tan lozana
Que á su vista sonrie la mañana.
Dos cándidas palomas
La arrullan con amor desde su nido,
Y aspiran los aromas
Que el céfiro atrevido
Columpiando el rosal ha difundido.
Ni el ábrego inclemente
Penetra al interior de su morada,
Ni arrastra vil serpiente
La piel tornasolada
Por aquella mansion afortunada.
Ni en ella insecto impuro
Voraz se ceba con grosero instinto,
Ni escala el alto muro
Del verde laberinto
Que tal tesoro guarda en el recinto.

Las brisas matinales
Acarician su frente con blandura,
Y alegres manantiales
Le dan grata frescura
Cadenciosos rodando en la espesura.
Del sol, cuando más arde,
Preserva su beldad la estancia umbría,
Y ostenta por la tarde
La misma bizarría
Que ufana desplegó al nacer el dia.
Allí vive inocente
La rosa sin sufrir villano ultraje,
Y el aura balbuciente
Que juega en el ramaje
Ni un pliegue descompone de su traje.
Al verla tan hermosa,
Perfumado clavel de amor rendido
Llamándola su esposa,
La estrecha conmovido
Con ella en lazo conyugal unido.
Y juntos así crecen,
Y al par que son envidia de otras flores
Que mústias languidecen,
Un himno á sus amores
Conciertan los arpados ruiseñores.
Amigos siempre fieles,
En uno funden su amoroso aliento
Y brotan cien claveles,
Cien rosas y otras ciento
Que matizan el rústico aposento.

Mas ved que una mañana
Penetra en el verjel casta doncella,
Poética aldeana,
Gentil, graciosa y bella,
Que el césped no deslustra con su huella.
Despues que atentamente
Las dos gallardas flores examina,
Las corta diligente
La hermosa campesina,
Y al altar de la Vírgen las destina.
Por una amena calle
Las lleva como en triunfo á la carrera
Cruzando el fresco valle
A cuyo extremo espera
De un templo en el umbral su compañera.
Y juntas escalando
Con cariño infantil la doble grada
Del trono venerando,
Su ofrenda improvisada
Presentan á la Reina inmaculada.
Allí en cristal luciente
Largo tiempo el clavel y rosa habitan,
Y al doblegar su frente
De júbilo palpitan,
Y los dos en el ara se marchitan.
Y en tanto que los ojos
Contemplan esparcidos por el suelo
Sus pálidos despojos,
Un ángel alza el vuelo
Y su santo perfume lleva al Cielo.

. . . . . .

¡O prenda idolatrada
Que has venido á estrechar, de bendiciones
Y plácemes colmada,
Los gratos eslabones
Que encadenan dos tiernos corazones!
Si mi plegaria humilde
Benévola escuchar quiere María,
Tú, tú, dulce Matilde,
Vendrás á ser un dia
La rosa de mi amante alegoría.

7 de Octubre, de 1876.

LA PRIMAVERA.

De ricas galas vestida,
Siempre jóven y hechicera,
Torna ya la primavera
Dando á los campos la vida:
Nueve lunas recluida
Durmió en su invisible eden;
Y hoy que acercarse la ven
Los valles casi ateridos
Levántanse agradecidos
A darle su parabien.
Al pasar rejuvenece
Cuanto en su camino toca,
Que el aliento de su boca
Soplo divino parece:
Bajo su planta florece
La embalsamada pradera,
Y la cana cordillera
Luce ya el verde cabello
Tan perfumado y tan bello
Como hace mil años era.

Bordan la márgen del rio
El álamo, el tilo, el sáuce,
Que á su cristalino cáuce
Tejen un toldo sombrío:
De su lujoso atavío
Hace alarde la ribera,
Y la esperanza exagera
Del ávido agricultor
Cuajada de blanca flor
La aromosa guindalera.
El pacífico arroyuelo
Que el invierno despiadado
Retenia aprisionado
Con duros grillos de hielo,
Va rodando por el suelo
Con bulliciosa alegría,
Y en su larga correría
Comparte ya el regocijo
Con el pomar del cortijo
Y el verjel de la alquería.
Ya jugueton el cordero
Deja escuchar su balido,
Ya construye el blando nido
De leve pluma el jilguero:
Ya tapizan el lindero
Mil y mil variadas flores
Que por su forma y colores
Y recorte singular
Harian desesperar
A los más diestros pintores.

¡Alma deidad, que hermoseas
Nuestro valle tantas veces,
Y le animas y enriqueces
Cuando por él te paseas!
Si ser pródiga deseas
De tus dones celestiales,
Si á dar vida al campo sales
Y juventud y hermosura,
¿Por qué con la criatura
No obras prodigios iguales?
Esa comarca que ayer
Vimos tan árida y triste,
Hoy ya de gala se viste
Por tu mágico poder:
A cada abril nuevo sér
Recobra y nuevo esplendor,
Y se ostenta en derredor
Tan bella y engalanada
Como cuando de la nada
La sacó su Criador.
Tan gran portento anualmente
Veo siempre renovado
Sin que alcance lo pasado
A influir en lo presente:
Cubrirá el estío ardiente
Su juventud de aridez,
Dejarála en su vejez
El triste enero aterida,
Pero luégo á tu venida
Será jóven otra vez.

No así el mísero mortal
Que cosecha año por año
Con un nuevo desengaño
Cada vez un nuevo mal:
¿Por qué tu aliento vital
No ha de ser para el humano
Lo que es al fecundo llano,
Lo que es al frondoso huerto,
Que ayer parecia muerto
Y hoy revive tan lozano?
Así discurria yo
Tendido en la verde alfombra
Bajo la plácida sombra
Con que un árbol me brindó:
No sé si alguno me oyó
Cruzando por la colina;
Mas una voz argentina
Llegó de pronto á mi oido
Cual un eco desprendido
De la montaña vecina:
«Ciego ¿te olvidas acaso,
Cuando tal hoy solicitas,
De que en la tierra que habitas
Solo te encuentras de paso?
De la vida en el ocaso
Llegará tu primavera;
Siendo aquí planta extranjera
Mal puedes resucitar,
Que léjos de su lugar
Ninguna planta prospera.»

Despertéme estremecido
Cuando aquella voz oí,
Y entónces me convencí
De que soñaba dormido:
Fijé en el valle florido
Mis ojos con gran consuelo,
Y al ver del pintado suelo
La pomposa bizarría,
Pensé..... ¡cuán bella seria
La primavera del Cielo!

AL MISMO ASUNTO.

Ya en su alegre paseo matutino
Tiende la aurora nacarado tul,
Que el sol inflama en su triunfal camino;
Ya retrata el remanso cristalino
De limpio cielo el pabellon azul.
Ya la dulce y templada primavera
Vuelve el campo aterido á tapizar,
Y otra vez su lustrosa cabellera
Desatan ya en la plácida ladera
Los ramosos ingertos del pomar.
Otra vez el verjel de sus mayores
Regocija el amante ruiseñor;
Y otra vez escondido entre las flores,
Sorprende alborozado sus amores
El céfiro invisible y bullidor.
Otra vez el arroyo balbuciente
Presta vida al tupido valladar
Que oscilando al rumor de la corriente
Embalsama odorífero el ambiente
Con la esencia del cándido azahar.

Otra vez por barrancos y linderos
Da escolta á su rebaño el fiel mastin;
Y al caer de la tarde, vocingleros
Reclaman á sus madres los corderos
Con gozoso balido en el confin.
Y en la sierra empinada y la llanura
Que ayer cierzo inclemente marchitó,
Recobrando su antigua galanura,
Comienza á despertar alma natura
Del profundo letargo en que durmió.
Cien siglos por el mundo han ya pasado,
Y otros ciento tras ellos correrán,
Y de abril al aliento perfumado
El valle, el soto, la montaña, el prado,
Á vestirse de gala volverán.
Que rodando la tierra en el vacío
Bebe en torno del sol con avidez
El gérmen que renueva su atavío,
Y apenas siente de la edad el frio,
Retrocede asustada la vejez.
Y tan jóven es hoy como aquel dia
En que al soplo vital del Criador
Brotó del negro caos do yacia,
Con su nunca gastada lozanía,
Con su siempre magnífico esplendor.
Quizá el mundo los pasos apresura
Avanzando hácia su decrepitud,
Pero apenas cruzó la edad madura,
Ya en sus brazos radiante de hermosura
Le recibe otra vez la juventud.

Ni el Tempe de Tesalia sus praderas,
Ni el Éufrates ni el Tigris sus riberas
Encontraron más bellas al nacer,
Que han de serlo en edades venideras
Cuando vuelvan de nuevo á florecer.
Ni más puras las rosas y jazmines
Con su planta Semíramis holló
De la gran Babilonia en los jardines,
Que las que ora matizan los confines
Del pueblo desolado en que reinó.
Sólo el pobre mortal en su carrera
Camina hácia el sepulcro sin cesar;
Su breve juventud pasa ligera,
Y agostada una vez la primavera,
Ya no vuelve su brillo á recobrar.
Que es planta originaria de otro suelo
Y no puede acá próspera lucir;
Mas un dia el espíritu ¡oh consuelo!
Triunfador alzará su raudo vuelo
Y en más feliz region podrá vivir.
¿Por qué triste la muerte me acobarda,
Si en sus umbrales mi ventura está,
Si mi dicha viviendo se retarda,
Si eterna primavera en pos me aguarda
Y eterna luz que no se extinguirá?
Cuando aleve te sientes á mi lado,
Fiera Parca, y extiendas sobre mí
Tu dedo pavoroso y descarnado,
Haz que logre salir purificado
De la cárcel terrena en que gemí.

EL HOMBRE.

Canoro ruiseñor gozoso trina
Contando á la floresta sus amores;
Cuelga el nido parlera golondrina
Del alar que habitaron sus mayores;
Del jugo de las flores
La parda abeja su panal fabrica;
Traspone el ancho mar blanca cigüeña;
Y el águila altanera multiplica
Su ardiente raza en la escabrosa peña.

Prodigios son que al ánimo suspenden:
Mas ¡ay! siempre sus obras son iguales,
Que á variarlas los brutos nunca aprenden,
Ni de hacer nada nuevo dan señales:
Labrados los panales,
La dulce miel de las casillas fluye
Más sabrosa que el néctar y ambrosía,
Y la sábia maestra los construye
Como mil años há los construia.

El músico del bosque á sus cantares
No añade una variante ni una nota,
Y las aves viajeras por los mares
Se lanzan hoy como en la edad remota:
Allá en la breña ignota
El rapante condor teje su casa
De brezo, como ayer, junco y encina,
Y de barro tenaz el nido amasa
Como en tiempos atrás la golondrina.

¡Cuán otro el hombre! si en la edad primera
De cóncavo peñasco en la hendidura
Fijó su habitacion como la fiera,
Ó del monte intrincado en la espesura,
Más cómoda y segura
De crudas pieles fabricó su tienda;
Una casa despues labró despacio,
Y de ensayo en ensayo su vivienda
Vino á ser con el tiempo un gran palacio.

Cubrió su desnudez informe cuero
Del hombro y la cintura mal prendido,
Y agobiado de aquel traje primero
De cáñamo forjó burdo tejido;
Varió luégo el vestido,
Y tras mil peregrinas invenciones,
Ricas prendas lució con noble orgullo
Demandando á la oveja sus vellones
Y al gusano de seda su capullo.

De la selva arrancó al fogoso bruto
Y la tierra obligó con el cultivo,
Y vió rendir centuplicado fruto
Al campo que hasta allí se mostró esquivo:
Del suelo primitivo
Descuajó diligente la maleza,
Trasformó en un eden vastos eriales,
Y juntando el producto á la belleza,
Los pobló de viñedos y frutales.

Midió la inmensidad del oceáno
Con un tronco de abeto por barquilla,
Que vino á ser por su industriosa mano
Bajel soberbio de bronceada quilla:
Por rara maravilla
Trazado con la brújula el sendero
Que á las naves abria un nuevo paso,
Fiando el rumbo al imantado acero,
De la estrella polar ya no hizo caso.

Arrancó á las entrañas de la tierra
Y del mar á los senos desiguales
El precioso metal que avara encierra
Y el nácar y las perlas y corales:
Cercada vió de males,
De peligros sin cuento su existencia,
Y buscando remedio á sus dolores,
Aprendió á conocer por experiencia
La virtud de las plantas y las flores.

Las veredas medir osó del cielo,
Y explorar de los astros la carrera;
Graduó del sol el poderoso vuelo
Y las leyes fijó de la alta esfera:
En vano ya quisiera
Juntar de observaciones nuevo acopio
En tal region y con tan flaca vista,
Pero vino en su auxilio el telescopio
Del mundo sublunar bella conquista.

Siguió avanzando en su triunfal camino,
Y cobrando en la marcha nuevo aliento,
Descubrió el memorable arte divino
De dar ya duracion al pensamiento:
Llegado otro momento
De ardiente inspiracion, su mente activa
De progreso ulterior siempre sedienta,
Postergó la escritura primitiva
Al monstruoso prodigio de la imprenta.

No halla obstáculos ya su ardor supremo:
Desterró la rudeza y la ignorancia,
Los montes taladró de extremo á extremo
Y acortó de los pueblos la distancia:
Con su perseverancia
Registró de la nube turbulenta
El seno bullidor: hizo un ensayo,
Y estudiando el rugir de la tormenta,
Robó á los cielos el potente rayo.

Precioso talisman, ya con su llama
El poder y las fuerzas centuplica,
Por el orbe se extiende y se derrama,
Y con pueblos remotos comunica:
Benévola se explica
La gran naturaleza no explorada,
Sus ocultos resortes eslabona,
Embellece por grados su morada,
Y las artes y ciencias perfecciona.

¡Tal es el hombre! emanacion divina,
Criatura de Dios privilegiada,
Que á la tierra cual ave peregrina
Se ve por breve tiempo encadenada:
Si fué tan bien dotada,
Si el habla, y la razon, de su excelencia
Siempre fueron el más noble atributo,
¿Podrá sin paso á la inmortal herencia
Confundirse en la muerte con el bruto?

UNA MONADA.

Afirma un grave Doctor
Del siglo décimo nono,
Que el hombre viene del mono,
De la rana, ó cosa peor;
Pero el insigne escritor,
Con su profundo saber,
Nunca me hará comprender
Cómo se obró tal portento,
Ni por qué procedimiento
Cambiamos de forma y ser.
Si es verdad que mono ha sido
El hombre, pregunto yo:
¿Cómo se *desenmonó*
Y á ser lo que es ha venido?
Si rana, ¿cómo ha podido
Desenranarse el mortal?
Si el pase fué natural,
¿Cómo siguen aquí abajo
Tanto mono y renacuajo
En su estado primordial?

No es prodigio que me asombre,
Cuando hay pruebas en su abono,
Que el hombre se vuelva mono;
Pero ¿el mono volverse hombre!
Y un sábio de alto renombre
Defiende tal teoría!
¿Si será que en su manía
Por darse cuenta de todo
Quiere explicar de ese modo
Tanta humana monería?

MOVIMIENTO CONTÍNUO.

En los mares de Occidente
Sumerge el sol su carruaje,
Y al otro dia esplendente
Reaparece en Oriente
Para hacer el mismo viaje.
Por la bóveda estrellada
Sigue su curso la luna;
Cae en el mar desmayada,
Y, como el sol, se traslada
Desde el sepulcro á la cuna.
Corre al mar desde el Pirene
Fugitivo manantial,
Y otra vez al monte viene
Con la lluvia que sostiene
Su inagotable caudal.
La galana primavera
Muere en brazos del estío
Á quien el otoño espera,
Y este en su breve carrera
Sucumbe al invierno impío.

De abril al templado aliento
El bosque se cubre de hoja,
Pero siempre en movimiento,
Mústio al cabo y macilento
Del vestido se despoja.
Y muertos al parecer
Los árboles en redor,
Los vemos reverdecer
Cuando torna abril á ser
Nuevamente su tutor.
Hoy es campo labrantío
Lo que fué laguna un dia;
Hoy abruma ardiente estío
Al que atezado del frio
En sus regiones vivia.
Llena de pompa y verdura
Será vega lo que hoy monte;
Y acaso en la edad futura
Verá la vasta llanura
Limitado su horizonte.
Hoy rebosando el mar llena
Lo que ayer fué continente,
Y el promontorio de arena
Donde habitó la ballena
Cruza á pié enjuto la gente.
Y avanzando seguirá
De los siglos al través,
Y lo que tierra fué ya
En mar se convertirá,
Y el mar en tierra despues.

Que en el continuo rodar
De tantas generaciones
Nada puede fijo estar,
Ni en la tierra, ni en el mar,
Ni en los pueblos y naciones.
Épocas marca la historia
De esplendor ó decadencia,
De grata ó triste memoria,
De humillacion ó de gloria,
De postracion ú opulencia.
Y rodando paso á paso,
Con visible retroceso
Marcharemos al ocaso,
Ó despues de un largo atraso
Volveremos al progreso.
Viven la fama y cultura
De Grecia en nuestra memoria;
Mas hoy ¡cuán poco figura
La triste nacion oscura
Teatro de tanta gloria!
Los que bárbaros un dia
Toda Europa apellidó
Llevan hoy la primacía,
Y ante sus plantas caeria
Quien ayer los subyugó;
Pero si altiva y ufana
Va siguiendo su camino
La viril raza germana,
¡Quién sabe lo que mañana
Le reservará el destino!

Que girando siempre vamos
En breve ó largo periodo
Con el globo que habitamos,
Y como él todos volteamos
Y como él voltea todo.
Sólo del pobre mortal
Clavó el destino la rueda
Junto al lecho sepulcral,
Do sin aliento vital
Inmóvil y fijo queda.
Tal vez aquel barro inerte
Que cayó desmoronado
Por el soplo de la muerte
Se trasforma y se convierte
En otro sér ignorado;
Pero en plena libertad
Alza el espíritu el vuelo
Corriendo á la inmensidad
En busca de la verdad
Que no habitaba en el suelo;
Hasta que el polvo liviano
Que deshecho se derrumba
De Dios la potente mano
Como de Marta al hermano
Vuelva á sacar de la tumba;
Y de la ceniza fria
Lanzándose el alma en pos
Buscará su compañía
Viviendo desde aquel dia
Juntas en una las dos.

FIDELIDAD.

Orilla de una fuente sonora y trasparente
Que bulle entre las sombras de ameno castañar
Con pena amarga llora zagala seductora
Clavando conmovida sus ojos en el mar.

Es de oro su cabello, de cisne el blanco cuello,
De rosa las mejillas, los lábios de carmin;
No hay copia en todo el valle de aquel gracioso talle,
Flexible cual la palma de asiático jardin.

Su límpida mirada, vagando extraviada,
Se pierde en los contornos del piélago traidor;
Contempla entre la bruma la frágil cana espuma;
Suspira, y de esta suerte pregona su dolor:

«¿Dónde estás, nave querida,
Que el encanto de mi vida,
La mitad del alma ¡ay triste!
Me llevaste ayer de aquí?
El que suya me llamaba
Y en sus brazos me estrechaba
¿Querrá en medio de esos mares
Acordarse ya de mí?
¡Sí, bien mio, sí!

»Al subir este sendero
Me juró su amor primero,
Y esta fuente al escucharle
Su murmurio suspendió;
En la ausencia prolongada
Donde quedo abandonada
¿Olvidar podrá el ingrato
Lo que entónces prometió?
¡Nó, bien mio, nó!

»No agiteis el frágil leño
Donde va mi dulce dueño,
Procelosos vendabales,
Si piedad teneis de mí;
Y el dichoso navegante
Volverá buscando amante
Los tesoros de cariño
Que guardados dejó aquí.
¡Sí, bien mio, sí!

»Cuando triste se alejaba
Dulcemente me miraba,
Y una lágrima en silencio
De sus párpados rodó;
¿Podrá pérfido olvidarme
Y por otra abandonarme
Dando muerte á la esperanza
Que en mi pecho alimentó?
¡Nó, bien mio, nó!»

Corrió el tiempo y la hermosa mil veces fué llorosa
De nuevo hasta la fuente que riega el castañar;
Y un dia en el sendero gallardo marinero
De súbito aparece viniéndola á buscar.

«Da treguas al quebranto, le dice, enjuga el llanto,
Y un ósculo en su frente dulcísimo imprimió;
Torné salvo á mis lares y al pié de los altares
La fé voy á cumplirte que el lábio te juró.»

CONTRASTES.

CELIO Y ANFRISO.

Despiértate, Anfriso mio,
Que ya la rosada aurora
Del astro rey precursora
Da color al caserío.

Ya en el lejano horizonte
Blanquea luz nacarada
Que sube lenta y pausada
Sobre las crestas del monte.

Ya la alondra vocinglera
Que se alberga en los sembrados
Con gritos acompasados
Reclama á su compañera;

Y bala allá en su redil
El cabrito jugueton
Para quien tan gratas son
Las mañanitas de abril.

Levántate, deja el lecho,
Veremos salir el sol
Cuyo primer arrebol
Tanto agradece el barbecho.

¡Con qué pompa y majestad
Entre nubes de oro y grana
Se eleva cada mañana
Por la muda inmensidad!

Trasponer debe ya luégo
La azotea del Oriente
Cual un globo incandescente
Recien salido del fuego;

Y á medida que adelanta
Luce sus galas mejores,
Cuyos vivos resplandores
Débil la vista no aguanta.

¡Cuán dulce es de los linderos
Hollar la yerba menuda
Cuando alegre le saluda
Todo un coro de jilgueros!

Y oir el variado trino
Del amante ruiseñor
Que suspende al labrador
Con su canto matutino!

Y aspirar el rico aroma
Con que el ambiente embalsama
La odorífera retama
Cada vez que el dia asoma!

Y cuajada de rocío
Ver la esbelta campanilla
Que la pura frente humilla
Para mirarse en el rio!

Y aquí la encendida rosa
Y allí la preciada flor
Cuyos recortes y olor
Admira la mariposa!

Y luégo el insecto alado
Que en el arbusto se aloja,
Cuál en una y otra hoja
Se columpia alborozado!

¡Cuán grato oir el mugido
De la vaca que se aleja
Y el susurrar de la abeja
Rondando el soto florido!

Y el ladrar de los mastines
En la alquería cercana,
Y el canto de la aldeana
Que cruza por los confines!

Y de la granja vecina
Ver cuál goza el rapazuelo
Siguiendo el tortuoso vuelo
De parlera golondrina!

Y contemplar las hormigas
Que avanzan por el sendero
Para surtir su granero....
—Tente, Celio, no prosigas.

Dulce sin duda es todo eso
De que haces tan fiel retrato;
Dulce, muy dulce y muy grato,
Gratísimo, lo confieso.

Pero es más dulce al abrir
Los ojos tan de mañana....
Mira, cierra esa ventana,
Vete y déjame dormir.

EL AVARO.

SONETO.

Salud pide el enfermo inapetente,
Fortuna en las batallas el soldado,
Constancia la mujer, cuando ha fijado
Su dicha en las promesas de un ausente:

Proteccion y favor el pretendiente,
Larga cosecha el labrador honrado,
La doméstica paz el buen casado,
Luz y acierto en sus juicios el prudente:

Piedad ante los jueces el culpable,
Culto auditorio el orador discreto;
Todos buscan un fin, un fin laudable,

Si á la ley del deber guardan respeto:
¡Solamente el avaro miserable
Codicia el vil metal, sin fin ni objeto!

CABOS SUELTOS.

I.

Aunque triunfe al parecer
La extraviada opinion,
Nunca podrá sin razon
La verdad oscurecer:
Veréisla brillar do quier
En su lucha desigual
Contra el error general,
Como el sol brilla esplendente
Sobre la turbia corriente
De revuelto manantial.

II.

En infinitos ramales
Sus aguas divide un rio
Perdiendo su fuerza y brio
Por los vastos cantijales;
Sus reducidos cristales
Viene la arena á sorber:
Así suele acontecer
A todo pueblo ó nacion
Que por la falta de union
Ve menguado su poder.

III.

Á Clóri llamaron bella
Y aunque el espejo desmiente
Lo que le ha dicho la gente,
Más que en él se mira en ella:
Como esa incauta doncella
Los malos poetas son,
Pues cierran sin reflexion
Sus ojos á la verdad
Si halaga su vanidad
La servil adulacion.

IV.

Vuelve alegre al colmenar
Ya la abeja con su carga,
Y el jugo de flor amarga
Trasforma en dulce manjar:
Así tambien al labrar
Su panal con mústias flores
Del campo de los dolores,
Convierten las almas puras
En inefables dulzuras
Los amargos sinsabores.

V.

Fosforescente gusano
Se desliza por la grama,
Y entre sus hebras derrama
Pálidas luces ufano;
Pasa la noche y en vano
Quiere ostentar su fulgor:
Así se eclipsa el error
Que campeó en la oscuridad
Cuando el sol de la verdad
Deja ver su resplandor.

ILUSION DESVANECIDA.

Una noche apacible del estío,
Á la hora feliz en que al humano
Ni acobarda el calor ni asusta el frio,
Salió, guitarra en mano,
Con más sal que dinero
Á correr aventuras un barbero.

Sus pasos encamina á cierta calle
Solitaria y sombría donde mora
Gentil doncella de flexible talle;
Morena encantadora
Que jóven y agraciada
Le robó el corazon con su mirada.

La llama oculta que le abrasa el pecho
Declarar el mancebo aun no ha podido,
Ni el estrago decir que en él han hecho
Los dardos de Cupido;
Y en una serenata
Cantar quiere el amor que le arrebata.

Temblando de emocion, y el ojo alerta,
Colócase de frente á su ventana,
Y aunque miope notó que estaba abierta;
Mas él no se amilana
Por ser corto de vista,
Que el serlo no se opone á una conquista.

Preludia en su guitarra dulcemente;
Y al soñar que velando está la hermosa
Y en oir su cancion tal vez consiente,
De júbilo rebosa,
Pues con su voz espera
Trocar un pedernal en blanda cera.

Allá en el fondo de la estancia oscura
De súbito aparece blanca toca
Que recatarse al parecer procura;
Al ciego dios invoca,
Recorre el instrumento,
Y así cantó con barberil acento:

«Todo es paz, todo es calma,
Y en sus amores
Soñando están dormidas
Aves y flores.
Ángel del cielo,
Cuando todos reposan
Yo solo velo.

»No desoigas mis quejas
Ni me condenes
Á llorar sin consuelo
Tantos desdenes;
Pues tus miradas
Para mí, si te enojas
Son estocadas.

»En tus negras pupilas
Hay tanto fuego
Que abrasado al mirarlas
Rendíme luégo;
Y con los ojos
Del alma mia hiciste
Tristes despojos.

»Un hoyo en tus mejillas
He sorprendido,
Donde anidan las gracias
Y el dios Cupido;
Desde ese hoyuelo
Dispara sus harpones
El rapazuelo.

»Si un dia á buscar flores
Junto á tus rejas
Para hacer sus panales
Van las abejas;
Miel deliciosa
Libarán de tus lábios,
Lábios de rosa.

»Recoge los suspiros,
Morena mia,
Que el alma enamorada
Tierna te envia;
No los rechaces,
Pues tú remediar debes
El daño que haces.....»

De súbito advirtió el cantor dichoso
Que el bulto entre las sombras retraido
Se acercaba á la reja cauteloso;
Suspende conmovido
Su dulce serenata,
Se acerca, mira, ve..... ¡y era una gata!

HUMANA MISERIA.

¡Sustraerte á la ley de tu destino
Cual si fueras, o Fabio, una excepcion,
Sin tener, engolfado en los placeres,
Idea del dolor!
Ver los árduos senderos de la vida
Tapizados de flores por igual,
Sin que lleguen á herirte los punzantes
Abrojos del pesar!

¿Has soñado, infeliz, con tanta dicha
En este oscuro valle donde Dios
Al lado de los goces pasajeros
Las penas colocó?
¿Viste nunca algun sér tan venturoso
Que del orbe en la vasta inmensidad
De la cuna al sepulcro hiciera el viaje
Tranquilo y sin llorar?

Incansable fatiga el duro suelo
Una vez y otra vez el labrador,
Y dan ciento por uno las semillas
Que en él depositó;
Mas ¡ay! cuando su troj de rubio trigo
Benéfica va Céres á colmar,
Granizo asolador que lanza el áustro
Se burla de su afan.

Cruzando la floresta va un viajero
Que castiga impaciente á su bridon,
Porque anhela abrazar tras larga ausencia
Las prendas de su amor;
Pero no ve sumido en mil recuerdos
Á la ya incierta luz crepuscular
De cobarde bandido entre las sombras
El pérfido puñal.

Numerosos rebaños y cortijos
Dan vida á la comarca en derredor,
Y su dueño insensible á cien esclavos
Impone con su voz;
Pero el lecho de pluma en que se agita
De la noche en la muda soledad
Es un potro de hierro donde el triste
No puede reposar.

El invicto guerrero que en las lides
Poderosas falanjes arrolló,
Soñaba con la pompa y aparato
Del carro triunfador;
Pero súbito se oye fatal plomo
Por los aires mortífero silbar,
Y marchita al nacer las ilusiones
Del bravo capitan.

Sonrie casta madre ante la cuna
Del hijo idolatrado que anheló,
Y contempla extasiada los encantos
De aquella tierna flor;
Mas un dia le roza con sus alas
El ángel de la muerte sin piedad,
Y atraviesa con bárbaro cuchillo
Su seno maternal.

Arrostra con fortuna el negociante
Los azares del piélago traidor
Salvando el capital que en siete lustros
De afanes allegó;
Mas apenas saluda enternecido
Los viejos muros del paterno hogar,
Con la vida le arranca la riqueza
Sirviente desleal.

¡Medítalo, mi Fabio! noche y dia
Navegando en el mar de la afliccion,
Zozobrosa inquietud bajo mil formas
De ti volará en pos;
Si del orbe á los últimos confines
Sediento de reposo huyendo vas,
Allí tambien las negras pesadumbres
Allí te seguirán.

Erizado está el mundo de amarguras
Y doquiera el cuidado roedor,
Cual una sorda lima, del humano
Desgasta el corazon;
En la choza de paja del mendigo,
Bajo el techo de alcázar imperial
Acechando á sus víctimas la angustia
Vigila sin cesar.

Da gracias por el bien que te se otorga,
Mas no busques aquí, nó, Fabio, nó,
La dicha que lograr sólo te es dado
En un mundo mejor;
Por un breve placer mil inquietudes
Al camino traidoras te saldrán,
Reclamando sin tregua tras el gozo
Sus fueros el pesar.

Á JULIA.

CUENTO.

Por la frondosa ladera
De un valle, donde el Tiron
Despliega sus limpias ondas
Cual plateado ceñidor,

Á la hora en que las aves
Saludan al nuevo sol,
Melancólico hácia el llano,
Desciende Anfriso el pastor.

De tiempo en tiempo los ojos
Vuelve con triste expresion
Á una cabaña que el dueño
Desierta acaso dejó:

Pues ni se oye cual solia
Ladrar al fiel guardador
Ni la humosa chimenea
Vida anuncia en el fogon.

Otras veces los oteros
Contempla, que ya de flor
Con su dadivosa mano
La primavera cubrió.

Sin duda en el pecho guarda
No sé qué oculto dolor,
Porque una lágrima ardiente
Por sus mejillas rodó.

El valle en torno registra
Con elocuente expresion;
¿Será que evoca recuerdos
De algun suceso anterior?

Llega orilla de una fuente,
Y sobre el verde colchon
Del musgo á quien sus cristales
Dan lozanía y vigor,

Se reclina pensativo,
Suspira con emocion,
Y desta suerte se queja
Con triste y sentida voz:

«¡Esta es la hermosa ribera
Donde ví la luz primera!.....
¿Qué se ha hecho, qué se ha hecho
Del estruendo, y alegria,
Que ayer ánimó el barbecho
Mudo ahora, madre mia?

Los olmos que aquí crecieron
Testigos un dia fueron
De tu inefable ternura:
¡Cuán rápidas trascurrieron
Las horas de mi ventura!

Detente, sombra querida
De mi madre idolatrada,
Si acaso vagas perdida
Por la montaña florida
Con la brisa perfumada.

Contempla el afan prolijo,
Mira el acerbo dolor,
Oye las quejas de un hijo
Que te busca en derredor.
Si mi plegaria de amor
Puede llegar hasta ti,
Madre mia, ven aquí,
Quiero pagarte en cariño
Las ternezas que de niño
A tus afanes debí.

¿Ves aquel cisne nevado
Que aletea alborozado
Llamando á su compañera,
Y con grito prolongado
Su tierno amor le pondera?

¡Con qué ánsia tan expresiva
Surca el lago cristalino
Y al otro confin arriba,
Buscando á la amante esquiva
Que reclamada no vino!

Pues si amor hallas en él,
No es de mi amor todavía
Imágen y copia fiel,
Adorada madre mia.
Guárdese la losa fria
Por mi mal tu barro inerte,
Que yo de la inícua suerte
Burlaré el fiero rigor,
Haciendo vivir mi amor
Á despecho de la muerte.

Escucha al pobre jilguero
Que con canto lastimero
Se queja en el verde sáuce
Plantado en aquel lindero
Junto á la orilla del cáuce...
¿Sabes por qué en la enramada
Canta triste y dolorido
Sin hallar consuelo en nada?
Es porque busca á su amada,
Y encuentra desierto el nido.
¡Cuál debe ser su tormento!
¡Cuánto padece, cuál pena!
Harto lo dice ese acento
Que melancólico suena.
Pero aunque de luto llena
Su voz la floresta umbría
Y en prolongada agonía
Paga tributo al dolor,
No iguala el suyo á mi amor,
Adorada madre mia.

Mira aquella mansa fuente
Bullidora y trasparente,
Que de la umbrosa ladera
Se derrama suavemente
Por la esmaltada pradera...
Al dulce sueño convida
Con su parlero murmullo,
Mientras al campo da vida,
Y la flor agradecida
Abre á su paso el capullo.

Lo que al mústio valle son
Los hilos de aquel raudal
Eso es á mi corazon
Tu recuerdo celestial.
Esa tu voz maternal
Que vibra incesantemente
Dentro de mi pecho ardiente,
Es al ánima angustiada
Más dulce y más regalada
Que el murmullo de la fuente.

Mira esa blanca paloma
Que anida en la verde loma
Entre mirtos y rosales,
De donde arrastran su aroma
Las brisas matutinales....

Mírala cómo desdeña
De ageno amor la ternura,
Y sube á la altiva peña
Buscando el bien con que sueña,
Por no hallarse en la espesura....

Si candorosa y sencilla
Va tras el bien que perdió,
Con ella ¡pobre avecilla!
Compararme puedo yo.
El mio me arrebató
La dura Parca tambien...
¡Ven, sombra adorada, ven;
Aquí sobre el verde helecho,
Quiero posar en tu pecho
Un solo instante mi sien!

Esas lindas cortesanas
Que nuestro valle galanas
Recorren por donde quiera
En las serenas mañanas
De la alegre primavera,

¡Qué pláticas tan sabrosas
Mantienen con sus queridos!
Entre las tilas frondosas
¡Ay, madre mia, qué cosas
Llegaron á mis oidos!

Mientras pacian las cabras
Tendido al pié de un laurel,
Un dia escuché palabras
Más dulces, más que la miel:
Envidia tuve al doncel
Que sabia hablar así;
Pero aunque jamás oí
Unos discursos tan bellos,
Madre mia, no aman ellos
Como yo te amaba á ti.

Registra calle por calle:
No tiene un árbol el valle,
En cuya dura corteza
Tu dulce nombre no se halle
Grabado por mi fineza.

Lisarda la encina umbrosa,
Lisarda dice el moral,
Y aquí la acacia olorosa
Y allí el haya procerosa,
Y allá el gigante nogal.

Y tras de la noche fria,
Cuando ya la rubia aurora
Con la luz del nuevo dia
Los alegres campos dora;
En esa solemne hora
Que á las aves enagena,
Yo desahogo mi pena
Cabe el Tiron reposado,
Trazando con el cayado
Tu dulce nombre en la arena.

Mas ¡ay triste! mi lamento
Se pierde en alas del viento,
Y ni aun oyes la plegaria
Que se eleva al firmamento
En la noche solitaria.....

¡En vano buscan mis ojos
En estos valles ya verte,
Que no corre sus cerrojos
Para volver los despojos
De la tumba, nó, la muerte!

Si ocupas afortunada
La mansion del regocijo
Y te es dado una mirada
Volver hoy sobre tu hijo,
Muévate el llanto prolijo
Que brota del corazon;
Ten de Anfriso compasion,
Ten lástima de su duelo,
Y envíale desde el Cielo
Tu maternal bendicion.

Adios, mis cabras queridas,
No os veré ya suspendidas
Del alto espinoso risco,
Ni de los perros seguidas
Volver al amado aprisco.....
Ni estos verdes cañizares,
Ni esa desierta casita
Oirán ya mis cantares,
Ausente de los lugares
Donde mi madre no habita..
Este confin delicioso
Que el ameno Tiron baña
Ya no convida al reposo,
Ya es para mí tierra extraña:
Nadie mora en mi cabaña,
¡Todo aquí despareció;
Sólo quedo ¡ay triste! yo,
Sólo yo, para llorar
A la vista del hogar
Que mi infancia cobijó!

¡Adios, hermosa ribera
Donde ví la luz primera!
¿Qué se ha hecho, qué se ha hecho
Del estruendo y alegría
Que ayer animó el barbecho
Mudo ahora, madre mia?»

Así se quejaba Anfriso,
Cuando un génio celestial
De súbito se le acerca
Sin que le sienta llegar.

Recoge sus alas de oro
Sobre el cándido cendal
Que un cinturon de brillantes
Aprisiona por detrás.

Y con una voz que el arpa
No sabria remedar,
El hermoso aparecido
Habló así: «Noble rapaz,

Dios y tu madre, que justa
Morando en su seno está,
Desde el alto firmamento
Sus bendiciones te dan.

Recíbelas, que en la tierra
Un ángel no puede hallar
Despues del amor materno
Otro amor como el filial.

Por eso me regocijo
Cuando te oigo suspirar,
Que quien tanto ama á su madre
Es mi hermano en vida ya.

Sé virtuoso, y algun dia
Feliz con ella serás,
Que la vida es breve sueño,
Y forzoso el despertar».....

Dice: y llenando el recinto
De inefable claridad,
Desparece de la vista
Del fortunado zagal.

Suspira Anfriso, y sus ojos
Libre curso entonces dan
De sus lágrimas ardientes
Al abundoso raudal.

Mira en torno, cual temiendo
Que alguien le vea llorar,
Pues solo quiere á los montes
Por testigos de su afan.

Que para el pecho angustiado,
Si herido de amor está,
No hay más dulce compañía
Que la muda soledad.

Á la choza solitaria
Su adios postrimero da,
Y sollozando se aleja
Del pobre y desierto hogar.

EPÍLOGO.

Si quieren oir de amor
Tus amigas una historia,
Graba, Julia, en tu memoria
El cuento de mi pastor:
Cifra tu gloria mayor
En ser el bello ideal
Del cariño maternal
Mientras te dure la vida,
Porque Dios, niña querida,
Bendice el amor filial.

LA PAZ.

(CON MOTIVO DE LA TERMINACION DE LA GUERRA CIVIL DE ESPAÑA EN MARZO DE 1876.)

¿Por qué corre y vocea y se derrama
Por las plazas y calles á deshora
Gozosa multitud? ¿A quién aclama?
¿Qué suceso celebra ó conmemora?
¿Qué anuncia atronadora
Del místico metal la voz festiva?
¿Por qué se mezcla al general contento
Del sacro alcázar en la torre altiva
Y en alas hoy del fugitivo viento
Simpática resuena
Y de júbilo santo al pueblo llena?

Dá treguas al dolor, o patria mia.
La Paz, la dulce Paz que tus hogares
Dejó entregados á la guerra impía
Torna de nuevo á los desiertos lares:
¡Qué angustias, qué pesares
Costó á tu corazon su larga ausencia!
¡Qué de víctimas ¡ay! la fiera Parca
Robó al amor en la comun demencia!
Mas ¡oh felicidad! ya vuelve al arca,
Ya puerto en ella toma
Con su ramo de oliva la paloma.

¡Respira, pobre madre! Ya tu hijo
Regresa al patrio hogar. ¡Cuán satisfecho
Tu amante corazon! El regocijo
De nuevo inunde el angustiado pecho!
Ayer el triste lecho
Con tus hondos gemidos conmovias,
Y en tus sueños al campo te lanzabas,
Y al combate en espíritu asistias,
Y á la muerte ablandar imaginabas
Con incesante lloro
Reclamando tu amor y tu tesoro!

¡Deidad consoladora, cuya mano
Prodiga el bienestar por donde quiera,
Recobra tu poder, y el suelo hispano
Con tu aliento divino regenera!
La corva podadera,
La reja del arado enmohecida
Gane ya el turno á la sañuda lanza
Que tenaz empuñó hueste aguerrida,
Y de nuevo sonria la esperanza
Al campo estremecido
Del clarin vocinglero al son temido.

Como aguarda tras noche tempestuosa
Consternado colono el nuevo dia,
Y la nube que aun brama temerosa
Va huyendo ante la luz que el sol envia,
Y en medio la alegría,
Que surge en derredor, sus tristes ojos
Descubren por doquier con amargura
Del arruinado campo los despojos,
Y luégo el daño remediar procura
Si ve que el tiempo abona
Y sus esfuerzos bienhechor corona;

Así al despertar hoy ¡oh vilipendio!
Y al lucir de la Paz el albor santo,
¡Doquier las huellas de voraz incendio!
¡Doquiera ruinas, soledad y espanto!
Mas ¡ay! cese ya el llanto;
Los hondos surcos que con negra furia
Trazó el carro de Marte en sus horrores,
De Urdax á Monserrat, del Arga al Turia,
Cuajados pronto dejará de flores
La llama bienhechora
Del claro sol que los fecunda ahora.

Ya al horrendo festin no se previene
Del sombrío barranco en la hondonada
El carnívoro buitre del Pirene
Por cebarse en la presa codiciada;
Ni ya, la diestra armada
Del hierro vengador, ocupa el llano
Legion devastadora, ni en la cumbre
Tendido á la inclemencia el veterano
Murmura del vivac junto á la lumbre
Sus bélicas canciones
Al compás de los roncos aquilones.

Ya florece otra vez la fértil vega,
Ya seguro transita el caminante,
Ya al cántabro confin de nuevo llega
Con génio emprendedor el traficante:
La máquina pujante
A impulso del vapor vuelve á la vida;
Recobra aliento la olvidada ciencia,
Y en sus senos profundos removida
La tierra con afan, á competencia
Descubre á los mineros
De cuajado metal anchos regueros.

Sonrie alegre cándida matrona
Que en alas del amor bajó del Cielo,
Y de España registra la ancha zona
Del un confin al otro en raudo vuelo:
Torrentes de consuelo
Derrama aquí y allí doquiera fija
Benigna su mirada; absorta, muda,
La tierra en derredor se regocija,
El valle alborozado la saluda,
Y la comarca entera
La bendice y la canta á su manera.

Volved á conducir, bellas zagalas,
Al monte umbrío el retozon ganado,
Que cubriéndose va de ricas galas
El que ayer pareció mústio collado:
¡No más el verde prado
Con raudales de sangre generosa
Vereis enrojecerse! ni en la altura
Volverá á sorprenderos pavorosa
De atezado guerrero la armadura;
Que ya otra vez ufana
Pasea el bosque con sus ninfas Diana.

¡Ilustres héroes, cuya sien altiva
De la lid estruendosa en el delirio
Ciñó el laurel que precedió á la oliva
Conquistando la palma del martirio!
Cual troncha al fresco lirio
La hoz del segador, así inclemente
El mortífero plomo, el hierro insano
Dobló á su paso vuestra noble frente!
Mas, ¡ay! el tiempo oscurecer en vano
Querria vuestra gloria
Que eterna vivirá en la patria historia.

¡Léjos, léjos de aquí, mónstruo maldito,
Espectro de la guerra, que el Eterno
Reservó vengador para el precito
En los antros profundos del averno!
¡Que en duelo sempiterno
De horror y espanto sus abismos llene
Dia y noche tu cólera implacable!
¡Que al peñasco de Ticio te encadene
Con cien nudos de bronce inquebrantable,
Y allí tu furia loca
Fatigue en vano á la impasible roca!

EL GLOBO TERRESTRE.

A MI QUERIDO AMIGO

D. NARCISO CAMPILLO.

¡Cuál la tierra, gran Dios, cuál ha cambiado
Desde el dia en que el hombre inobediente
Salió del paraiso desterrado
Por la vil sugestion de la serpiente!
Quien hubiese vivido en lo pasado
Y á la vida tornara nuevamente
Decir estupefacto no pudiera
Si el mundo actual es hoy el que antes era.

Gigantescas montañas que atrevidas
Parecen escalar el alto cielo,
En sus hondos cimientos conmovidas
Se igualan, hechas polvo, con el suelo:
Planicies dilatadas y extendidas
Por la opuesta region alzan el vuelo,
Y agitando la tierra sus entrañas,
Se trasforman de súbito en montañas.

Rugiendo atronador, lava y ceniza
Aquí un volcan enfurecido arroja,
Y el vecino confin esteriliza,
Y de plantas y frutos le despoja;
Allí infecundo otero se matiza
Cuajándose de flores y verde hoja
Desde que un hundimiento en la pendiente
Franquea el paso á la escondida fuente.

Recubiertos de insólitas nevadas
Se agigantan los montes altaneros
Donde crujen las selvas abismadas
En el fondo de enormes ventisqueros;
Y del ábrego al soplo desatadas
Por breñales, barrancos y linderos,
A invadir la comarca se apresuran,
Y los valles en torno desfiguran.

Su curso cambia el caprichoso rio,
Y á la vez subterránea sacudida
Convierte en feraz campo labrantío
La indolente laguna adormecida:
Descuaja la segur el bosque umbrío
Do tuvieron las fieras su guarida,
Y el tiempo volador que mudo avanza
Variar hace de forma á cuanto alcanza.

Colúmpiase graciosa la barquilla
Donde el buey arrastraba corvo arado,
Y en las aguas que ayer hendió la quilla
De soberbio bajel, florece un prado:
En el fondo del mar ¡oh maravilla!
Durmió siglos y siglos ignorado
El alto cerro y el peñon erguido
Donde forjan las águilas su nido.

Derrámanse por cumbres y laderas
Divididos en grupos, los humanos,
Que acosados del hambre y de las fieras
Descienden luego á cultivar los llanos;
Arrancan largo fruto á las riberas
Con el duro trabajo de sus manos,
Viniendo á ser la campa del desierto
Con la industria y sudor florido huerto.

Lo que páramo fué cambia de nombre
Cubierto ya de alegres caserías,
Do puede al fin desafiar el hombre
De la cruda estacion las noches frias:
Gobierna quien ganó mayor renombre
Por su génio, valor, ó simpatías,
Llegando así, por raro privilegio,
Al primer escalon del poder régio.

Puéblanse las remotas soledades,
Y en la falda del monte y la llanura
Nacen pueblos, aldeas, y ciudades
Que emporio y centro son de la cultura:
Conoce el hombre allí necesidades
Que no experimentó en su infancia oscura;
Y de goces el alma ya sedienta
El negro vicio por doquier fomenta.

Aquí ruedan imperios prepotentes
Por el lujo y molicie carcomidos,
Sin guardar de sus nobles ascendientes
Ni blasones, ni hazañas, ni apellidos;
Más allá se alzan gentes contra gentes,
Y con charcas de sangre enrojecidos
Se ven los campos que en la edad primera
Jamás vino á turbar trompa guerrera.

Y en el mar del progreso navegando,
Corre el hombre tal vez retrocediendo,
Y entre tanto la tierra va girando
Nuevas formas cada año revistiendo:
Lo mismo de la brisa el eco blando
Que de fiero huracan el ronco estruendo,
El agua, el fuego, todo se conjura
Para hacerle que cambie de figura.

Si volvieran á ser los Faraones
¡Con qué inútil afan registrarian
Del Egipto los últimos rincones
Por hallar el palacio en que vivian!
De sus cúpulas, átrios y salones
Ni un vestigio siquiera encontrarian,
Ni albergue propio que les diera asilo,
Ni una choza á las márgenes del Nilo.

¿Dónde está de su córte el aparato,
Y sus timbres de gloria y sus laureles,
Y su pompa y su lujo y su boato,
Y sus armas y carros y corceles?
¡Todo es sombra en redor, silencio ingrato,
Tristeza, soledad, memorias crueles!
Nada resta de ayer: todo ha caido,
Costumbres, usos, leyes, cuanto ha sido.

Sólo vive el gigante monumento,
Decrépito pregon de su opulencia:
Veinte siglos de lucha lleva el viento,
Y vencer no logró su resistencia;
Mas él tambien vacilará en su asiento,
Que á morir el destino le sentencia,
Y el tiempo inexorable de algun modo
Le hará rodar al fin cual rueda todo.

Nada firme y constante hay en la tierra:
Solo es fijo y perenne, solo dura
El dolor implacable, siempre en guerra
Con la mísera y débil criatura:
Si males tantos por desdicha encierra
Este valle de luto y amargura,
¿Será extraño que el ánima afligida
Aspire, mi Narciso, á mejor vida?

EL ROBLE DEL AHORCADO.

LEYENDA.

I.

LA COCINA DEL CORTIJO.

Al rojizo resplandor
De una hoguera que ilumina
Vagamente la cocina
De un honrado labrador,

Ocho personas sentadas
Vénse al amor de la lumbre,
Pues por placer ó costumbre
Pasan allí sus veladas.

Ocupa el primer lugar
El más viejo en un escaño
De mal pulido castaño
Junto al pacífico hogar;

Y guardan los otros siete
Por usanza del cortijo
Cada cual su sitio fijo
En un tosco taburete.

Mirando con atencion
El grupo, se ve bien claro
Que algo sucede muy raro
En aquella reunion.

Tétrica, mústia, sombría,
Tienen hoy todos la frente
Contrastando abiertamente
Con su habitual alegría.

Tiemblan al vago gemido
Del viento en la chimenea,
Y cuando chisporrotea
Algun leño carcomido;

Y este improvisa una luz
Que alumbre la estancia oscura,
Y aquel su miedo conjura
Con la señal de la cruz.

Aunque ocultarlo quisieran
Con cierta inquietud respiran,
Y en derredor suyo miran
Cual si ver algo temieran.

Despues de un largo silencio,
Por fin el viejo colono
Exclamó con triste tono:
—El caso es grave, Prudencio.

Tú que en el monte estuviste
Y á ver el cuerpo llegaste,
Cuéntanos cuanto observaste,
Y de paso cuanto oiste.

—El cadáver se encontró
Negro como un condenado
Junto al Roble del Ahorcado:
Esto, señor, lo ví yo.

—¿Tan negro y en tal paraje?
Obra fué de Satanás....
—No le interrumpas, Tomás:
¿Y la postura y el traje?

—Por su traje es algun noble;
Y al rodar por la maleza
Se quedó con la cabeza
Reclinada sobre el roble.

Llevaba un rico justillo
Y capa á lo cortesano
Y aún empuñaba su mano
Fria y crispada un martillo.

—Pues con ese le mataron,
Ó tal vez él se mató....
—Ni herida se le encontró,
Ni contusion le notaron;

Y es opinion admitida
Por todos en general
Que el Monje del barrancal
Le debió quitar la vida.

—No le mientes, por Dios trino,
Pues siempre que se le nombra
Diz que su pálida sombra
Se aparece en el camino.

—No dés crédito, Martin,
A esos cuentos temerarios,
Y deja los comentarios
Si te parece hasta el fin.

Sigue, Prudencio.—Señor,
Casi debia callar,
Pues lo que voy á contar,
Francamente, me dá horror.

Del dia á la incierta luz,
Es decir de madrugada,
Vimos su capa clavada
Por un extremo á la cruz;

A la cruz que se fijó
Del viejo Roble en la frente,
Como recuerdo elocuente
De lo que allí sucedió.

—¿Mas quién allí sino él
Clavar su capa ha podido?
—Todos dicen que ha venido
A clavársela Luzbel.

—¿En una cruz? ¡pura charla!
Huye de ella como un gamo.
—Pues por eso, señor amo,
Dicen que vino á taparla.

—La verdad es, mi señor,
Que del Roble del Ahorcado
Maravillas se han contado
Que al más fuerte dan pavor.

Acordaos del cabrero
Que una noche en el barranco
Divisó el hábito blanco
Del Fraile junto al lindero.

—Probablemente seria
Manchon de nieve, Gabriela,
Que de léjos blanca tela
Al zagal le parecia.

—¿Y aquel pobre pastorcito
Que en el invierno pasado
Por un lobo destrozado
Cayó ante el Roble maldito?

—No blasfemeis, por favor;
¿Maldito, Simon, le llamas,
Cuando dan sombra sus ramas
A la cruz del Redentor?

—Perdone usted, tio Pablo;
Despues de lo que hemos visto,
No debe ser Jesucristo
Quien anda allí, sino el diablo.

—Cosas se cuentan, Tomás,
Que explicarme yo no puedo,
Pero abulta mucho el miedo,
Y la gente abulta más.

—Pues el suceso de ayer
No es invencion, yo lo ví,
Y si el diablo no anda allí,
No alcanzo quién pueda ser.

—Ni apurarlo es necesario,
Aunque á decir lo que siento,
En ese acontecimento
Hay mucho de extraordinario.

Los detalles y el conjunto
Tienen algo de siniestro:
Recemos un Padre Nuestro
Por el alma del difunto.

Pónense todos de pié,
Y con fervorosa uncion
Murmuran una oracion
Por el alma del que fué.

Y de nuevo recobraron
Santiguándose el asiento,
Y el misterioso portento
Largo tiempo comentaron.

II.

LOS CAZADORES.

Despues de rondar doce horas
Por valles, montes y cerros,
Llegaron á una posada
Dos cazadores hambrientos.

Jóvenes, francos y ricos,
Encargan al hostelero
Que prepare una gran cena
Sin reparar en el precio.

Él que vió entrar por sus puertas
Dos hidalgos tan apuestos,
Y de entrambos con su instinto
Peculiar olió el dinero;

Con mil campanudas frases
Y enfáticos cumplimientos,
Prometió que de su mesa
Quedarian satisfechos.

—En mi corral hay gallinas,
Les dice, y arriba tengo
Jamones de Extremadura,
Longanizas y torreznos.

No ha de faltar un rostrizo,
Frutas secas y buen queso,
Que para lances de apuro
Como oro en paño conservo.

Recien sacado del horno
Puedo serviros pan tierno,
Y diez ó doce botellas
De excelente vino añejo.

—Bravo! magnífico! exclaman
A la vez Juan y Rogelio,
Que tales eran los nombres
De los gallardos mancebos.

Y en prueba del mucho gusto
Que recibimos en ello,
Colmádnosle con la honra
De ser hoy comensal nuestro.

—Acepto, dijo muy grave,
Que para tres, y aun trescientos,
Puedo allegar provisiones
Como sabe todo el pueblo.

Tan gentil baladronada
Los jóvenes aplaudieron,
Y unas dos horas más tarde
Brindaba el huésped con ellos.

Terminado ya el banquete,
Que hacia honor á su dueño,
Dirigióle la palabra
De esta manera Rogelio:

—Tras esos ásperos montes,
A dos leguas poco ménos,
Hay un estrecho barranco
De muy difícil acceso.

Costónos larga fatiga
Salvar los ágrios senderos
Que á cada paso interrumpen
Las carrascas y los brezos.

En la honda encrucijada
Que le corta por el medio,
Tropezamos con un roble
Carcomido ya de viejo.

En su rudo tronco vimos
Como á la altura del pecho
Fija una cruz de madera
Que no está allí sin misterio.

Decidnos qué significa
Si no ignorais el secreto,
Tal emblema en tal paraje,
Pues tengo afan de saberlo.

—¡Santo Dios! extremecido
Exclamó el pobre hostelero:
¡Es el Roble del Ahorcado,
Del Ahorcado! ¿qué habeis hecho?

Cruzar por aquellos sitios
Es un presagio funesto;
Muy pocos impunemente
Pocos, creedme, lo hicieron.

Decid, decid: ¿no habeis visto
Por aquellos vericuetos
Deslizarse un alma en pena
Con voz doliente gimiendo?

Lleva siempre hábito blanco,
Que exhala un olor infecto,
Y por do pasa marchita
Los tomillares y helechos.

¡Ay si su pálida sombra
Os sale un dia al encuentro!
¡Cuál helará vuestra sangre
Su torvo mirar siniestro!

Huid de aquellos parajes,
Si algo vale mi consejo,
Porque quien busca el peligro
Perece en él....

—Es muy cierto,

Dijo Juan, por vuestra boca
Hablando está el Evangelio;
Mas decid qué significa
La cruz del Roble, acabemos.

—Escuchad: hará, señores,
Poco más de siglo y medio
Que colgado de sus ramas
Amaneció un Misionero.

Era este un Monje muy sábio
Que recorria los pueblos
Predicando penitencia
Por órden de su Convento.

—De su gran sabiduría,
Dijo al oirlo Rogelio,
Dió poca muestra, pues tuvo
Tan mal gusto el Reverendo.

—Perdonad, nadie ha podido
Explicar aquel suceso
Que envuelto sigue en las sombras
Del más profundo misterio.

Unos dicen que la vida
Le quitó algun bandolero,
Mas esta opinion carece
De sólido fundamento;

Que un pobre fraile no lleva
Ricas joyas ni dinero;
Y además, ¿para qué ahorcarle?
¿No bastaba haberle muerto?

Otros juzgan que en un rapto
De dolor ó de despecho
Él propio se dió la muerte
Echándose un lazo al cuello:

¡Paradoja inverosímil
Que yo á comprender no acierto
Cuando le creian todos
De virtudes un modelo!

Cuéntase que por entónces
Vagos rumores corrieron
De que un alto personaje
Fué de su muerte instrumento.

Un don Álvaro de Tórmes....
—Ese fué mi bisabuelo.
—Dejémosle que prosiga,
No le interrumpas, Rogelio.

—Yo, señores, nada afirmo,
Lo que oí contar os cuento,
Que de tan lejana historia
¿Quién puede estar en lo cierto?

Pues bien, el tal personaje
De carácter violento,
De las pláticas del Monje
No estaba muy satisfecho.

Parece ser que llevado
De su apostólico celo
Citó en el púlpito un dia
Tales cosas, tales hechos,

Que don Álvaro de Tórmes
Al verse aludido en ellos
Tomar venganza del Fraile
Juró arrebatado y ciego;

Y añaden que de aquel árbol
Algun agente secreto
Le suspendió por la noche
Su negra mision cumpliendo.

Y al retirar el cadáver
Una cruz allí pusieron
Para guardar la memoria
De tan trágico suceso.

Desde entónces, cuantos pasan
Por el barranco funesto
Del Monje bajo mil formas
Han visto el pálido espectro.

De aquella hondonada huyen
Despavoridos los ciervos,
Mujen furiosas las vacas,
Tristes aullan los perros....

—No continueis, señor huésped,
Ya lo bastante sabemos:
Contais, pardiez, una historia
Que espeluzna los cabellos.

Un capítulo hay en ella
Que honra mucho á vuestro ingénio
Ó al del autor que atrevido
La forjó en el mentidero.

Yo aclararé dónde y cómo
Nació tan mónstruoso engendro;
Y ¡ay del que aleve calumnie
Con torpe lengua á los muertos!
—Yo, señor....
—Vos sois un sándio
Que fomentais indiscreto
Con ridículos embustes
Las hablillas de los nécios.

Mañana ¿lo ois? mañana
Dos cuentas arreglaremos:
La cuenta del hospedaje
Con más la cuenta del cuento.

Y ahora, si no os da enojo,
Los tres á la par brindemos
Al desagravio del Fraile
Que tenga Dios en el Cielo.

Y apurando la ancha copa
Marcharon á su aposento,
Pues rendidos de cansancio
Los abrumaba ya el sueño.

III.

TEMERIDAD.

Frente á frente y sin testigos
En el dorado aposento
De un mayorazgo opulento
Conferencian dos amigos.

Discuten con un afan
Que ya raya en importuno:
Rogelio se llama el uno
El otro se llama Juan.

Conocidos nuestros son,
Y puesto que se halla abierta,
Podemos desde la puerta
Oir su conversacion.

Escuchemos.

—Ten paciencia,
Seré tan duro y severo
Como tú imaginas; pero
Cometiste una imprudencia.

No habia necesidad
De que supiera aquel hombre
Ni tu alcurnia, ni tu nombre,
Ni tu rango y calidad.

Y ¿qué al caso, dí, venia
Decirle en tono formal
Que una causa criminal
El presidio le abriria?

—¿No debia yo impugnar
Lo que en mengua mia oí?
—En otro terreno, sí,
Pero no en aquel lugar.

En vano es buscar remedio
Si el remedio no procede;
¿Quién al vulgo curar puede
De un error de siglo y medio?

—¿Has por ventura creido
Que Don Álvaro de Tórmes....
—Sobre eso adquirir informes
Ni en pró ni en contra he podido;

Mas solo el nombre no abona
De un modo seguro y fiel
Que tu bisabuelo y él
Sean la misma persona.

—Oyendo tal impostura
¿Pude, yo dejar de hablar?
—Muchas veces el callar,
Amigo mio, es cordura.

Si creiste que su historia
Lastimaba á tus mayores,
Medios tenias mejores
De volver por su memoria;

Sin entrar en discusion
Ni disputar mano á mano
Con un grosero aldeano
Sin ciencia ni educacion.

—Yo tengo por un absurdo
La anécdota del Ahorcado;
Será un cuento mal forjado
Por algun záfio palurdo.

—Ó habrá en su fondo verdad,
Como el caso bien se apure,
Por más que la desfigure
La ciega credulidad.

—¿Piensas tú que en el barranco,
Como dijo el hostelero,
Pálido, fosco y severo
Se aparece el de lo blanco?

—Debe ser una invencion,
Un embuste, una quimera,
Que solo acoger pudiera
La vana supersticion.

—Yo sabré lo que hay de cierto.
—Cómo, ¿qué quieres decir?
—Que esta noche pienso ir
A ver si doy con el muerto.

—No irás, Rogelio, no irás.
—Pues yo te digo que iré,
Aunque de atalaya esté
Junto al Roble Satanás.

Prometílo al hostelero
Como sabes en la aldea,
Y lo que esta noche vea
Contarle mañana quiero.

—Ni á la aldea ni al barranco
Debias, á mi entender,
Sin justa causa volver;
Perdona si soy tan franco.

—Volveré cien y cien veces
Para probar á ese nécio
Cuán dignas son de desprecio
Sus trasnochadas sandeces.

—¿Qué te importa la opinion
De un villano sin criterio,
Que verá un nuevo misterio
En esa resolucion?

—Es cosa ya decidida
Y sériamente pensada,
Y por nadie ni por nada
Renunciaré á la partida.

—Rogelio, no corras loco
De tu perdicion en pós;
¿Querrias tentar á Dios?
—Ni á Dios, ni al diablo tampoco.

El vulgo con su malicia
A buscarle me provoca;
Quiero saber de su boca
Si es falsa ó nó la noticia.

Contigo brindé por él
La otra noche en la posada;
Emprenderé mi jornada
Nocturna, pese á Luzbel.

—Resolucion temeraria
Fuera la tuya de dia,
¡Cuánto más no lo seria
En la noche solitaria!

—Yo le debo un desagravio,
Y quiero dar una prueba
De que el viento no se lleva
Lo que pronuncia mi lábio.

Si mi bisabuelo fué
Quien le puso en tal aprieto,
Yo, Juan, que soy su biznieto,
A desagraviarle iré.

—Sé que te sobra valor,
Mas aunque resuelto estés
Pondrá grillos á tus piés,
Al intentarlo, el pavor.

—Nunca yo conocí el miedo;
Tengo formado mi plan,
Y por nada, amigo Juan,
De una empresa retrocedo.

Llevaré la mia á cabo
Como cumple á un pecho noble,
Y en prueba, en la cruz del Roble
Dejaré metido un clavo.

Esta elocuente señal
Te demostrará mañana
Que no es mi promesa vana,
Sino séria y muy formal.

Verla allí podrás de dia,
Y juzgar á tu sabor
Si ha flaqueado mi valor
Cediendo á la cobardía.

Adios.

—¡Rogelio, detente...!
—Ya el sol oculta su luz,
Y no quiero que en la cruz
El buen fraile se impaciente.»

Y el jóven atolondrado
Partió dos horas despues
Encaminando sus piés
Hácia el Roble del Ahorcado.

IV.

JUSTICIA DE DIOS.

En brazos del hondo sueño
Yace dormida la tierra
De la temerosa noche
Sepultada en las tinieblas.

Grupos de nubes plomizas
Eclipsan la luz incierta
Que de las altas regiones
Dejan caer las estrellas.

Descansa el buey en su establo
De las rústicas faenas,
Y en sus albergues reposan
Las aves de la floresta.

Grita el can de la alquería,
Vigilante centinela
Cuyos minaces ladridos
Al lobo feroz ahuyentan.

Muge estruendoso el torrente
Rasgándose entre las breñas,
Y el melancólico buho
Canta ominoso en la selva.

Gime fatídico el viento,
Precursor de la tormenta,
Y al pasar, los altos pinos
Se conmueven y cimbrean.

Seguida del ronco trueno
Arde y se apaga en la esfera
Súbita llama que brilla
Deslumbradora y siniestra.

Grave, profunda campana
Que á lo léjos clamorea
Redobla el pavor nocturno
Con su metálica lengua.

¡Grandioso y terrible cuadro!
¡Sublime y medrosa escena,
Ante la cual el más fuerte
Se humilla, acobarda y tiembla!

Al que de Dios tal vez duda
Bueno será le sorprenda
Solo, en el mudo desierto
Negra noche cuando truena.

Vaga sombra, humano bulto
Descúbrese en la vereda
Que por la angosta encañada
De dos montes serpentea.

Con rápido curso avanza,
Con seguro pié se aleja,
Cual si guiara sus pasos
El ángel de las tinieblas.

¿Quién es? qué busca? qué objeto
Por tales sitios le lleva,
Desafiando á la nube
Que amenaza ya de cerca?

Por su marcial continente,
Por su altiva gentileza
Tendríanle por un jóven
Hidalgo cuantos le vieran.

Un sombrero de anchas alas
Lleva hundido hasta las cejas,
Y prendida de los hombros
Le envuelve una capa negra.

Al fulgor de los relámpagos
Se ve que empuña su diestra
Un gran clavo y un martillo
De un noble equívocas prendas.

Salta arroyos y linderos,
Salva arbustos y malezas,
Y hácia el centro del barranco
Se cuadra inmóvil y espera.

Sus músculos se estremecen,
Sus miradas centellean,
Y un terror inusitado
Todos sus miembros enerva.

Un Roble tiene delante,
En cuyo tronco campea
El Lábaro que á los hombres
Abrió del Cielo las puertas.

Da dos pasos, retrocede,
Reflexiona, duda, tiembla,
Y de su trémulo lábio
Estas frases oir deja:

«¿Tú vacilar? tú, Rogelio?
¿Tú que con tanta firmeza
El barrancal has cruzado
Con una noche como esta?

¿Qué dirá Juan, si mañana
De esa cruz á la cabeza
No halla el clavo, en testimonio
De que cumplí mi promesa?

Estoy decidido: huye,
Vision maligna, no vengas
A ofuscar fatal mis ojos
De un bravo Tormes en mengua.»

Dice y al árbol sombrío
Bañado en sudor se acerca,
Tercia la capa y el hierro
Hunde ciego en la madera;

Mas no ha visto que al meterle
Clavó sin querer en ella
Una punta del embozo
Que á la cruz prendido queda.

Los secos y frios golpes
En su corazon resuenan,
Pareciéndole que el Fraile
Suspiraba en la maleza.

Quiere huir: en su arrebato
Figuróse que con fuerza
Le tiraban de la ropa
Que al árbol está sujeta.

Exhala un grito; la sangre
Se le agolpa á la cabeza,
Ruge de súbito un trueno,
Y cae desplomado en tierra.

Al revolverse las brisas
Por entre las hojas secas
Parecen decir: «El Monje
Desagraviado al fin queda.

No hay plazo que no se cumpla,
Saldó ya Tórmes su cuenta:
¡Justicia de Dios! mortales,
Acatad la Providencia.»

A DÉLIA.

EN UNA GRAN DESGRACIA.

SONETO.

Llora, Délia, que al alma atribulada
Las lágrimas ser pueden un consuelo;
Pero no te revuelvas contra el Cielo
Ni te juzgues de Dios abandonada.

¿Por qué fuera de ti ya no ves nada,
Cuando todo en redor es llanto y duelo?
¿No es pension del mortal en este suelo
Padecer hasta el fin de la jornada?

¿Qué son del mundo los caducos bienes
Si forzoso es dejar sin resistencia
Patria, amigos, hogar, cuanto aquí tienes?

Arrostra el infortunio con paciencia
Y no pierdas la fé; cuanto más penes,
Más rica en el Eden será tu herencia.

ALFONSO VII.

ROMANCE. (1)

¿Qué es nuestra vida más que un breve dia
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fria?....
RIOJA.

I.

LA AURORA.

En un empinado cerro
Que el vago Miño acaricia,
De sérpol y madreselva
Festonadas las orillas,

Entre un bosque de madroños,
No léjos ya de la cima,
Sobre el fondo azul del cielo
Descuella modesta Ermita.

De un sonoro esquiloncillo
Cunde la voz argentina
Por el valle que despierta
Con trasportes de alegría.

(1) Véase el Prólogo, párrafo 4.º

Es la aurora en que los fieles
La memoria solemnizan
Del inefable misterio
Que trajo al mundo la dicha;

Pues ya veinticinco soles
Lucieron dia por dia
Del tercer mes que inaugura
La primavera benigna.

Por eso el metal parlero
Del alba anuncia la misa,
Llamando los montañeses
A la casa de María.

Cual suelen las blancas tiendas
Momentos antes dormidas
Agitarse al primer grito
Que marcial clarin envia;

Así el pacífico acento
Difundido por la brisa
Restituye á los contornos
El movimiento y la vida.

Y aquí se abre una cabaña,
Y allí humea una alquería,
Y acullá lejanas voces
El eco envidioso imita.

En su argentada carroza
De tules de oro vestida
Ya avanza por el Oriente
De Titan la noble hija.

Los castaños y laureles
Que ámbar líquido destilan,
Los mirtos y mejoranas
Con la esbelta campanilla,

Y los rústicos jazmines
Encanto de la campiña
La mústia frente levantan
A darle la bienvenida.

Ya sus briosos corceles
Febo siguiéndola aguija
Y en oro y carmin la sierra
Baña sus crestas altivas.

Misteriosa luz por grados
El hondo valle ilumina,
Gracioso término medio
Entre la noche y el dia.

Y del follaje saltando
Mil pintadas avecillas,
Aquí gárrulas gorjean,
Allá melodiosas trinan.

En son de fiesta por grupos
Llegan vistosas cuadrillas
De jóvenes que sus pasos
Al monte santo encaminan.

Su animacion á los viejos
Recuerda con harta envidia
Los fugitivos placeres
De su muerta edad florida.

Las garbosas aldeanas,
Encanto de aquellos climas,
Dan escolta á los mancebos
Que sirviendo van de guia.

Ellas con gracia ostentando
Blanca y airosa toquilla,
Breve saya, alto corpiño,
Manga de lino muy limpia;

Ellos calzon y polaina,
Chaleco de grana fina,
Luenga faja, ancha montera
Que amor adornó de cintas.

Y al compás de los panderos
Que el son de la gaita anima,
Formando círculo cantan,
Triscan, corren, danzan, chillan.

Que la piedad es alegre
Si adusta la hipocresía,
Y nunca en virtuosos pechos
Fanático tédio anida.

A cien pasos del santuario
Y en una floresta umbría,
Brota cercada de robles
Pura fuente cristalina.

Creyérase aquel recinto
Que fresca alfombra matiza,
Un pabellon donde acuden
A solazarse las ninfas.

Sentados á la redonda
Seis caballeros platican,
Que ser deben por su porte
Personajes de valía.

Pues cuando algun campesino
Cerca de allí se desliza,
Con gran respeto se aleja
Despues que la frente inclina.

De los seis el ménos jóven,
A quien Osorio apellidan,
Tales palabras les dice
Con voz firme y decidida:

—«Despues de tantos trastornos,
Tan largos males y cuitas,
Apiádase al fin el Cielo
De la hispana monarquía.

Cual astro á cuya presencia
La tempestad se disipa,
Ya en nuestro turbio horizonte
Alfonso el sétimo brilla.

¡Gloria y salud al ungido
A cuyas sienes Galicia
Ciñó la imperial diadema
De tan gran príncipe digna!

Es jóven, pero ¿qué importa?
Tiene alma grande, y abriga
Virtudes tales que á Numa
Y á César mismo honrarian.

Diestro, maneja una lanza,
Valiente la espada vibra,
Y al más indomable bruto
Gobierna con gallardía.

Al empuje de su brazo
No hay espaldar que resista,
Y una fulgente aureola
Su augusta sien diviniza.

Humano con el vencido,
Le honra tal vez si se humilla,
Nunca cede ante el soberbio,
Y sus desmanes castiga.

Piadoso á la Iglesia ilustra,
Prudente planes combina,
Afable los pobres le aman,
Fuerte los grandes le admiran.

Y desde el Tajo hasta el Esla,
Desde el Ebro hasta la orilla
Del Guadiana, acata el pueblo
Las leyes que Alfonso dicta.

Con tal Monarca ¿no es hora
De que la yerma Castilla
Cobre la paz, alterada
Por gentes advenedizas?

—¡Sí, repone Fernan-Sanchez,
Que es, vive Dios, ignominia
Que el de Aragon nos ocupe
Tantos lugares y villas!

—¡Afrenta y baldon! (Pedro Arias
Con voz de trueno replica):
—¡Afrenta! (añade el de Trava);
—¡Baldon! (Arias Perez grita).

—Pues bien, continúa Osorio,
Desconcertemos sus miras,
Releguémosle del suelo
Que subyuga y tiraniza.

Rota la nupcial coyunda
Que á doña Urraca le unia,
En ningun título firme
Su loca esperanza libra.

Pero no basta intentarlo;
Hermanar hoy nos precisa
Con la astucia de la zorra
Del leon la bizarría.

Portugal está en acecho,
Navarra gentes alista,
Y Aragon sigue avanzando,
Y acá traidores conspiran.

Hoy vendrán cien infanzones,
Que son la flor de Galicia,
Disfrazados á este cerro
Como en son de romería.

Los veremos, y juntando
Nuestras huestes aguerridas,
Ganarémos para Alfonso
La desmembrada Castilla.»

Dice: y tres notas pausadas
La humilde campana envia,
Notas que el eco repite
Por las montañas vecinas.

Y los nobles caballeros,
Avanzando cuesta arriba,
Trasponen á poco rato
Los umbrales de la Ermita.

II.

LA MAÑANA.

Frente á Nájera, en un llano
De rico verdor cubierto,
Inmóviles se contemplan
Dos poderosos ejércitos.

Divide sus blancas tiendas
Un rio fértil y ameno
Que lleva en diminutivo
El nombre mismo del pueblo.

Y aunque breve y reducido
Bastan sus ondas al riego
De sus feraces campiñas,
Huertas y pingües barbechos.

Que aunque civiles disturbios
Talan el valle opulento,
Más que segur destructora
Puede el vigor de aquel suelo.

De Aragon y de Navarra
Son los de allá caballeros,
Los de aquende castellanos,
Leoneses y gallegos.

Inquebrantable á los unos
Rige un Monarca guerrero,
Que compartió con Urraca
No há mucho tálamo y cetro.

Jóven ínclito á los otros
Acaudilla Alfonso sétimo,
Que de victoria en victoria
Triunfantes lleva sus tércios.

Hizo en Galicia alianzas,
Confirmó en Zamora feudos,
Desbarató inícuos planes,
Burló menguados proyectos.

Rindió el castillo de Búrgos
Que guardaba altivo y fiero
El aragonés alcaide
Sancho Aznar para su dueño.

Y por doquiera que cruza
Con amor aclama el pueblo
De otro Alfonso al descendiente,
De su grandeza heredero.

Con él van los más lucidos
Ricos-homes de sus reinos,
Los Sandovales y Osorios,
Los Castros y Manzanedos.

Y cien otros infanzones
De Santillana y el Vierzo,
La flor de las dos Castillas,
De Astúrias lo más selecto.

De Montes de Oca atraviesan
Los hondos desfiladeros,
Sin disputarles el paso
Gentes de afuera ó de adentro.

Y apenas de su venida
Llegó á Villafranca el eco,
Belorado abre sus puertas
Entre aplausos y festejos.

Que son sus libertadores,
Y anhelaba largo tiempo
Del opresor ambicioso
Romper el yugo de hierro.

¡Belorado! ¡patria mia!
Permítaseme un recuerdo
De amor al hogar testigo
De mis infantiles juegos.....

¡Dulce Tiron, cuántas veces
Fatigado y sin aliento
Templé mi sed en las aguas
De tu cauce pintoresco!

¡Cuántas corrí tus orillas
Frescas guirnaldas tejiendo
Ya de moradas violetas,
Ya de espigados cantuesos!

Del húmedo soto ¡cuántas
Entre los mimbres y fresnos
Retiré de oculto nido
Los inocentes polluelos!

Por la baja cerradura
Tal vez de rústico huerto
Sin sazon tomé las pomas
A hurtadillas de su dueño.

Por aquella fresca linde
Que cierra un muro de yezgos
De verde liston prendido
Llevé á pastar un cordero.

A la benéfica sombra
De aquel árbol corpulento
Reposó mi amada madre
Y estampó en mi frente un beso.

En aquel hermoso prado
Que atraviesa un arroyuelo
Prendí con traidora liga
Los pardillos y jilgueros.

¡Dulces dias de mi infancia,
¿Dónde estais? qué os habeis hecho?
¡Cuán fugaces vuestras horas!
¡Cuán breves, cuán breves fueron!

Cada espino, cada piedra,
Cada flor, cada sendero,
Cada fuente es á mis ojos
Misterioso libro abierto,

Donde las huellas registro
De juveniles ensueños,
Que para siempre pasaron
Y fugitivos corrieron.

Dispensa este desahogo,
Caro lector, á mi pecho,
Y á la interrumpida historia
Sin más digresiones vuelvo.

De Grañon ya sin estorbo
Trasponen el alto cerro,
Pasan el Oja, y avistan
En Nájera el bando opuesto.

Sacudir quieren el yugo
Con que Aragon ha resuelto
Domar de antiguos vasallos
El nunca rendido cuello.

Y á consentir no se avienen
Que un intruso por más tiempo
Tale impune por doquiera
Huertas, campos y viñedos.

En tanto que las dos huestes
Con aterrador silencio
Recelosas se contemplan
Y se miran á pié quieto,

De Santa María avanzan
Súbito al Real Monasterio
Con solos seis de los suyos
Los dos caudillos egrégios.

Pedro el santo Abad de Cluni
Pudo celoso moverlos
A que se vean y ajusten,
Sin verter sangre, un convenio,

Que ni amengüe de Castilla
Los bien fundados derechos,
Ni de Aragon humillante
Lastime los privilegios.

Trasponen ambos Alfonsos
Del cláustro el umbral severo
Mientras callada la escolta
Queda á las puertas del templo.

Sonrie tranquilo el jóven,
Fulmina arrogante el viejo,
Que ménos calma quisiera
En el augusto mancebo.

No bien la ferrada encina
Giró premiosa tras ellos,
Cabe un altar y en dos alas
Van los monjes á su encuentro.

Y el virtuoso cenobita
Exclama inspirado al verlos:
«¡Gloria á Dios en las alturas
Paz en la tierra á los buenos!»

Y de súbito á sus plantas
Cae en lágrimas deshecho
Con sus hijos, que hasta el mármol
Llevan la frente suspensos.

«¡Paz! continúa el apóstol
Al pié del ara gimiendo,
¡Paz y ventura á los hombres
De corazon puro y recto!

Ínclitos reyes del mundo,
No olvideis que el Rey Supremo,
Por darnos la paz, su vida
Rindió en infamante leño!

¡La paz es dádiva santa,
La paz es hija del Cielo,
La paz alegra á los ángeles,
La paz asusta al averno!

¡Haced la paz! y yo á entrambos
En nombre de Dios prometo
Prosperidad y ventura
De hoy en más á vuestro reino!

—¡Levanta! el jóven Alfonso
Dice su mano tendiendo,
Que no es razon que de un justo
Rocen las canas el suelo.

Dios nos habló por tu lábio,
Y á fuer de cristiano, creo
Los proféticos anuncios
Que en nombre suyo me has hecho.

Esta es mi diestra: si Alfonso
Mi señor, amigo y deudo
Quiere estrecharla, aquí mismo
Las paces concluiremos.

—¡Sí, gran Príncipe, repone
El Aragonés resuelto,
Llegad, y ponga un abrazo
Á nuestra concordia el sello!

Que si con vos en las lides
Rivalizo en el denuedo,
No ha de ganar el más niño
Por lo cortés al más viejo.

—¡Gracias, Dios mio (de hinojos
Exclama el Abad oyéndolos),
Por ti legislan los Reyes
Y florecen los imperios!

—¡No más rencores (prosigue
El de Castilla), olvidemos
De antiguas desavenencias
Los harto purgados yerros!

Devolvamos á las madres
La alegría y el consuelo,
Hayan quietud nuestras gentes,
Vida la industria y comercio.

Yermos están nuestros campos,
Nuestros talleres desiertos,
Y el encono y la venganza
Cébanse en miles de pechos.

La inútil sangre vertida
Sirvió de holocausto horrendo
Para expiar mútuas faltas,
Para atizar ódios nuevos.

Ruinas, lágrimas, miserias,
Profanaciones sin cuento,
¡Tal fruto dan de los Reyes
Los terribles desacuerdos!

Vos sois grande, generoso,
Magnánimo, y vuestro esfuerzo
Gloria os ha dado y renombre
En cien combates y ciento.

Yo áun soy novel en las lides,
Mas lo que por mí no puedo
Puédolo bien por los mios,
Que son muy bravos guerreros.

En vez pues de destrozarnos
Mútuamente, o Rey excelso,
Contra el infiel descreido
Convirtamos los aceros.

Despojos Múrcia os ofrece,
Valencia ricos trofeos,
Yo iré á buscar hasta el Bétis
Los musulmanes soberbios.

Y arrancaré de sus garras
En uno y en otro encuentro
Cien generosos cautivos,
Y cien profanados templos.

¡Guerra al infiel, gran monarca,
Guerra al infiel! continuemos
La grande obra que incoaron
Nuestros ínclitos abuelos!

Pronto el Dios de las batallas
Volará en auxilio nuestro,
Y hará próspero en la tierra
Cuanto bendiga en el Cielo.

—¡Harto al oiros se nota,
Repone el monarca austero,
Que hirviendo está en vuestras venas
La sangre de Alfonso sexto.

Decís bien: guia tú, anciano,
Donde las paces firmemos,
Y haz que allí vengan los nobles
Por testigos del acuerdo.»

Y el santo Abad los conduce
Con respetuoso silencio
Hasta el salon do celebra
Capítulo el monasterio.

Libres el átrio sus puertas
Deja á los doce guerreros,
Que con su firma atestiguan
Lo pactado en el Consejo.

Portadores de un mensaje
Que anuncia el fausto suceso,
Vuelan en breve á su campo
Los dos más nobles entre ellos.

Y á poco rato en los aires
Se desata grito inmenso
Que arranca el gozo á los bravos
A lidiar antes dispuestos.

Otra nueva inesperada
Cunde en ambos campamentos,
Y acrecienta el regocijo
De los castellanos pechos.

Su jóven príncipe Alfonso
Sin vacilar ha resuelto
De Arnaldo la noble hija
Traer al tálamo régio.

Y aquel venturoso enlace,
Que el de Aragon ha propuesto,
Á Barcelona y Castilla
Une en vínculos estrechos.

Por doquier de Berenguela
Va la fama enalteciendo
La bondad y bizarría,
La discrecion y talento.

Y los que á Nájera há poco
En son de guerra vinieron
Ya como hermanos se buscan,
Y echan los brazos al cuello.

Aquí plácemes resuenan,
Allá se forman proyectos,
Óyense vivas y aplausos,
Vénse volar los sombreros.

De Marte el clarin temido
Se torna dulce instrumento
Con que Terpsícore ensaya
Sus más caprichosos juegos.

Y en los grupos se confunden
Cual veteranos de un cuerpo
Navarros y aragoneses,
Castellanos y gallegos.

Prolónganse en la velada
Cantos, danzas y festejos,
Ratifícanse promesas,
Repítense juramentos;

Hasta que bélica trompa
Severa impone silencio,
Y cada cual en su tienda
Busca reposo en el sueño.

III.

EL MEDIODIA.

Por las cercas de Almería
Sobre un corcel jerezano
Cabalga el sétimo Alfonso,
Ya Emperador coronado.

Trava y Osorio le siguen,
Y otros nobles hijos-dalgo,
Con quien sus planes consulta
Como valientes y sábios.

—«Todo está en órden, amigos,
Dijo al fin á poco rato,
Máquinas, puentes, ingenios,
Escalas, minas y zarzos.

Por el mar los genoveses
Van ya la plaza estrechando,
Y nuestros peones por tierra
Cercan el muro compactos.

Ese sol que hoy nos alumbra
No ha de hundirse en el ocaso
Sin que el infiel capitule,
Sea por fuerza ó de grado.»

Llegan al trote á una tienda
De blanco lino y damasco,
Cuyo interior de María
Guarda portátil retablo.

Allí se detiene Alfonso,
Y apeándose de un salto,
«Esperad», dice, y alarga
Las riendas de su caballo.

Penetra, y la régia frente
Descubriendo el Soberano,
Cae de hinojos, y estas frases
Deslízanse de su lábio:

«María, mi firme apoyo,
María, mi dulce amparo,
Talisman de mis valientes,
Y escudo de mis vasallos;

Por ti reporté, Señora,
Tantas riquezas y lauros
De las fértiles comarcas
Entre el Guadiana y el Tajo;

Y en Lusitania de Enriquez
Enfrené el orgullo insano,
Y asenté sólidas paces,
Que alejen nuevos agravios.

Por ti dominé el tumulto
De Búrgos, Pamplona y Castro,
Por ti los planes deshice
De los de Lara y Bertrando.

»Y en el Orbigo al de Acuña,
Y en el Esla al denodado
Gonzalez Giron humildes
Hice acatar mis mandatos.

Con tu favor en Palencia
Convoqué al Concilio santo
Para atajar luengos males
Y abusos inveterados.

Y á Oriolo tomé el castillo
Que tantas ruinas y daños
Del Arlanzon al Pisuerga
Costó á mis fieles vasallos.

Tú á Zafadóla moviste
Á ser mi amigo y aliado,
Cediendo en prenda las torres
De Rueda y sus aledaños.

Y á Pelaiz en Buanga y Alba,
Y en Tudela á don Gonzalo
Rendí, largas sediciones
Aquí y allí sofocando.

Por tu inspiracion y auxilio
Madre mia, tremolaron
Victoriosos en el Bétis
Los estandartes cristianos.

Y de Córdoba las vegas
Y de Carmona los altos,
En sangre mora teñidos,
Del musulman son espanto.

De Jerez los fuertes muros
Cayeron pulverizados,
Y Gades rindió despojos
Superiores á mi cálculo.

¿Quién sino tú, Vírgen Santa,
Me preservó del venablo
Que de una torre salido
Vino á matarme el caballo?

¿Por quién, por quién, Madre mia,
La imperial corona traigo
Que en Leon ciñó á mis sienes
El apóstol Toledano?

¿Quién inspiró á Berenguela
Para evitar el estrago
Que Texufino y los suyos
Meditaban en mi daño?

Tú lidiaste con nosotros
Para arrancarle al Navarro
Desde el Tiron hasta el Ebro,
Desde el Oja hasta el Cidacos.

Por ti en Aurelia vencimos,
Por ti de Cória triunfamos,
Por ti Jaen y Baeza
Pagan pecho al castellano.

Por ti, en fin, civiles guerras
Del infiel diezman el bando,
Y á favor de sus discordias
Yo mis dominios ensancho.

¡Tuyos son tantos trofeos,
Tuyos mis triunfos y lauros;
Dígnate, Vírgen María,
Bendecirlos y aceptarlos!

Si triste fin halló en Mora
Mi Nuño Alonso lidiando,
Y un héroe con él perdimos,
Terror del fiero africano;

Si su cabeza en Sevilla
Presentó Farax en cambio
De las dos de sus Emires
Que el ilustre alcaide trajo;

¡Revés fué con que los Cielos
Aquella jornada aguaron;
Pena tal vez de mis culpas,
Castigo de mis pecados!

¡Vela, oh Vírgen, por nosotros,
Infunde aliento á mis bravos,
Égida fuerte, invencible,
Sea en la liza tu manto!

Sucumba el potente alcázar,
Y descuelle en Porto Magno
En vez de la media luna
La divisa del cristiano.»

Mientras oraba el caudillo,
Los que á la puerta quedaron,
A su vez, tiernas plegarias
Murmuraban concentrados.

Que á ejemplo son de los reyes
Buenos los pueblos ó malos,
Y la virtud como el vicio
Bajan del trono al vasallo.

Mas ya el Príncipe se acerca,
De nuevo cobra el caballo,
Y con voz tonante exclama:
«¡Dios por Castilla! ¡al asalto!»

«¡Al asalto!» grita Osorio,
Y lleva, el bruto espoleando,
Las órdenes convenidas
A los puestos avanzados.

Pronto en redor de los muros
Se oyen golpes y disparos
Que llenan el mar de estruendo,
Que dan á la tierra espanto.

Y cual suele amenazante
Mugir toro acorralado,
Si los leones asedian
El poco seguro establo;

Así impotentes denuestos
Lanza el infiel blasfemando
Desde que puertas y muros
Ronda el leon castellano.

El fiel Trava, de Castilla
Manda los peones bizarros,
Hijos del Cid, que indomables
Por doquiera se abren paso.

Péro Alonso los Astures
Lleva al combate, y en vano
Diques y estorbos oponen
Al empuje de su brazo.

El conde don Ponce rige
A los que habitan los campos
Que fecunda el Jerte undoso
Del Alagon tributario.

Del Ulla las bravas huestes
Acaudilla don Fernando,
Que de Limia los blasones
Ilustra con hechos altos.

Fulmina el rey don García
Conduciendo á los Navarros,
Y á los que beben las aguas
Del Zadorra y el Durango.

Rayos de Marte parecen
Los leoneses que ufano
Gobierna Ramiro Flores
De los Guzmanes sol claro.

Arnoldo, obispo de Astorga,
Sostiene al débil, trocando
Si urgente razon lo pide
La espada por el cayado.

El conde Ramon ordena
Las haces que se alistaron
Del Cinca en las altas cumbres,
Del fértil Segre en los llanos.

Y otros cien y cien guerreros
Insignes, de orígen alto,
Que do quier fijan su planta
De sangre dejan un charco.

Pero entre todos Alfonso
Se distingue, descollando
Como el cedro entre los mirtos,
Como el sol entre los astros.

Más bien que mortal, semeja
Celeste adalid enviado
Para ayudar á los buenos
Contra los ángeles malos.

Cien veces ya las escalas
Al muro altivo treparon,
Y otras cien veces al suelo
Cayeron hechas pedazos.

No descansan las ballestas,
Crujen las hondas zumbando,
Y el sol de otoño oscurecen
Nubes de piedras y dardos.

Chocan lanzas y paveses,
Vuelan flechas y venablos,
Ya deshaciendo lorigas,
Ya broqueles abollando.

Con ronco estridor funcionan
Vigas, hachas, picos, mazos,
Y la tierra se estremece
Con sus golpes redoblados.

Seméjase ya el combate
Al infernal simulacro
Do Satán mide sus fuerzas
Con Miguel y sus hermanos.

Ancho portillo que Osorio
Abrió en el muro dá paso
Por entre escombros y ruinas
A los fieles toledanos.

Siguen los Alvar Rodriguez,
Joanes, Fernandez de Castro,
Con el de Urgel y el de Hita,
Y otros mil de gloria avaros.

Terrible al infiel, un grito
Llena de pronto el espacio:
«¡Almería por Alfonso!
¡Victoria por el cristiano!»

Y de las pardas almenas
Vénse ondular en lo alto
Los pendones de Castilla
De una cruz entre los brazos.

Veinte mil moros la vida
Por el Príncipe salvaron,
Que si fuerte en los combates,
Despues de vencer es blando.

Inmensos tesoros guardan
En su alcázar los sitiados,
Resto de antigua opulencia
Que las guerras amenguaron.

Marfil y pieles del Atlas,
Con plumas de color raro,
Tapices de Sigilmesa,
De Sabá perfumes gratos;

Pulidas cajas de cedro
Con embutidos extraños,
De concha, coral y nácar,
Que son del arte milagro;

Gasas de Fez, pedrería,
Bellas joyas, ricos vasos,
Preciosas telas que el oro
Recama en caprichos varios.

Y en sus hondos almacenes
Acopian víveres tantos
Que al triunfador con los suyos
Mantener pueden seis años.

Tantas riquezas Alfonso
Parte con pródiga mano
Á fuer de espléndido y justo
Con sus amigos y aliados.

Los de Génova, en recuerdo
De aquel dia memorando,
De fina esmeralda aceptan,
Cediendo su haber, un plato.

De Barcino el conde ilustre,
Tan noble como bizarro,
Del muro rendido toma
Las puertas que dan al campo.

Y á poco, de Santa Eulalia
Conducidas al palacio,
Como glorioso trofeo
Clavarlas manda en el átrio.

Todo es plácemes en torno,
Y hasta el piélago salado
Montes levanta de espuma
Su alegría demostrando;

Que libre ya de piratas
Se encuentra el Mediterráneo,
Y no infestarán sus hondas
Los musulmanes corsarios.

Dánse las gracias al Cielo,
Y con general aplauso
Pomposas fiestas se anuncian
Por triunfo tan señalado.

IV.

LA TARDE.

Al abrigo de una loma
No léjos de Santa Eufemia,
Un ejército aguerrido
Levanta sus blancas tiendas.

Vistas de léjos, parecen
Caserías recien hechas,
Que de una nueva colonia
El pueblo agrícola albergan;

Ó alegre banda de cisnes
Que en sus juegos aletea,
Si á ratos agita el viento
Las no bien unidas telas.

El ameno Guadamilla
Se desliza por la vega
De olmos y acacias vestido
En una y otra ribera.

De Céres los rubios dones
Por doquier amarillean,
Mientras Vertumno y Pomona
Lucen su fausto y riqueza.

Mas aunque el férvido soplo
Del estío dejó huella
Por donde rompió el arado
Las entrañas de la tierra,

Nunca en aquel fresco valle
Faltan las galas diversas
Con que los prados matiza
La ostentosa primavera.

Cien fontanas de agua pura
Paga en tributo la sierra
Para templar los ardores
Del claro sol de la Bética.

Crecen del monte en la falda
Romeros y madreselvas,
Cuyo jugo azucarado
Chupan las pardas abejas.

Brotan doquier sin cultivo
Flores, arbustos y yerbas
Que perfuman el ambiente
Con su purísima esencia.

Los encendidos claveles
Y las blancas azucenas
Con los nevados jazmines
Y el cárdeno lirio alternan.

Y aquí y allí facilitan
El paso por la maleza
Senderos que caprichosos
Van á escalar la eminencia.

No léjos del campamento,
Por una de estas veredas,
Próximo el sol á su ocaso,
Dos personajes pasean.

Diez lustros cuenta ya el uno,
Y en su actitud y nobleza
Nótase bien que de reyes
Circula sangre en sus venas.

Aunque más anciano el otro,
Intacto el vigor conserva,
Curtido con los azares
Y fatigas de la guerra.

Y un breve diálogo entablan
Parándose y dando vueltas
Por los floridos senderos
De la verde montañuela:

—«Cuida, Osorio, de que todos
Alcen con tiempo las tiendas,
Para seguir nuestra marcha
Del dia á la luz primera.

Tornaremos á Toledo,
Ya que el Cielo así lo ordena,
Si no muy ricos, con honra,
Que es la más alta riqueza.

—De nuestras expediciones
La ménos fecunda es esta
En despojos, pero en cambio
No fué estéril en proezas.

—Verdad es, nuevos lugares
A mis dominios se agregan,
Y el musulman en los suyos
Más cada dia se estrecha.

Y la luz del Evangelio
Se estiende á comarcas nuevas,
Y se redimen cautivos,
Y se castigan ofensas.

Pero ¡cuántos infortunios
Traen estas luchas funestas!
¡Qué de lágrimas arrancan
Y qué de males engendran!

—Con usura devolvemos
Al infiel....—Sí, más contempla
Que sus pérdidas, Osorio,
No disminuyen las nuestras.

Cogemos láuros, es cierto,
¡Pero cuánta sangre cuestan!
¡Y cuánta habrá de verterse
Para dar fin á la empresa!

—Señor, en esta jornada
Triunfantes vuestras banderas
Llegaron del Tajo al Bétis,
De Jaen hasta Baeza.

De Alarcos rendís los muros,
Capitula Santa Eufemia,
Cede y se humilla Pedroche,
Y Andújar abre sus puertas.

Caracuel, Mestanza, Alcudia
Y Almodóvar se os entregan,
Mientras que allá en Calatrava
Guarda el Temple las fronteras.

Y en Córdoba al moro altivo,
Castigando su soberbia,
Le tomais villas, lugares,
Castillos y fortalezas.

Si así marchamos, en breve
Purgada será la tierra
De la canalla maldita
Que el Guadalquivir infesta.

No há mucho á los Almohades
En una marcial contienda
Deshicísteis á despecho
De sus infinitas fuerzas.

¿Qué ha sido de sus ginetes?
¿Dónde sus peones se encuentran?
¿A qué lugares Jucefo
Corrió á esconder su vergüenza?

Raudales de sangre mora
Tiñen, señor, esa tierra,
Que sus desastres publican
Como en Montelo y Aceca.

—¿Y lo del mar?....—¡Cierto, cierto,
Ha sido desgracia inmensa
Perder, señor, una plaza,
Y una plaza como aquella!

Mas si de nuevo Almería
Pasó al infiel, quien haberla
Pudo una vez, otras ciento
Sabrá cobrarla por fuerza.

—Si cuestiones de familia
Mi atencion no distrajeran,
Llegado hubiéramos antes
A punto de socorrerla.

Pero tengo un plan, y en breve
Pésia Luzbel, será nuestra,
Si mi vida el alto Cielo
Tres meses más me conserva.

—¿Qué decís? Vos, tan robusto,
Sin achaques, sin dolencias,
Jóven aún, ¿dar cabida
Podeis á la triste idea....

—La muerte es de todos tiempos,
Y en todo lugar se hospeda,
Y ni al mendigo perdona,
Ni al rey por serlo respeta.

—¡Por piedad!....—Déjame, amigo,
Vuelve á los nuestros, y ordena
Que todo al alba esté pronto
Porque el marchar interesa.

—Señor, ¿seria prudente....
—Vé tranquilo, nada temas,
Estoy solo y bien armado,
Y el campamento muy cerca.»

Y saludando el guerrero,
A paso largo se aleja,
Entre tanto que el Monarca
Melancólico pasea.

Alza de pronto sus ojos
Deteniéndose en la senda,
Y distraido el descenso
Del sol poniente contempla.

«¡Rey de los astros, exclama,
Todo concluye en la tierra;
Tras esos cerros ¡cuán pronto
Quedará tu lumbre muerta!

¡Mas, ay! mañana triunfante,
Otra vez con pompa régia
Vestido de resplandores
Tocarás en la alta esfera!

Imágen eres del alma!
Tambien ella, tambien ella
Remontará el alto vuelo
Libre ya de la materia!»

Dice, y suspira: entre tanto
Que el majestuoso planeta
Sumerge el candente disco
Detrás de la altiva sierra.

El inflamado horizonte
Parece súbita hoguera
Que de invisibles comarcas
El vasto incendio refleja.

Sus fugitivos fulgores
Diversamente se quiebran
Tras la gasa de las nubes
En el espacio dispersas.

Y al limonero del valle
Y al mirto de las florestas
Dan un tinte misterioso
Que ningun pincel remeda.

Mas ya en el cristiano campo
Déjanse oir las trompetas,
Que sus piadosos deberes
Al Príncipe le recuerdan.

Dobla humilde la rodilla,
Desnúdase la cabeza,
Y en sí concentrado, al Cielo
Votos fervientes eleva.

Mas ¿por qué, cuando concluye
Su breve plegaria tierna,
Desatada de sus ojos
Libre una lágrima rueda?

¿Es tributo que á la dulce
Malograda Berenguela
Rinde el esposo angustiado
Que tanto gimió por ella?

¿Es recuerdo á la memoria
De Doña Blanca, su nuera,
Flor que tronchó cierzo impío
Sin respetar su inocencia?

¿Es obsequio á Doña Rica
La bizarra polonesa
Su consorte, á quien ausente
Consagra aquella fineza?

¿Es, en fin, el desahogo
De pesares que le ulceran,
Ó triste presentimiento
De alguna desgracia inmensa?

¡Sólo Dios, sólo él lo sabe,
Dios que las almas penetra,
Y sus afectos registra
Y sus dolores recuenta!

Ya el Héspero en Occidente
Luce su rubia guedeja,
Y el pabellon de los cielos
Recaman miles de estrellas.

Enmudecen las calandrias,
Los colorines se albergan,
Y el tardo buey al establo
Con lento marchar regresa.

Bajan del monte las brisas
De aroma y frescura llenas,
Y blandamente susurran
Las hojas de la arboleda.

Y el Príncipe al campamento
Dá pensativo la vuelta,
Porque de súbita fiebre
Nota el ardor en las venas.

Ya impacientes á buscarle
Trava y Osorio se acercan,
Sonríe al verlos, y triste
Manda guiar á su tienda.

V.

LA NOCHE.

No léjos del Muradal,
Bajo la peña tajada
Que un riachuelo sin nombre
Rodando entre guijas baña;

Cuando ya la luz postrera
Del crespúsculo se apaga,
Y por cerros y llanuras
Bate la noche sus alas;

Un ejército cristiano
Tendido en el valle acampa,
Y mústio fija sus tiendas
Entre los brezos y aulágas.

Pavoroso el campanario
De Fresneda se destaca,
Y entre las sombras perdido
Semeja inmóvil fantasma.

El sordo y lejano estruendo
De un molino cuyas aguas
Por erizados breñales
En confuso tropel bajan,

Parece el rumor incierto
De una ciudad angustiada
Que en noche de terremoto
Triste á los campos se lanza.

Cual antorcha mortecina
De las urnas cinerarias
Vistiendo monjil de luto
Parece la luna opaca.

El vendabal cuyo soplo
Las tempestades arrastra
Lúgubre á trechos agita
Los troncos de la enramada.

Y los medrosos gemidos
De la revuelta hojarasca
De espíritus invisibles
Figuran las quejas vagas.

El apagado ladrido
Se oye á lo lejos sin pausa
De un mastin que receloso
Vela en oculta cabaña.

Y la luna, el viento, el bosque,
La Iglesia, y el can, y el agua,
Todo tristezas augura,
Todo el espíritu exalta.

Bajo el frondoso ramaje
De una encina solitaria
Que cerca del campamento
Gigantesca se levanta,

Rodeado de centinelas
Un pabellon se resguarda,
Donde el blason de Castilla
Bordado en oro resalta.

Honda inquietud reina dentro
Á juzgar por las palabras
Que personajes de cuenta
Con voz temerosa cambian.

Ya se aproxima un guerrero,
Ya un mitrado se adelanta,
Ya un capitan que á sus jefes
Consulta un instante y marcha.

Y á través del blanco lino
Rodar se oyen por la estancia
De entrecortados sollozos
Las notas acompasadas.

Mústio silencio en los reales
Inquieta la gente guarda,
Y el más locuaz veterano
Suspira, medita y calla.

El que ayer á sus amigos
Decidor embelesaba
Con sus picantes consejas
Y episodios de campaña,

Hoy pensativo y austero
Contempla á sus camaradas,
Cuyo pálido semblante
Nuevas terribles presagia.

Ya no resuenan los himnos
Que marciales anunciaban
La gloria de sus conquistas,
Ó los triunfos de sus armas.

Ni doncel apasionado
Con trovas sentidas canta
Correspondidos amores,
Ó recuerdos de la patria.

Todo es tristura en el campo,
Las horas tardías pasan,
Y los pechos se comprimen,
Y las hogueras se apagan.

Mas ¿qué ocurre, que de pronto
Su voz el clarin levanta,
Y los valientes se postran
Murmurando una plegaria?

Es que entre cándidos cirios,
Precedido por dos alas
De consternados guerreros
El Santo Viático pasa.

Bajo un pálio el venerable
Toledano apóstol marcha,
Portador triste y lloroso
De la Hostia inmaculada.

De David los tiernos salmos
Va murmurando con pausa,
Y á la tienda se dirige
De la encina solitaria.

Cercado de sus amigos,
En un lecho de campaña
Yace el magnánimo Alfonso
Que el pan de la vida aguarda.

En su despejada frente
Reina del justo la calma,
Todos lloran, y él sonrie,
Que el morir no le acobarda.

Sus ojos en don Fernando
Con dulce ternura clava;
¡Cuánta expresion, qué elocuencia
Destila aquella mirada!

La diestra del moribundo
El jóven príncipe baña
De lágrimas que á torrentes
El fiero dolor le arranca.

Sollozando, en sus mejillas
Con filial amor estampa
Tiernos besos, y angustiado
Limpia el sudor de sus canas.

Mas ya con la Eucaristía
Trémulo don Juan avanza,
Y al verle, póstranse todos
Ante el Dios de las batallas.

Recibe el augusto enfermo,
Purgado ya de sus faltas,
El manjar que misterioso
Conforta al partir el alma.

Ruega que el óleo santo
Manden traer sin tardanza,
Y el digno pastor le unge,
Y á morir bien le prepara.

Despues de orar algun tiempo,
Tranquilo al príncipe llama,
Pide que á solas los dejen,
Y le dice estas palabras:

«¡Fernando, amado Fernando,
La partida está cercana,
Morir es fuerza, que el mundo
No es del humano la patria!

—¡Padre y Señor! aún espero....
—No me interrumpas; si me amas,
Óyeme, y no te abandone
La resignacion cristiana.

Esto es un sueño: allá arriba,
No tardando, nuestras almas
Con vínculos han de unirse
Que nunca allí se desatan.

Tu madre, mi Berenguela,
Que más que reina fué santa,
Desde su trono de gloria
Con tiernas voces me llama.

Yo tambien, cuando acá cumplas
Los destinos que te aguardan,
Á mi turno he de llamarte
Al reino que nunca acaba.

Dirás á tu hermano Sancho
Que le abrazó con el alma
Y como á ti le bendijo
Su padre cuando espiraba.

Nunca con él armes guerra
Por ambiciones bastardas,
Triste orígen de disturbios
Que el reino mísero paga.

No olvideis que son los reyes
Hechura de Dios, y ultrajan
A la justicia divina
Los que atropellan la humana.

Procurad que Porto Magno,
Juntando recursos y armas,
Vuelva á Castilla, que importa
Más que otra alguna esa plaza.

Persigue al infiel sin tregua,
Mas despues de la batalla
No viertas la inútil sangre
De quien perdon te demanda.

Sé prudente, sóbrio, justo,
Y del bien comun en aras
Doquier el vicio persigue,
Doquier la virtud ensalza.

De un gran pueblo los destinos
Vas á regir; los que mandan
Débiles son si los temen,
Invencibles si los aman.

Hazte amar tú; no es difícil,
Fernando mio, si hermanas
El rigor con la clemencia,
Y el poder con la templanza.

Odiosas nunca tus leyes
Al grande ni al pobre se hagan
Con vejaciones injustas,
Con privilegios sin causa.

Busca el bien del mayor número
Con disposiciones sábias,
Que ni al uno mortifiquen,
Ni al otro infundan audacia.

Por igual debe á los pueblos
Un buen rey su vigilancia,
Sin miramientos de clases,
Sin distinciones de razas.

¡No puedo más!.... dí á la Reina....
¡Cielos!.... las fuerzas me faltan!....
¡Acércate!.... así!.... Fernando!....
¡Hijo mio!.... hasta mañana....»

Dice: y se hunde cual de plomo
Su cabeza en la almohada,
Busca la luz y suspira,
Y el último aliento exhala.

Como aquel que de improviso
Tras súbita llamarada
Ve los estragos del rayo
Que Jove lanzó á sus plantas,

Y en su aturdimiento duda
Si vive aún, y con ánsia
Pasea en torno los ojos
Y se estremece, y se palpa;

Tal quedó el príncipe, viendo
Marchita, inmóvil, helada,
La frente que en cien combates
Respetó la dura Parca.

Mas luego que á sus potencias
Vuelve la luz que les falta,
Con los exánimes restos
Deshecho en llanto se abraza.

Cierra sus cárdenos ojos,
Besa sus lábios, y estallan
Ayes que mal reprimidos
Del pecho á tropel escapan.

Don Juan con otros prelados,
Sanchez, Osorio, el de Trava,
Castro y demás ricos-homes
Que afuera inquietos aguardan,

Con triste silencio llegan
Del príncipe hasta las plantas,
Y el lecho mortuorio al punto
Bendice el pastor, y exclama:

»¡Qué pérdida! orad, señores,
Orad, que la muerte es santa;
¡Un justo más cuenta el Cielo,
Un héroe ménos España!....»

Y sollozando encomiendan
Con filial ternura el alma
Al Dios cuyos altos juicios
Todos humildes acatan.

Cunde la voz por el campo,
Y al saberse la desgracia,
No hay guerrero cuyos ojos
En llanto no se deshagan.

Mas ved que plomizas nubes
Se agrupan acaudilladas
Por el áustro que en las cimas
De Sierra Morena brama.

Súbito fuego el espacio
De Oriente á Occidente rasga,
Que brilla y desaparece,
Vuelve á lucir y se apaga.

Grita el cárabo en las quiebras
De la riscosa montaña,
Y en su ignorado escondrijo
Los reptiles se acobardan.

Retumba la voz del trueno
Que con horror se desata,
Cual si alarde hacer quisiera
De su poderosa rábia.

Conmuévese en sus cimientos
Mal segura la comarca,
Y el cielo estallando rompe
Sus terribles cataratas.

El humilde riachuelo
Que inofensivo jugaba
Poco há de su pobre cáuce
Con las juncias y espadañas,

Precipitado torrente,
Peñas y troncos arrastra,
Y no hay estorbo que luche
Con su soberbia pujanza.

Diríase, aquel desórden
Contemplando, que lloraba
Naturaleza afligida
El triste fin del Monarca.

. . . . . .

. . . . . .

Recógense al fin las tiendas,
Los ginetes se preparan,
Y al nuevo sol, de Toledo
La ruta siguen trazada.

Melancólico silencio
Reina doquier, y las cajas
Con son destemplado anuncian
Que está el ejército en marcha.

De negro crespon vestido
Lentamente á retaguardia,
Y escoltado por mil picas,
Un carro fúnebre avanza....

¡Son los despojos mortales
Del grande Alfonso! ¡Paz hayan
Acá en la tierra sus restos
Y gloria en el Cielo su alma!

Á ESPAÑA

VICTORIOSA Y TRIUNFANTE DEL AFRICANO,

CON MOTIVO DE LA TOMA DE TETUAN (1).

ROMANCE HERÓICO.

Quæ regio in terris nostri non plena laboris?
Sunt hic etiam sua prœmia laudi.
(Virg. Æneid. Lib. I, v. 460 y 461).

¡Regalo celestial, fiel mensajero
Del gozo y del dolor, eco del alma,
Intérprete á la vez de sus martirios,
Ó del júbilo extremo que la embarga:
Divino llanto, ven, ven á mis ojos,
Y tu dulcísimo raudal desata!
Caber no puede ya dentro del pecho
Más tiempo el regocijo. ¡Cuál batalla
Mi espíritu abrumado! ¡Cuál quisiera
Sus prisiones forzar, y sin las trabas
Del vil, terreno lodo, las celestes
Regiones trasponer, pulsar el arpa
Del alto querubin, y con no oidos
Acentos inmortales, de la patria
Poder al mundo trasmitir las glorias

(1) Véase el Prólogo, párrafo 5.º

En cánticos de amor! ¡Dadme palabras
Que alcancen á expresar tanta alegría!
¡Dadme voces que igualen á mis ánsias!
Pero ¿cuál pueblo, cuál, tendrá un idioma
Capaz de producirlas ó idearlas?
¡Palabras! ¡voces!... Nó, dejad que sienta,
Dejad que llore y que traduzca en lágrimas
El gozo sin igual, cuyas dulzuras
Retratar no sabria lengua humana.

¡Iberia! ¡amada Iberia! ¡cuán hermosa
Te ofreces á mis ojos! ¡cuál resalta
En esa noble faz, ayer marchita,
El vigor juvenil con que levantas
La altiva frente, de perenne lauro
Cien veces y otras ciento coronada!
Yo te ví cual decrépita matrona,
Pudiendo apenas afirmar la planta,
Una vida vivir, penosa, triste,
Semejante á la muerte. ¿Qué esperanza
Debia acariciar el amor mio
De verte renacer? Mas ¡ay! liviana
Esa adusta nacion, que en otro tiempo
Unciste al carro vencedor, y al África
Lanzaste para siempre, quiso imbécil
Herir tu dignidad. La temeraria
Osó á tu nunca mancillado escudo
Llevar la mano impura. Mutilarla
Pudiste en el momento; pero noble,
Magnánima cual siempre, la venganza

Resuelves diferir, si el negro ultraje
Su vil profanador cuerdo repara.
Oyó tus quejas..... ¡ay! mas el impío
Recóndito mantiene en las entrañas
Su heredado rencor. Miente disculpas,
Falaz y astuto, con promesas vanas
Te quiere adormecer, y su perfidia
Concierta un plan de iniquidad. Exalta
Del indómito vulgo el fanatismo:
Con los rayos celestes le amenaza,
Si al pacífico hogar vencido torna
De aquella guerra que apellida santa.
Contúrbase el infiel: teme las iras
De Dios y del Sultan, corre á las armas
El siervo envilecido. Se figura
Que con voz tronadora le demanda
Raudal copioso de cristiana sangre
Iracundo el Profeta. Desentraña
Las leyes del Corán.... Fascinadora
Celestial y sublime, le arrebata
La bella imágen de la hurí mentida
Que dulces premios al creyente guarda.
«¡En la muerte el amor! gritó el impío,
¡En la vida la gloria y la venganza!»

El bárbaro señor rie midiendo
La fuerza de los móviles que arrastran
Al torpe musulman. «¡Leones, dice,
Poner puedo leones en campaña!»
Contempla luégo el atezado rostro

De los hijos de Agar... ¡Cuál se retrata
La sed de sangre en el tremente lábio,
Y la fiebre sensual en las miradas!
Libra el triunfo en sus ágiles peones
Y en los finos corceles de la Arabia,
Terror un dia del romano imperio
Fatal aparicion en las batallas;
Y pesando soberbio la grandeza
Del poder africano en la balanza
De su loca altivez, el imprudente
Se rie de tu afan cuando reclamas
Un justo desagravio.... Y cual de pronto
Mortífero cañon tal vez estalla,
Si el preñado metal lleva en su seno,
Al tocarle la tea, doble carga;
Así, de noble indignacion henchido
Tu seno entónces con vileza tanta,
Tronaste furibunda, y «¡guerra á muerte!»
Gritaste al cabo, de sufrir cansada.

Oyéronlo tus hijos, y agrupados
En torno de la madre que idolatran
Olvidan sus rencores, desparece
La discordia fatal, avergonzada
De su propia figura: son hermanos,
Se buscan y se acercan y entrelazan
Las manos cariñosas, y vencidos
Del amor fraternal, juran en aras
Del santo patriotismo en una sola
Fundir sus voluntades. ¡Dulce patria!

¡Cuán bella estás ahora! qué imponente!
¡Cuán digna de loor y remembranza
Juzgarán tu virtud, andando el tiempo
Las edades futuras! Impulsada
Por motivos honestos, cuando un dia
Contemplen de tus hijos las hazañas
Y santa abnegacion; cuando el discurso
Ni recelos, ni enconos, ni bastardas
Pasiones extravien.... ¡cuál entónces
Crecerán los aplausos y alabanzas!

¡Bendita tú, progenitora ilustre,
Mansion fecunda de tan noble raza!
¡Benditos ellos, que á tan alta madre
Su tierno amor sin vacilar consagran!
¿Quién de orgullo latir no siente el pecho
Mirándose español? Rasgó villana
Tus fuerzas la morisma; y como suelen
Á huertas, prados, valles y montañas
Del sol de abril los bienhechores rayos
La vida devolver; y cual desatan
Ya del alto quejigo los renuevos,
Ya del sáuce las yemas delicadas,
Y allá su pompa el intrincado bosque,
Y aquí recobra sus perdidas galas
El ameno verjel, y de improviso
Por todas partes de verdor se cuajan
El monte, el llano y el inculto cerro
Que el suave aroma juvenil exhalan;
Así animaste de tus bravos hijos

El dormido valor, querida patria,
Con tu amoroso fuego, y á ser grandes
Tornaron con indómita pujanza.
Y el duro veterano cuya frente
Se abrasa entre la nieve de las canas,
El imberbe recluta, el aguerrido
Generoso adalid que en cien batallas
Vertió su sangre, el pensador profundo
Que en sus vigilias á la ciencia arranca
Los más hondos arcanos, el poeta
Que el raudo vuelo tiende por las altas
Regiones ideales, el que á impulsos
Del génio creador que le arrebata
Anima al lienzo, ó al inerte mármol
Imprime afectos que suponen alma,
El jóven afanoso á quien propicia
Franqueó las puertas de su augusto alcázar
La diosa del saber, el atezado
Rústico habitador de la apartada
Pacífica vivienda, el opulento
Que monta buques y palacios labra,
El santo sacerdote, el casto niño,
La tierna madre cuyo pecho alarman
Del bélico clarin los tristes sones
Y el ronco estruendo de marciales cajas,
La tímida doncella, hasta la pura
Vírgen sencilla que en el cláustro cambia
Por su dulce prision los atractivos
Del vano mundo con sus pompas vanas;
Todos, todos de súbito revelan

El patriótico ardor que los inflama.
Y así como en un campo de amapolas,
Ofrecido á la vista en lontananza,
Bajo el manto de púrpura se pierden
Los variados matices de las plantas,
Y á los ojos no llegan otras tintas
Que el color uniforme de la grana;
Así quien viera los hispanos pueblos
En esos dias de concordia santa
Ni bandos, ni ambiciones, ni miserias,
Ni rencores, ni celos encontrara;
Que el dulce patrio amor los corazones,
Apagando los ódios, avasalla.
¡Deten tu carro volador, o tiempo!
¡Deja que pueda en deliciosa calma
Gozar del espectáculo sublime,
Que al mundo ofrece mi querida patria!....
Mas, ¡ay! cuando tus horas fugitivas
Pulvericen las torres encumbradas,
De los régios alcázares, y al Ponto
Nuevos límites den y nuevas playas,
Y la grey escamosa habite un dia
Donde hoy anida la paloma casta;
Aunque logren cambiar la faz del mundo
Con su invariable y destructora marcha,
Jamás de Iberia el esplendente cuadro
Borrar podrán de la memoria humana.

Pero ¿qué inusitadas armonías
Al oido de súbito regalan!....

«¡España!» dice el invisible viento,
«¡España!» el ave que cantando pasa,
«¡España!» grita el murmurante arroyo,
Jugueteando lascivo con la grama.
—Dulcísima ilusion! bella quimera!
Pero ¿fué engaño mio? Nó, las auras
Repitiéndolo van. Ya sus cien lenguas
Que cien idiomas diferentes hablan,
Veloz cruzando el anchuroso mundo,
Por él agita la parlera Fama.
De la helada Siberia al promontorio
Donde tiene el britano su atalaya,
Centinela avanzado que de Calpe
Con ojo atento los confines guarda;
Del Cáucaso nevado hasta la orilla
De la opuesta region, por donde arrastran
El Támesis y el Isis al temido
Cercano mar sus confundidas aguas;
Del Ródano fecundo en las riberas,
Del Rhin estrepitoso en las comarcas,
Del Sena y Tiber en los frescos valles,
Y allá en los hielos del remoto Kara,
Prepotente y glorioso cual un dia,
Resuena el nombre de la invicta España.

Aquí respeto infunde, allá pavura;
Mudas de asombro su poder ensalzan
Orgullosas naciones que otro tiempo
Con lábio indiferente la nombraban.
¿De dónde tanta prez? ¿Cómo radiante

De gloria y de esplendor hoy se levanta
La reina de dos mundos? ¡Ah! seguidme,
Venid conmigo á las ardientes playas
Del confin Africano. Deteneos
En aquella region donde con saña
Revienta el mar, y con estruendo horrible,
De una hispana ciudad en las murallas
Y pardos torreones..... ¡Patria mia!
¡Allí comienza la epopeya santa
Que te ha regenerado! ¡Cuántas penas,
Qué de lúgubre llanto acumulaba,
Contrariando tus fines, implacable,
Maléfico el destino! ¡Qué desgracias
Probaron tu virtud! El fiero Eólo
Que á su placer en los nublados manda,
Ya el rugiente aquilon desencadena,
Ya el proceloso vendabal desata:
Muere la luz, y las preñadas nubes
Con horrísono estrépito se rasgan.
De Pirra y Deucalion la edad funesta
Diríase que trágica tornaba.
Los reales son un mar, y en él revueltos
Caballos, tiendas por doquier naufragan.
Tal ruedan las encinas cuyo tronco
Perdonó la segur en la hondonada,
Si espumoso torrente en su camino
Despeñado del monte las alcanza.
Con insano furor en sus dominios
Acaudilla Neptuno las borrascas,
Y al contacto fatal de su tridente

Soberbias mugen las hirvientes aguas.
Cual corcel desbocado que sin freno,
Semejante al relámpago se lanza,
Y en el férvido impulso que le agita
Ningun tropiezo á detenerle basta,
Jarales, setos y vallados rompe,
Torrentes, breñas y barrancos salta,
Y ni ve ni presiente el hondo abismo
Donde al fin le derrumba su arrogancia;
Así, roto el timon, el frágil leño
Veloz contra el escollo se dispara,
Y crujiendo de súbito, las olas
En triunfo llevan las deshechas tablas.

Átropos, á su vez, fria, impasible,
Dirige al campo la insidiosa planta;
El contagio con ella, que cobarde
Se guarece á la sombra de la Parca.
Mezclada con los héroes, discurre
De tienda en tienda la implacable hermana
De Cloto y de Laquésis, y mil vidas
En flor destruye su tijera aciaga.
Y cual suele tal vez en noche oscura,
Silenciosa y glacial entre las ramas
Del ingerto frondoso cobijarse
Latente niebla de maldad preñada,
Y al llegar el colono, por el suelo
Doquier las pomas esparcidas halla
Sin tiempo ni sazon, y nuevas ruinas
Aumentan su pesar cada mañana;

Así el caudillo del cristiano pueblo,
Recorriendo las huestes desoladas,
Nuevas víctimas llora, que sucumben
Con muerte indigna de sus prendas altas.
Por las mudas trincheras entretanto
Silbando el plomo vengativo pasa:
Nadie sabe decir de dónde vino,
Ni cuál mano traidora le dispara.
No de otra suerte el impetuoso rayo
Los altos robles seculares raja,
Y al volver la cabeza estremecido,
Sus estragos no más el pastor halla.

¿Qué delito, gran Dios, armó tu diestra?
¿Qué crímen cometer pudo mi patria,
Que en tu cólera así contra el hispano
Concitaste, Señor, desdichas tantas?
Pero no fué la ira; fué el designio
De probar su virtud, purificarla,
Y mostrar á las gentes ¡cuánto pudo
Con su heroismo la gigante España!
Si cielo, tierra, mar, en su rüina
Conspiran á la vez, ella desarma
Su impotente furor; lucha, persiste,
Y un dia al cabo la victoria alcanza.
Ese de Anghera pavoroso risco,
Del sombrío Negron la ruda falda,
Bullones, Gelelí, los Castillejos
Y el mal guardado muro de la Aduana
Páginas de oro son que perpetúan

En el suelo africano sus hazañas.

De la esclava Tetuan á siete millas
El ejército hispano se adelanta,
Precedido de Marte. Veinte veces
En treinta soles, con salvaje rabia
Lanzándose al combate el beduino,
Tentó impedir su vencedora marcha.
Empeño inútil! Otras ciento roto
Volvió á los bosques á ocultar su infamia,
Y cede el campo al español, que firme,
Rompiendo breñas, sin cejar avanza.
Huid, mónstruos, huid. Esos que ahora
Derechos van á la moruna plaza
Con ardor generoso, de un ultraje
Resueltos á vengar la negra mancha,
Los mismos son que de Tolosa un dia
Con tanta gloria en las famosas Navas
Cien mil sepulcros á cien mil infieles
Cavaron en la arena ensangrentada:
Los mismos que la sierva media-luna
Rindieron en Orán, do la Cruz santa
Conquistó las mezquitas, por Cisneros
El ungido de Dios, purificadas.
Los que en Guadix y en Loja y Almería
Y en Málaga y Baeza y en Alhama
Terror y espanto á vuestros padres fueron
Tras luengos dias de memoria infausta:
Los que el noble y perínclito Gonzalo,
Reinando otra Isabel en las Españas,

Tantas veces condujo á la victoria
Del rico Bétis en las verdes playas:
Los que de Ben-Hamet el alto solio
Triunfadores hundieron en Granada,
Cerrando al fausto y al placer sus puertas
La bella y rica y misteriosa Alhambra:
Los mismos ¡ay! cuyos famosos tercios
Y potentes galeras renombradas
Conquistaron despues tantos laureles
En Lepanto y en Flandes y en Italia.
No vayais á medir, ¡desventurados!
Otra vez vuestras armas con sus armas.

Consejo estéril! Á la lid cruenta
La orgullosa morisma se abalanza....
—Ya retumba el cañon, ya varoniles
Nuevamente los pechos se encorajan
Á la voz del clarin, que incitadora
Por las mudas hileras se derrama.
Del hispano heroismo se hace digna
La fiereza sublime y temeraria
Del rudo musulman. ¡Cuál unos y otros
Se miran, se aborrecen y se aguardan!
Ya corren implacables al encuentro,
Ya intrépidos acortan las distancias,
Ya el ángel precursor del exterminio
Iracundo sus víctimas señala.
Y cual fieros leones se aproximan,
Y se buscan, se encuentran y se atacan,
Y se hieren y oprimen y degüellan,

Y con ciego furor se despedazan.
El horrísono estruendo de los bronces
Y la densa humareda que levantan
Aquí y allí sus infernales bocas
Cuando truena la pólvora inflamada,
Ni deja oir los lastimeros ayes
Del mártir que sucumbe, ni las varias
Escenas espantosas ver permite
De aquel sangriento y formidable drama.
Los ojos nada ven; pero hacinados
Obligan á ladear la incierta planta
Cadáveres y heridos y armaduras
Y alfanjes y gumías y espingardas.
Horror! Horror!.... por donde quiera sangre
Y hierro y fuego y confusion y alarma
Y miembros esparcidos y dolores
Y lamentos y gritos y amenazas.
Al ver tanto destrozo y tanta ruina,
Y tanta mortandad y tanta saña,
Diríase que Dios, borrar del mundo
Queria vengador la especie humana.

Pero.... ¿no oís? no oís?.... ¿Qué nuevo caso
Tales gritos y plácemes arranca
De pronto al español?—Ah! ¡de Castilla
Campea el estandarte en la forzada
Trinchera del infiel! «¡Viva la Reina!»
Gritan mil y mil voces: «¡Viva España!»
Y esa mágica voz por los dos campos
Con efecto distinto se propaga.

Sorprende al consternado ismaelita,
Fulminando terrífica la espada
Del impávido Prim, que á los reductos
Cual sér invulnerable se adelanta.
Á su glorioso ejemplo cien valientes,
Cien bravos catalanes que las armas
Empuñaron ayer, y en la palestra
Por vez primera su coraje ensayan,
Ganosos de renombre en pos del jefe
Que el altar de la gloria les señala,
Se arrojan al fragor, y enardecidos
El ancho foso y parapeto saltan.
Con rara intrepidez cunde en los pechos
La santa emulacion. Al ver su audacia,
Las huestes todas que el ansiado instante
De volar al peligro sólo aguardan,
Movidas por sus ínclitos caudillos
Entre un diluvio de candentes balas,
Dignos hijos del Cid, en un momento
Trasponen la temible empalizada.

Cual del alto Pirene en los confines,
Si los hielos el ábrego desata,
Crecer se ven los desbordados rios
Lanzándose por campos y llanadas,
Y en su furia indomable, con asombro
Del pastor que contempla la pujanza
Del tremendo aluvion, crujen los puentes,
Desparecen ganados y cabañas,
Plantíos y viñedos, y no hay dique

Ni barrera, ni muro que no caiga
Con terrible fracaso al fiero empuje
Del soberbio elemento que le ataca;
No de otra suerte el victorioso hispano
Por el campo enemigo se dilata;
Fulmina vengador, y en su carrera
Cuanto quiere oponérsele naufraga.
Camellos, armas, tiendas, todo es suyo;
No han podido salvar de la borrasca
Los rotos musulmanes, ni áun el régio
Temido pabellon de Muley-Abbas.
¡Colinas de Tetuan, eterno oprobio,
Del hijo del Profeta! ¡Inmóvil Átlas!
¡Jamás, desde que Dios del negro caos
Al eco creador de su palabra
El mundo hizo brotar, de igual derrota
Testigos fuísteis con vergüenza tanta!

Do quier deshechas las compactas haces,
Sin aliento los jefes que las mandan,
Cual manada de ciervos que de pronto
Del sañudo leon vieron la garra,
Así por valles y enriscadas lomas
Llevados del pavor suben y bajan
Caballo y caballero. Y en su fuga,
Los gemidos del viento en la enramada,
La sombra de un arbusto, el solo roce
Del inútil alfanje con las zarzas,
El salto temeroso de una liebre,
El rumor que en su curso hacen las aguas

De los mansos arroyos, el graznido
Del carnívoro buitre que resbala
De un cerro en otro cerro, alborozado
Del sangriento festin con la esperanza,
Todo, todo en redor, su aliento mismo,
Los turba y amedrenta y anonada;
Y es tanto su pavor, que ni áun se atreven
A volver hácia el campo sus miradas
Para dar un adios á los lugares
Que el hispano campeon les arrebata.
¡Así tiembla de noche el rapazuelo
Que aturdido se aleja de la casa,
Donde al crédulo vulgo se aparecen
Formidables visiones y fantasmas!

¡Huid, míseros! ¡Ay! mandad que cierre
Sus dobles puertas la ciudad profana.
Decid á Tánger que refuerce al punto
Sus flacos rebellines y murallas....
Pero ¿qué ven mis ojos? El que ondea
Glorioso y triunfador en la Alcazaba
De la vecina Tetüan, decidme,
¿No es el invicto pabellon de España?
El mismo! sí! Conozco sus colores:
¡Aquel es el escudo de sus armas,
Y el pueblo musulman el que humillado
La noble enseña reverente acata!
¡Loor á los valientes, y al caudillo
Que auxiliado del Dios de las batallas,
Tantos dias de gloria dió con ellos

En cien combates á la madre patria!
Tejed coronas para ornar las sienes
Del valeroso ejército que guarda,
Custodio fiel, inmaculada y pura
Del pueblo hispano la brillante fama.
Por él cien veces del preclaro triunfo
Con honra y prez la vencedora palma
Vibró la Iberia, y sus hollados fueros
Con nuevo lustre y esplendor restaura.
Cual Fénix inmortal, de sus cenizas
La vemos renacer; y tanto se alza
Y encumbra y engrandece, que ya Europa
La contempla y admira estupefacta.
Ya del fecundo Ródano en la orilla,
Del Rhin estrepitoso en las comarcas,
Del Sena y Tiber en los frescos valles
Y allá en los hielos del remoto Kara,
Prepotente y glorioso cual un dia
Resuena el nombre de la invicta España.

APARICION

DE LA

SANTÍSIMA VÍRGEN

DEL PILAR DE ZARAGOZA

AL APÓSTOL SANTIAGO,

PATRON DE LAS ESPAÑAS.

(Año 42 de la Era Cristiana.) (1)

LEYENDA.

Tu lætitia Israel,
Tu honorificentia populi nostri,
Tu advocata peccatorum,
O Maria!
CANT. ECCL.

I.

EL CANTO MATUTINO.

En su viaje nocturno ya la luna
Del Moncayo las crestas remontaba,
Y en la fuente, en el rio, en la laguna,
Con trémulo fulgor reverberaba.
El pájaro callaba,
La flor se adormecia
Suelto al rocío el perfumado broche,
Y santuario la tierra parecia
Del sublime silencio de la noche.

(1) Véase el Prólogo, párrafo 5.º

Tras un espeso grupo de nogales
Blanquea solitaria una casita,
Por do el Ebro agolpando sus cristales
La pausada corriente precipita.
El dueño que la habita
Sin duda está velando,
Pues confuso rumor se ha percibido,
Y de pronto en su quicio rechinando,
Perezoso porton lanza un gemido.

Á poco en el umbral una doncella
Vestida apareció de blanco lino,
Deslumbrante, gentil, graciosa, bella,
Cual las ninfas del lago cristalino.
Su rostro peregrino,
Su púdica mirada,
La casta suavidad de su mejilla,
Pregonan la virtud acrisolada
De un alma candorosa y sin mancilla.

Del Ebro hácia la márgen se adelanta
Virginales afectos concentrando
Que mudo admira con envidia santa
El ángel que por ella está velando.
Resuena el eco blando
De su laud sonoro;
Llénase de armonía la ribera,
Y así cantó con voz que al sábio coro
De las Piérides mismas suspendiera:

«¡Mil veces, mil, bendita
Sea la hora
En que al Ebro llegaste,
Reina y Señora!
¡Mil veces, mil, bendito
Sea el instante
Que admiró la belleza
De tu semblante,
Consuelo y vida
De su fértil y umbrosa
Márgen florida!

»Por ti el Ibéro alcanzará una gloria
Que al orbe todo en lo futuro asombre;
Por ti perenne vivirá en la historia
De Augusta el claro y bendecido nombre.

Náyades pudorosas
Del manso rio,
Vuestros dulces cantares
Juntad al mio:
Perfumadas junqueras
De la corriente,
Decid en misteriosa
Lengua elocuente:
¡Bendita sea
La inmaculada Vírgen
De Galilea!

»De nuevas galas se reviste el suelo,
Con más grato fulgor la aurora brilla,
Despues que levantando el ráudo vuelo
Del Ebro undoso apareció en la orilla.

Palomita inocente,
Que al bosque espeso
Con tus blandos arrullos
Das embeleso;
Ruiseñor, que frecuentas
Los olivares,
Concertad armoniosos
Vuestros cantares;
Y de amor lleno
Suba un himno á la Madre
Del Nazareno.

»Por ella salta la sonora fuente,
Por ella el mústio campo se alboroza,
Por ella entona con cariño ardiente
Jubilosos cantares Zaragoza.

Estrellas rutilantes,
Que en los espacios
Afrentais los rubíes
Y los topacios;
Agrupad vuestras luces
En esta zona,
Construyendo á María
Régia corona,
Cuyos fulgores
Del claro sol apaguen
Los resplandores.

»Lirio, que vives entre ruda argoma
Por un muro de espinas defendido,
Resérvame la esencia de tu aroma,
Grato don á la Madre del Ungido.

Viajera de la noche,
Luna callada,
De los malos temida,
Del justo amada;
Detente, no traspongas
El alto risco,
Y escabel á sus plantas
Sea tu disco,
Para que el suelo
Admire á la triunfante
Reina del Cielo.

»Diáfano arroyo, bullidora fuente,
Que el monte al llano generoso envia,
Cantad á coro en la vital corriente
El dulcísimo nombre de María.

Jugueton cefirillo,
Que vagar sueles
Columpiando las rosas
De los verjeles;
Deposita en su trono,
Vé, no te pares,
Perfumados los ecos
De mis cantares;
Mística ofrenda
Que mi fé le consagra
De amor en prenda.

»Levántate, lucero matutino,
Saluda desde tu áurea carroza
Á la bella sin par que en alas vino
Del ardiente querub á Zaragoza.

¡Mil veces, mil, bendita
Sea la hora
En que al Ebro llegaste,
Reina y Señora!
¡Mil veces, mil, bendito
Sea el instante
Que admiró la belleza
De tu semblante,
Consuelo y vida
De su fértil y umbrosa
Márgen florida!»

Dice: y exhala virginal suspiro
Que arranca el gozo santo á la cantora,
Y á su albergue tornó, dulce retiro
Donde habita la paz que el mundo ignora;
En tanto que á la aurora
Las aves anunciaban,
Y con trinos de múltiple armonía
Matinales conciertos ensayaban,
Gloria dando al Autor del nuevo dia.

II.

LA SORPRESA.

Entre nubes de oro y grana
Sube ya Febo al Oriente
Con el ropaje esplendente
De una apacible mañana.

La madre Naturaleza,
Despues de la noche umbría,
Despliega más bizarría
Y ostenta mayor belleza.

Gorjean los pajarillos
Balanceándose en las ramas
De las flexibles retamas,
De los brezos y tomillos.

La brisa de las montañas
Que el húmedo campo orea,
Con los mirtos juguetea,
Y susurra entre las cañas.

Y el cristalino arroyuelo
Salta en su lecho de guijo
Con más loco regocijo
Desde que hay luz en el cielo.

La pradera agradecida,
Traje de gala vistiendo,
Sonrie, como queriendo
Dar al sol la bienvenida.

Salpicadas de rocío,
Deslumbran con sus colores
Mil y mil vistosas flores
Á las márgenes del rio.

Vertiendo líquidas perlas
De su cáliz perfumado,
Las abejas del cercado
Madrugan para beberlas.

Y todas las criaturas
Que del sueño se levantan
Parece que alegres cantan:
«Gloria á Dios en las alturas.»

Alejándose de prisa,
Cruza la herbosa ribera
Una jóven hechicera
Que apenas la yerba pisa.

Tras el espeso follaje
De un corpulento abedul
Se ha perdido el blanco tul
De su nevado ropaje.

Y á poco el desierto umbral
Traspone de un caserío
Que guardan cerca del rio
Un nogal y otro nogal.

Aparecen más arriba
Dos mancebos generosos,
Que acechando están curiosos
Á la bella fugitiva.

Cristianos sin duda son,
Porque campea en su cuello
Una cruz, sagrado sello
De la humana Redencion.

Y con sorpresa infinita
Siguen sus ojos la senda
Que conduce á la vivienda
Donde la jóven habita.

Cuando al fin se recobraron
De aquel estupor primero,
Sentados en el lindero
Este diálogo entablaron:

—«¿Oiste bien, mi Jonás?
—Ni una sílaba perdí.
—¿Habrá resonado aquí
Tan divina voz jamás?
—Con razon tal nombre das
Á su mágico sonido;
Que escuchar me ha parecido,
Prudencio, en este confin
El arpa de un querubin,
Del cielo recien venido.

—Y ¿conociste á la hermosa
Mujer que madruga tanto
Para alegrar con su canto
Del Ebro la orilla umbrosa?
—Es Celina la piadosa,
Cristiana de corazon,
Que por toda esa region,
Cual un númen tutelar,
Esparce el bien sin dejar
Su solitaria mansion.
Es la huérfana inocente,
Gloria y prez de estas riberas,
Que de Cristo las banderas
Abrazó con nuestra gente.
Es la doncella prudente
Que, tesoro de virtud,
Con santa solicitud
Quiso al mundo renunciar,
Y aquí vino á sepultar
Su belleza y juventud.
—Tal á mí me pareció
Cuando su voz percibí;
Que no hay otra por aquí
Que cante como cantó;
Pero no comprendo yo,
Mi Jonás, quién pueda ser
La misteriosa mujer
Cuya virtud singular
Celebraba en su cantar:
¿Lo puedes tú comprender?

—Yo, no ménos sorprendido,
De sus palabras, en vano
Pretendo tambien, hermano,
Desentrañar el sentido.
Regalo son del oido
Las dulces frases que emplea;
Pero no alcanzo quién sea
La mujer que engrandeció:
¿No oiste que la llamó
La Vírgen de Galilea?
—Cierto: y en esta region,
Si no miente su cantar,
Esa Vírgen singular
Debe tener su mansion.
Llamóla con una uncion
Que me pasma (lo confieso),
De Zaragoza embeleso,
Y del cielo Soberana....
Siendo Celina cristiana,
¿Cómo pudo decir eso?
—Y su nombre bendecia
Con acento conmovido.....
¡Algun misterio escondido
En sus cántigas habia!
¿Quién sabe si desde el dia
Que dejamos este suelo,
Nuevos prodigios el Cielo
Por la fé cristiana obró,
Con que á Jacobo ayudó
En su apostólico celo?

—Pruebas dar no necesita
De su orígen celestial
Esa sublime moral
De Dios por el dedo escrita:
De divina se acredita
Por sí sola, aunque el Señor
Milagros en su favor
Y maravillas no obrase,
Pues que se funda en la base
De la paz y del amor.
—Ciertamente: es un rocío
Que al corazon alimenta;
Un sol que el alma fomenta,
Yerta hace poco de frio:
Á su influjo, hermano mio,
Tan demudado me veo,
Que tengo esperanza, y creo,
Desde que al pié de una Cruz
Mis ojos abrió á la luz
El hijo del Zebedeo.
—¡Varon justo y singular!
¡Varon piadoso y constante,
De la Iglesia militante
Robustísimo pilar!
¿No podremos enlazar,
Sin temor, con su doctrina
Consoladora y divina,
Las frases que ha percibido
Estupefacto el oido,
Cuando cantaba Celina?

Un mes há de aquí partimos
Por visitar diligentes
Á nuestros pobres parientes,
Con quien un tiempo vivimos.
Hoy arrastrados venimos
Del amor filial, por ver
Al autor de nuestro sér,
Á nuestro padre querido;
Y en un mes que ha trascurrido,
¿Cuánto pudo suceder?
—Dejemos esta pradera
Sin más dilacion, hermano;
Que tal vez el pobre anciano
Ya impaciente nos espera.
Él quizá la verdadera
Causa de todo nos diga.
—¡Cuánto su amor nos obliga!
¡Cuán bueno para los dos!
¡Mil años le guarde Dios,
Y su ancianidad bendiga!
—Dices bien: este sendero
Continuemos, que va á dar
No léjos del olivar
Á nuestra casa frontero:
Mas dirijamos primero,
Levantando el corazon,
Tributo de adoracion
Al Autor del nuevo dia,
Que su sol al bueno envia
Y al malo sin distincion.»

Y descubierta la frente,
Cayeron ambos de hinojos,
Llevando al Cielo sus ojos
Con expresion elocuente.

Invisible recogia
Su plegaria un querubin,
Que del celeste confin
Á la tierra descendia.

Y con cánticos de amor
Volvió el espacio á cruzar,
Y la fué á depositar
Junto al trono del Señor.

Despues que breves instantes
Con santa piedad oraron,
Del césped se levantaron
Los gallardos caminantes.

Y al desierto caserío
Un tierno adios luego dando,
Se alejan de allí, costeando
La umbrosa márgen del rio.

III.

LA CURIOSIDAD.

Una modesta alquería
Se alza á la márgen del Ebro,
Cuyo campo con sus hijos
Cultiva Natalio el viejo.

Tal cual decrépito olivo,
Carcomido por el tiempo,
Brinda con sombra apacible
Por vallados y linderos.

Diríase al contemplarlos
Aquí y acullá dispersos,
Que son mudos centinelas,
Guardadores del viñedo.

Entre la casa y el rio
Campea florido huerto,
Cuyos lozanos tablares
Alegra el cercano riego.

En un ángulo del muro
Crece laurel corpulento,
Pabellon de un altarcito
De pobre y rústico aspecto.

Una Cruz de tosca piedra
Se ve descollar en medio,
Señal cierta y elocuente
De ser cristiano su dueño.

De amor allí rica ofrenda
Deposita el pobre viejo,
Allí Jonás sus plegarias,
Allí las suyas Prudencio.

Los tres con afan creciente
Labran el dócil terreno
Que provee su parca mesa
Del necesario sustento.

¿Qué coloquios han tenido
Los jóvenes con el viejo,
Que enternecidos suspiran,
Y lloran de tiempo en tiempo?

Mas hé aquí que de pronto
Deja la azada en el suelo,
Y exclama Jonás: «¡Dios mio!
Será cierto? será cierto?

¿Conque la voz de Celina
Pregonaba este secreto,
Y él era de sus cantares
El escondido misterio?

Descansad, padre adorado,
Y contadnos del portento,
Si os place, los pormenores
Que tanto interés tuvieron.

—Hoy (el anciano contesta)
La santa visita espero
Del Apóstol, y su lábio,
Con más verdad y más fuego

Que el tosco y helado mio,
Satisfará tus deseos,
Pues nadie como él alcanza
La alteza de aquel suceso.

—¡Qué oigo! ¿y se digna...—Atanasio
Vino ayer de mensajero,
Y esta grata nueva dióme
De parte de su Maestro.»

Calló Jonás, y la azada
Nuevamente recogiendo,
Su interrumpido trabajo
Sigue otra vez en silencio.

Ya en el ocaso lanzaba
Su ardiente carro de fuego
El astro cuya presencia
Regocija al universo.

Las canoras avecillas,
Treguas dando á los gorjeos,
Buscaban su amado albergue
Por los árboles y setos.

Y á la oracion vespertina
Los colonos acudieron,
Dulce consuelo del alma,
Tras la fatiga del cuerpo.

Cuando hé aquí que aparece
De súbito en el sendero,
Con tardo paso avanzando,
Un varon de grave aspecto.

La nobleza de su rostro,
La nieve de sus cabellos,
La inspiracion inefable
Que en sus ojos está ardiendo,

Todo seduce y cautiva,
Todo arrastra, y sin quererlo,
Conquista las voluntades
Y se gana los afectos.

«La paz sea con vosotros:»
Dice, y los brazos tendiendo,
De los tres luégo la frente
Sella con ósculo tierno.

—Salud á ti, gran Jacobo
(Le contestan con respeto);
Á ti, pilar de la Iglesia,
Columna del Evangelio.

—Gloria á Dios, amigos mios
(Repone el Hijo del Trueno);
Á Dios, que colgado tiene
De su mano el universo.

Oid: en estas riberas
Que el Ebro fecunda, debo
Antes que parta de España
Erigir un santo templo.

Dios lo ordena: y es muy justo
Que los mandatos del Cielo,
Sin temer dificultades,
Humilde acate su siervo.

¿No querrias, buen Natalio,
Cederme tu breve huerto,
Donde del santo edificio
Trazar pueda los cimientos?

—Dispon de mi pobre finca
(Responde lloroso el viejo);
Que en nombre de mis dos hijos
Yo, Jacobo, te la cedo.

—Gracias, anciano; María
Por uno te dará ciento:
Ella fecunde tus campos
Y bendiga tus barbechos.

—¡María! ¿Conque ese nombre
No es ilusion del deseo?
(Con mal reprimido gozo
Exclama el jóven Prudencio.)

¿Conque es verdad que la Madre
De Jesús, Redentor nuestro,
Pisó no há mucho la orilla
Que mis ojos están viendo?

Ausente un mes con mi hermano
Un mes, del hogar paterno,
Apenas hablar oimos
De tal acontecimiento.

Ilústranos con tu ciencia,
Magnánimo Galileo,
Tú cuya voz en las almas
Logra tan fácil imperio.

Así tus largas vigilias
Remunere el alto Cielo,
Y propicio favorezca
Tu generoso proyecto.

—Venid, exclamó el Apóstol,
Llanto de gozo vertiendo;
Yo os contaré maravillas
De la Madre del Excelso.

Seguidme á la verde alfombra
De aquel hermoso lindero,
Por donde suaves rodaron
De su voz los dulces ecos.

Mas antes sus bendiciones
En la oracion imploremos,
Para que pueda mi lengua
Despertar santos afectos.

Dijo: y al punto á postrarse
Junto al rústico altar fueron,
Que un laurel acariciaba
En los confines del huerto.

Replegáronse las brisas
En la enramada, temiendo
Turbar de aquel grupo santo
La dulce paz con sus juegos.

Á través de los arbustos
Hilos de plata vertiendo,
Bañaba la blanca luna
Del Apóstol los cabellos.

Mudas las flores, su cáliz
Inclinaban con respeto,
Los ruiseñores callaron,
Los ángeles sonrieron;

Y el más hermoso, sus alas
De oro y nácar extendiendo,
La plegaria de los cuatro
Llevó al trono del Eterno.

IV.

LA REVELACION.

Al pié de un sáuce que del Ebro undoso
En la mansa corriente se bañaba,
Su luenga cabellera contemplando
Tras el móvil espejo de las aguas;

Silenciosos cuatro hombres se reclinan
Sobre el césped que próvidos resguardan
Del ímpetu del rio largos haces
De mimbreras, de juncos y espadañas.

Brilla del uno en la inspirada frente
Del santo amor la coruscante llama;
Respeto el otro y compasion infunde
Por los años que agobian sus espaldas.

Los bellos rasgos de los dos que restan
De la sangre hacen ver la semejanza,
Y el vigor juvenil, la lozanía
En su fresco semblante se retrata.

Ya de Lucina el misterioso carro
Por la bóveda azul adelantaba,
Y en blando lecho de algodon y pluma
La tórtola dormia entre las ramas.

Sólo el grato rumor de la corriente,
Jugueteando en las ovas apiñadas,
Con sonoro murmurio interrumpia
De aquel confin la deleitosa calma.

Un suspiro de amor lanzó el primero,
Y con voz afectuosa y regalada,
Seco ya el llanto que nubló sus ojos,
Así dijo á los tres que le escuchaban:

«Era de noche; y de la noble Augusta
Dejando cual solia las murallas,
En este junqueral, que á vuestro campo
Sirve á un tiempo de límite y entrada,
Tendíme á reposar. No estaba solo:
Teodoro tambien me acompañaba,
Y Torcuato y Cecilio, y Calocero,
Y el claro Tesifon, prez de la Arábia,
Crisógono, Indalecio y Atanasio,
Y el magnánimo Hiscio, que á su patria
Renunció por la Cruz. Ya el dulce sueño
Que las fuerzas benéfico restaura
Invocábamos todos. Yo entretanto
Mi memoria gozoso ejercitaba,
Pensando en los progresos que de Cristo
Doquier hacia la triunfante causa.
Basilio presidia en Cartagena,
En la Bética Pio gobernaba,
En Palencia Nestór, Cápito en Lugo,
En Julióbriga Areádio, Pedro en Braga.
En Toledo la Cruz alzaba Elpidio,

Eterio á los Barcinos ilustraba,
Radiante sol Efren era de Astorga,
Y antorcha de la fé Segundo en Avila.
»Modelo de fervor, Agatodóro,
La grey Tarraconense acaudillaba,
Y era Eugenio del suelo Valentino
Por su ciencia y virtud lumbrera santa.
Copiosa miés doquiera yo veia,
Y por todos los ámbitos de España
Dispersos mis discípulos, al Cielo
Conquistan á su vez millares de almas.
Y cual suelen después de la tormenta
Brillar del campo las vistosas galas
Con más rico esplendor, y conmovido,
Se deleita el colono en contemplarlas,
Midiendo con la vista el largo fruto,
De sus trojes consuelo y esperanza;
Así gozaba yo, viendo extenderse
Del árbol santo de la Cruz las ramas,
Y el sueño de mis párpados huia,
Y en tan gratos recuerdos me extasiaba.
»Cuando hé aquí que del lejano Oriente
Súbita luz indefinible salta,
Que no es del ópalo el preciado fuego,
Ni el que en sus venas el diamante guarda;
Es un brillo inmortal á quien no emulan
Crisólitos, rubíes ni esmeraldas,
Luz inefable á cuyo lado es sombra
La que el sol más espléndido derrama.
Una inmensa cohorte de querubes,

Batiendo en triunfo las cerúleas alas,
Puebla el espacio, cuyo seno alegran
Los dulcísimos ecos de sus arpas.
Cual suele de un verjel los ricos cuadros
Pintar el fresco Abril una mañana,
Y al tibio resplandor del sol naciente
Se sorprende la vista embelesada,
Y aquí el rubio clavel, allí la rosa,
Y mil flores y mil de forma vária
Y de vário color su verde seno,
Desnudo ayer, á competencia esmaltan,
Y no hay humana lengua que recuente,
Ni á cifra logre reducir exacta
Los aromas, recortes y matices
Que el sentido suspenden y regalan;
Así de las aéreas falanges
Que las altas regiones inundaban
El número infinito, la belleza,
Dios, sólo un Dios, á describir alcanza.
Aquí el ardiente querubin fulmina,
Allí el arcángel resplandores mana,
Y un piélago de luz en pós dejando,
Virtudes, Tronos, Potestades, pasan.
»En medio las angélicas milicias
Aparece la Madre inmaculada
De nuestro Redentor. Una columna
Es pedestal á sus divinas plantas.
¿Cómo hablaros podré de sus hechizos,
Del candor celestial de su mirada,
De aquella voz á cuyo suave timbre

Muda enloquece y se extasía el alma?
Es la Vírgen de Vírgenes Princesa,
Es del Cielo la Reina y Soberana,
Complacencia de un Dios y su delicia,
Su regalo, su amor, su Madre y basta.
Cantando *Ave Maria gratia plena*,
Los celestes espíritus la aclaman,
Y á mi lado gozosos depositan
El marmóreo Pilar en que descansa.
Cual suele acontecer al campesino
Que el límite jamás de sus montañas
Queridas traspasó, si por ventura
Del patrio hogar á la vejez le arrancan,
Y de un ínclito Rey á la presencia,
Conducido á la córte, le trasladan,
Atónito al mirar el deslumbrante
Brillo del oro que al fulgor sin tasa
De cien bujías poderoso ostenta
Océano de luz el régio alcázar,
Se oscurecen sus ojos, y vacila,
Y su lengua se anuda en la garganta,
Y á las frases benévolas que escucha
No encuentra qué decir, hasta que el alma,
Ganosa de quietud, rompe los diques
Del llanto bienhechor que la dilata;
Así turbado yo, mudo, suspenso,
Confuso al ver las celestiales llamas
Y el divino esplendor con que María
Radiante de belleza fulguraba,
Quedé sin voluntad, y mis sentidos

Un temor santo, indefinible, embarga.
  Deslumbrado á sus piés caí de hinojos,
Absorto de placer al contemplarla,
Y así dijo con voz que dulce néctar
De su lábio divino destilaba:
  «Jacobo, fiel Jacobo, en este suelo,
Donde en carne mortal fijo la planta
Por especial favor, en honra mia
Un templo erigirás, donde alabanza
Me rindan los humanos. Diligente
Pondrás mi Augusta Imágen sobre el ara
En esta inmóvil, celestial Columna,
Por mano de los ángeles trazada.
La virtud del Altísimo por ella
Portentos obrará que á la comarca
Y al orbe todo asombren. De las gentes,
De los hijos del Ebro la esperanza,
El refugio seré. Nadie en sus cuitas
Vendrá á pedirme proteccion y gracia
Que mi favor no alcance, si sus culpas,
Sus negras culpas compungido lava.
Cual símbolo de amor, estas regiones
Perenne guardarán la sacrosanta
Memoria que les dejo. Y mientras viva
Su lumbre tenga el sol, mientras su marcha
Los astros no interrumpan, y la tierra
No ruede en el abismo desquiciada,
Jamás aquí los venideros siglos
Verán desvanecer la fé cristiana.»
  Dijo: y volviendo á remontar los aires,

De la escolta celeste acompañada,
Tornó á Jerusalen con raudo vuelo
Que á la flecha, al relámpago aventaja.
Volvió á correr el sonoroso rio
Que en su cáuce paró mientras hablaba,
Y á su modo el prodigio encarecia
Rodando alegre por las verdes algas.
Y cual suele tal vez en noche oscura,
Si de pronto salimos de una estancia
Que radiantes mil luces iluminan,
Ofuscarse la vista perturbada,
Y en tinieblas doquier todo sumido
Aparece en redor, hasta que pasa
La impresion violenta que los ojos
De súbito cegó; tal se esforzaban
Los nuestros por buscar entre las sombras
Algun vestigio de la luz plateada
Que en su marcha triunfal la blanca luna
Repartia por llanos y montañas.
»Pasó la turbacion, calmó el asombro,
Y entónces percibimos en la grama
Desierto el pedestal donde María
Su excelsa Imágen colocar me manda.
Cual huérfano infeliz que en su quebranto
La madre en quien ayer se deleitaba
Mísero invoca con dolor acerbo,
Y mil veces y mil triste la llama,
Y el eco en torno percibir espera
De la voz cariñosa que alegraba
Su amante corazon; si de improviso

Descubre entre las prendas heredadas
El anillo, el collar, el fiel retrato
De aquella que adoró, tiernas palabras
Consagra á su memoria, y conmovido
Cien ósculos de amor en él estampa;
Así, cuando mis ojos de María
Descubrieron la prenda sacrosanta,
Libre el llanto rodó, llanto abundoso
Que el cariño filial les arrancaba.
Lleno de gozo el inflamado pecho,
Fervorosos afectos le consagra
Mi lábio agradecido; y á Celina,
La fiel Celina, confié la santa
Custodia del Pilar, mientras los muros
Logramos erigir del nuevo Alcázar,
Asilo del dolor, puerto bendito,
Manantial de salud y de esperanza.
Tal es la grande, la sublime historia
Que anhelábais saber: sus circunstancias,
Sus bellos pormenores..... hijos mios,
Cien lenguas juntas á contar no bastan.
»¡Alégrate, corriente cristalina,
Que en el límpido espejo de tus aguas
Mereciste copiar la bella Imágen
De la Madre de Dios inmaculada!
¡Regocíjate, o huerto venturoso!
Las flores que tus calles engalanan
Mil veces su valor hoy centuplican
Por su aliento divino perfumadas.
Y tú, Natalio, tú, tú que la gloria

Consigues de asentar sobre tu casa
La torre de marfil, que inexpugnable
Las fieras huestes de Satán quebranta,
Consuélate tambien, salta de gozo,
Y homenaje de amor rinde á la casta
Doncella de Judea, cuyo seno
Sirvió de trono al que en los orbes manda.
Su lábio ha prometido que en Augusta
Perenne vivirá la fé cristiana,
Cimentada en la Cruz, y por su boca
Todo un Dios, hijos mios, es quien habla.
Y antes el Ebro los risueños campos
De Andújar bañará, y estas comarcas
Al umbrífero Bétis por sus vegas
Darán un dia generosa entrada;
Del Cáucaso antes las heladas cimas,
Y del cano Pirene las montañas
Lucido traje vestirán de flores,
Conjurando la nieve y las escarchas;
Y antes al sol de su imperial carroza
Veráse descender, y en la más alta
Region del firmamento, oscurecida,
La luna rodará, que la palabra
Faltar pueda de Dios, verdad eterna,
En quien toda verdad vive y descansa.»

Calló el Apóstol: y los tres oyentes,
Que mudos su relato devoraban,
Cual de un afecto superior heridos,
Prosternados cayeron á sus plantas.

«Mil veces, y otras mil bendita sea
(Natalio entónces conmovido exclama)
La Madre de mi Dios, la casta Vírgen,
Que honrar se digna mis añosas canas.

»Suyos mis campos son, suyo mi huerto,
Mi viña y mis olivos, mi labranza,
Y mi choza, y mis prados, y mis hijos,
Y mi vida, y mi amor, y toda mi alma.

»Alza del suelo, anciano generoso;
Ven y reposa tras fatigas tantas
Bajo este humilde techo que á María
Con tierna gratitud mi fé consagra.»

Dice: y apoya la callosa mano
Del robusto Prudencio en las espaldas,
En tanto que Jonás del Galileo,
Precediendo á los dos, guia la planta.

Y tomando una senda que entre flores
Conduce á la alquería solitaria,
Traspasan el umbral, donde rendidos
El dulce sueño bienhechor aguardan.

Melodiosos cantares entonaron
Las Náyades del rio alborozadas,
Despertó el ruiseñor, trinó el jilguero,
Rodó la brisa por las verdes ramas

Cargada de perfumes; y juntando
Sus armónicas voces concertadas,
Gloria dieron al Dios Omnipotente
Que el ameno confin santificaba.

V.

LA PLEGARIA DE LA TARDE.

EPÍLOGO.

Pasaron doce lustros: es la hora
En que el sol acercándose al ocaso,
Las altas cumbres de los montes dora,
Que sus sombras dilatan por el raso;
Y una anciana, del Ebro habitadora,
Trémula lleva el vacilante paso
De un templo al interior, do se veia
Sobre un Pilar la imágen de María.
Celina era su nombre: llega al ara,
Y á la Madre de Dios sus manos tiende,
Cual inerme paloma que se ampara
Del árbol protector que la defiende.
La llama de la fé brilla en su cara,
Llama que el soplo del amor enciende,
Y á la Vírgen así la anciana ruega
Con voz humilde que al Empíreo llega:

«¡Mil veces, mil, bendita
Sea la hora
En que al Ebro llegaste,
Reina y Señora!
Mil veces, mil, bendito
Sea el instante,
Que admiró la belleza
De tu semblante,
Consuelo y vida
De su fértil y umbrosa
Márgen florida!

»Por querer del alto Cielo
Tú á los hijos de este suelo,
Gozo dando á sus riberas,
Te dignaste visitar;
Tu morada aquí pusiste,
Dulce asilo donde el triste
Busca alivio á sus dolores,
Vírgen santa del Pilar.

»Nunca en vano á ti, Señora,
Llega el mísero que llora,
Ni se aleja sin consuelo
De las gradas de tu altar;
No desoigas el gemido
De tu fiel pueblo escogido,
No deseches su plegaria,
Vírgen santa del Pilar.

»Tú eres faro que radiante
Guia al pobre caminante,
Tú el lucero matutino,
Tú la estrella de la mar;
Iris bello de esperanza,
Fausto signo de bonanza
Tras la noche tormentosa,
Vírgen santa del Pilar.

»Rosas brotan de tu huella;
Déjame que estampe en ella
Suaves ósculos que el alma
Quiere allí depositar;
Haz que cante noche y dia
Tu pureza, Madre mia,
Tus hechizos celestiales,
Vírgen santa del Pilar.

»De ti copian sus colores
Del pintado Abril las flores,
De tu aliento sú perfume
Toma el lirio y azahar;
Tu divina voz remeda
Con su arrullo en la arboleda
La inocente tortolilla,
Vírgen santa del Pilar.

»Tu beldad de gracia llena
Se retrata en la azucena,
Tu dulzura en los panales
Del fecundo colmenar;

Tu bondad en la corriente
Cristalina de la fuente,
Tu candor en la paloma,
Vírgen santa del Pilar.

»Del azul pabellon santo
Cortó Dios tu régio manto,
Del sol hizo tu ropaje,
De luceros tu collar;
Sobre el génio alado te alzas,
De la luna tus piés calzas,
Y los cielos son tu alfombra,
Vírgen santa del Pilar.

»Rica fuente de la vida,
Sola tú del alma herida,
Si de angustia desfallece,
La sed puedes mitigar;
Haz que broten los raudales
De las gracias celestiales
Que á tu ruego se franquean,
Vírgen santa del Pilar.

»Cuando puesta en la agonía
Libre quiera el alma mia
De la cárcel donde gime
Las prisiones desatar;
En aquel supremo trance
Tu favor divino alcance,
Y en tu casto seno pose,
Vírgen santa del Pilar.

»¡Mil veces, mil, bendita
Sea la hora
En que al Ebro llegaste,
Reina y Señora!
¡Mil veces, mil, bendito
Sea el instante
Que admiró la belleza
De tu semblante,
Consuelo y vida
De su fértil y umbrosa
Márgen florida!»

Dice: y adora la Columna santa,
Que un dia y otro con placer visita,
Y á darle un fiel criado se adelanta
El apoyo que tanto necesita:
Con él dirige la insegura planta
Por la márgen del Ebro á la casita,
Su vivienda feliz, cuyos umbrales
Defiende añoso grupo de nogales.

APÉNDICE.

TRADUCCION DE LOS DOS PRIMEROS LIBROS

DE

LA ENEIDA,

DE P. VIRGILIO MARON. (1)

LIBRO I.

Yo que un dia entoné dulces canciones
De rústica zampoña al fácil eco,
Y alejado despues de las florestas
Forcé al campo vecino con mis versos,
Delicia del colono á que fecundo
Premiara con usura sus esfuerzos,

De Marte ahora las horrendas armas
Y de aquel gran varon canto los hechos
Que arrancado de Troya al negro influjo
De su estrella fatal, llegó el primero
Á la Italia y riberas de Lavinio.
Por tierra y mar, juguete largo tiempo
Del poder de los dioses, implacable
Siguióle Juno con tenaz empeño.
Desastres mil en las marciales lides
Sufrió tambien, hasta fundar un pueblo

---

(1) Véase el Prólogo, párrafos 7, 8 y 9.

Y sus deidades imponer al Lacio.
Allí su orígen los Latinos vieron;
De allí los nobles Senadores de Alba;
De allí tambien los que de muros luégo
Cercar debian á la altiva Roma.
Recuérdame las causas de sucesos,
O musa, tan extraños. ¿Cuál ultraje
Los númenes persiguen? Ó ¿qué ciego
Rencor mueve á la Reina del Olimpo
Que tanta adversidad, trances tan fieros
Depara á un hombre de piedad insigne?
¿Tal ira cabe en celestiales pechos?

Al frente de la Italia, de aquel sitio
Donde el Tiber desagua en el Tirreno,
Más allá de los mares, se elevaba
Una antigua ciudad, que poseyeron
Los colonos de Tiro. Era su nombre
Cartago: opulentísima, de génio
Belicoso. Entre todos los países
De Juno, dicen, fué el más predilecto,
Más que Samos: allí tuvo sus armas,
Su carro allí tambien: ya darle el cetro
Del mundo todo meditó la diosa,
Si el destino fatal á sus deseos
Obstáculo no pone. Mas ha oido
Que de sangre troyana descendiendo,
Se aguardaba una raza que las torres
De Tiro arrasaria, y allí un pueblo
Habia de nacer, ruina de Libia,

Marcial dominador del universo;
Que así las Parcas la inmutable trama
Tejido habian. Tan fatal decreto
Sobresalta á la hija de Saturno;
Considera la guerra que otro tiempo
Por sus caros Argivos la primera
Sostuvo contra Troya: los recuerdos
De su acerbo dolor, la triste causa
De su encono y sus iras aún no han muerto,
En su memoria viven: hondamente
Grabada tiene en su abrasado pecho
La sentencia de Páris, la injusticia
Que su belleza puso en menosprecio,
La sangre aborrecida de Dardáno,
Y el sumo honor de arrebatar al Cielo
Al jóven Ganimédes. Inflamada
Con tanto ultraje, á los troyanos, restos
Que al furor implacable de un Aquiles
Pudieron escapar, y de los griegos,
Alejaba del Lacio, largos años
Llevándolos juguete de los vientos
De un mar en otro mar: ¡tan árdua empresa
Trazar la planta del romano imperio!....

Apenas á la vista de Sicilia
Gozosos á la vela vánse haciendo,
Y á hender comienzan las ferradas popas
La cana espuma del salobre piélago,
Cuando desta manera á solas Juno
Consigo habló, del ulcerado pecho

Viva sintiendo la inmortal herida:
«Yo darme por vencida?
Y á mis designios renunciar? ¿y en vano
Querer lanzar de Italia al rey troyano?
¡Terrible cosa fuera
Que el adverso destino lo impidiera!
Poder tuvo bastante
Para ver consumida con sus fuegos
La altiva Palas en el mar bramante
La flota de los griegos,
Y en el inmenso Ponto
Sumergir sus cadáveres de pronto:
¿Y por qué? Por la culpa de uno sólo,
De Ayaces Oiléo! Pudo al polo
Subir, y el vengador temible rayo
De Júpiter vibrar, y por doquiera
Las naos esparciendo
Lanzar el huracan á la mar fiera!
En su furor tremendo
Verter llamas el pecho del culpable,
Vengada al fin, ver pudo,
Que herido y palpitante á morir vino
Contra un escollo agudo
Arrastrado en furioso torbellino!
¿Y yo que de los dioses soberana
Y á un tiempo del gran Jove
La esposa soy y hermana,
Con una sola gente
Tantos años luchar inútilmente?
¿Podrá mortal alguno

Que tanta humillacion en mí comprenda
Honrar de hoy más á Juno
Ni llevar á sus aras rica ofrenda?»

En su inflamado corazon la diosa
Cien veces renovando estos afectos,
A Eólia parte, donde el Áustro habita
Y el furioso Huracan tiene su asiento.
En un antro profundo el rey Eólo
Allí amarrados tiene en duro encierro
Las tormentas, los vientos luchadores,
Que ruidosos bramando, con estruendo
Del monte todo, en su furor intentan
Las cárceles forzar do gimen presos.
Ocupa Eólo de la altiva peña
El régio alcázar empuñando el cetro,
Y los ánimos calma, y de sus iras
Potente enfrena el riguroso efecto;
Que de no hacerlo así, la mar, la tierra,
Y la bóveda inmensa de los cielos
Á través del espacio arrastrarian
Desquiciada á su empuje violento.
Su soplo destructor previendo Jove
El padre omnipotente, prisioneros
Sumergiólos en lóbregas cavernas,
Y encima puso el formidable peso
De altísimas montañas; y un rey sábio
Les dió tambien, que á su mandato atento,
Por ley constante su rigor templara
Ó diese rienda á su furor soberbio.

Sus pasos á tal rey Juno encamina,
Y con humilde suplicante acento
Así le dice: «Eólo,
De los dioses el padre soberano,
El rey supremo del linaje humano,
Calmar te dió á ti sólo
Las olas turbulentas,
Ó excitar las borrascas y tormentas!
Un pueblo mi enemigo
Las ondas del Tirreno surca ahora;
La Ilion lleva consigo
Con rumbo para Italia, y los Penates
Vencidos que él adora.
Llegado es el momento,
Gran rey, de que desates
Un viento y otro viento;
Sepulta en el abismo sus bajeles,
Y sus yertos despojos cubran pronto
Dispersos por doquier, el ancho Ponto.
Catorce ninfas bellas
De gentil continente yo poseo:
La más hermosa entre ellas
Destino á tu himeneo.
Deyopéya es su nombre; esposa amante,
De tu servicio en premio,
Contigo quiero viva en adelante,
Y que en dulces perennes regocijos
Te haga padre feliz de hermosos hijos.
—A ti el mandar, oh reina, corresponde,
A mí, contesta Eólo,

Tus órdenes cumplir incumbe sólo.
Por ti del pobre reino que aquí mando
El cetro augusto llevo,
Por ti el favor de Jove estoy gozando,
Por ti en la mesa de los dioses bebo
La ambrosía y el néctar regalados,
Y en fin, por tus bondades
Se extiende mi poder á los nublados
Y obedecen mi voz las tempestades.....»

Así diciendo, el monte cavernoso
Empuja á un lado de su augusto cetro
Inclinada la punta; y cual cohorte
Ordenada de súbito, los vientos
Silbando corren á distantes zonas,
Por do hallaron el flanco descubierto.
El Euro, el Noto, el Ábrego, de horrendas
Borrascas precursor, á un mismo tiempo
Se arrojan sobre el mar, y enormes olas,
Sus profundos abismos revolviendo,
Arrastran á la orilla. Ya las járcias
Comienzan á gemir; los marineros
Dan gritos de pavor, cesa de pronto
La luz del dia, y el nublado cielo
Desparece á los ojos del Troyano.
Sus alas tiende por el Ponto inmenso
La negra noche. Su hórrido estampido
Oir de polo á polo deja el trueno;
Relámpagos sin fin el ancho espacio
Brillantes cruzan con fulgor siniestro,

Y una próxima muerte á los marinos
Doquier les amenaza con su espectro.
Glacial temblor del afligido Eneas
Embarga entónces los helados miembros,
Arroja un grito de dolor, y exclama
Entrambas manos levantando al cielo:

«¡Mil veces, mil, dichosos
Los que al pié de los muros valerosos
De Ilion, á la faz de vuestros padres,
Tuvisteis ¡ay! la suerte
De encontrar peleando honrosa muerte!
¡O hijo de Tidéo,
De los Dánaos todos el más bravo!
¿Que no haya yo podido
En los campos de Troya hallar al cabo
Mi triste fin!.... ¿Que no hubiera rendido
La vida desdichada
Al rudo golpe de tu diestra airada
Allí do el gran Hector cayó valiente
Al hierro de un Aquiles, donde yace
Sarpedon el marcial, do la corriente
Del Símois revueltos chocar hace
Los arneses, los cascos, los aceros
Y el despojo mortal de cien guerreros!....»

Así se lamentaba cuando al punto
Se arroja bramador y violento
De frente el Aquilon sobre la lona,
Y levanta las olas hasta el cielo.

Los remos se hacen piezas, y la popa
Torciéndose de pronto, descubierto
Presenta el flanco al agua, que se encrespa
Cual un tajado monte gigantesco.
Colgados de su cima están los unos;
Á través de las olas ven el suelo
Del abismo entreabierto ya los otros....
La arena hierve bajo el mar revuelto.
Contra unas rocas que á la flor del agua
La cima asoman como el dorso inmenso
De mónstruo oculto, cuya enorme masa
Altares llama el Italiano pueblo,
Tres bajeles estrella el fiero Noto;
Otros tres de alta mar arranca el Euro,
Y á las peñas y sirtes los arroja
Y en los bancos de arena ¡cuadro horrendo!
Los deja aprisionados. Á sus ojos
De proa á popa con furor soberbio
La nave barre, donde van los Licios
Y Orontes el leal, un monte entero
De entumecidas aguas. De cabeza
Cae al mar, arrancado de su puesto
El mísero piloto: por tres veces
En torno gira el combatido leño
Sin moverse de un punto, y de improviso
Allí le absorbe el remolino fiero.
Envueltos por las olas, unos pocos
Aquí y allí por el abismo inmenso
Aparecen nadando: por las aguas
La armadura se ve de los guerreros,

Los tesoros de Ilion, y los despojos
De las deshechas naos. De Ilionéo
Ya el sólido bajel á la borrasca
Rendido cede, y el que monta el viejo
Alétes en persona, y el de Ábas,
Y el de Acátes, sin par en el denuedo;
Ábrense las junturas, cruje el casco,
Y da entrada al mortífero elemento.

Entanto, siente Neptuno
Aquel tumultuoso ruido
Con que la cruda tormenta
El mar revuelve hasta el profundo abismo.

Su majestuosa cabeza,
Hondamente conmovido,
Por encima de las aguas
Levantó registrando aquellos sitios.

Dispersa mira la flota
De Eneas, y en gran peligro
Aquí y allí los troyanos,
Que cielo y mar acosan vengativos.

Sabe de Juno su hermana
La cólera y artificios,
Y á su presencia llamando
Al Zéfiro y al Euro, así les dijo:

«¿Tan vanos y orgullosos
Por vuestra noble alcurnia estais, o vientos,
Que osásteis tumultuosos,

Contra mi autoridad los elementos
Turbar con tal desórden? ¡Ah! yo os juro....
Mas antes debo mitigar la furia
Del mar airado: sí, castigo duro,
Ejemplar, sin igual, tamaña injuria
En mí tendrá despues. Luégo, al instante,
Huid de aquí; y á vuestro rey decidle,
Que el temible tridente,
Que el dominio del piélago sonante
No á él, á mí me cupo antiguamente.
Su imperio está en las rocas escarpadas,
Aquellas, Euro, son vuestras moradas:
En esa corte puede hacer Eólo
De su grandeza alarde;
Á los vientos su ley imponga sólo,
Y en oscura prision allí los guarde.»

Dice el Dios: y en ménos tiempo
Del empleado en decirlo
Templa el mar, barre las nubes,
Y el sol vuelve á lucir con nuevo brillo.

Cimotóe al mismo tiempo,
De Triton con el auxilio,
Desenclava los bajeles
Que en un agudo escollo estaban fijos.

Él con su propio tridente
Los levanta, y del abismo
Por entre las vastas sirtes
Paso libre les deja y sin peligro.

Templa del mar la bravura,
Y en su carro conducido,
Por encima de las aguas
Deslizándose va con raudo giro.

Y así como en un gran pueblo,
Cuando tal vez suena el grito
De tumulto sedicioso,
El vulgo innoble de feroz instinto

Ya de la tea incendiaria
Agita el siniestro brillo,
Ya lanza piedras al alto,
Armándole doquier su furor mismo;

Y entónces si por fortuna
Un varon de gran prestigio
Por su piedad y virtudes
De repente aparece en aquel sitio,

Enmudecen y le escuchan
Con dócil y atento oido,
Y las iras desarmando,
Los ánimos subyuga con sus dichos;

Así del piélago todo
Cesó el estruendoso ruido,
Cuando el padre de los mares
Echando una mirada á sus dominios,

Las riendas de sus corceles
Sábio rige por sí mismo,
Y en su disparado carro
El ancho espacio mide fugitivo.

Las ménos lejanas costas
Ganar quieren ya rendidos
Los Troyanos, y enderezan
Á las Líbicas playas sus navíos.

Tienen allí los pilotos
Desahogado un retiro,
Do natural puerto forman
De una isla los brazos extendidos.

En ellos rompen las olas
Que vienen del mar bravío,
Tendiéndose en dos ramales
Que circuyen la tierra en manso giro.

Enormes rocas presenta
De un lado y otro aquel sitio,
Y dos gemelos peñascos
Amenazan al cielo con sus picos.

Bajo su cima los mares
Doquiera duermen tranquilos,
Mientras de ramas frondosas
Que oscilan con el viento fugitivo,

Un bosque aparece arriba
Tan pavoroso y umbrío,
Que á la luz priva la entrada
Con su negro espesor en el recinto.

De frente, en el lado opuesto,
Por entre los suspendidos
Peñascos se ve una gruta
Que guarda adentro surtidores ricos

De agua dulce, con asientos
Naturales en el vivo
Peñascal, donde las Ninfas
Fijaron su secreto domicilio.

Los averiados bajeles
Allí amarrar no es preciso,
Ni el corvo diente del ancla
Con ellos ejerció su duro oficio.

En esta bahía Eneas
Entra por fin, reunidos
Siete buques, pobre resto
De aquella armada que llevó consigo.

Desembarcan los Troyanos
Ardiendo en deseo vivo
De tocar la tierra, y toman
Posesion de la playa con ahinco.

Á lo largo de la costa
Van echándose transidos
Del mareo, mientra Acates
Un duro pedernal hiriendo, hizo

Saltar oculta centella
Que recibe precavido
En hojas secas, juntando
Combustibles materias en circuito.

Brota del fondo la llama,
Y aunque de sufrir rendidos,
Aprestan los instrumentos
Del alma Céres, y el mareado trigo.

Y aquel fruto que por dicha
Perdonó el naufragio impío
Resuelven moler con piedras
Tostándolo primero á fuego vivo.

Eneas entretanto, de una roca
Trepando hasta la cima,
Pasea sus miradas por los mares,
Por ver si se aproxima,
Del fiero temporal tras los azares,
La galera de Capis, la de Anteo,
Alguna de las Frigias, ó si alcanza
De Cáico en su deseo,
Á ver el pabellon en lontananza.
Ni una vela parece; mas observa
Que errantes por la costa dilatada
Tres ciervos se descubren; de reserva
Siguiéndolos va en pos larga manada,
Paciendo aquí y allí la verde yerba.
De súbito se para;
El arco y las saetas voladoras
De su leal Acates con presteza
Por sí mismo prepara:
Alta llevan los guias la cabeza
De sus cuernos las ramas ostentando;
Apunta y al momento
En tierra los derriba sin aliento.
Despues contra la tropa numerosa
Que huyendo va del bosque á los retiros
Por la floresta umbrosa

Doquier dirige sus certeros tiros;
Y no deja su empeño
El bravo vencedor, hasta ser dueño
De siete grandes ciervos derribados
Que el número es de buques recobrados.
Tornóse luego al puerto,
Y allí distribuida les entrega
La caza que hubo muerto:
Tras esto, presuroso
Tomó de la bodega
Un vino y otro vino,
Que al partir de Sicilia, bondadoso
Alceste les mandó para el camino
En pipas regaladas;
Y al partirlo á sus dignos camaradas
Con sentidas razones
Ensancha sus ahogados corazones,
Y exclama: «Compañeros,
No es nuevo entre vosotros el sufrir,
Más duros infortunios
Probásteis ya que el soportado aquí....
Tambien al mal presente
Querrá algun Dios propicio poner fin.
De la rabiosa Escila
Ya el furor conoceis cuantos me oís,
Y de uno y otro escollo
El latente interior fiero rugir.
Cruzásteis las cavernas
Del temible Ciclópeo confin;
No más, no más tristeza,

Vuelva al pecho el aliento varonil:
Quizá grato algun dia
Será el recuerdo de lo que hoy sufrís.
Tras mil vicisitudes,
Marchando vamos, y tras pruebas mil,
Al Lacio, do el destino
Mansion segura nos depara, sí.
Allá el Troyano imperio
Veremos algun dia revivir....
Valor, amigos mios,
Guardaos para tiempo más feliz.»

Dice: y de oculta pesadumbre lleno,
Aunque mienten sus ojos la esperanza,
Un profundo dolor guarda en su seno.
La gente sin tardanza
Sus túnicas alzando,
Al próximo banquete ya se apresta:
Los unos van las reses desollando;
La carne ya desnuda
Los otros despedazan á porfía,
Y en una estaca aguda
Palpitante la clavan todavía.
Calderas grandes por las playas luégo
Aquí y allí los otros distribuyen,
Cuidando vivo mantener el fuego.
Los manjares despues, les restituyen
Las fuerzas desmayadas;
Y tendiéndose al fin por la pradera,
De vino añejo á su placer se sácian,

Y pingüe carne de tostada fiera.
Despues que el hambre satisfecho hubieron,
Los platos levantados,
Fluctuando entre el temor y la esperanza
Recíprocos coloquios mantuvieron
Sobre sus compañeros desdichados.
No saben si creerlos en bonanza,
Ó en el último extremo colocados,
Sin que nadie llamándolos consiga
Que puedan oir ya su voz amiga.
Eneas, sobre todo, ya de Amico
El triste caso enternecido llora,
Y del valiente Orontes; ya de Lico
El cruel destino en su interior deplora,
Ya, en fin, la suerte impía
De su bravo Cloanto y sin par Gia.

En fin, mirando Jove
Desde su trono excelso
Los navegables mares,
Las costas y los pueblos
Que yacen esparcidos
Por todo el universo,
Paróse pensativo
En lo alto de los cielos,
Y sus divinos ojos
De allí fijó en los reinos
De Libia. Los destinos
Del mundo en este tiempo
Su espíritu ocupaban,

Cuando hé aquí que Vénus
Sus claros bellos ojos
En lágrimas deshechos,
Se acerca desolada,
Y le habla en tales términos:
«¡Oh tú que á los humanos,
Y dioses con eternos
Decretos los gobiernas,
Y abates con el fuego
De tu vengador rayo!
¿De qué crímen horrendo
Acusas á mi Eneas?
Los Troas ¿qué te hicieron?
¿Por qué razon de Italia
Les cierras los senderos
Por todos los países
Que abarca el universo,
Después que les deparas
Desastres tan funestos?
Un dia prometiste,
Lo sé, que andando el tiempo,
Saldrian los Romanos
De entre ellos, sí, de entre ellos,
Cobrando nueva vida
La raza del gran Teucro,
Marchando á la cabeza
De todos los imperios,
Señores absolutos
Del mar y el orbe entero.
¿Por qué, pues, Padre mio,

Mudaste tus decretos?
¡Ay triste! esa esperanza
Me daba algun consuelo
Al recordar de Troya
La ruina y vencimiento,
Á la contraria suerte
La próspera oponiendo.
Mas veo que persigue
El mismo caso adverso
De entónces á los héroes
Que ya tanto sufrieron.
¿Cuál término á sus males
Deparas, rey supremo?
Un dia Antenor pudo
Huir de entre los griegos,
El golfo de la Iliria
Pasar, correr sin riesgo
A la nacion Liburna
Llegando hasta su centro,
Saltar despues del Tímavo
El manantial soberbio
Que cae por nueve bocas
Con pavoroso estruendo
De toda la montaña,
Y el campo inunda fiero
Con sus rugientes ondas
Cual desatado piélago;
Y allí, á pesar de todo,
Fundó el Paduano pueblo
Su nombre y domicilio

Seguro dió á los Teucros,
Y en fin, de Ilion las armas
En su naciente imperio
Logró fijar do agora
Con plácido sosiego
Feliz reina; ¿y nosotros,
Tus hijos predilectos,
Á quienes el alcázar
Prometes de los cielos,
Perdidos nuestros buques,
¡Indigna tal recuerdo!
Por una sola diosa,
Por su rencor eterno,
Á nuestras esperanzas
Así renunciaremos
Errantes y de Italia
Llevados siempre léjos?
De tanta piedad, ¿ese
Vendria á ser el premio?
¿Así nos restituyes
El prometido imperio?»

El padre de los dioses y los hombres
Sonrie dulcemente
Con aquella sonrisa majestuosa
Que calma omnipotente
Del cielo y mar la furia borrascosa;
Y acercando los lábios á la frente
De su graciosa hija,
Un ósculo de amor en ella fija.

«Ten confianza, le dice:
Nada temas, Citerea,
Que el destino de los tuyos
Nadie habrá que mudar pueda.
Tú la ciudad de Labinio
Verás alzarse, y con ella
Sus prometidas murallas:
Por ti el magnánimo Eneas
Subirá del alto Olimpo
Á las regiones excelsas.
Mi decreto es inmutable;
Pero veo que te inquieta
Su porvenir: por lo tanto
Voy á descorrer la venda
Que sus destinos oculta.
Hará en Italia una guerra
Formidable ese tu hijo:
Domará Naciones fieras
Dándoles pueblos y leyes;
Y hasta que pasados sean
Tres estíos, tres inviernos
Cabales, desque someta
Los Rútulos, en el Lacio
Verásle reinar sobre ellas.
El jóven Ascanio que hora
El nombre de *Julo* lleva
(Bien conocido por *Ilo*
Antes que Troya cayera.)
Se ceñirá de su padre
La misma rëal diadema

Hasta que por treinta veces
Recorrer los años, vean
El círculo de los dias:
Tras esto la córte régia
Á la ciudad de Alba Longa
Llevará el hijo de Eneas
Desde el Lacio, y las murallas
Levantará con mil penas.
Reinar por trescientos años
La raza de Hector en ella
Verá el mundo, hasta que Ilia
Vestal noble en cuyas venas
Circula sangre de reyes,
Fecundado el seno tenga
Por Marte, y de dos gemelos
Al cabo la madre sea.
El jóven Rómulo á poco
Con la piel amarillenta
De una loba, su nodriza,
Engalanado, en herencia
Tendrá el reino de Alba Longa;
Allí una ciudad guerrera
Fundará, dando su nombre
Á los Romanos. Eterna,
Por mi querer, aquel pueblo
La dominacion suprema
Obtendrá: no fijo límites
Á su poder y grandeza.
Hasta la implacable Juno
Que hoy el cielo, el mar y tierra

Fatiga por sus temores,
Propicia al fin sus ideas
Modificará, y conmigo
De su proteccion mil pruebas
Dará un dia á los Romanos,
Togada nacion ya dueña
Del orbe todo: lo he dicho
Y mi voluntad es esa.
Irán corriendo los años
Y vendrá al cabo una época,
En la cual subyugue á Ptias
Y á la famosa Micenas
La progenie de Asaráco,
De Argos vencida ya dueña.
De aquella Troyana raza
Saldrá el noble Julio César
Que de Julo el claro nombre
Vendrá á tener en herencia.
Extenderá sus dominios
Hasta las mismas riberas
Del océano, y su gloria
Subirá hasta las estrellas.
Tú propia, sí, tú en el cielo,
Ya de inquietudes exenta,
Le recibirás un dia
Cargado con rica presa
De los pueblos del Oriente,
Y le invocará la tierra
Como un Dios en sus plegarias.
Suavizada la fiereza

De los humanos, entónces
Cesarán las crudas guerras.
Remo y su hermano Quirino,
El antiguo Honor y Vesta
Darán leyes á los pueblos,
Y sus formidables puertas
Cerrará el templo de Jano
Con invencibles barreras
De hierro. El furor impío
Sobre las armas funestas
Sentado adentro, las manos
Amarradas y sujetas
Á la espalda con cien nudos
De bronce, con rábia fiera
Bramará allí, de su boca
Vertiendo espuma sangrienta.»

Dice: y al punto desde el alto cielo
Envió al hijo de Maya
De la nueva Cartago á las riberas,
Con órden de que vaya
Un asilo á los Teucros preparando;
No los haga salir de las fronteras
Tal vez la reina Dido
Sus futuros destinos ignorando.
Por los anchos espacios se dispara
Sobre sus mismas alas conducido,
De súbito se para
En las costas de Libia, y al momento
Da al mandato de Jove cumplimiento.

Inspirados por él, de su fiereza
Los Penos se despojan; más humanos
Sentimientos pacíficos empieza
La reina sobre todo
Á mostrar en favor de los Troyanos.

Zozobrosa inquietud aleja el sueño
De los ojos de Eneas por la noche.
Cuando irrádie la luz del almo dia,
Ha resuelto salir con noble empeño.
Por sí reconocer al punto ansía
Cuál es la condicion de los lugares
Que no ha podido ver desde su arribo;
Ignora todavía
En qué costas se encuentra, y en qué mares,
Y si aquellas riberas
Donde no vé señales de cultivo,
Morada son del hombre, ó de las fieras.
De sus descubrimientos
Dar cuenta á los amigos se propone:
Su escuadra previsor luégo coloca
Al abrigo del mar y de los vientos
En el cóncavo espacio de una roca
Que entre lúgubres sombras escondida
La tiene el bosque de que está circuida.
Con solo Acates la excursion propuesta
Emprende al fin. Su mano va blandiendo
Dos astiles de hierro prolongado;
Mas ved aquí que en medio la floresta
De súbito su madre apareciendo

Se deja ver al lado:
En sus armas, ropaje y continente
Seméjase á una vírgen Espartana:
Creyérase al mirarla de repente
Ver en ella á la Harpálice Traciana
Que rápida supera,
Los briosos corceles fatigando,
Al Euro volador en la carrera.
El hábil arco lleva suspendido
Cual una cazadora, de la espalda,
El lustroso cabello cae tendido,
Jugando con las brisas, y la falda
No cubre la rodilla, por delante,
Sujetos con un broche
Los pliegues de su túnica flotante:

Ella entónces la primera
En estos términos habla:
«Hola, jóvenes, decidme,
¿Habeis visto extraviada
Tal vez por estos senderos
Alguna de mis hermanas
Con un carcaj y ceñida
De un lince la piel pintada?
Tras un javalí espumoso
Vísteis si acaso gritaba
Estrechándole en su fuga?»
Dice: y con tales palabras
Contesta al punto su hijo:
«Ninguna de tus hermanas

Oido ni visto habemos....
¡O Vírgen! quién eres? habla,
Porque ni es mortal tu rostro
Ni esa tu voz es humana.
Tú debes ser una diosa!
¿Diana tal vez? ó tu raza,
Es la raza de las ninfas
Que pueblan estas montañas?
¡Ah! quienquiera que tú seas,
Alivia nuestras desgracias,
Y dínos propicia, en dónde,
Bajo qué cielo, en qué extrañas
Regiones del orbe estamos.
Sin conocer la comarca
Ni las gentes que la habitan,
Vagamos, contra esas playas
Arrojados por los vientos
Y las furiosas borrascas.
Cien víctimas nuestra mano
Sacrificará en tus aras.
—Tal honor, repuso Vénus,
Ciertamente no me cuadra:
Calzar el alto coturno
De púrpura, usar aljaba,
De las doncellas de Tiro
Es la costumbre ordinaria.
El reino Púnico es este
Que ven tus ojos, te hallas
Entre Tirios, en el pueblo
De Agenor: esas comarcas

Fronterizas son la Libia
Gente indomable en las armas.
Dido gobierna este imperio,
Quien por huir de la saña
De un hermano, dejó á Tiro.
De sus desdichas muy larga
Es la historia, y los diversos
Pormenores que la enlazan;
De los hechos capitales
Diré no más la sustancia.
Era esposa de Siqueo,
El más rico que contaba
En rurales posesiones
La Fenicia, á quien el alma
Perdida de amor rindiera
La doncella desdichada.
Aún vírgen, el rey su padre
De Himeneo ante las aras
La unió con él: vez primera
Que bajo el auspicio se halla
De aquel númen. Mas de Tiro
El régio cetro empuñaba
Su hermano Pigmaleon
Á quien ninguno aventaja
En la maldad. ¡Ah! bien pronto
Furioso rencor estalla
Entre los dos. El impío,
Á quien ciega la viva ánsia
Del oro, el puñal aleve
Sobre Siqueo descarga

Y al pié del altar su seno
Sorprendiéndole, traspasa,
Sin pensar que en sus amores
Hiere á la vez á su hermana.
Largo tiempo ocultó el crímen
Y el bárbaro con mil fábulas
Burló de la triste amante
Las risueñas esperanzas.
Mas ved aquí que en un sueño
Se ofrece la sombra pálida
Del insepulto cadáver
Á sus ojos. Se adelanta,
Y alzando el rostro, inefable
Pavura en él se retrata.
El altar del homicidio
Donde cayó le señala
Descubre el pecho cosido
Por el acero, y aclara
El tenebroso atentado
Que se perpetró en su casa.
Despues le aconseja que huya
Presurosa de su patria;
Y para auxilio del viaje
El sitio á la vez le marca
Donde hay ocultos tesoros
Que de lo antiguo se guardan
Bajo tierra, fabulosas
Cantidades de oro y plata.
Dido con tales visiones
Profundamente agitada,

Dispone al punto una flota
Y compañeros que vayan
Con ella al destierro. Todos
Cuantos al tirano odiaban
Ó su crueldad temian,
Resuelven acompañarla.
Se apodera de las naves
Que por ventura aprestadas
Habia en el puerto: de oro
Seguidamente las cargan,
Y á la insaciable codicia
De Pigmaleon arrancan
Las riquezas, siendo autora
Una mujer de la hazaña.
Arribaron á los sitios
Cuyas altivas murallas
Vais á ver, y de Cartago
El nuevo naciente alcázar.
Compraron todo el terreno
Que la piel de un toro abarca:
Por eso la ciudadela
Birsa en el dia se llama.
Pero vosotros, decidme,
¿Quiénes sois? ¿de qué comarcas
Habeis venido? ¿hácia dónde
Dirigís vuestras pisadas?»
Dice: y un hondo suspiro
Exhalando al escucharla,
Contesta Eneas: «O diosa,
Si mi historia te contara

Desde su orígen, si espacio
Tuvieras todo el que basta
Para escuchar los anales
De mis desdichas, la clara
Luz del dia en las tinieblas
De la noche se apagara
Antes que yo á mi relato
Diera fin. De las Troyanas
Costas salimos (si acaso
Hasta ti trajo la fama
De la antigua Troya el nombre),
Y de mar en mar lanzadas
Nuestras naves, el capricho
De una imprevista borrasca
Vino á dejarnos al cabo
Sobre las Líbicas playas.
Yo soy Eneas, el hombre
Piadoso que con su armada
Lleva los dioses Penátes
Que arrancó de la profana
Mano del griego. Mi nombre
Hasta los astros alcanza.
Una nueva patria busco
En las regiones de Italia
Y allí del Supremo Jove
Mi antigua noble prosápia.
Me embarqué en el mar de Frigia
Con veinte velas: marcaba
La ruta mi misma madre,
Toda una diosa, las altas

Disposiciones siguiendo
Del destino. Aquella escuadra
Siete arruinados bajeles
Cuenta apenas por la saña
De las olas y huracanes.
Yo mismo las despobladas
Regiones Líbicas corro
Cual peregrino á quien falta
Techo y pan: cual hombre oscuro,
Lanzado de Europa y Ásia.....»
No pudo ya sufrir Vénus
Que las quejas continuara,
Y dice, cortando al héroe
En sus dolorosas ánsias:
«Quienquiera que seas, juzgo
Que del cielo la luz clara
No ven tus ojos, odiado
De los númenes: me basta
Que arribado hayas á Tiro.
Continúa pues tu marcha
Y desde aquí vuestros pasos
Diríjanse al régio alcázar.
Sabe que tus compañeros
Han vuelto al fin, que tu armada,
Cambiados los aquilones,
Llegó al puerto con bonanza,
Si ya no es que en el augurio
Vanamente me iniciaran
Mis padres. Mira qué alegre
Rompe el aire esa bandada

De doce cisnes. No há mucho
Que el ave de Jove rápida
Cayó sobre ellos, bajando
De las regiones más altas
De las nubes, y dispersos
Por el aire los llevaba;
Mientras que hora en larga fila
Unos en tierra descansan,
Otros el vuelo abatiendo
Hácia ella se abalanzan.
Mira como ellos, ya en salvo,
Juguetean con las alas
Que agitan ruidosos: mira
Cual las despliegan y ensanchan,
Y en el azul de los cielos
Formando círculo, cantan.
No de otra suerte tus buques
Y tus bravos camaradas
Ó están ya en él, ó hácia el puerto
Á toda vela adelantan.
Sigue, pues, y no abandones
Ese camino que marca
Tu direccion.» Dijo Vénus:
Y volviéndole la espalda,
Entonce el rosado cuello
Torrentes de luz derrama:
De celestial ambrosía
El rico perfume exhalan
Sus cabellos: el ropaje
Cae flotando hasta sus plantas

Y aparece ya una diosa
En su majestuosa marcha.
Cuando Eneas á su madre
Conoció, tales palabras
Dirige á la fugitiva
Proponiéndose alcanzarla:
«¿Por qué, dí, por qué á tu hijo
¡Ay! con imágenes vanas,
Cruel tú tambien, así burlas
Tantas veces? ¿Por qué causa
Juntar mi diestra á tu diestra
No me es dado, y sin falacia
Oir tu voz, y la mia
Dejarte escuchar?»... Y avanza,
Tales quejas exhalando,
De Cartago á las murallas.
Vénus entonces los ciñe
De oscuro vapor, y cuaja
En torno suyo una niebla
Que cual un velo ocultara
Sus pasos, para que nadie
Verlos pueda, ni su marcha
Detener, ni aun tropezarlos,
Ni preguntarles la causa
De su arribo; mientras ella
Remontando el vuelo ufana,
Vuele á Páfos, y visita
Los lugares que tanto ama.
Allí la diosa su templo
Tiene erigido, y cien aras

Do el Sabéo incienso humea,
Do el aire en torno embalsaman
Los suavísimos perfumes
De siempre frescas guirnaldas.

Entanto Eneas y su amigo Acates
Avanzan con ardor por el sendero
Que les marca su ruta. Ya trepaban
Al collado que se alza gigantesco
La ciudad dominando, cuyas torres
Desde allí se divisan á lo léjos.
Pasmado Eneas, las grandiosas obras
Contempla ya, cabañas otro tiempo,
Sus calles enlosadas, y sus puertas,
La grande vida que se nota adentro.
Afanosos los Tirios, al trabajo
Se entregan con ardor: unos el lienzo
Levantan del alcázar, y de muros
Le guarnecen despues, rodar haciendo
Enormes piedras con robusto brazo;
Otros buscan un cómodo terreno
Do erigir sus moradas, y de un foso
Tirado en derredor las cercan luégo.
Aquí el santo palacio de las Leyes,
De la Audiencia y Senado labran estos;
Allí un puerto se forma, allá se cavan
De un teatro los sólidos cimientos;
En otra parte sacan de una roca
Gigantescas columnas los canteros,
Y á la escena futura con el arte

Deparan su magnífico ornamento.
No de otra suerte en los floridos campos
Al sol primaveral asíduo esfuerzo
Fatiga á las abejas, cuando sacan
Los jóvenes enjambres del encierro:
Ya la líquida miel cuajan las unas,
Y de su dulce néctar dejan llenos
Despues los alveolos; ya las otras
Reciben, segun llega, el cargamento
Que hicieron sus hermanas, ó de pronto
Formando un fuerte, belicoso cuerpo,
De su querido colmenar arrojan
Á los zánganos, raza sin provecho.
Todo es vida y accion, y los panales
De la miel y tomillo el suave aliento
Exhalan en redor. «¡Ay, cuán felices,
Exclama Eneas, los que veis del suelo
Alzarse ya los muros.....!» Y sus ojos
Buscaron de Cartago al mismo tiempo
Los altos torreones. De los Tirios,
Á favor de la nube, llega al medio
Por rara maravilla, y se confunde,
Invisible á las gentes, con el pueblo.

Amenísimo bosque antiguamente
De la nueva ciudad ocupó el centro:
Allí por vez primera los Fenicios,
Juguete de las olas y los vientos,
Habian arribado, y la cabeza
De un fogoso corcel, cavando el suelo,

Descubrieron entónces: Juno misma
Mostróles el hallazgo, signo cierto
Que á la púnica gente aseguraba
La gloria en los combates, y un eterno
Manantial de riqueza. En aquel sitio
La reina Dido consagraba un templo
Suntuosísimo á Juno, por sus dones
Y el favor de la diosa, de gran precio.
Sus vigas todas enlazaba el bronce,
Sobre quicios de bronce con estrépito
Rechinaban sus puertas, los umbrales
Tambien de bronce, y al dintel soberbio
Subíase por gradas. Allí entónces
Por vez primera sorprendióle un nuevo
Espectáculo á Eneas: á su vista
Sintió ensancharse el oprimido pecho:
Allí animoso, de la infausta suerte
Comenzó á prometerse otros sucesos,
Y más felices dias. Entretanto
Que aguardando á la reina, aquel inmenso
Edificio examina y sus primores,
Entretanto que admira de aquel pueblo
La creciente fortuna, y las bellezas
De tales obras donde campa el génio
De un artífice y otro, de improviso
Notó representados en un lienzo
Los combates de Ilion, todos por órden,
Las guerras cuya fama el universo
Llenado habia. Allí Príamo estaba,
Los Atridas, y Aquiles tan funesto

Al uno y á los otros. Á tal vista,
Se detiene y exclama, humedeciendo
Las lágrimas sus ojos: «¿Qué regiones,
Qué lugares, Acates no están llenos
De nuestros infortunios? ¡hé ahí Príamo!
Tambien aquí la gloria encuentra premio:
Tambien almas piadosas nuestros males
Aquí saben llorar, y humanos pechos
Al ageno dolor pagan tributo.....
Ten buen ánimo, sí, que entre los Penos
De mucho ha de valernos el renombre.....»

Y hablando de este modo, el vano lienzo
Alimenta su espíritu; cien veces
Suspira de dolor, y en llanto acerbo
Se desatan sus ojos. Aquí nota
Cuál en torno de Pérgamo los Griegos
Combaten y Troyanos: de una parte
Aquellos huyen; de otra los guerreros
De Troya los acosan, ó los Frigios
Escapan, más allá, del carro fiero
Y del penacho aterrador de Aquiles.
No léjos de aquel sitio, sin ser dueño
De atajar ya sus lágrimas, descubre
Tendido el blanco pabellon de Reso,
Que á traicion sorprendido, cuando á todos
Embargaba en la noche el primer sueño,
Talándole en feroz carnicería
Tinto en sangre va el hijo de Tidéo;
Y á su campo arrebata los fogosos

Corceles del vencido, sin que tiempo
Tuvieran de beber agua del Xanto
Ni de Troya pacer el verde heno.
Allí sin armas ya el jóven Troílo
Que en lucha desigual osó inexperto
Combatir con Aquiles, arrastrado
Por sus caballos mismos, sin aliento
Tendido va en el carro, todavía
Las riendas en la diestra: sus cabellos
Y su jóven cabeza por la arena
Arrastrados se ven: surco sangriento
Caida hácia la tierra, va dejando
La fiera lanza que le hirió. Más léjos
Desgreñadas de Ilion ve las matronas
Suplicantes y tristes ir al templo
De la irritada Palas. Por ofrenda
Presentan á la diosa un sacro velo;
Su mano el pecho compungido hiere....
La deidad ofendida, el rostro vuelto
Ni aun mirarlas se digna. Hasta tres veces
En otra parte arrastra el frio cuerpo
De Hector en torno del troyano muro
El cruel Aquiles, y los tristes restos
Á peso de oro vende. Conmovido,
Lanzó de lo más íntimo del pecho
Un suspiro angustioso, contemplando
Tal carro y tales prendas, y aquel yerto
Despojo de su amigo, y á Priámo,
Que tendia las manos indefenso
Al fiero vencedor. Vióse á sí mismo

Allí tambien entre los jefes griegos;
Conoce las falanges que de Oriente
Venido habian á luchar; del negro
Memnon tambien las armas. Ve las huestes
Que conduce á la lid con ardimiento
La gran Pantasilea, capitana
De bravas Amazonas, y el reflejo
De sus lunadas peltas. Formidable
Entre mil combatientes, nota luégo
Cuál la vírgen guerrera, de oro puro
Sujeto un cinturon bajo del seno
Que ningun velo oculta, con los héroes
Valiente cruza su temible acero.

Entanto que contempla estas pinturas
Y encantados sus ojos de aquel lienzo
No saben arrancarse, acompañada
De cien apuestos jóvenes al templo
Llegó la hermosa Dido. Cual Diana
Las danzas de sus ninfas presidiendo
Aparece á la márgen del Eurotas,
Ó allá en las cumbres por el Cintio ameno,
Mil y mil Oreádes la rodean
En grupo alegre que la toma enmedio,
Y á la espalda el carcaj luce entre todas
Su talla majestuosa, y un secreto
Placer el alma de Latona inunda;
Tal Dido pareció en aquel momento
Enmedio de los suyos: sus trabajos
Gozosa anima, y del futuro imperio

La grandeza apresura. Un alto sólio
Alzado bajo aquel cóncavo techo
En el sacro vestíbulo del númen
La reina ocupa. Danle sus guerreros
La escolta; y entretanto que justicia
Á todos administra, y á su pueblo
Da leyes, y comparte los trabajos
Con igual proporcion á los obreros
Ó los fia á la suerte, de improviso
Descubre Eneas que se acerca Anteo
Rodeado por las turbas, y Cloanto,
El valiente Cloanto, con Sergesto,
Y otros varios troyanos, que en su furia
La negra tempestad llevó dispersos
Á muy lejanas zonas. Á su vista
Quedaron él y Acates como yertos
De pasmo y estupor; y aunque no saben
Si alegrarse ó temer, con vivo anhelo
Desean ambos estrechar su mano;
Pero turba su espíritu el incierto
Suceso que los lleva. Disimulan,
Y espian invisibles tras el velo
Del vapor misterioso, qué fortuna
Alcanzan sus amigos, en qué puerto
Quedaron sus bajeles, y qué buscan
En aquellos lugares, porque vieron
Que piedad demandando, cada buque
Enviaba un escogido mensajero,
Y todos al santuario se acercaban
Con gritos de dolor. Una vez dentro,

Para hablar obtenida ya la vénia
Del trono ante las gradas, Ilioneo
El más autorizado, de esta suerte
Se expresa en tono de firmeza lleno:

«Gran Reina, á quien fué dado
De una nueva ciudad ser fundadora
Por querer de los Cielos, y humillado
El indómito orgullo ver ahora
De bárbaras naciones
Con leyes justas que en su bien dispones:
¡Piedad para los míseros troyanos
Que adverso temporal trajo perdidos
Por mares contrapuestos y lejanos!
Que á pavesas no sean reducidos
Sus bajeles por hombres inhumanos!
Piedad para esta raza generosa;
Su triste situacion mirad propicia;
No ha venido á talar, de sangre ansiosa,
La Líbica region, ni la codicia
La incita á recoger carga preciosa,
Y arrastrarla á sus buques sin justicia;
Ni cabe en nuestra gente tal despojo,
Ni es propio de vencidos tanto arrojo.
Existe una nacion, país antiguo,
Que los griegos Hesperia apellidaron,
De génio belicoso y fértil suelo:
Un tiempo los Enotrios la ocuparon;
Italia aquel país hora se llama
Del nombre de su jefe, segun fama.

La Italia, pues, buscábamos; y súbito
Los mares encrespando borrascoso
El astro de Orion, nos arrebata
Contra ocultos escollos: violento
El áustro se desata,
La mar nos vence, y en aquel momento,
Dispersa aquí y allí, la escuadra choca
Contra una extensa, inaccesible roca.
Por fin, á vuestras costas arribamos
Unos pocos no más: ¿Qué raza es esta,
Qué bárbaro país, que tal consiente?
Ni arena hospitalaria aquí encontramos;
Á las armas acuden, y se apresta
Sin piedad á lanzarnos esa gente
De la tierra primera que pisamos.
Los hombres despreciad, si es vuestro gusto,
Y su flaco poder; mas en olvido
No pongais que á lo justo y á lo injusto
Los dioses han de dar su merecido.
Nuestro rey era Eneas; compararse
En piedad, en justicia, en lo guerrero,
No puede á ningun otro: si salvarse
Logró tan gran varon, si el hado fiero
Del aliento vital gozar le deja,
Si su sombra no habita el lastimero
Dominio de Pluton, ¡ay! tus temores
Desecha, sí, que nunca tendrás queja
De haberle anticipado tus favores.
Aún nos quedan ciudades en Sicilia,
Contamos con las armas de su gente

Y Alceste claro rey, que de familia
Troyana lleva sangre. Sed clemente,
Dejad que á vuestras costas arrimemos
La flota por los vientos arruinada,
Que madera á los bosques demandemos,
Que puedan repararse de la armada
La rota quilla, los perdidos remos.
Si á Italia nos es dado todavía
El rumbo enderezar, ya recobrados
El rey y camaradas algun dia,
Á la Italia y al Lacio suspirados
Partiremos, radiantes de alegría.
De otra suerte, si todo se ha perdido,
Si tu yerto despojo, ¡ay triste! rueda
Por el Líbico mar, padre querido
De la raza de Ilion, si ya no queda
La esperanza de Julo; que los mares
De Sicilia otra vez surcar podamos,
Y al rey Alceste y los propicios lares
De donde hemos venido al fin volvamos.»

Así dijo Ilionéo: y aplaudido
Por todos los troyanos su discurso
En voz sumisa fué. La reina Dido
Bajó los ojos ante aquel concurso,
Y dice al mensajero brevemente:
«Recobraos, de vuestros corazones
Desechad la inquietud; en el naciente
Imperio que aquí veis, duras razones
Me obligan á medidas tan severas,

Y á guardar en circuito sus fronteras.
¿Quién de Eneas la raza generosa
No conoce, y á Troya, y sus guerreros?
¿Y aquella lid funesta y desastrosa
Con sus estragos fieros?
No somos los Fenicios tan crueles
Por bárbara costumbre,
Ni tan léjos de Tiro sus corceles
Ayunta el sol al encender su lumbre.
La grande Hesperia si buscar os place
Y correr de Saturno á las regiones,
Ó si á vuestros designios mejor hace
Regresar del Eríce á los cantones,
Donde Alcestes impera, ya el pasaje
Por mí libre teneis: ofrezco daros
Escolta y provisiones para el viaje:
¿Quereis en esta mi nacion quedaros?
Desde hoy es vuestra la ciudad que fundo;
Anclad vuestros bajeles al instante:
No ha de haber ni primero, ni segundo,
Entre el Tirio y Troyano en adelante.
¡Pluguiera al Cielo que del mismo viento
El rey Eneas, hácia aquí impelido,
Se hallara entre vosotros: ¡qué contento!
Por todo el litoral he decidido
Mandar en busca suya; quizá vuelva,
Los confines de Libia registrando,
Si despues del naufragio, alguna selva
Ó lejana ciudad corre vagando.»

Cobra Eneas con tal razonamiento
Y el bravo Acates superior aliento:
Uno y otro la nube que los vela
Impaciente romper há tiempo anhela.
Acates el primero
Dirigiendo su voz al compañero,
Le dice: «Hijo de Vénus, ¡ay! ¿qué juicio
Empieza á merecerte nuestro estado?
Todo ya, tú lo ves, todo es propicio,
La flota y compañeros se han salvado.
Uno falta no más: en los abismos
Del piélago salado
Le vimos sumergir nosotros mismos:
No hay cosa que no cuadre
Al profético anuncio de tu madre.»

Hablando de esta suerte,
La nube se rasgó en aquel instante
Y en sutil aire puro se convierte.
Eneas aparece deslumbrante,
Un Dios en hermosura y gentileza;
Á un soplo de su boca, ya infundido
Habíale su madre la viveza,
La gracia juvenil; han recibido
Nuevo lustre de pronto sus cabellos,
Y un brillo celestial sus ojos bellos.
Así en manos tal vez de sábio artista
El marfil se mejora de ordinario;
Nuevo lustre así el oro se conquista
Y la plata engastada en mármol Pário.

Sorprende á todos de improviso Eneas,
Y dice hablando con la reina Dido:
«Aquí está el hombre que buscar deseas,
Del piélago africano redimido.
¡O tú, la sola que piedad tuviste
Del largo padecer de los Troyanos,
Al furor de los Griegos resto triste!
Desprovistos de todo, como hermanos
En tu reino y hogar los recibiste,
Despues de apurar ¡ay! cuantos encierra
Desastres por doquier el mar y tierra!
No está en nuestro poder tantas bondades
Dignamente pagar agradecidos:
Cuantos hijos de Troya en las ciudades
Y comarcas del mundo hay esparcidos,
Jamás, o Reina, llegarán á tanto:
Si allá en el Cielo santo
Existen la justicia y providencia,
Si premian la virtud algunas veces,
Los dioses y la paz de tu conciencia
Podrán solos pagarte cual mereces.
¿Qué siglos tan felices produjeron
Tan amable y piadosa criatura?
¡Dichosos padres los que el ser te dieron!
Entanto que á la mar por la llanura
Precipiten los rios su corriente,
Mientras puedan los montes la frescura
De sus sombras tender por la pendiente,
Entanto que del éter la luz pura
Las celestes lumbreras alimente,

Tu fama por doquier, tu nombre y gloria
Perennes vivirán en mi memoria.»

Á Ilioneo su amigo, despues de esto,
Tendió con efusion la diestra mano;
Con la izquierda estrechó la de Segesto;
Tras ellos saludó á cada Troyano,
Alcanzando las mismas simpatías
Al valiente Cloanto, al bravo Gias.
Helada de estupor quedóse Dido
Con una aparicion tan repentina;
Del héroe despues le ha conmovido
La dura suerte que en su mal se inclina,
Y dice: «Hijo de Vénus, cuál ha sido
La estrella que á peligros te destina
Tan terribles? ¿Por qué rigor del hado
Fuiste á bárbaras costas arrojado?
¿Con que tú aquel Eneas que á la hermosa
Citerea y Anquises el troyano
Debiste el ser en la ribera undosa
Del Símois de Frigia? no lejano
Un recuerdo conservo de que á Tiro,
Del suelo patrio desterrado un dia
Vino Teucro en demanda de un retiro
Do erigir otro reino pretendia
Si le daba favor mi padre Belo.
De Chipre entónces el opímo suelo
Mi padre devastaba,
Sometido á su ley tras la victoria:
Desde aquel tiempo ya se me contaba

De la ruina de Ilion la triste historia;
Tu nombre conocí, y el nombre luégo
Oí tambien de cada jefe griego.
Aunque Belo enemigo vuestro fuera,
El Troyano valor enaltecia;
Su raza, segun él, de la primera
Estirpe real de Troya descendia.
Venid, jóvenes, pues, venid conmigo,
Mi techo hospitalario os dará abrigo.
El destino ha querido que este suelo
Me ofreciera pacífico reposo:
Yo tambien desterrada de otro cielo,
De la vida he cruzado el borrascoso
Camino, como vos, en largo duelo:
La copa del dolor he apurado,
Y sé compadecer al desgraciado.....»

Dice: y á Eneas al rëal palacio
Conduce al punto. La feliz jornada
Con gratos sacrificios á los dioses
Ordena se celebre en cada templo.
Veinte toros despues á los amigos
Que á bordo se encontraban en la costa,
De erizado espaldar cien grandes puercos
Les envia, y cien gordos mamantones
Corderos con sus madres, y de Baco
El don que el alma alegra. Un fausto insigne
Despliega el interior del régio alcázar
Entretanto: prepárase un banquete
En medio sus salones: brilla el arte

En sus ricos tapices que deslumbran
De finísima púrpura teñidos.
Las mesas cubre por doquier la plata,
Y esculpidos se ven de sus mayores
En copas de oro los ilustres hechos
Por órden sucesivo, continuado
De un rey en otro rey, desde el orígen
De la Tiria nacion. Su amor de padre
Á Eneas reposar no deja un punto:
Que vaya Acates á la flota ordena
Sin perder un momento; que á su hijo
Ascanio entere del feliz suceso,
Y á Cartago le traiga. Su alma toda
Está fija en Ascanio, objeto dulce
De su solicitud. Manda asímismo
Traer varios presentes, arrancados
Á las llamas de Ilion: un manto donde
Resaltaba en espléndidos dibujos
El oro; un rico velo, do flexibles
Entrelaza sus ramas el acanto
De color de azafran: dones preciosos
Que Leda un tiempo regaló á su hija
La argiva Helena, que al partir á Pérgamo
Y al tálamo vedado, como adorno,
De Micenas llevó. Por otra parte,
Un cetro que empuñado habia Ilione,
La mayor de las hijas de Priámo
En los pasados tiempos; y de perlas
Riquísimo un collar; y de oro puro
Magnífica corona con dos órdenes

De bellas margaritas. Impaciente
Por cumplir su mision hácia la costa
Presuroso ya Acates se dirige.

La diosa de Citeres entretanto
Nuevos planes y nuevos artificios
Madura en su interior. Quiere que tome
Del tierno Ascanio su Cupido luégo
Los rasgos y la forma; que á Cartago
Se acerque en su lugar; que de la Reina,
Con los dones del héroe embriagada,
Abrase el corazon, y la penetre
De su amoroso fuego. Recelosa
El ambíguo hospedaje de los Tirios
Contempla, y su doblez; mientras de Juno
La asustan los rencores, y en vigilia
Las tristes noches pasa. En tal conflicto,
Habló de esta manera al dios alado:

«A ti llego, hijo mio,
En quien veo mi sola fortaleza
Y todo mi invencible poderío:
A ti con quien no puede la grandeza
Del padre de los dioses, ni aquel rayo
Que humilló de Tifeo la altiveza;
Á ti tu madre se dirige ahora,
Y tu divina proteccion implora.
Ya sabes que de Juno el ódio eterno
Lleva á Eneas tu hermano fugitivo
De mar en mar, y mi dolor materno

Mil veces lamentaste compasivo.
En su alcázar hoy Dido la Fenicia
Entre blandos coloquios le detiene;
Pero temo de Juno la malicia
En caso tal, que si á su plan conviene,
El tiempo y la ocasion no desperdicia:
Á Dido asediar, pues, se me previene,
Á fin de que no pueda ya importuna
Mudar su corazon deidad alguna.
Su pecho herido tu saeta inflame,
Y cual amo yo á Eneas ella le ame.
Ahora, pues conoces mi proyecto,
Diréte el modo de llevarle á efecto.
De su padre querido al llamamiento
Se dispone á partir el real infante,
Por quien tanta ternura y amor siento,
Al pueblo de Cartago en este instante.
Los dones llevar debe, que destina
Eneas á la Reina, y arrancados
Despojos fueron al incendio y ruina
De Ilïon, y á los mares encrespados.
Al príncipe llevar quiero dormido
Á la cumbre de Idalia ó del Citera,
Y en el bosque sagrado recluido
Dejarle por ahora; de manera,
Que ni deje ya verse por descuido,
Ni descubra mis planes aunque quiera.
Una noche no más, con travesura
Aprópiate, hijo mio, su figura;
Los rasgos conocidos de ese niño,

Como niño tambien, hábil remeda;
Y despues, cuando llena de cariño
En medio del festin, á su regazo
Te aproxime la Reina, cuando hirviente
Chispee ya el licor; cuando un abrazo
Y otro abrazo te dé; cuando en tu frente
Imprima dulces ósculos, entónces
Abrasando su pecho con tu llama,
La amorosa ponzoña en él derrama.»

Obedece el amor á los mandatos
De su madre querida: ya sin alas,
Gozoso imita en el andar á Julo.
Entretanto difunde Citerea
Por los miembros de Ascanio dulce sueño:
Dormido entre sus brazos le recoge,
Y á los bosques de Idalia le trasporta,
Do el suave almoraduj, embalsamando
El aire con su aliento, lecho umbrío
Le ofrece entre sus flores. Ya marchaba
Dócil Cupido al maternal precepto,
Y los régios presentes á Cartago
Conducia gozoso con Acates,
Que guiándole va. Cuando llegaron,
Bajo un dosel magnífico la Reina
Con grave majestad ya reposaba,
Y entre el padre y el hijo se coloca
En dorados cojines. Ya al banquete
Eneas y sus jóvenes Troyanos
Acercándose van. Lechos de púrpura

Ocupan todos; aparecen luégo
Solícitos sirvientes que derraman
Agua pura en sus manos, y despliegan
Toallas de finísimos estambres.
Cargados ya de Céres con los dones
Se ven los canastillos. El concierto
Del inmenso festin se ha confiado
Á cincuenta doncellas que dirigen
El órden de la mesa, y en las aras
De los dioses Penates los perfumes
Preciados alimentan. Otras ciento,
Y cien mancebos, en la edad iguales,
La mesa cubren de exquisitos platos,
Y las copas preparan. Numerosos
En el pórtico alegre se reunen
Tambien los Tirios, que pintados lechos
Allí por órden de su Reina ocupan.
En el régio salon todos admiran
Los presentes de Eneas: aquel manto,
El precioso dibujo de aquel velo
Festonado de flores: les suspende
La faz divina del radiante Julo,
La estudiada blandura de sus lábios.
La víctima infeliz del sacrificio,
La Reina, sobretodo, le devora.
Le mira y no se sácia, y al mirarle,
El príncipe y sus dones, todo junto
Le abrasa el corazon. Cuando Cupido
De aquel supuesto padre la ternura
Colmado hubo, y recibió de Eneas

Los estrechos abrazos, y á su cuello
Amante se colgó, sin detenerse
Dirígese á la Reina. La infelice
Sus miradas, su espíritu en él fija
Con honda conmocion. Tal vez le acerca
Y acaricia en su seno... ¡Ay triste! ignora
Qué númen tan terrible entre sus brazos
La mísera acogió! Pero no olvida
De su madre Acidalia los consejos
El cruel rapaz, y á desterrar empieza
Del alma de la esposa la perenne
Imágen de Siqueo: nueva llama
Su frio corazon quiere consuma,
Y aquel pecho insensible tanto tiempo
De amor á los encantos. Concluida
La mesa principal, ya los manjares
Retirados al fin, sacan de pronto
Crecidos vasos que hasta el borde llenan
De espumoso licor. Redobla entónces
Por doquier la algazara, lleva el eco
Rodando por las vastas galerías
Las voces del festin: los candelabros
Están luciendo ya de la dorada
Techumbre suspendidos, y las sombras
Ahuyentan de la noche. Rica copa
Cargada de oro y pedrería, al punto
Pidió la Reina, y por su propia mano
Llenóla de licor: copa que Belo
Y de Belo despues los descendientes
Vaciar acostumbraron. De improviso

Quedó todo en silencio. Dido entónces
«¡O Júpiter, exclama, tú que diste
Al techo hospitalario leyes justas!
¡Que á Tirios y Troyanos este dia
Dichoso sea y su recuerdo guarden
Por siempre nuestros nietos! ¡Padre Baco,
Dador de la alegría y regocijo!
Y tú, próspera Juno, nuestros votos
Propicios escuchad! ¡Cartagineses,
Inspirados de nobles sentimientos
Acoged mi festin!» Dice: y al punto
Vertió en la mesa de la ofrenda sacra
La corta libacion; tocan sus lábios
El borde apenas de la copa: á Bitias
La presenta despues, y en son festivo
Incítale á que beba; quien gozoso
El chispeante licor en el momento,
Volteando el oro, hasta su fondo apura.
Imítanle los Grandes: luégo Jopas,
El músico de luenga cabellera,
Las lecciones cantó del sábio Atlante
Con su cítara de oro acompañado.
Los viajes dice de la errante luna,
Los eclipses solares, de los hombres
Y brutos el orígen, de las lluvias
La causa, y de los rayos; el Arcturo,
Los dos Triones, las pluviosas Hiadas:
Por qué tiñen los soles del invierno
Las ondas del océano tan pronto;
Y las estivas noches, por qué tanto

Su venida retardan. Al oirle,
Los Tirios y Troyanos, todos juntos
Redoblan sus aplausos. Con Eneas
Tambien la Reina mísera entretiene
La noche en mil coloquios, y el veneno
Bebiendo está de amor al escucharle.
Ya le pide noticias de Priámo
Una vez y otra vez, ya cien preguntas
Va haciéndole de Hector. Ora desea
Saber con qué armas de la Aurora el Hijo
Venido habia á combatir; ya quiere
Las prendas indagar de los trotones
Que Diómedes guiaba; ora de Aquiles
Oir la intrepidez. «Cuéntame (al cabo
Le dice al huésped) desde sus principios
La insidiosa conducta de los Griegos,
La ruina de los tuyos, y la historia
De tus mil aventuras; pues errante
Siete estíos te trae la dura suerte
De país en país, de un mar en otro.»

LIBRO II.

Quedó en silencio todo, y el concurso
Con profunda atencion se vuelve á Eneas,
Quien del lecho elevado en que reposa
La triste relacion así comienza:

«Renovar un dolor imponderable
Me ordenais al narraros, o gran Reina,
Cuál de Troya el antiguo poderío
Derrocaron por fin las huestes griegas,
Y su imperio luctuoso; y los horrendos
Desastres que allá ví: ¡tristes escenas
En que yo figuré como ninguno!
¿Quién ¡ay! habrá, que al recordarlas, pueda
Su llanto detener, aunque de Ulises,
Del duro Ulises los soldados sean,
Ó el fiero Mirmidon, ó el cruel Dolópe?

Del cielo, apresurando su carrera
Se va la húmeda noche: ya los astros
Al ocaso vecinos, aconsejan
El dulce sueño. Mas si nuestras cuitas

Con ánsia tanta conocer anhelas,
Y que en breves palabras te relate
De Ilïon la catástrofe postrera;
Aunque al alma horroriza tal recuerdo,
Y rehuye evocarle porque lleva
La angustia al corazon, daré principio.

Cansados los caudillos de la Grecia
Del largo combatir, viendo que corren
Un año tras otro año, sin que puedan,
Vencidos siempre del destino adverso,
En Troya penetrar; por influencia
Y artificio de Palas, un caballo
Gigantesco fabrican de madera,
Tan alto como un monte: el costillaje
Le refuerzan de abeto; y aparentan,
Y circula el rumor de que solemne,
Para hallar así próspera la vuelta,
Es un voto que han hecho. En las entrañas
Tenebrosas del mónstruo se aposenta
Escondida la flor de sus campeones
Que la suerte eligió: huestes enteras
De gente armada en los profundos senos
Del enorme coloso luégo encierran.

Al frente de Ilïon está Tenedo,
Famosa por el nombre y la riqueza
Entanto que de Príamo, pujante
Se mantuvo el podér: hora desierta,
No es más que una ensenada aquella Isla,

Insegura estacion á las carenas.
Allí se dirigieron; y escondidos
Del puerto abandonado en las revueltas,
Nos hicieron creer ¡ay! que á Micene,
Con viento favorable daban velas.
Respira al cabo de su largo duelo
Con tal motivo la Troade entera.
Las puertas se abren: por el griego campo
Gozosa nuestra gente se pasea,
Complaciéndose en ver hora desiertos
Los puestos militares, las riberas.
«Aquí acampaban los Dolópes, dicen,
Allí solia desplegar su tienda
El cruel Aquiles; por acá sus buques
Tenian al abrigo; allá las fuerzas
De un ejército y otro se cruzaban.....»

La masa entónces colosal contemplan
Del gigante caballo, y aturdidos
El don funesto admiran de Minerva
La vírgen inmortal. Ya traicion fuese,
Ó el troyano destino dispusiera
Las cosas de aquel modo, nuestros muros
Que traspase la máquina aconseja
Timétes el primero, y el recinto
Ocupe de la altiva ciudadela.
Mas Cápis, y con él los más prudentes,
Del griego sospechoso las ofrendas
Que se arrojen al mar cuerdos opinan,
Ó hacer que pasto de las llamas sean;

Ó bien del mónstruo sin tardar registren
Las hondas cavidades con cautela.
La instable multitud en opiniones
Contrarias se divide. Pero llega
Corriendo del alcázar Lacoonte
De cólera inflamado: le rodea
Un pueblo numeroso, y á lo léjos
Les grita al divisarlos: «¿Qué demencia
Ofusca vuestro espíritu? ¿Creísteis
¡Oh míseros Troyanos! que se ausenta
De aquí vuestro enemigo? ¿por ventura
Dones hacen los Griegos que no envuelvan
El dolo y la traicion? ¿así el carácter
De Ulises conoceis? Ó en las secretas
Entrañas de ese mónstruo los Aquivos
Escondidos están, ó bien proyectan
Derruir nuestros muros, ó de Troya
El recinto explorar quieren de cerca,
Y sobre ella caer, ó cauteloso
Encubre en fin alguna estratagema.
Mirad desconfiados esa mole,
¡Oh Teucros! por más santa que aparezca
La intencion de los Dánaos, creedme,
Los temo hasta en sus místicas ofrendas.»

Dice: y al punto con robusto brazo
Su pica al vientre del caballo asesta
Buscándose lugar por las junturas
De la corva armazon. Quedó allí trémula
Clavada en él: estremecido el bruto

Resonó el interior, y sus cavernas
Lanzaron un gemido. ¡Ah! si los dioses
No fueran tan adversos, si una venda
Los ojos no tapara, Lacoonte
Nos habria empujado de la pérfida
Argolia á descubrir con el acero
Los ocultos ardides..... ¡y existieras,
Desgraciada Ilïon! y en pié estarias,
Oh de Príamo altiva fortaleza!

Los troyanos pastores entretanto
Con larga gritería ante sí llevan
Un jóven hasta el rey: tiene á la espalda
Entrambas manos con rigor sujetas.
De propia voluntad el prisionero
Habíase entregado con la idea
De encubrir su traicion, y á los Aquivos
Franquear de Troya las cerradas puertas.
Intrépido y audaz, á todo evento
Dispuesto se halla: vencerá en la empresa
Madurando su ardid, ó inevitable
Le aguarda ya la muerte. Por doquiera
La Teucra juventud corre anhelosa
Por ver aquel cautivo: le rodean,
Le insultan á porfia. De los Griegos
Oid ahora la perfidia, o reina,
Y esta sola maldad todas las suyas
Os hará conocer. Cuando en presencia
Indefenso y turbado el prisionero
Se vió del gran concurso, y por las fuerzas

Armadas de la Frigia en torno suyo
Los ojos paseó: «¡Ay! ¿Qué me resta,
Exclama al fin, en desventura tanta?
Qué mar, ni qué region habrá dispuesta
Á darme abrigo? Ya fijar mi planta
No puedo entre los Griegos, y funesta
Ilïon en mi contra se levanta,
Reclamando, irritada y ofendida,
Mi sangre ¡ay triste! ¡mi pesada vida!»
Nos penetra su acento lastimero,
Y el ruidoso tumulto calma y cede:
Le mandamos hablar, y que primero
Nos indique el país de que procede:
De qué nuevas tal vez es mensajero,
Qué crédito á un cautivo darse puede;
Y repuesto por fin de su sorpresa,
Sin mostrar ya temor así se expresa:
«La verdad toda entera desde luégo
Va á decirte, gran rey, el lábio mio:
Que la Grecia es mi patria, no lo niego,
Esto es lo principal; si el hado impío
Pudo hacer de Sinon un desgraciado,
No le hará, nó, mentir disimulado.
Tal vez de Palamédes, algun dia,
De la sangre de Belo descendiente,
Oiste hablar: su nombre enaltecia
Y su gloria la fama dignamente:
Pues bien, porque la guerra no queria,
De traidor le acusaron inocente
Los Griegos arrastrándole al suplicio.....

¡Hoy le lloran despues del sacrificio!...
Mi padre que riquezas no contaba,
Al salir yo, muy jóven, de mi tierra,
Á él me confió: se figuraba
Que al lado de un pariente en esta guerra
Podria distinguirme. Mientras tuvo
Poder y autoridad, mientras prudente
Con su sábia política mantuvo
El imperio de Grecia floreciente
Alguna parte de su gloria hubo
Mi nombre en opinion de nuestra gente;
Mas luégo que de Ulises por envidia
(Conmigo la voz pública lo dice)
La region de la luz ¡oh qué perfidia!
Para siempre dejó aquel infelice,
Miserable y oscuro yo vivia,
Y entregado al pesar y sentimiento,
Con justa indignacion compadecia
De mi amigo inculpable el fin sangriento,
Y no pude callar en mi arrebato:
Juré vengar su prematura muerte
Si encontraba ocasion, si al suelo grato
De mi patria tal vez propicia suerte
Vencedor me volvia: de este modo
Tornóse contra mí su furor todo.
»De aquí nació mi negra desventura:
Desde entónces, buscando acusaciones,
Mis dias llenó Ulises de amargura;
Del vulgo prevenir las opiniones
Con calumnias equívocas procura:

Un cómplice en sus ruines intenciones
Precisa; son sus armas: y le tiene
En Calcante el augur, que al cabo viene....
»¿Mas á qué recordar ya pormenores
Que tal vez os están causando enojos?
¿Á qué, si en vuestras iras y rigores
Mirar soleis con unos mismos ojos
Á todos los Aquivos cual traidores?
Bastaros debe lo que os he contado....
La sangre verted ya de un desgraciado:
Lo quiere Ulises: ¡ay! sumas crecidas
Pagarian por ella los Atridas!»

Sus palabras avivan la codicia
De escucharle hasta el fin, y le rogamos
Que explique la razon de la injusticia
Ejercida con él: ¡ay! no pensamos
Que pudiera caber tanta malicia
En un hombre: era griego, y lo olvidamos.
Por fin con lábio pérfido y doloso
Continúa diciendo tembloroso:
«Mil veces ya los griegos, de una guerra
Tan larga fatigados, resolvieron
Dejar á Ilion, volver para su tierra....
¡Por qué cual lo pensaron no lo hicieron!
Mil veces el camino del mar cierra
La ruda tempestad, y mil temieron
Los rigores del áustro enfurecido
Cuando estaba ya el viaje prevenido.
Sobretodo, despues que ese monstruoso

Castillo de madera aquí llegara,
Ese enorme caballo, ese coloso
No lograron que el cielo serenara,
Rugiendo por doquier de horrores lleno
Tras la nube inflamada el ronco trueno.
Inciertos ya de lo que hacer debamos,
Á Euripílo en consulta despachamos
Al oráculo de Apolo; y esta
Obtuvimos del dios triste respuesta:
La sangre de una vírgen derramando,
Los rigores del Cielo conseguisteis
O Dánaos, calmar, de Troya cuando
Por vez primera á la region vinisteis:
Tendréisle ahora al regresar propicio,
Vertiendo la de un griego en sacrificio.
»La sentencia fatal oida apenas,
Quedó aterrado el vulgo y confundido;
La sangre toda se cuajó en las venas,
Ya de un frio glacial sobrecogido:
¡Cuál será el infeliz, medita sólo,
Que reclama el destino y pide Apolo!
»En medio del tumulto, con Calcante
Ulises entre todos comparece:
Intímale que nombre en el instante
La víctima que al Cielo se le ofrece....
Al ver tanta maldad, tanto artificio,
Presagiáronme ciento el sacrificio.
Calló diez dias, rehusando fuerte
El nombre revelar del desgraciado
Que sufrir á su voz debe la muerte:

Al undécimo habló, casi forzado,
Segun lo ha con Ulises convenido,
Y á mí me destinó al altar temido....
»Aplauden todos: ¡con placer veian
El golpe formidable
Que tanto, tanto, para sí temian
La vida amenazar de un miserable!
Llegó el dia fatal: ya se prepara
De sal y harina la sagrada ofrenda,
Dispuesta veo el ara,
Mis sienes ciñe la sagrada venda....
»Rompí mis ataduras, lo confieso,
Me sustraje á la muerte; y con presteza,
Velado por las sombras, á lo espeso
Llegué de un junqueral, y en la maleza
De fangosa laguna estuve preso;
Y aguardo á que traspongan esos mares,
Si volver resolvian á sus lares.
»¡No más ya te veré, nó, patria mia,
Ni á mis dulces hijuelos, ni al querido
Entre todos los padres! ¡algun dia
Los bárbaros, acaso, del Luido
Vengar quieran la culpa fieramente
Vertiendo vuestra sangre ¡ay! inocente!
En el nombre del Cielo, fiel testigo
De que hablo con verdad, o rey troyano,
Y del alma justicia, si halla abrigo
Todavía en el pecho del humano,
Ejerce tu piedad hora conmigo,
Pues ya conoces mi destino insano,

Y el largo padecer logre moverte
De un mísero bien digno de otra suerte.»

Su acento lastimero
Penetra el corazon sin violencia,
Y la vida le dimos. El primero
Mostrándole Priámo su clemencia,
Ordena desatar al prisionero,
Y arrancando á sus manos las esposas,
Le dirige estas frases amistosas:

«Seas quien fueres, para siempre olvida
La antigua patria para ti perdida:
De los nuestros serás desde hoy; empero
Que digas la verdad ahora quiero:
»¿Con qué fin esta estátua prodigiosa
Del caballo los tuyos han traido?
¿Quién es el inventor? ¿Será piadosa
Ofrenda que por voto han prometido?
¿Ó qué secreto ardid en él se encierra?
¿Seria acaso máquina de guerra?»
Dice: y Sinon de su nativo suelo
Consumado en los dolos infernales,
Las manos libres levantando al cielo,
Así exclamó: «¡Lumbreras eternales,
Deidades venerandas, altar santo,
Y tú cuchilla fiera
De que pude escapar en riesgo tanto;
Sagrada venda que mi sien ciñera!
Que los lazos romper pueda yo ahora

Que á la Grecia me unieron algun dia,
Y á sus hijos odiar, y sin demora
Sus planes descubrir: la patria mia
Desde este instante sin derecho á nada,
Me deja libre de la fé jurada.
Mas si yo la verdad, o Troya, digo,
Si en cambio de la vida
Tu ruina cierta precaver consigo,
Tu sagrada promesa nunca olvida,
Y hasta el fin de piedad usa conmigo.
»La esperanza que el griego alimentaba
De un éxito feliz contra el troyano
En esta dura guerra, se fundaba
De Palas en el númen soberano.
Pero luégo que Diómedes impío,
Y Ulises urdidor de todo crímen,
Resuelven arrancar ¡o desvarío!
El fatal Paladion del sacro límen,
Dando muerte en la altiva ciudadela
Á los guardas que están de centinela;
Despues que á sustraer la imágen santa
Su sacrílega mano se adelanta,
Y manchada de sangre tocar osa
Las vendas virginales de la diosa;
Desde entónces quedó desvanecida
De los Dánaos todos la esperanza
Que sacaran de Grecia á su partida:
Perdieron ya sus brios y pujanza,
La deidad de Triton luégo ofendida,
De su encono y sus iras celestiales

Con patentes prodigios dió señales.
Su estátua al campamento no bien vino,
Alzó los ojos, de los cuales brota
Con terrible mirar fuego divino:
Un salobre sudor cae gota á gota
Del cuerpo de la imágen, y ¡o portento!
Sacudiendo el escudo y la temida
Lanza, tres veces de su mismo asiento
Se la vió dar un salto conmovida.
Huir al punto, repasar los mares
Vaticina Calcante ser forzoso:
Que nunca en sus empresas militares
De Ilion el Griego triunfará dichoso
Hasta que en Argos en los patrios lares
Renueve los auspicios, y piadoso
Devuelva el Paladion, que el mar salado
Cruzó en sus corvas quillas arrastrado.
»Y si hoy retornan con propicios vientos
Á Micenas su patria, es que preciso
Juzgaron en tan críticos momentos
Mitigar á sus dioses: y armamentos
De nuevo dispondrán, y de improviso
Volverán á la lid más adelante;
Que así el prodigio interpretó Calcante.
En vez del Paladion, y en desagravio
Del torpe ultraje que á la diosa hicieron,
Por su consejo sábio
Tan atroz simulacro construyeron.
Calcante mismo sugirió el coloso:
Mandó tejer de roble sus cubiertas,

Y alzarle hasta las nubes prodigioso:
Que así de Troya traspasar las puertas
No podria el gigante, ni del muro
Trasponer el confin: de esta manera
Bajo su sombra tutelar seguro,
Cual antes, vuestro pueblo no se viera.
Tambien aseguró, que si profanos
De Minerva tocábais al presente
Acercando sacrílegos las manos,
De Príamo y de Frigia el floreciente
Imperio se hundiria (¡quiera el Cielo
Convertir contra Grecia todo el duelo
De aquel fatal pronóstico!): añadia
Que si el mónstruo escalaba las murallas
Por vuestras propias manos, algun dia
Renovando á su vez largas batallas,
El Ásia contra Pélope vendria:
Tal es, dice el augur, el triste hado
Á los hijos de Grecia reservado....»

El pérfido Sinon con su perjurio,
Con su ardid infernal, que se le crea
Consigue al fin. Y víctimas del dolo
Y de sus falsas lágrimas, se dejan
Vencer los que indomables otro tiempo
Al mismo Aquiles de Larisa fueran,
Y al hijo de Tideo, y á mil buques
Y á diez años ¡ay míseros! de guerra.
Por cúmulo de males, un prodigio
Más horrendo y terrible se presenta

De súbito á los ojos, con que el alma
Sorprendida se turba y enagena.
Estaba Lacoonte á quien la suerte
Ministro entónces de Neptuno hiciera,
Inmolando un gran toro cabe el ara
Con solemne aparato. Dos culebras
Salidas de Tenedo, el mar calmoso,
(Recuerdo triste que de horror me llena)
Se tienden por las olas, desplegando
Sus inmensos anillos. La pareja
Ganando va la costa: el cuello erguido,
Color de sangre las altivas crestas,
Por cima de las hondas aparecen,
Entanto que arrastrar se ve por ellas
Su inmensa cola que en tortuosos giros
Una vez y otra vez marchando pliegan.
El agua azotan levantando espuma
Con grande estruendo: llegan á la tierra,
De sangre y llamas sus ardientes ojos
Inyectados están, y de la lengua
Silbando agitan el movible dardo.
De mortal palidez llenos al verlas
Huimos en redor, y á Lacoonte
Con seguro embestir parten derechas.
Arrójanse primero á sus dos niños,
Y una y otra serpiente allí se ceban
En los míseros miembros infantiles
Despues de aprisionarlos con cien vueltas.
Armado el padre, á defenderlos corre,
Y soltando á los hijos, le sujetan

Con espantosos nudos. Ya dos veces
Le abrazan la cintura; otras dos cercan
Con su dorso escamado el alto cuello,
Y por cima su frente y su cabeza
Se levantan aún. Con ambas manos
Los nudos desatar el preso intenta:
Empapa ya la corrompida sangre
Y el cruel veneno las sagradas vendas,
Y sus gritos horribles en las nubes
Pone el mísero. No de otra manera
Mugir suele tal vez herido toro
Que del ara escapó, cuando la incierta
Segur por dicha la cerviz sacude.
Los dos dragones se deslizan mientras,
Se arrastran fugitivos, y de pronto
Ganando la empinada ciudadela,
Del númen formidable van al templo,
Y á los piés se guarecen de Minerva,
Recogidos detrás del ancho escudo.
El alma conturbada se penetra
De otro nuevo terror con tal prodigio.
Susurran todos ya que experimenta
El castigo de un crímen Lacoonte,
Porque el leño sagrado con su diestra
Osara profanar, un dardo impío
Vibrando contra él. Gritan doquiera
Que al templo se trasporte el simulacro
Sin otra dilacion, y la clemencia
Se implore de la diosa. En las murallas
Practícase de pronto larga brecha,

Y de Troya los sólidos reductos
Al terrible caballo se franquean.
Solícitos acuden á la obra
Los hijos de Ilïon: movibles ruedas
Por bajo del coloso ya disponen
Alzándole los piés: luégo sujetan
Maromas á su cuello, y nuestros muros
Escala ya la máquina funesta
Preñada de armas. Cantan entretanto
Un coro de mancebos y doncellas
Piadosos himnos en redor, y á dicha
Tocar ¡ay! tienen la sagrada cuerda.
Llegando en fin de la ciudad al centro
Allí amenazadora verse deja.
¡O Troya! ¡O patria mia! ¡O de los dioses
Mansion augusta! ¡O muros que la guerra
No alcanzó á destruir! ¡ay! cuatro veces
Paró de la ciudad ante las puertas
El caballo traidor: ¡ay! otras cuatro
El crugir de las armas percibiera
En sus senos profundos el oido,
Y seguimos la obra ¡qué demencia!
Sin otra precaucion, y el fiero mónstruo
Llevamos á la sacra ciudadela.
Casandra entónces su fatal destino
Predijo á Troya, á Troya que desprecia
Por decreto de Apolo, como siempre,
Su oráculo infeliz. Como en la fiesta
Más solemne, aquel dia ¡ay! el postrero
De la mísera Ilion, guirnaldas frescas

Decoran los altares de los dioses.....
Los cielos entretanto dan la vuelta
Sobre su eje; despéñase la noche
En el fondo del mar, y sus tinieblas
La tierra, los espacios, la perfidia
Encubren y los dolos de la Grecia.
Reposan en silencio los troyanos
Á lo largo del muro, do encadena
Sus miembros fatigados hondo sueño;
Cuando hé aquí que desplegó sus velas,
Y al callado fulgor de luna amiga
Saliendo de Tenedo, da la vuelta
La armada sin sentir, y al conocido
Litoral se encamina en son de guerra.
Del régio buque sobre la alta popa
Una llama brilló: Sinon al verla,
Protegido en su ardid por las deidades
Enemigas de Troya, abre las puertas
Furtivamente del coloso: afloja
Los ocultos resortes, y echa fuera
Los Dánaos que habitan en su seno.
Abierto el mónstruo, respirar les deja
El aire en libertad, y alborozados
Se deslizan en fin por una cuerda
El hueco roble abandonando, Toas,
Tisandro y Estenelo, á quien de cerca
Siguiera el cruel Ulises; Neoptolemo
El nieto de Peleo; salta en tierra
Atamante tambien; mas de la efigie
Allí los tres primeros se descuelgan

Macaon, Meneláo con Epeo
Inventor de la máquina funesta.
Invaden la ciudad, en sueño y vino
Sumergida doquier: los centinelas
Al golpe caen del aleve acero....
Introducen, franqueadas ya las puertas,
Sus huestes en Ilion, dentro sus calles
Se juntan ¡ay! las conjuradas fuerzas.

Era aquella la hora cabalmente
En que ya el primer sueño de los dioses
Dulcísimo regalo por las fibras
Del mísero que pena se difunde.
Dormido estaba yo, cuando á mis ojos
De súbito la imágen se aparece
Tristísima de Hector, cuyas mejillas
Un torrente de lágrimas inunda.
Paréceme allí ver que cual un tiempo
Le arrastran por la arena los caballos
La faz cubierta de sangriento polvo,
Traspasados los piés entumecidos
De fuertes correones. ¡Infelice,
En qué estado le veo! ¡Ah! cuán otro
De aquel Hector que victorioso un dia
Los despojos de Aquiles se vistiera!
De aquel ¡ay! que á los Dánaos bajeles
Lanzó el fuego de Frigia! Sus cabellos
Afean y su barba de la sangre
Los negros cuajarones: aún abiertas
Las mil heridas tiene que en las lides

Sufriera alrededor del patrio muro.
Entónces parecióme que yo-propio,
De llanto acompañadas, al guerrero
Estas tristes palabras le dirijo:
«¡O tú, tú, de los Dárdanos lumbrera,
Firmísima esperanza del Troyano!
¿Por qué, anhelado Hector, tan larga fuera
Tu ausencia? ¿De qué clima tan lejano
Acabas de llegar? ¡Al fin te vemos!
Mas ¡ay! ¡cuántas desgracias han caido
Sobre Troya y su gente! ¡Cuál debemos
Llorar los que en la lid han perecido!
Pero ¿qué mano bárbara ha podido
Hiriéndote manchar la frente pura
Con la sangre que así la desfigura?»
Á nada me contesta, ni le mueve
Mi inútil preguntar: hondo suspiro
Exhala entónce su angustiado pecho,
Y con solemne voz: «¡Ay triste! exclama,
Sálvate, hijo de Vénus, con presteza,
Huye, sí, que cercado estás de llama:
Cayó Ilïon, hundióse su grandeza!
Ya es dueño el enemigo de los muros,
Harto diste á la patria y á Priámo!
Si el brazo de un mortal salvar pudiera
La ciudad y el alcázar de Pergámo,
Este mio antes de hoy los defendiera!
La patria á ti sus dioses tutelares
Y los vasos sagrados te confia....
¡Sosténgate su influjo en los azares!

Vé, que otro pueblo fundarás un dia,
Después de errar por infinitos mares!»
Diciendo así, de la potente Vesta
Sacó luégo la imágen del santuario,
Y las vendas sagradas, con el fuego
Eterno de su altar. En el recinto
De los muros entanto un estruendoso
Y lúgubre gritar se percibia.
Y de Anquises mi padre, aunque la casa
Se alzaba solitaria en el retiro,
Escondida de un bosque entre las sombras,
Cada vez más de cerca los rumores
Y el hórrido chocar de los escudos
Llegaban al confin. Yo me despierto;
De un salto me coloco en la azotea
Del palacio, y aplico los oidos
Con profunda inquietud. No de otra suerte
Escucha desde lo alto de una roca
Mudo de pasmo los lejanos sones
Sorprendido pastor, cuando del campo
La mies devora el aplicado fuego
Que el áustro aviva con su fiero soplo;
Ó anega el llano rápido torrente,
Que cual rio veloz de la montaña
Furioso se derrumba, y en sus iras
Arrebata los árboles y troncos,
Y arruina los sembrados destruyendo
Los trabajos del buey. De Hector entónces
La triste relacion veo ser cierta;
Comprendo de los griegos la perfidia.

Ya pasto de las llamas, cae deshecho
El gran palacio de Deifobo: arde
La vecina mansion de Ulcalegonte,
Y el triste brillo del incendio alumbra
Por doquier el Sigeo promontorio.
Ya en el aire el gritar de los guerreros
Se mezcla con el son de los clarines.
Mis armas empuñé entónces furioso;
¿Pero qué son las armas en mi mano,
Desesperado y ciego? ardo en impulsos
De juntar un puñado de valientes,
Y al alcázar correr con mis amigos.
La cólera, el furor á un mismo tiempo
Mi espíritu dominan, y gloriosa
Busco solo una muerte peleando.
De súbito Panteo, aquel Panteo
De Otreo hijo, sacerdote y guarda
Del templo augusto del divino Apolo,
Á mis ojos se ofrece, del Aquivo
Escapado á los golpes; y en sus manos
Las sagradas vasijas, las deidades
Vencidas lleva: su inocente nieto
Siguiéndole va en pos, y de mi casa
Al umbral, fugitivo, se apresura
Turbada la razon. Dime ¿á qué extremo
Llegaron nuestras cosas? le pregunto;
¿Qué defensa nos queda, qué retiro?...
—Ya de Troya llegó el dia supremo,
Su dia inevitable, dice al punto,
Y exhala al responder hondo suspiro.

Solo queda de Ilion, ¡ay! la memoria;
Nuestro imperio cayó, cayó su gloria!
Implacable, ya Júpiter al Griego
Traspasó para siempre este dominio;
Ya manda en la ciudad que entrega al fuego,
Doquier lleva Sinon el exterminio,
Y traidor nos insulta: en la muralla
El gigante caballo cien campeones
Arroja de su seno á la batalla.
Á las franqueadas puertas las legiones
Enemigas se ven, cuantas apenas
Vinieron nunca de la gran Micenas.
El paso de las calles fuerza armada
Nos cierra aquí y allí, do centellante
Amenaza la punta de su espada
Hundirse en nuestros pechos, cada instante;
Y apenas se resisten á la entrada
Los guardias avanzados contra el griego
En un combate desigual y ciego.»

Me trasporta la voz del Sacerdote;
Y del cielo inspirado, de improviso
Arrójome al incendio, y á las armas,
Do furiosa llamándome está Erinis,
Y aquel rugiente estrépito, y los gritos
Que se alzan á las nubes. De la luna
Al pálido fulgor se me reunen
Rifeo con Ifito, el más anciano
Campeon, y el bravo Dimas con Hipanis,
Que á mi lado se agrupan valerosos;

Y el jóven hijo de Migdon, Corebo,
Que abrasado en amores por Casandra,
Venido habia á Troya por entónces,
Pretendiendo la mano de la hija
De Príamo, dispuesto su socorro
Á prestar á los Frigios. ¡Desgraciado,
Que no quiso escuchar el vâticinio
De su inspirada amante! Cuando veo
Mi pequeña cohorte, que sin tregua
Volar quiere á la lid, así les hablo:
«De nada sirve, oh jóvenes, de nada,
Vuestro ardor generoso: ¿qué podemos
En esta situacion desesperada?
Dejaron ya los númenes supremos,
Protectores de Ilion, nuestros altares,
Huyeron de sus templos! Resta ahora
Defender nada más vuestros hogares,
Que ya el incendio por doquier devora.
Mas si en ira encendido el pecho late,
Si correr anhelais mi dura suerte,
Venid, muramos todos, del combate
Arrojémonos, sús, á lo más fuerte:
Luchar desesperado siempre ha sido
El único recurso del vencido»....

Mis palabras redoblan el coraje
De su animado pecho; y con presteza
Como lobos rapaces que furiosa
Dispara el hambre por la oscura niebla,
De rabia ciegos, mientras sus cachorros

La vuelta aguardan con las fauces secas;
Así á través corremos de las armas
Y enemigos, tras una muerte cierta,
Ocupando el camino que conduce
Al medio la ciudad. Sus alas negras
Despliega en derredor la oscura noche....
¡Noche triste y fatal! ¿qué humana lengua
Decir puede su sangre y su matanza?
¿En qué ojos habrá lágrimas que puedan
Llorar tantos horrores? cayó al cabo
Esa antigua ciudad, de todas reina,
Despues de tantos años; y en sus calles,
Y dentro de sus casas, y á las puertas
De los templos sagrados de los dioses,
Aquí y allí, tendidos se aglomeran
Los inánimes restos de sus hijos.
Pero no es sola su sangre quien calienta
El hierro vengador: nó, del vencido
Tal vez en las entrañas se despierta
Su aliento generoso, y vencedores
Los griegos tambien caen, y por doquiera
Pavor, llanto cruel, y de la muerte
Mil lúgubres imágenes se encuentran.
Ofrécese el primero á nuestra vista
Androgeo, marchando á la cabeza
De una hueste de griegos numerosa;
Y engañado en lo oscuro, nos arenga
Desta suerte, creyéndonos amigos:
«Compañeros, corred, ¿quién encadena
Vuestros pasos así? dada ya al saco

La incendiada ciudad, á toda priesa
Arrastran el botin vuestros hermanos;
¿Y tanto retardais saltar en tierra
Dejando los bajeles?» Dice; y nota,
Oyendo nuestra equívoca respuesta,
Que dió en una partida de enemigos.
Herido de estupor, tiene su lengua
Retirándose atrás. Cual caminante
Que apoyado su pié tal vez en ella,
De súbito pisó fiera serpiente
Oculta entre la rígida maleza,
Y al punto retrocede horrorizado
Al ver cómo el reptil á hinchar comienza
El cerúleo cuello, de sus iras
Explicando el rigor; así se aleja
Espantado cuando él nos reconoce.
Caemos sin tardar sobre sus fuerzas
Rodeándolas doquier con nuestras armas.
Dan sus yertos cadáveres en tierra
Aquí y allí, del miedo subyugados,
Sin tener de los sitios que atraviesan
Noticia exacta. Premia la fortuna
Aquel primer esfuerzo: el alma llena
Entónces de entusiasmo ante el glorioso
Resultado obtenido: «Por la senda,
Gritó Corebo, que propicia suerte
Cual medio salvador aquí nos muestra,
Lancémonos, amigos. Los broqueles
Cambiemos al instante; de la Grecia
Vistámonos las armas; nada importa

Que lo llamen valor ó estratagema;
Son nuestros enemigos; sus despojos,
Sus armas del Troyano armen la diestra.»

Diciendo así, coloca de Androgeo
El flotante penacho en la cabeza:
Embraza luego su bruñido escudo,
Y al costado ciñó la espada griega.
Imítanle á su vez Rifeo y Dimas,
Y todos nuestros jóvenes se alegran
Vistiendo las recientes armaduras.
Así á despecho de la infausta estrella
Marchamos por mitad de los Argivos
Sosteniendo á favor de las tinieblas
Infinitos combates: en el Orco
Mil guerreros hundimos de la Grecia.
Los unos huyen hácia sus bajeles,
Y á las costas seguras se repliegan;
Ya de un torpe pavor, víctimas otros,
Escalan el caballo, do se encierran
Volviéndose á los senos conocidos....
Mas ¡ay! ¿Cómo rendir la humana fuerza
Los decretos del Cielo? De improviso
Del santuario y asilo de Minerva
Arrastran á la hija de Priámo,
A la vírgen Casandra, descompuesta,
Tendidos los cabellos. ¡Ay! Sus ojos
Indignados al Cielo en vano lleva:
Sus ojos, pues que duros eslabones
Sus tiernas manos con rigor sujetan.

Tan feroz espectáculo, Corebo
No pudo ya sufrir; y dando rienda
Á su cólera, rompe por las filas
Buscándose la muerte. Con presteza
Imitámosle todos, y corremos
Al peligro mayor de la refriega;
Cuando hé aquí que sus certeros tiros
Desde lo alto del templo nos asestan
Nuestros propios hermanos. Á torrentes
Corre entónces la sangre, porque piensan
Al ver nuestra armadura y los flotantes
Penachos del Argivo, que así vengan
La ruina de su patria. Al mismo tiempo
Los Dánaos furiosos nos rodean
Bramando al ver que la cautiva vírgen
Arrancan de sus manos. Por doquiera
Ya el acérrimo Áyax nos acosa,
Los dos Atridas, la cohorte inmensa
De los Dólopes. ¡Ay! No de otra suerte
Deshecho el torbellino que encadena
Á los vientos rivales, si sañudo
El Noto con el Céfiro se encuentra,
Ó el Euro, que engreido en los corceles
Cabalga de la Aurora, las florestas
Comienzan á silbar; mientras Neptuno
Con su fiero tridente el mar encrespa
Cuajándole de espuma, y revolviendo
El abismo profundo. Entónces llegan
De súbito los que antes sorprendidos
De aquella oscura noche en las tinieblas,

Llevábamos dispersos por las calles
De toda la ciudad: que no son nuestras
Conocen los primeros tales armas;
Los mentidos broqueles de ver echan,
Y el acento extranjero nos descubre.
Superiores en número, nos cercan,
Y al punto nos envuelven. El primero
Cayó herido Corebo por la diestra
Del rudo Peneléo, junto al ara
De la diosa terrible de la guerra.
Siguióle en pos, Rifeo, varon justo,
El más justo que Troya conociera,
El más recto de todos los humanos....
Y el Cielo su virtud no tuvo en cuenta!
Allí sucumbe Hipanis, allí Dimas,
Que los mismos Troyanos atraviesan
Con sus dardos. Y tú tambien, Panteo,
Caiste allí, sin que la sacra venda
Del grande Apolo, y tu piedad insigne
Tutelar proteccion te merecieran.
¡Cenizas de Ilïon, llamas voraces,
Donde ví fenecer mis caras prendas!
Vosotras sois testigos de que nunca
Por salvar á mi patria en la suprema
Caida de su imperio, ni las armas
Del Griego rehusé, ni donde quiera
Falté á la lucha. ¡No era mi destino
Morir allí; que á serlo, ya mi diestra
Asaz lo mereció! Nos arrancamos
De aquel triste lugar: Ifito y Pélias

Conmigo se retiran; el primero
Pudiendo por su edad andar apenas,
Mientra, herido de Ulises, el segundo
Se arrastra con trabajo. De la régia
Mansion de Príamo en aquel instante
Nos llamaban á gritos. ¡Ay! en ella
Tan fiero combatir miran los ojos,
Tan indómito Marte se presenta,
Que á su lado se olvida toda lucha,
Cual si en Troya la sangre no corriera.
Formada la testudo, los umbrales
Del real palacio el enemigo asedia:
Ya al pié de la portada, escala el muro,
Y apoyo el sitiador busca en la cuerda.
Con una mano su broquel empuña
Con que para los golpes: y la diestra
Ganando va la cumbre del alcázar.
Los Troyanos entanto enormes piedras
Arrancan, demolido el alto techo,
Y cúpulas que adornan sus viviendas;
Y en el último trance, ante la muerte,
Con tales armas defenderse intentan.
Las vigas, los dorados artesones
Que ornamento magnífico antes fueran
De sus antiguos reyes, de lo alto
Arrojan sobre el Griego: otros las puertas
Interiores defienden, do se agrupan
Espada en mano. Mi valor renueva
Espectáculo tal: del régio alcázar
Me lanzo con ardor á la defensa,

Por dar socorro á los cansados héroes,
Y añadir al vencido alguna fuerza.

De Príamo entre sí comunicaba
Con la casa do Hector se aposentaba
Un secreto pasaje, oculta puerta
Que habia á espaldas del palacio abierta.
Mientras fué grande Troya y prepotente,
Andrómaca la mísera venia
Por ella hasta sus padres diariamente,
Sin otra compañía
Que su caro Astianacte, á quien ponia
En brazos del abuelo complaciente.
Por esta puerta me encaramo al techo
De la régia mansion, de donde en vano
Lanzaba con despecho
Sus tiros impotentes el Troyano.
Alzábase una torre, que orgullosa,
La cabeza en las nubes escondida,
Semeja sobre un ala peligrosa
Encontrarse en los aires suspendida.
Desde allí sin trabajo se abarcaba
La ciudad por doquier, el campamento
Del fiero sitiador y sus navíos:
Con palancas de hierro en un momento,
Juntando nuestros brios,
Zapamos las junturas mal unidas
En redor de la altísima azotea;
De su base las piedras removidas,
La torre desquiciada bambolea,

Y á nuestro empuje se desploma luégo
Con fracaso terrible sobre el Griego.
Horrendo estrago á sus legiones llêva,
Mas la hueste aplastada se releva;
Y toda clase de armas entretanto,
Y una lluvia de piedras incesante,
Á las Griegas falanjes con espanto
Se lanzan desde el techo culminante.
Á los ojos entónce, amenazante
Se ofrece Pirro en el umbral primero,
Junto al mismo vestíbulo: insolente
Deslumbra con las armas y el acero
Que le cubre. Tal suele la serpiente
Que yació bajo tierra entumecida
Buscando abrigo en estacion más cruda
Dejarse ver, cuando, por fin, nutrida
De pastos venenosos, la piel muda,
Y arrastrándose al sol con nueva vida,
Su pecho apenas en la yerba toca,
Y el triple dardo agita de su boca.
Con él embiste de la real morada
El terrible Perifas los dinteles,
Y el armígero y duro Automedonte
Que de Aquiles rigiera los corceles;
Con él de Esciro la milicia entera
Penetra al interior, y lanza fiera
La llama destructora al alto techo.
Á su cabeza Pirro levantando
Un hacha de dos filos, va derecho
Á forzar los umbrales: apalanca

El quicio de metal, y quebrantando
Con mil golpes y mil la encina dura,
Un robusto tablon al cabo arranca,
Y aparece tras él ancha abertura.
Queda entónces la casa descubierta,
Y una y otra espaciosa galería,
Y la antigua mansion de nuestros reyes,
Y el palacio de Príamo: la puerta
Guardaban á pié firme todavía
Por dentro los guerreros,
Fulminando en su diestra los aceros.
Con mísero tumulto cunde entanto
Por todo el interior acerbo llanto:
Aquí y allí de súbito resuenan
Luctuosos femeniles alaridos
Que el ancho muro con sus ecos llenan
Alzando hasta las nubes sus gemidos.
Los largos corredores atraviesan
Las pávidas matronas en su huida,
Con las puertas se abrazan, y las besan,
En su tierna postrera despedida.....
Igual Pirro á su padre en ardimiento,
Al asalto se arroja: no hay barrera,
No hay guarda que resista al violento
Empuje de su brazo: el quicio fuera,
Ya al golpe redoblado del ariete
Cae la puerta arrancada de su asiento,
Y espada en mano, rápido acomete
Cuanto halla por delante. Fuerza el paso,
Los Dánaos penetran, y asesinan

Los bravos defensores de la entrada;
Sus huestes numerosas ya dominan
Por todo su ámbito en la real morada.
No con tanto furor hinchado rio
Que sus diques rompió, salta rugiente,
Y en su indomable brio,
Vencido el murallon que le hace frente
Se arroja fiero mar por la llanura,
Y talando en sus iras los sembrados,
Cabañas y ganados
En sus ondas arrastra con pavura.
Yo á Pirro Neoptolemo,
Yo ví cabe el umbral los dos Atridas,
Embriagados de sangre hasta el extremo;
Yo á Hécuba y sus cien nueras queridas,
Y á Príamo que al pié de los altares
Regaba con su sangre infortunado
El fuego que á los dioses tutelares
Él habia piadoso consagrado.
De sus cincuenta hijos desparecen
Los tálamos allí, rica esperanza
De su posteridad; allí fenecen
En medio del incendio y la matanza
Soberbios artesones, decorados
Con el oro y despojos arrancados
Al bárbaro en la lid..... Do falta el fuego,
Allí aparece destructor el Griego.
De Príamo querrás el triste sino
Saber, gran Reina, y su fatal destino.
Al ver de Troya la fatal caida,

Quebrantadas las puertas del palacio,
Y la régia mansion luego invadida;
Las armas que despues de un largo espacio
Ya el anciano llevar no acostumbraba
Colgó del hombro tembloroso; ciñe
El inútil acero, y de esta suerte
Al medio del tropel se encaminaba
Buscando allí su inevitable muerte.
En medio de la casa, en un paraje
Desde el cual sin estorbos se veia
De los cielos el rico cortinaje,
Alzábase un altar: con su follaje
De un lado le cubria
Un añoso laurel que allí crecia,
Y alargando sus brazos seculares,
Daba sombra á los dioses tutelares.
En torno del altar vénse agrupadas
Hécuba con sus hijas, aunque en vano,
Cual banda de palomas arrojadas
De negra tempestad al ruido insano,
Asiendo las imágenes sagradas
De los dioses. No bien al rey anciano
Armado como un jóven allí mira,
Cuando Hécuba le dice:
«¿Qué funesta demencia tal te inspira?
¿Á qué son esas armas, infelice?
¿Á dónde vas corriendo, esposo mio?
En la desgracia inmensa
Que de Ilion hoy quebranta el poderío,
Mi vida no fiara

Á tu socorro, nó, ni á tu defensa,
Ni al mismo bravo Hector si aquí se hallara.
Acércate á nosotras, hallaremos
Del altar el auxilio poderoso,
Ó júntos en él, juntos moriremos»....
Y así diciendo, al agobiado esposo
Arrastra con dulzura,
Y un asilo en el ara le procura.

Escapado de Pirro á los furores,
Polites uno de sus hijos, llega
Huyendo por los vastos corredores
Á través de una y otra espada griega.
Por una solitaria galería,
De heridas ya cubierto, el triste avanza;
Fogoso Pirro detenerle ansía,
Persíguele vibrando el hierro insano
Sin dejar de correr; por fin le alcanza,
Sujeta al fugitivo con la mano,
Y el pecho le atraviesa con su lanza.
Arrástrase al altar agonizando,
Y á vista de sus padres, de la herida
Un torrente de sangre derramando,
El jóven infeliz rindió la vida.
No es dueño de sí mismo en tal momento
El rey Príamo ya; y aunque la muerte
Amenaza sus dias, al sangriento
Matador de su hijo de esta suerte
Increpa al fin con indignado acento:
«¡Los dioses recompensen tu sevicia,

Tu execrable maldad! Si allá, en el Cielo
Existen la piedad y la justicia
Que castiga los crímenes del suelo,
Ellos, ellos, te den en sus enojos
El digno premio, el pago merecido,
¡O bárbaro! que osaste ante mis ojos
Mi hijo asesinar, y endurecido,
La faz hora del padre que ultrajaste
Con su sangre inocente salpicaste!
Ménos cruel otro tiempo fué conmigo
El mismo Aquiles, y tu lábio miente
Si de Aquiles el hijo ya te dices;
Movióle mi dolor, aunque enemigo,
Lo justo y santo de mi ruego ardiente,
Y de Hector los despojos infelices
Dignóse conceder á mi ternura
Para darles honrosa sepultura....
Y en plena libertad despues me envia
Al pueblo que mi ley obedecia.»
Hablando así el anciano,
Dispara contra Pirro sin aliento
Débil saeta que á chocar fué en vano
En el ronco metal de la armadura
Que fuerte la rechaza en el momento,
Y apenas mellar pudo
La dura superficie del escudo.
«Lo que acabas de ver, el Griego dijo,
Por ti mismo saberlo debe Aquiles,
Anúnciale que Neoptolémo su hijo
Indigno se hace por sus hechos viles

De llamarle ya padre: pero advierte
Que aquí primero te daré la muerte.»
Dice: y arrastra cabe el ara santa
Al viejo tembloroso cuya planta
Resbala á cada instante
En la sangre del hijo aún humeante.
Á sus cabellos enlazó una mano
Y esgrimiendo en la otra el inhumano
La espada fulminante,
En el seno del mísero escondida
La dejó hasta su puño. Así la vida
Terminó de aquel rey: así el destino
Le robó á nuestros ojos cuando viera
Las llamas de Ilïon, y por doquiera
Derrocada ya Pérgamo. Así vino
Á morir aquel hombre que algun dia
Dominador del Ásia á tantas gentes
Y pueblos tantos leyes imponia.
Los restos de un gran rey indiferentes
Yacen hoy en la costa retirada;
No habrá quien conocerlos hora pueda;
La cabeza del tronco separada,
Un cadáver sin nombre sólo queda.

Sentíme por primera vez entónces
De un terror espantoso poseido:
Quedéme estupefacto: de mi padre
La cara imágen viene á mi memoria
Cuando al hierro enemigo este monarca
Tambien cargado de años, cruelmente

Rendir la vida veo: de mi Creusa,
Que dejé abandonada, de mis lares
Al pillaje tal vez hora entregados
Asáltame la idea; pienso en Julo
Mi hijo, á quien quizá temprana muerte
Estaba amenazando. Miro en torno
Buscando los amigos que me cercan...
Todos ya, fatigados del combate,
De allí se habian ido: de la cúmbre
Del alto régio alcázar se arrojáran
Ó en medio de la hoguera despechados
Prefirieron morir. Quedéme solo,
Y al fulgor del incendio marcho errante.
Con inquietas miradas escudriño
Los sitios por doquier, cuando descubro
Á la hija de Tíndaro escondida
De Vesta en los umbrales: allí muda
Un asilo buscaba silenciosa:
Fatal mujer que de Ilïon á un tiempo
Y de Argos es la furia! la venganza
Temió de los Troyanos, y su encono
Por la ruina de Pérgamo; la asustan
Las iras á la vez de los Argivos,
Y el rigor de un esposo abandonado;
Y de todos odiada, allí se esconde,
Buscando proteccion en los altares.
Ardió mi pecho al verla; me arrebata
La cólera, y anhelo con su muerte
De mi patria vengar la triste ruina
Y que tanta maldad no quede impune.

Pues qué, yo me decia, ¿salva y libre
Verá de nuevo á Esparta y á Micenas
Su patria esta mujer? ¿debe triunfante
De Troya regresar y la corona
En sus sienes ceñir? ¡cómo! ¿su esposo,
Y su casa, y sus padres, y sus hijos,
Verá otra vez, servida de Troyanas
Esclavas suyas, ¡ay! nuestras esposas?
¿Y Príamo á los golpes del acero
Sucumbe asesinado? y á pavesas
Reducida Ilïon? ¿y tantas veces
De la sangre troyana nuestras costas
Empapado se habrán?... Nó; si glorioso
Matar á una mujer no ha sido nunca,
Si innoble es la victoria, algun aplauso
Podrá valerme castigar la infamia
Con pena merecida, y de la tierra
Un mónstruo exterminar; así los manes
Saciaré de los mios; y el ardiente
Placer de la venganza, derramando
Su sangre, gozaré.» Tal me decia,
Y furioso hácia ella me arrojaba:
Cuando hé aquí que mi divina madre
De súbito á mis ojos se presenta
Celestial como nunca, y en las sombras
Resplandece purísima: descubre
Que es la diosa, tan bella, tan sublime
Cual suele aparecer en las mansiones
Felices del Olimpo. Me detiene,
Y su rosado lábio así se expresa:

«Tu cólera indomable, hijo querido,
¿De qué dolor nacer pudo tan fiero?
¿Á qué tal arrebato? ¿dó se ha ido
Tu amor hácia nosotros? ¿no es primero
Del viejo Anquises de vivir cansado,
De tu padre indagar el paradero?
¿Y si vive tu Creusa? si ha dejado
El niño Ascanio de existir? doquiera
Rodéanlos de Grecia las falanges;
Y si yo á defenderlos no acudiera,
Ya hubieran perecido á los alfanjes
De nuestros enemigos, ó en el fuego
La vida todos tres rindieran luégo.
No á Páris ya le culpes, hijo mio,
Ni acuses hoy á Helena la Espartana;
Quien de Troya derroca el poderío,
Y sus torres y alcázares allana,
Es la ira del Cielo, sí, del Cielo:
Convéncete, que á tus mortales ojos
Ahora voy á levantar el velo,
El húmedo vapor que sus enojos
Te impide ver. Tu madre no te miente,
Obedécela en todo ciegamente.
Allí donde estás viendo
Esas moles inmensas dispersadas,
Do el polvo con el humo va subiendo
Cual una densa niebla, descuajadas
Las piedras por doquier y confundidas;
Del tridente á las fieras embestidas
Allí Neptuno las murallas bate

Y sus cimientos mina,
Y toda la ciudad de Ilion arruina.
¿No descubres allá en la puerta Escea
Que á todos se anticipa, hierro en mano,
Y al ejército amigo le vocea
Que venga de la escuadra á la pelea
Furiosa Juno en su rigor insano?
Pero mira detrás: Palas, la Diosa
De Triton ves allí, que conducida
En nube fulgorosa,
Del alto alcázar en la cima posa
Fiera ostentando la temible egída.
Hasta Jove milita con el griego,
Y le infunde valor, y le da brio,
Y alienta sus esfuerzos, y á su ruego
De Ilion contra las armas se conjura
El poder de los dioses. Hijo mio,
Á huir de estos lugares te apresura,
Pon término á la inútil resistencia;
Doquiera que te hallares,
Contigo yo estaré: mi diligencia
Seguro te pondrá en los patrios lares.»

Así dice, y de súbito en las sombras
Espesas de la noche desparece.
La imágen espantosa de los dioses,
Los grandes dioses al troyano adversos
Preséntase á mis ojos de improviso.
Parecióme que Troya se sentaba
En un lecho de fuego, y que se hundia

Deshecha la ciudad ya de Neptuno.
Así de una montaña en la alta cumbre
Tal vez antiguo fresno con los golpes
Redoblados del hacha á competencia
Los rudos leñadores acometen
Queriéndole abatir; él se resiste
Una vez y otra vez, tiembla el follaje,
Sacude la cabeza titubeando,
Y cubierto de múltiples heridas,
Exhala al fin su postrimer gemido
Y cae rodando por el valle. Al punto
Desciendo del alcázar: por las llamas
Por medio de los Dánaos, guiado
De mi madre la diosa, me deslizo.
Á través de sus armas corro impune,
Y á mi paso el incendio se retira.
Del techo paternal en los umbrales
Me encuentro ya, mansion de mis mayores;
Mi padre á quien salvar primero ansío
Y á las altas montañas conducirle
Ante todo, rehusa en el destierro
Sus dias alargar entre amarguras
Arruinada Ilïon. «Huid, nos dice,
Vosotros que aún sentís en vuestras venas
El calor juvenil, que en menoscabo
Las fuerzas no teneis; si este infelice
En medio de sus penas
La vida prolongar debiera al cabo,
Guardáranme los númenes del Cielo
De mis mayores ¡ay! esta morada;

Basta, basta, ya he visto el triste duelo
De Ilïon otra vez, sobrado ha sido
Haber á tanto mal sobrevivido.
Dejadme aquí morir, así lo quiero,
Y á mi mortal despojo
Un adios al marchar dareis postrero:
Tendré bastante arrojo
Para hallarme la muerte por mi mano.
¡Quizá del enemigo al hierro humano
Codiciando mis restos yo sucumba!
Mas ¿qué vale el perder ¡ay! una tumba?
Há tiempo que del Cielo aborrecido
La inútil vida arrastro tristemente,
Desque en alas del viento conducido
Con su fuego á tocar vino mi frente
Aquel rayo temido
Del padre de los dioses soberano,
Del rey supremo del linaje humano.»
Hablando de esta suerte, inalterable
Persiste en sus intentos. Creusa entónces
Mi amada esposa, Ascanio, yo con ellos,
Y toda la familia le conjura
En lágrimas deshecha, que no arrastre
La ruina general tras de su ruina,
Obstinado en morir. Él impasible
Resiste á nuestros ruegos: nada puede
Moverle á que abandone sus moradas
Do fijo persevera. Despechado
Arrójome de nuevo á los combates,
Y en tamaña desgracia solo anhelo

Buscar allí la muerte. ¿Qué partido
Podia yo tomar? ¿Qué otra fortuna
Me estaba reservada? «¡Ay! Y mi padre,
Exclamé entónces yo, mi padre espera,
Que dejándole á él huir pudiera
Eneas de Ilïon? ¿Pudo su boca
Al tierno amor de un hijo hacer tan poca
Justicia? Si le place al alto Cielo
Que no quede aquí piedra sobre piedra,
Si ya teneis resolucion formada,
Si de Troya añadir al largo duelo
Nuestra ruina comun no os arredra,
De morir esa puerta es el camino:
¡Ay! bien pronto aquí Pirro el asesino
Tendreis á vuestro lado
Con la sangre de Príamo manchado;
Á Pirro que atraviesa con su pica
Á los ojos del padre al caro hijo,
Y al padre en los altares sacrifica.
¿Por qué, Madre divina, me dirijo
Á través de las armas y el incendio
Protegido por vos á estos lugares,
Para hallar de desdichas tal compendio,
Y ver al enemigo en mis hogares,
Descargando el feroz hierro homicida
En mi Ascanio, en mi padre, y en mi esposa,
Y ver cómo en el suelo confundida
La sangre de los tres aquí rebosa?
Mis armas, sí, mis armas al momento,
La muerte es el recurso del vencido,

Volver quiero á los griegos, y el sangriento
Combate renovar interrumpido;
Que en medio la matanza
No todos moriremos sin venganza.»

De nuevo entónces el acero empuño,
Y ya el broquel en la siniestra mano
Lanzábame á la calle; adelantóse
Mi esposa á los umbrales, me detiene,
Se abraza á mis rodillas, y mi hijo
Mi Julo me presenta y así dice:
«Si corres presuroso tras la muerte,
Arrástranos contigo sin tardanza,
Los tres alcanzaremos igual suerte;
Mas si tienes un resto de esperanza
En la fuerza probada de tu acero,
Defiende estos hogares lo primero.
Si tú nos abandonas, ¡ay! ¿quién cuida
De tu Julo, y tu padre, y de tu Creusa,
Tu esposa en otro tiempo tan querida?»
Lamentándose así, todo el palacio
Llenaba con sus gritos; cuando en esto,
Prodigiosa, inaudita nos sorprende
De pronto una vision. En la cabeza
De Ascanio que en los brazos reposaba
De sus llorosos padres, recibiendo
Sus ósculos de amor, un leve rayo
Brilló de luz que misteriosa gira
Rozando sus cabellos inocente,
Y en redor de sus sienes se alimenta.
De espanto y de pavor entónces llenos,

La inflamada melena sacudimos
Y la llama celeste con el agua
Queremos extinguir. Regocijado
Mi padre Anquises levantó los ojos,
Y extendiendo sus manos al Olimpo:
«¡O Júpiter, exclama, omnipotente,
Si las súplicas pueden ablandarte,
Propicia una mirada solamente
Arroja hácia nosotros: y si es parte
Nuestra misma piedad á interesarte,
Protéjenos, escucha nuestro ruego,
Y el presagio feliz confirma luégo!»
De hablar apenas acabó el anciano,
Cuando súbito oyóse el estallido
De un trueno sobre el Norte. Por las sombras
Á través del espacio se desliza
Bajando de los cielos una estrella
Que en pos dejara luminoso rastro:
Del techo paternal sobre la cumbre
Suspendida la vimos un momento,
Y en los bosques del Ida al fin perderse
En su brillante ruta. El horizonte
Un relámpago entónces atraviesa,
Que en sulfúrico olor deja impregnados
Los aires por doquier. Al fin rendido
Del celeste portento ya mi padre,
Alzó sus ojos invocando al Cielo,
Y el astro santo con fervor adora:
«Vamos, vamos, exclama sin demora,
Llévame donde quieras, ya te sigo:

¡O Dioses de mi patria, que al abrigo
De vuestra proteccion puedan salvarse
Mi nieto y mi familia! Tal agüero
Á vuestra voluntad debe imputarse;
Los árbitros supremos sois de Troya....
Hijo mio, no más resistir quiero:
Seré en la fuga ya tu compañero.»
Así diciendo, se oye de la llama
Cada vez más cercano el estallido,
Y el calor del incendio se derrama
Llegando hácia nosotros más nutrido.
«Pronto, pronto, grité, padre querido,
Subid sobre mis hombros: que gravosa
La carga no será; y en todo evento
Comun sea el peligro, una la suerte,
Rindamos juntos el postrer aliento,
Ó juntos escapemos á la muerte.
Nos hará el niño Ascanio compañía
Y entanto nuestras huellas á lo léjos
Procura tú seguir, esposa mia.
Vosotros mis sirvientes, los consejos
Oid con atencion que voy á daros:
Vereis de la ciudad á la salida
Sobre un collado exiguo
Desierto un templo de quien nadie cuida
Y santuario de Céres en lo antiguo.
Un ciprés secular crece á su lado
Desde tiempos remotos conservado
Por la tierna piedad de nuestros padres:
Al santo templo pues, porque avisado

Nuestros pasos el griego no sorprenda,
Marchemos todos por distinta senda.
Llevad vos, padre mio, en vuestra mano
Las sagradas vasijas, los Penates
Que no me es dado á mí tocar profano
Despues de los mortíferos combates
Sin ser purificado el cuerpo mio
En las aguas perennes de algun rio.»
Un ropaje tras esto me acomodo
Á los hombros y cuello con presteza,
Y me envuelvo tendida á las espaldas,
De un leon con la piel amarillenta,
Y recojo mi carga. El niño Julo
Enlazándose entónces á mi diestra,
Con paso desigual sigue á su padre:
Detrás viene mi esposa, y desta suerte
Marchamos por las hórridas tinieblas.
Y yo que antes impávido arrostraba
Las armas por doquier, yo que las griegas
Falanges sin temblar miré de frente,
Suspenso ahora de pavor me llena
Hasta el soplo del aura, todo ruido
Me hacia estremecer ¡ay! por la prenda
Que reposa en mis hombros, por Ascanio
Y mi querida esposa. Ya á las puertas
Me voy aproximando; ya creia
Salvadas las difíciles veredas,
Cuando súbito oí rumor nutrido
De no lejanos pasos; y comienza
Á gritarme mi padre, sus miradas
Dirigiendo á través de las tinieblas:

«Pronto, pronto, hijo mio, de aquí huye,
No pierdas un instante, que se acercan:
Ya veo relucir ¡ay! sus broqueles,
Y el brillo de sus cascos.» En aquella
Terrible situacion no sé qué númen
Maléfico trastorna mis ideas
Y mi razon ofusca: pues entanto
Que voy siguiendo extraviadas sendas
Errante por doquier sin lugar fijo,
Perdí de vista ¡ay mísero! á mi Creusa,
Ya el destino á mi amor la arrebatara,
Ya el cansancio en la marcha la rindiera.
En el templo de Céres sacrosanto,
Do arribamos por fin, noté su ausencia;
Allí lo eché de ver, allí está Julo,
Solo faltaba entre mis gentes ella.
Ciego ya de furor, no hay sér divino
Ni humano á quien no increpe. ¿Cuál escena
Más bárbara ofrecer pudo á mis ojos
De Ilïon la catástrofe sangrienta?
Ascanio, Anquises, los troyanos dioses
Confio á los demás, y en la revuelta
De un valle los oculto. Yo, ceñidas
Las armas centellantes con presteza,
Me vuelvo á la ciudad, firme, resuelto
Á lanzarme de nuevo á la contienda,
Y á verlo todo, registrarlo todo,
Y exponer al peligro mi cabeza.
Desandado el camino, llego al muro,
Y el umbral y confines de la puerta
Por do hubimos salido exploro atento

Á la pálida luz de las hogueras.
¡Todo es horror en torno; hiela el alma
Juntamente el silencio que allí reina!
Volé á mi casa entónces; ¡ah quién sabe,
Quién sabe si refugio buscó en ella!
Pero estaba invadida; ya los Dánaos
Habíanla ocupado por doquiera;
Y á poco, de un voraz rápido incendio,
Que el fuerte viento fomentaba presa
Densas llamas los techos envolvian
Y al espacio lanzábanse soberbias.
Torné á ver otra vez el régio alcázar,
De Príamo palacio y residencia.
De Juno ante los pórticos desiertos
Fénix y Ulises el cruel la presa
Troyana custodiaban, elegidos
Entrambos á este fin. Allí las mesas
Sagradas de los dioses; allí copas
Macizas de oro puro; allí riquezas
De templos que el incendio ha devorado;
Allí del mísero cautivo allegan
Despojos, vestiduras, que en circuito
Mujeres, niños con pavor contemplan.
Arriésgome á gritar entre las sombras
Una vez y otra vez llamando á Creusa
Con dolorido acento; pero en vano,
Mi voz se va á perder y no contesta.
Mientras lleno las calles con su nombre
Y la busco afanoso en mi demencia
Aquí y allí, su colosal espectro
De súbito á mis ojos se presenta.

Erizáronse al verle mis cabellos,
Quedé pasmado, se anudó mi lengua,
Mas al fin mi penosa incertidumbre
Desvanece al hablar de esta manera:
«¿Por qué, por qué al dolor, esposo mio,
Te entregas con tan loco desvarío?
El Cielo ordenó así lo que hoy sucede,
Y á tu Creusa seguirte no le es dado
En trance tal, porque alterar no puede
Lo que el Rey del Olimpo ha decretado.
¡Destierro prolongado,
Largas navegaciones todavía
Te resta que afrontar, ¡ay! con tu gente;
Mas á la Hesperia llegarás un dia,
Allá do el Lidio Tíber su corriente
Desliza perezoso por regiones
Tan fecundas en ínclitos varones.
Allí próspero el hado en tu camino
Un trono y una esposa te depara
De sangre real; no quieras el destino
Llorar de Creusa para ti tan cara.
Mirmídones ó Dólofes vencida
No han de arrastrarme á su mansion fastuosa,
Ni á las griegas matronas sometida
Viviré en servidumbre ignominiosa:
Sufrir tal no pudiera
Una Dárdana, yo, de Vénus nuera.
En estos sitios porque así conviene
La Reina de los Dioses me detiene:
Vete, pues, y en el alma siempre fijo
Conserva el dulce amor de nuestro hijo.»

Y así diciendo, en las sutiles auras
Desparece de súbito, y me deja
Sumido en llanto y sin prestarme oido
Por más que anhelo conversar con ella.
Tres veces abrazarla me propongo,
Y su imágen ¡inútil diligencia!
Cual viento leve, cual fugaz ensueño
Tres veces impalpable se me niega.
Pasada así la noche, hácia los mios
Resuélvome por fin á dar la vuelta.
Con grande admiracion ví que otros muchos
Habian engrosado nuestras fuerzas,
Guerreros y matronas, tiernos niños,
Y gentes infelices que se alejan
Del dulce patrio hogar con sus ajuares
Resueltos á seguirme por doquiera
Surcando el ancho piélago. Ya en esto
Del Ida tras las cumbres ver se deja
El brillante lucero matutino
Precursor de la luz. Todas las puertas
Guarda de Troya vigilante el Griego;
Pretender auxiliarla es vana empresa;
No resta ya esperanza; tomo en hombros
Á mi querido padre, y con presteza
Corro al monte cediendo á los rigores
Y al cruel influjo de la suerte adversa.

TRADUCCION

DE ALGUNAS POESÍAS

DEL MAESTRO

FRANCISCO SANCHEZ DE LAS BROZAS. (1)

I.

ARACNÉA.

Si á *Palas* insolente no irritara
La mísera *Aracnéa* en su porfía,
Claro nombre de artista se ganara,
Y su fama á los astros volaria.
Jamás mujer la seda y el brocado
Con la aguja animar supo cual ella,
Ni bordar un tapiz más delicado:
Mas ¡ay! desvanecida la doncella
Con la rica abundancia de primores
Que en sus manos adquieren las labores,
Aunque simple mortal, la infeliz osa
Altiva competir con una diosa.
Consejos, moniciones, todo es vano:

(1) Véase el Prólogo, párrafo 10.

Obcecada la jóven imprudente,
No se humilla ante el númen soberano,
Que vengando el insulto, tristemente
La condena á que de un frágil tejido
Tenga siempre su cuerpo suspendido,
Y en araña convierte á la orgullosa
Que antes era tan linda y tan hermosa.

Pallada si nunquam misera irritaret Arachne
Arte potens nomen ferret in astra suum.
Nulla etenim tenues pulsabat pectine telas,
Doctiùs, aut meliùs conficiebat opus.
Infelix digitis nimiùm confisa sonoris
Ausa est mortalis sollicitare deam.
Non prosunt monitus, non prosunt mitia verba,
Cederet ut magnæ stulta puella deæ.
Quapropter gracili dependet sedula tela:
Pendet araneola, pulchra puella priùs.

II.

Á LEON.

Docto Leon, perdona,
Perdona á la caterva
De indoctos jovencitos
Que tu gimnasio pueblan:
Así el Cielo tus planes
Propicio favorezca.
Basta ya de sevicia,

Basta, tus iras templa,
Y el corazon ablanda
Por más que *Leon* seas.
En medio la rabiosa
Canícula se enerva
El ánimo, y su aliento
Trastorna la cabeza.
No empuñe ya temible
Tu mano la palmeta,
Ni el riguroso azote
Al párvulo estremezca.
Que nunca el sol estivo
Favoreció á las letras;
Y el que en tan duro tiempo
Tener sabe firmeza,
Harto hace, *Leon* mio,
Por muy poco que aprenda.

Docte Leo, indoctæ dignator parcere turbæ,
Sic faveant votis numina cuncta tuis.
Sævitum est multum, tua jam desæviat ira:
Sis licèt ipse Leo, ferrea corda doma.
Fervet in ignitis rabidisque caloribus æstas;
Non arment senticæ virgaque sæva manus.
Tempora sunt alia studio nostro apta; sed isto
Tempore qui est firmus, discere, credo, satis.

III.

INDULTA MAXIMILIANO Á UN REO.

El culpable *Sciron* con dura muerte
Su crímen expiar debe en la tierra
Por decreto de un Príncipe ofendido,
Que á ser asaeteado le condena.
Llegó el fatal momento: del suplicio
Ya á las gradas el mísero se acerca,
Ya la Parca, inflexible, de su vida
Se apresura á cortar la débil hebra;
Cuando hé aquí que con benignos ojos
Conmovido el Monarca le contempla
Desde un alto balcon; duélese al punto,
Y manda al reo levantar la pena.
Regocíjate ¡o jóven! de tus dias
No ya implacable deshacer la tela
Podrá Laquesis hoy, que á su despecho
Absuelto vives por la real clemencia.

Occidi meritum crudis Scyrona sagittis
Jusserat immiti rejia virga nece.
Jamque miser palum scandendum viderat, et jam
Fila manu properâ Parca secabat atrox.
Cùm placidis Princeps oculis hunc aspicit alta
Ab specula, atque viro est jussa redire salus.
Macte animi, juvenis, cui jam non ferrea vitam
Net Lachesis, regis mite sed ingenium.

IV.

ELOGIO DE LA MÚSICA.

Fué dádiva del Cielo
De la música el ritmo numeroso
Que al pobre habitador del bajo suelo
Y al númen inmortal es delicioso.
Del hombre son encanto
Las Musas con su plácido embeleso;
Nada le absorbe ni cautiva tanto:
Por eso, sí, por eso
Á la música y dulce poesía
Los griegos la llamaron *melodía.*

Cœlorum est donum numerosi musicæ rhytmi;
Hæc hominum menteis allicit atque Deûm.
Quod nil curæ homini plus Musis debeat esse
Hoc fuit a Graiis Musica dicta melos.

V.

ORFEO.

Dicen que con su lira
Las aves y las fieras
El músico de Tracia
Domesticó en las selvas.
Los rios su corriente
Detienen con sorpresa,

Y el dulce son cautiva
Hasta las rocas yertas.
El Strimon, adonde
Los gratos ecos llegan,
Dormidas ve sus aguas
Con suave cantinela.
Al Ísmaro suspende,
Al Ródope enagena;
Y los frondosos ramos
Que arrastra su cadencia,
Sombrean el contorno
Á modo de una selva.
¿Sabeis qué significa
La fábula poética?
Porque del hombre inculto
Suaviza la rudeza
Con persuasivo acento
Que al corazon penetra;
Y le hace odiar la sangre
Y la nefanda mesa,
Y le prescribe leyes
Que sus costumbres reglan,
Trazándole el camino
De la moral severa;
Por eso de leones
Y tigres la fiereza
Se dijo que amansaba;
Por eso tambien cuentan
Que conmovió su lira
Hasta las duras piedras.

Threicius vates sensus aviumque ferarumque
In sylvis fertur perdomuisse lyrâ.
Et stupefacta suos tenuerunt flumina cursus,
Saxaque dulciloquo sunt quoque capta sono
Suavisonosque modos stupuerunt Strymonis undæ:
Ismarus obstupuit, obstupuit Rhodope.
Illectos ramos dulci modulamine vocis
Umbras confertos (1) *constituisse ferunt;*
Sed placidis hominum quia dictis aspera corda
Avertit fœdis cædibus atque cibo,
Quod docuit leges, moresque dolavit agrestes,
Quod bene vivendi perdocuitque vias,
Dictus ob hoc lenire tigres, rabidosque leones,
Dictus ob hoc etiam saxa movere sono.

VI.

INVOCACION AL ESPÍRITU SANTO, AL COMENZAR EL ESTUDIO.

Almo Espíritu, Dios omnipotente,
Con el Padre y el Hijo en igual grado,
Que el ancho espacio de la tierra mides,
Y llenas la region del alto cielo!
Tú, que un tiempo á los ínclitos varones,
Al contacto de un Dios enardecidos
Que su sér inundaba, descendiste
Con súbito fulgor, cual las centellas

(1) Vel *contextos*. (Variante del *Brocense* mismo.)

Que del Etna en los antros espaciosos
Ardiendo brotan del candente hierro
Al rudo golpe de tenaz martillo;
Centellas cuya luz mata las sombras,
Y una vez y otra vez giran brillantes
Del sol pudiendo amortiguar la lumbre;
Tú, que inspiraste á los que oyó su lengua
Hablar el Galileo, el Griego, el Indio,
Y el hijo de la Libia, y el de Tracia,
Y el Frigio, y el Cilicio, y el Scita,
Y el Árabe, y el Persa, el Geta y Parto;
Propicio, Señor, ven, llena mi mente,
Y haz que beba inspirado á tu presencia
De las fuentes divinas de la ciencia.

Omnipotens cum Patre Deus Gnatoque, potestas
Terrarum tractus afflans, Cœlique profunda
Spiritus Alme; viri quem quondam numine tacti
Concepere, Deumque imis hausere medullis
Splendentem, veluti candentis frustula ferri,
Verbere quæ assiduo saliunt fornacibus Ætnæ,
Frustula quæ tenebras arcent, quæ nubila pellunt;
Frustula quæ solis possunt prævertere lumen;
Quos vidit patrias Galilæa haurire loquelas,
Græciaque et Indi, vidit Libysside cretus,
Phryx, Geta, Persa, Cylix et Thrax, Scytha, Parthus Arabsque;
Adsis ò, placidusque veni, fontesque reclude
Divinos, mitisque animis illabere nostris.

VII.

Á DON JUAN LASO.

Salud ínclito Juan, vástago ilustre
De la clara familia de los Lasos,
Que su orígen derivas esplendente
Del solar más antiguo y encumbrado;
Si á mí las Musas armoniosos versos
Quisieran inspirar, si el soberano
Febeo Apolo su dorada lira
Propicio me cediera, ¡con qué grato
Placer, mi dulce amigo, las proezas
Me esforzara á cantar de tus preclaros
Insignes ascendientes! ¡con qué gozo
Á ti te diera el merecido aplauso,
Y pondria en las nubes á Taleya,
La plácida Taleya que es tu encanto!
Mas ¡ay! que, compasivas, las Tespiadas
Inspirarme no quieren versos altos,
Y el Cintio númen sus divinos ojos
Aparta de tu amigo desdichado.
Mis fuerzas, además, rindiera al punto
Empeño tan difícil y tan árduo,
Que no puede, nó, nó, pobre barquilla
Medir sin grave riesgo mar tan vasto.
¿Cómo es dable las glorias, las hazañas,
Los blasones de tus antepasados
Y su ilustre progenie, con buen órden
Cantar y en breve término, mi Laso?

Tales títulos cuenta tu prosápia,
Tan espléndidos hechos la ilustraron,
Tal brillo se derrama de tu cuna,
Mi generoso amigo, fulgor tanto,
Que indeciso no acierta el pio vate
Ni á ti, ni á tu familia dar el lauro
Debido en su cantar. No de otra suerte
Suspenso el leñador encuentra su ánimo
En el frondoso Ida, que sus ojos
Cautiva con un árbol y otro árbol.
Aquí el verde laurel, premio envidiable
Que halaga al vencedor, le está llamando;
Ya de Hércules allí se eleva erguido
Tendido al viento el poderoso álamo;
Acá el altivo pino le convida
Á que alce el hacha con robusto brazo,
Mientra el cedro acullá le evita el golpe,
Haciendo al punto vacilar su mano.
Medita lo que digo, si en mi Musa
De cierto y razonable encuentras algo,
Una vez y otra vez, yo te lo ruego,
En tu buen corazon haz por grabarlo.
Si el ingénio no iguala á la materia,
Vendrá á dar en el suelo desplomado
El edificio entero, ¡ay! y su ruina
Del mísero Poeta será escarnio.
Despídome por hoy, o dulce amigo,
Que ya mi Musa te fastidia acaso:
Adios, mi caro Juan, nunca te olvides
Del pobre vate que te quiere tanto.

Inclyte Joannes, Lassorum clara propago
Qui genus à priscis ducis originibus:
Grandia si nobis dictarent carmina Musæ,
Si daret auratam Phœbus Apollo chelyn,
Efferre insignem gentemque, genusque tuorum
Conarer numeris, dulcis amice, meis.
Conarer laudesque tuas, placidamque Thaleiam
Quam sequeris, meritis laudibus evehere.
Sed mihi Thespiades blandæ mala carmina donant,
Avertit vultus Cynthius usque suos.
Adde quod ingenti premimur sub pondere rerum,
Nec natat in vasto parvula cymba mari.
Quis etenim arma, duces, decus ingens, altaque gentis
Stemmata in angustum legibus arctet opus?
Tot tituli emergunt, tot surgunt splendida facta,
Tot, generose, nites undique luminibus,
Ut vatis dubiam vertat sententia mentem,
Qui celebrare pius teque, tuosque paret.
Non aliter cùm ligna secat lignator in Ida
Frondiferâ, dubium copia multa facit;
Quem vocat hinc viridis victorum prœmia Laurus,
Herculis, hinc arbor populus astra ferit.
Jam movet in Pinum dextram, rigidamque bipennem,
Ni Cedrus ancipites redderet inde manus.
Ergo crepat veri si quid mea Musa, memento
Quæ dicam, et placidâ mente reconde precor.
Ingenium par materiæ nisi sit, quod struxeris omne
Corruet, et risus fœda ruina dabit.
Jamque vale, generose, meo ne tædie versu
Ingenerem, vatis sis memor usque tui.

VIII.

SALUTACION Á JACOBO TAPIA Y ALDANA.

Vete, Musa, no tardes, y á *Jacobo*,
Doblando la rodilla con respeto,
Salúdale en mi nombre. Cuando sepas
Si ya de mí se acuerda, si está bueno,
Despídete cortés, no le distraigas,
Que no conoces el valor del tiempo.
Si no voy en persona á visitarle,
Si escrita de mi puño por lo ménos
Una carta sentida no penetra
Tampoco el dia de hoy á su aposento;
Discúlpame, dirásle que apocado,
Que rústico formarme plugo al Cielo;
Y despues, de mi parte, estas palabras
Procura trasmitirle sin rodeos:
«Primero odiar el cristalino lago
Al cisne se verá; de su elemento
Huir ántes los peces; que la imágen
Del docto *Tapia* arranquen de mi pecho:
De *Tapia*, cuyo amor tiene erigido
En mis entrañas misterioso templo.»

Vade, age, Musa, meo, gressu properante, Jacobo
Poplite deflexo, dic reverenter: Ave.
Ut valet, ut meminit nostrî, quum multa rogâris,
Excusa segnes, indecoresque moras.

Quod non præsentem præsens hoc tempore visam,
Illius aut saltem litera nostra lares;
Rusticus est animus nobis, dic, atque pusillus;
Nomine deinde refer paucula verba meo.
Desinet esse priùs Lympharum Cygnus amator,
Desinet esse priùs piscis amicus aquis,
Pectore quàm doctus labatur Tapia nostro,
Ossibus in nostris cujus inhæret amor.

IX.

TÚMULO.

DIÁLOGO ENTRE EL GÉNIO DE LOS SEPULCROS Y UN VIAJERO.

V. ¿Quién yace en este túmulo?—*G. Montroscio*,
Modelo de piedad y de justicia,
Sin par en la comarca.—*V.* ¿Y su linaje?
Decidme, o Génio, ¿y su tenor de vida?
G. Fué noble y sacerdote: sus virtudes
Del Ungido de Dios fueron muy dignas.
V. ¿Fué grande su caudal, ó en pobre techo
Vivió, decidme, justo y sin mancilla?
G. Adversa fué su suerte: ¡ay! al principio
Trató á *Montroscio* con dureza inícua,
Que no heredó de sus ilustres padres
Cuantiosas sumas ni soberbias fincas;
Mas su virtud y poderoso ingénio,
Venciendo á la fortuna su enemiga,

Valiéronle más tarde, o transeunte,
Riqueza y fama por honrosa via.
Insigne cantor fué, claro poeta,
De tres Sumos Pontífices delicia:
Del Papa al lado diestro asistió, cuando
Al ara santa á celebrar venia;
Y despues que del mundo á los señores
Cautivó con los ecos de su lira,
Voló á los Cielos, do dichoso mora
Entonando celestes armonías.

V. *Quis jacet hoc tumulo?*—G. Montroscius: *æquior alter*
Non fuit his terris, nec pietate prior.
V. *Quod genus? et vitæ genus?*—G. *Altâ stirpe creatus,*
Sancta sacerdotis munia commeruit.
V. *Num fortuna viro grandis? vel paupere tecto*
Exegit justos et sine labe dies?
G. *Principiis inimica fuit, miseranda, proterva,*
Dives enim patriis non fuit ille bonis.
Virtute et magnas et opes ascivit honestas,
Fortunam superans moribus, ingenio.
In primis cantu valuit, Musisque canoris,
Pontifici terno gratus in obsequiis.
Pontifici, celebranda forent cùm maxima sacra,
Adfuit altaris cornua læva tenens.
Terrarum dominos postquam demulsit, ad astra
Evolat, ut dulcem concinat harmoniam.

X.

Á MAXIMILIANO, REY DE BOHEMIA (1).

Piadoso Rey, que el nombre derivaste
Del blason más ilustre y esplendente;
¿Quién más feliz, quién? Si algo anhelaste
El Cielo siempre te acudió clemente.
Pues ya en tu edad temprana,
Y antes de que pagara tu buen padre,
Que ciñó la diadema soberana,
La antigua comun deuda á nuestra madre,
Ostentas con nobleza
La corona imperial en tu cabeza.
Su nítido marfil te da en tributo
El Indio por un lado;
El Larisa te ofrece el rico fruto
Del bálsamo preciado;
Sus conchas el Mar Rojo,
El mar que conquistaste con tu arrojo.
Yo empero, en quien el ánimo y fortuna
Parejas corren por desgracia mia,
Que no soy poseedor de cosa alguna,
Exceptuando la dulce melodía:
Si buscar me propongo una fineza
Del agrado de un rey y Señor tanto,

(1) In dedicatione librorum cantûs organici.

¿Qué pudiera ofrecerle en mi pobreza?
¿Qué otra cosa, á excepcion del dulce canto?
Á tanta Majestad corta es la ofrenda:
Lo veo, gran Señor, mas generoso
Dignaos aceptar la única prenda
Que poseo, mi canto melodioso.

Rex pie, præclaro qui ducis stemmate nomen,
Numina cui votis dant potiora tuis:
Namque tibi ante annos, et magni fata parentis,
Jam regni cingit pulchra corona caput:
Indus ebur nitidum, Casius tibi balsama, conchas
Quam vincis, Rubri porrigit unda maris.
Ast ego, cui tenuis fortuna, animusque pusillus
Contigit, atque boni nîl, nisi dulce melos;
Si cupiam regi tanto dominoque placere,
Quid potius donem? quid nisi dulce melos?
Accipe, rex, igitur modulatum, maxime, munus
(Quis neget?) exiguum; quod queo dono tamen.

XI.

Á MARCO RODERIO PUEBLA.

Ó *Marco,* del Dios *Clario*
Alumno como pocos distinguido;
Tú que con plectro vario
En cultivar te afanas
El dulce trato de las nueve hermanas:

Tú, *Marco,* á quien da *Apolo*
Trepar al Pindo, y del laurel sagrado,
Que al mérito honra sólo,
Tejer cabe su falda
Para tu docta sien fresca guirnalda;
¿Por qué, preclaro vate,
Así rebajas tu potente númen
De tan rico quilate,
Y mi virtud ponderas
Alzándola del cielo á las esferas?
Magníficos loores
Tributas al estéril huertecillo
Que espinas da sin flores,
Sembrando á mano llena
Las jugosas semillas en la arena.
De un hecho fuí testigo,
Y voy á referírtele, no es chanza;
Escucha, caro amigo,
Escucha un corto rato,
Será breve y sencillo mi relato.
Incauta y sin consejo
Dejó olvidadas *Memis* cierto dia
Las blondas y el espejo,
Y el velo trasparente
Y las trenzas, adorno de su frente.
La imitadora mona,
Que adobarse la viera en su retrete,
Corrió allá juguetona,
Y el espejo liviano
Arrebata con una y otra mano.

Adapta con presteza
Una preciosa cófia á la mezquina
Y desigual cabeza,
Colgando desgreñadas
De su frente las trenzas perfumadas.
Despues su rostro pinta,
Y una sarta de perlas prende al cuello
Sujeta de una cinta:
¿Te reis del capricho?
Pues todo eso y aun más hace aquel bicho.
Mas ved que el ama llega,
Y sorprende á la bestia ataviada;
La cólera la ciega,
Se exalta y desazona,
Y da de palos á la culta mona.
Su negra desventura
Me enseña á huir, o *Marco*, los elogios
Del mundo con cordura,
Que hacer reir no intento,
Semejante á la mona de mi cuento.
Si la gloria prestada
Su digno poseedor reclama un dia,
Me quedaré sin nada,
Sin nada, caro amigo,
Y entónces ¡ay! ¡cuán justo mi castigo!
Asunto digno ofrece
Leon á tus encomios, *Marco* mio,
Él sí que los merece,
Él, cuya docta lira
El orbe entero con razon admira.

Dotóle ricamente
De númen celestial, de alma inspirada,
El alto Omnipotente,
Y de esperanza lleno,
De *Febo* y *Palas* se arrulló en el seno.
Ante él queda vencido
Proteo, no lo dudes, cuando escribe,
Regalo del oido,
La dulcísima prosa,
Do campea su lengua melodiosa.
Ó bien, cuando á su turno
La sublime Melpómene le inspira,
Calzándose el coturno;
Ó cuando tierno canta,
Templando su laud la Musa santa.
Ó bien cuando elocuente
Con los hijos de Grecia conversando,
Se inflama de repente,
Y la moral severa
De Platon y Aristóteles pondera.
Mas ya de ti hablar debo,
Cuya cítara de oro (no es lisonja)
Regalo del gran Febo,
Con sus dulces sonidos
Suspende y arrebata mis sentidos.
Con su potente vara
Ya no me admira, nó, prudente Ulises,
Que Circe trasformara,
Á trueque de perderos
Á ti y á tus antiguos compañeros.

¿Por qué ha de sorprenderte
Que á un hombre y otro hombre convirtieran
En pedernal inerte
Los ojos de Medusa,
Segun la tradicion de nuestra Musa?
Hacer puede otro tanto
Tu númen celestial: lo he conocido
Al remedar tu canto,
Que al del Traciano imita:
Hoy la fábula antigua se acredita.

Marce *dei* Clarii *non ultima cura, sororum*
Qui musâ lustras dulcesonante choros;
Cui licuit Phœbi sacras decerpere laurus,
Et capiti sertum composuisse tuo:
Quid perdis, vates, prælustria carmina? nostrum
Dum laudas nomen semper ad astra vehis?
Grandibus exiguum decantas laudibus hortum,
Pinguia et aridula semina fundis humo.
Vidi ego (ne credas nugas me texere aniles,
Non parient lentas carmina nostra moras),
Quum Memis *virgo speculum, malè provida, vestes,*
Et tegmen capitis linqueret atque comas;
Protinus humani sectatrix simia facti
Advolat, et speculum versat utrâque manu.
Nectitur et capiti pretiosa calcantica parvo,
Et malè compositas aptat habere comas.
Et faciem fucat: cingit redimicula collo;
Quid rides? fecit, plurima namque facit.
Ecce furens domina ornatam capit: aspera multa

Verbera (crede mihi) simia culta tulit.
Tot laudes simili compulsus imagine mitto,
Ne moveam lepidos simia culta jocos.
Nam veniat timeo laudum possessor earum,
Quodque suum est repetat: plurima plectar ego.
Talibus atque aliis cantandus laudibus esset
Quo melior nullus vivit in orbe Leo:
Cui mentem Omnipotens inspirat Conditor altam,
Pallas, Apollo *suo quem docuere sinu.*
Hic (merito dicas) superavit Prothea, *seu cùm*
Liber sermonem protulit ore pede;
Carmine seu tragico contexat digna cothurno;
Pectore sive sacro Musa Pelasga sonet:
Illius aut narret præsens facundia quicquid
Magnus Aristóteles *disserit atque* Plato.
Ad te sed redeo, cujus (non blandior) omnes
Valdé hebetat sensus splendida Musa meos,
Quid jam miremur mutatos verbere virgæ
Circeœ *socios, provide* Ullysse, *tuos?*
In silices versos non credam lumine multos
Esse Meduscœo, *quod pia Musa canit?*
Hoc tua Musa potest: sensi, dùm scribere conor.
Nec sinit, accipiat fabula prisca fidem.

XII.

ELOGIO DEL ILUSTRE ALFONSO FONSECA.

Los bronces y peñascos pulveriza
Con sus manos decrépitas el tiempo,
Y todo se conmueve por do pasa,
Y todo lo deshace con su aliento;
Mas su saña no alcanza á los Fonsecas,
Que herir no puede á los sublimes génios.
¡La guadaña deten, viejo inflexible,
Aquí termina tu poder inmenso!
Cantemos, pues, á Alfonso de Fonseca,
Merecidos elogios tributemos
Al ilustre Prelado á cuyo influjo
La virtud y la honra florecieron.
Si algun mortal con su inocente vida
Gloriosos triunfos adquirió en el suelo,
Alfonso, Alfonso fué: la envidia en vano
Morder pretenderia al varon recto.
En tanto que á la docta Salamanca
Se vea al padre Tormes ir corriendo,
Y los campos que baña silencioso
Alegre y fecundice con su riego,
Cantarán sin cesar tus compatriotas
Tu gloria y tu virtud con noble afecto,
Levita generoso, fiel Ministro,
Cuyo espíritu habita ya en el Cielo.

Saxa quatit, ferrumque terit longœva vetustas,
Et simili cunctos falce superba metit.
At non Fonsecas, sublimia numina, lœdet:
Hîc tibi nîl juris, assere, longa dies.
Alphonsum meritâ Fonsecam laude canamus,
Prœsule quo virtus floruit atque decus.
Nam si quis grandem meruit virtute triumphum,
Hic vir, hic est: livor nîl habet hîc quod edat.
Nam dum Tormis aquas docti Salmantica mater,
Quœque rigat tacitè dulcia prata bibent.
Has tibi cantabunt laudes, divine sacerdos,
Usque tui, cujus spiritus astra petit. (1)

XIII.

Á LA MUERTE DEL EMPERADOR CÁRLOS V.

En la mísera ruina de la España
Y de la tierra toda, cuando sólo
Tristeza y luto los piadosos pueblos
Veian en redor; con faz que anima
Insólita expresion de gozo altivo,
Fiera llama á las hijas de la Noche
La horrible Atrópos, que implacable turba
El curso de los ástros con su frente:
Atrópos, cuya mano descarnada
Del destino y salud de los humanos

(1) Esta poesía fué traducida al latin por el *Brocense*, de otra que él mismo compuso en griego en alabanza del Arzobispo Fonseca.

Á su arbitrio dispone. Y con orgullo
Á sus hermanas dice: «Vuelva al pecho
La perdida quietud, saltad de gozo:
Acabo de asestar un rudo golpe.
Inquieta me traia el grande Cárlos,
Esperanza del mundo: en él de Cristo
Tranquilos confiaban los secuaces.
¡Ay! cuánto yo temia que impotentes
Á derribarle fueran los que vibra
Nuestra mano feroz dardos sangrientos!
¡Y humillada por él ver esta rabia,
Que al grande Hector, que al indomable Aquiles
Rindió furiosa, que enfrenó potente
Al héroe tebano, honor de Alcmena,
Terror de las batallas! Á mis golpes
Cayó el rey macedon asaeteado,
El rayo de la guerra, el jóven hijo
Del padre de los dioses: por mi furia
Cayó el viejo *Nestor*, cayó el rey sábio,
Que á *Nestor* en prudencia aventajara.
Orgullosa yo estaba y engreida
Con tanta y tanta muerte: ni la fuerza
Se libró de mis ódios, ni la astucia.
¡Ay, cuán triste, ganados tales triunfos,
Seria ceder hoy! cuán vergonzoso
Renunciar al pasado poderío!
Alzarse ví en el mundo un nuevo César;
El grande Cárlos Quinto, cuyo nombre
Temido estremecer hace á los manes
De los antiguos héroes. No llega

La bravura de *Hector* á su bravura,
Ni el campeon de Larisa con él puede
En competencia entrar, ni de *Peleo*
Los nobles hijos, ni *Hércules* osara
Luchar con él en desigual combate.
Su virtud, su prudencia, desde niño
Le hicieron viejo ser, próvido y cauto,
Temí ¿por qué negarlo? que invencible
Por raro privilegio Cárlos fuera:
Un dios, no ya un mortal me parecia.
De la tierra, del mar á los peligros
Cuidosa le arrojé: pero del Ponto,
De la tierra, doquier mil casos tristes
Incólume arrostró. Con el rey Galo
Del Tesin á las márgenes un dia
Le forcé á combatir; ambos guerreros
Fulminaron al frente de sus haces:
Mas ¡ay! que de improviso desordena
Las huestes enemigas, y los carros
Quebranta de los héroes; y tinto
De sangre generosa el mudo suelo,
Al caudillo francés ¡trofeo insigne!
El hispano adalid vence y cautiva.
Á las costas marítimas volando
Corrió tras la victoria, y al rebelde
Germano sujetó, del mundo afrenta.
Deshace á los Menapios, y á los fieros
Queruscos domeñando, sus cohortes
Á Sebaste y Juliers lleva triunfantes.
Para qué recordaros la matanza

Que del Líbico mar las claras ondas
Un dia enrojeció? ¿á qué del Turco
La derrota decir, y del soberbio
Danubio el paso audaz? Apenas viera
De frente al enemigo, ya á su carro
Uncido le tenia. Congojosa,
Del ínclito español al ver los triunfos,
¡Cuánta hiel destiló, cuánta mi pecho!
Lo que voy á deciros, mis hermanas,
Se acerca á lo increible, sobrepuja
Los hechos más heróicos. Ese hombre
De propia voluntad huye del mundo,
Huye, y renuncia el codiciado cetro.
Y así como su cielo donó *Atlante*
Al poderoso *Alcides*, así *Cárlos*
El imperio á su hermano, á ti, Felipe,
El reino abandonó. Pero el que invicto
Dominaba la tierra, al fin sucumbe:
Ya pasó de la muerte los umbrales,
Y habita en las regiones eternales».

In misera Hispanæ gentis mundique ruina,
Cùmque piis populis nil nisi triste foret,
Nocte satas vultu compellat dira sorores
Atropos insolito, lætaque verba refert:
Atropos immiti disturbans sidera fronte.
In manibus vitam, fataque nostra gerens.
Maxima res effecta mihi, exultate, sorores,
Altaque jam subeat pectora nostra quies.
Urgebat me ingens Charlus spes inclyta mundi,

Et qui, Christe, tuis grande juvamen erat.
Quàm timui ne nostra truci contorta jacerent
Tela manu, et rabies ne mihi cassa foret!
Hectora quæ fortem, quæ magnum stravit Achillem,
Herculeasque graves in fera bella manus.
Occubuit nostris juvenili ætate Sarissis
Rex Macedûm, belli fulmen, amorque Jovis,
Occubuit Nestor furiali victus ab arte,
Occubuit Salomon, Nestore callidior.
Hac me tantorum cernebam cæde superbam,
Cui pariter fortis cesserit atque sagax.
Heu, quàm triste cadit partis cecidisse triumphis
Nec servare suum tempus in omne decus!
Ecce novus Cæsar Charlus cognomine Quintus
Territat auspiciis nomina prisca suis:
Cui neque par Hector, neque Larissæus Achilles
Nec Pellæa domus, Herculeæve manus.
Quem virtus multa, et rerum prudentia canum
Ante pilos fecit, consiliumque dedit.
Hunc (fateor) solum non vinci posse putavi,
Nam neque mortalis, sed mihi Divus erat.
Objecique illum terræ Pontique periclis,
Cuncta pericla soli dispulit atque sali,
Commisique illum Ticini ad flumina Gallo
Cum rege, et validas junxit uterque acies.
Esseda sed multa cum strage repente videres
Fracta virûm; et captum, rara trophæa, ducem.
Cœruleam petit hinc gentem, populosque rebelles
Germanûm, mundi dedecus atque nefas.
Menapios fregitque viros, durosque Cheruscos

Augustamque gravem, Juliacumque ferox.
Quid repetam Libyæ, quas intulit æquore clades?
Et fusum Turcam? Dannubiique vada?
Vix hostem aspexit, jam vicerat: unde dolores
Pungebant atrâ pectora nostra lue.
Quodque magis mirum est, superatque ingentia facta,
Rejicit imperium, sceptra, trophæa, libens.
Utque Atlas Cœlum Alcide; sic ipse reliquit
Imperium fratri, regna, Philippe, tibi.
Invictusque diu, demisso corpore tandem,
Evolat ad superas summa per astra domos.

XIV.

UNA HEBREA EN EL ACTO DE IR Á DEVORAR Á SU PROPIO HIJO EN EL SITIO DE JERUSALEN.

Con fuerza igual en el dudoso pecho
El hambre y el amor están luchando
Poderosos los dos; y con despecho
Á su niño dirige sollozando,
Al paso que en mirarle se recrea
Estas tristes palabras una hebrea:
«En mal hora, en mal hora, desdichado,
Brotó en tu corazon vital aliento:
Hoy tu sangre y tu cuerpo delicado
Servirán á tu madre de alimento;
El mismo cuerpo y sangre, vida mia,
Que te diera esta mísera Judía.
Servirás al banquete abominable,

Por más que el mundo entero se horrorice;
¡Vuelve al seno materno, o miserable!
Y en la rabia hallarás de esta infelice
Tu sepulcro á la vez y tu verdugo
Que así al destino disponerlo plugo.»

Dum variæ in dubio rixantur pectore curæ,
Concurruntque pares hinc amor, inde fames,
Infelix Hebræa parens (miserabile) dixit
Infanti lachrymans tristia verba suo:
Heu! malè nate puer, reddes mihi sanguinis haustus,
Quæque tibi tribui, lactea membra dabis.
Fata jubent: genitrix (quamvis natura repugnet)
Ex me prognato corpori ero tumulus.

XV.

EPITAFIO PARA EL SEPULCRO DE SU PRIMERA MUJER.

Ana tuve por nombre; fuí querida
De mi adorado esposo sin medida.
No turbó nuestro amor agravio alguno;
Su espíritu y mi espíritu era uno.
Arrebató mi juventud la muerte,
Mis dias abrevió la Parca fiera
Que todo lo reduce á polvo inerte,
Y aliento con mi esposo en otra esfera.
Por mí vive en la tierra cual divino,
Por él cual el humano peregrino;
Sin dejar de vivir acá en el suelo,
Vivimos así juntos en el Cielo.

Anna fui charo nimium dilecta marito,
Queis amor illœsus, spiritus unus erat.
Me rapuit juvenem mors, quâ metit omnia falce,
Rumpere parca ferox: vivimus en iterum,
Ille deûm vitam per me; humanam ipse per illum:
Vivimus inque solo, vivimus inque polo.

XVI.

NATIVIDAD DEL SEÑOR.

Desde el sólio eternal, en donde reina,
Estaba el Padre Omnipotente viendo
Que á la muerte corrian los humanos
Y á las negras prisiones del averno.
Dolíase que el hombre, hechura suya,
Destinado en su orígen para el Cielo,
Esclavo de la culpa, por su patria
Cambiado hubiera de Satan el reino.
Movido á compasion, ordena que uno
De sus mil celestiales mensajeros
De la Vírgen Purísima, á quien ama
Penetre en el pacífico aposento.
«Quiero, dice, lavar el negro crímen
Del infeliz Adan: está resuelto.
Será de una doncella Palestina
Santuario de mi amor el casto seno,
Mediadora dichosa que la tierra
Reconcilie este dia con el Cielo.
Provocó una mujer mis justas iras,

Pues bien; otra mujer su error funesto
Deberá remediar.» Dice; y al punto
Su fiel ministro, remontando el vuelo,
Á la escogida Vírgen, sin tardanza
Las órdenes trasmite del Excelso.
Sobrecoje á la tímida doncella
El celestial mensaje; pero luégo
Que dócil y sumisa al bello arcángel
Mostró acatar el eternal decreto,
Del empíreo trono cual un rayo
Sobre ella vino soberano aliento.
Vital, potente, que de gozo inunda
De la madre feliz el casto pecho,
Mientras súbito abrasa sus entrañas
El amor inefable en que está ardiendo.
De nuestro Salvador reconocida,
Consagró la piedad al nacimiento
Este dia, que trajo al siervo mundo
De sus males antiguos el remedio.
Ven ya, ven á vivir con los humanos
Gigante niño, celestial renuevo,
Precioso don que los sagrados vates
Á la tierra en sus libros prometieron
Vivifica al mortal, y puros goces
Concédele en su mísero destierro.

Viderat humanas vectari in Tartara gentes
Inque necem duram summus ab arce Deus.
Dicatumque polo divina ab stirpe creatum
Præcipitari hominem regna per atra reum.

Continuò aligeris cœli de fratribus unum
Virginis intactæ mandat adire domum.
«Stat, ait, antiquos tandem miserescere casus,
Atque Protoplasti facta piare patris.
Casta Palæstinæ placuerunt viscera Nymphæ;
Hæc homines jungat non temerata Deo.
Namque fuit mulier tanti nova causa furoris,
Purgandi mulier causa furoris erit.»
Hæc mandata dabat fido portanda ministro;
Ille celer Nymphæ mitia dicta refert.
Illa ubi, sedatâ primâ formidine, tandem
Annuit Æterno velle parere Patri;
Continuò ruit ecce volans à parte serena
Aura potens cœli, purpureusque vigor.
Gaudia perfundunt castissima pectora matris,
Æthereusque poli viscera torret amor.
Iste dies magni Patris stat numine dictus,
Quo mundo jussa est alta redire salus.
Nascere, magne puer, cœli magnum incrementum,
Quam spondent vatum, pagina sacra, libri;
Antiquumque hominem pelle, et nova gaudia mundo
Largire. . . . . . (1)

---

(1) Esta pieza no fué continuada por el autor, y desgraciadamente quedó sin concluir.

XVII.

LA JUVENTUD.

ELEGÍA.

En el frágil apoyo de una caña
¿Por qué descansas, infeliz? ¿no adviertes,
El peligro en que estás, y que la vida
Un mal paso que dés, costarte puede?
No fies, nó, en la juventud, que corre
Más ligera y fugaz que el soplo leve
Del Noto volador, más invisible
Que el Euro desatado: la corriente
Del Ebro caudaloso no resbala
Tan rápida como ella, nó, ni hiere
Tan pronto al blanco la veloz saeta
Del Parto belicoso. ¡Qué imprudente!
¿En la niebla maligna, jóven Ocno,
Así ciego confias? ¡Ay! más breve
Se desliza tu edad que la liviana
Sombra del ave que los aires hiende.
Imágen triste de la flor del campo
Que, apenas nace, se marchita y muere;
Columna de humo que arrebata el viento
Y en la region etérea se pierde;
Callada brisa que volando pasa.....
¡Tal es la juventud, así perece!

Dic mihi, quid fragili, infelix innitere cannarum
Trunco? ut pereas? et recidente labores?
Fidisque juventuti malè sane fugaciori
Movilibus flatibus atque Notorum pennis
Leviori? quæque volucrior Euro est.
Labilior liquido (quas habet Hebrus) aquarum
Gressu: jaculo, Partho mittente, sagittarum
Velocior. Heu! quid, puer Ocne, malignæ
Nebulæ fidis? tenui falacior alitis
Sublatæ umbra est. Flos velut illa virescit.
Densus tenues rapitur ceu fumus in ultimas
Auras; ætas ut levis aura perit.

XVIII.

Á D. JUAN Y Á SU HERMANO D. LORENZO.

Salud, o docto niño,
Que á cultivar comienzas
El trato de las musas
Que tanto de ti esperan:
De *Homero* y de *Virgilio*
Con la armoniosa lengua,
Feliz ingénio, añades
Nobleza á tu nobleza.
Beber ya de *Helicona*
La sacra fuente anhelas,
Do hermosas las Tespiadas
Se bañan y las Pierias.

Serás con tal principio
Un dia gran poeta,
Del suelo hispano gloria
Si Febo te conserva.
Seguid, dignos hermanos,
Seguid la noble senda,
Rivales de los hijos
Que al Cielo llevó *Leda*.
Leon, el gran Maestro,
Con su profunda ciencia,
Leon, segundo *Apolo*
Vuestro modelo sea.

Salve, docte puer, Musarum maxima cura,
Quas fulcire paras dexteritate bonâ:
Exerces facilé, immiscens græca latinis,
Ingenium, decori stirpitis adde decus.
Nunc verò, ne intactum divinum Helycona relinquas,
Pieridum fontes Thespiadumque bibis.
Incipe feliciter, doctis numerande poeta,
Vivendo nobis candida sæcla dabis.
Nunc sacrâ properate viâ, duo sydera, fratres,
Sydera Ledæis æmula syderibus.
Sit speculum vobis doctissimus usque magister,
Sit speculum vobis, alter Apollo, Leo.

XIX.

ENIGMA. (1)

Sin mí no existen las tres,
Antes que yo las tres fueron,
Y aunque ellas de mí nacieron,
Yo nací de ellas despues.
Las tres mis hermanas son,
Pero yo las engendré,
Y en mí cada hermana ve
Hija y madre en conclusion.

Tres sine me nusquam, me tres tamen ante fuerunt:
Sum tribus ipsa prior, posteriorque tribus.
Hæ mihi germanæ, genui tamen hasce sorores,
Quæque mihi soror, est nata parensque simul.

XX.

ENIGMA. (2)

Son tres, y no son tres,
Son dos, y no son dos;
Se excluyen entre sí,
Mas no se excluyen, nó;
Perecen, pero en ellas
No cabe destruccion.

(1) Ænigma de fine in quatuor causis.
(2) Ex 2 Metaph. Materia, Forma, Privatio.

Sunt tria, nec tria sunt: duo sunt, nec sunt duo: pugnant,
Nec pugnant: pereunt, non tamen hæc pereunt.

XXI.

ENIGMA. (1)

Si nuevas cantidades
Á un cuerpo le aproximas
Acrece; y al contrario,
Se amengua si las quitas.
Mas sé que cierto objeto,
Por una ley distinta,
Quitándole, se aumenta,
Y dándole se achica.
¿En dónde sucede eso?
Discurre á ver si atinas.

Adjicias reliquis, crescent majora: sed îsdem
Detrahe, decrescunt facta minora tibi.
Ast aliquid novi, quod, quamtum substrahis auges,
Quamtum addis, minuis: dic, age, quale putes.

XXII.

HIMNO.

Leon rica y dichosa,
A quien Gémina un tiempo apellidaron,

(1) De foramine.

¡Cuánta piedra preciosa,
Cuánta flor sin mancilla, cuánta rosa
Tu corona de vírgen hermosearon!
Tú guardas de *Marcelo*
Tu hijo la mandíbula sagrada:
Loor al alto Cielo,
Que del santo varon ¡dulce consuelo!
Te donó la reliquia venerada.
De aquí salió el brillante
Doctor que de la España fué el ornato,
Sin par ni semejante,
Isidoro, del mundo luz radiante,
Y el divino *Froilan* á ti tan grato.
Sabina con *Vicente*,
Hermanos de *Cristeta*, aquí habitaron,
Y el coro refulgente
De mártires que, llenos de fé ardiente,
Con *Úrsula* su sangre derramaron.
Aquí *Tirso* reposa
Y aquel otro *Vicente* que regia
La casa generosa
Del gran *Claudio*, y la turba numerosa
Que esta Iglesia además venera pia.
De vírgenes, doctores
Y mártires, ¡o ejército glorioso!
Sed nuestros protectores,
Y haced que del Eterno los loores
Cantar logremos en feliz reposo.
Amen.

Dis et beata Legio, (1)
Vocata quondam Gemina,
Scatent rosarum flosculis
Et floribus gemmantibus.
Præconis hîc servas sacri
Mandibulam recentulam,
Marcellus hîc et pignora
Superna regna concinnant.
Hinc doctor ille fulgidus
Illustrat has Hispanias,
Ille Isidorus, lux soli,
Cum Froila sanctissimo.
Hîc virginum splendet chorus,
Sabina Christetæ soror,
Cum fratre Vincente suo
Cumque Ursulæ sodalibus.
Hîc Thyrsus et Vincentius,
Qui Claudii rexit domum,
Et plurimi qui nos latent,
Quos servat hæc sacra domus.
O turba felix martyrum,
Et Virginum pulcher chorus,
Itemque doctorum decus,
Servate nos Altissimo.
Amen.

---

(1) El Breviario Romano del Cardenal *Francisco de Quiñones*, formado por órden de *Clemente* VII, de las historias más autorizadas, pone en el 29 de Octubre la leccion de San Marcelo, que comienza: *Marcellus natione Hispanus, patria Legionensis.* (Esp. Sagr., tom. 34, p. 337.) ¿Serian compuestos por el *Brocense* estos himnos para el mencionado Breviario?

XXIII.

HIMNO.

De flores hoy tu sien corona hermosa
Ciña ¡o Leon!; cual Roma ves triunfante
Cómo vierten su sangre generosa
Los mártires que al tajo fulminante
Del bárbaro invasor con santo anhelo
Rinden la vida por ganar el Cielo.
¡Marcelo, *Nomia*, esposos fortunados!
Ambos hoy por camino diferente
Volásteis del Empíreo á los techados,
Recibiendo del Padre Omnipotente
El premio reservado á la victoria
En los altos asientos de la gloria.
No hay bien, no hay bien completo en esta vida:
La cepa de racimos agobiada,
Que con larga cosecha nos convida,
La esperanza tal vez deja burlada,
Perdiendo su vigor en el estío
Al soplo abrasador del Noto impío.
Adan, el primer hombre, por fortuna,
Crió sus hijos con virtuoso celo,
Hijos que honraron á la patria cuna
Y á los suyos sirvieron de modelo;
Pero tuvo un *Cain* que degenera,
Y afrenta vil á la familia entera.

Noé, que la proscripta raza humana
Salvó dentro del arca misteriosa,
Exprime de la vid la dulce grana,
Y un hijo sin piedad insultarle osa:
De doce alumnos *Cristo* se rodea,
Y uno de ellos sacrílego flaquea.
Mas ¡ay! doce hijos, doce al gran *Marcelo*
Su esposa *Nomia* regaló. ¡O ventura!
¡O gloria sin igual! Doce del Cielo
Dichosos hora gozan la luz pura
Más que todos los soles esplendente,
Alabando al Señor eternamente.

Exorna, Legio, tempora floribus
(Qualis Roma) potens sanguine martyrum,
Quos cœlo rugiens framea barbari
Victores ducis intulit.
Felices vario nomine conjuges,
Marcelle et Nomia; ultima munera
Tulistis, meritis æthera lucidum
Excelsis tribuit Deus.
Ex omni esse ratum parte solet nihil:
Vitis sæpe gravi fundere pampino
Suetæ Nyctilei munera claudicant
Arenti malè surculo.
Princeps ille parens progeniem bonam
Postnatis dedit, et germina lucida,
Unus degenerans nomine Cainus,
Natorum decus inquinat.
Arcam qui miseris gentibus apparat,

Infesto miserè germine luditur,
Bissenos Dominus discipulos legit,
Unus sed fuit impius.
Bissenos peperit Nomia conjugi
Bissenos decorant (o decus integrum!)
Cœli stelligeri sydera fulgida,
Per sæculum sine tempore.

FIN.

ÍNDICE.

	Páginas.
Dedicatoria	V
Prólogo	VII
Á X	1
La Vida humana	2
El Sol	6
La Esperanza	9
La Mariposa	13
El Vicio	14
El Mendigo	15
Amor constante	19
La Danza de la aldea	22
Amor patrio	28
Epigramas	33
Á Fr. Luis de Leon	44
El Amor, la Virtud y el Deber	48
Idilio	50
Diálogo á bordo	52
Al Excmo. Sr. D. Fernando Álvarez	58
La Fuente de Puras	59
Á D. Agustin Jubera	63
La Virtud	64
La Vida futura	65
Á la Naturaleza	71
La Guerra civil	72
Á D. Gumersindo Laverde	76
Á mi querida hija Dominica	77
La Luna	79
Elegía	83
El Mes de María	87
Á un descreido	93
Á mi querida hija Casilda	94
El Mar	96

Páginas.

La Vida rural. 100
Compensacion 104
Anacreóntica 105
Los Árboles parlantes: Fábula 108
La Salve 111
El Laurel y el Torrente: Fábula. 112
La Rosa y la Abeja: Fábula 115
La Gata y la Golondrina: Fábula. 117
Cuentos de color de rosa 119
La Huerfanita. 124
Á Teófila 128
El Monasterio de San Vitóres. 129
Filis y Lisandro 133
Un Clavel 135
La Caridad. 139
La Avaricia. 144
El Suicida. 147
Cielo con nubes 151
La Campana 155
La Espigadora 159
La muerte es la vida 164
Un Cuento que no es cuento 167
Á Concha, en su álbum. 173
Á D. 175
Colon. 176
Dulce consuelo 182
El Sereno 185
Á la vista del puerto. 190
El Monasterio de Ízaro. 193
Una Rosa 198
La Primavera. 202
Al mismo asunto. 207
El Hombre. 210
Una monada 215
Movimiento contínuo 217
Fidelidad 221
Contrastes. 224
El Avaro 227
Cabos sueltos. 228
Ilusion desvanecida. 230
Humana miseria. 234

7

Páginas.

Á Julia: Cuento 237
La Paz 247
El globo terrestre. 252
El Roble del Ahorcado: Leyenda. 257
Á Délia. 280
Alfonso VII: Romance 281
Á España, con motivo de la toma de Tetuan. . . . 330
Aparicion de la Santísima Vírgen á Santiago: Leyenda. 349
Apéndice.—Eneida: Libro I. 387
Libro II. 445
Poesías del Brocense: Aracnéa 499
Á Leon. 500
Indulta Maximiliano á un reo. 502
Elogio de la música. 503
Orfeo. 503
Invocacion al Espíritu Santo al comenzar el estudio. . 505
Á D. Juan Laso 507
Salutacion á Jacobo Tapia y Aldama. 510
Túmulo: Diálogo entre el Génio de los sepulcros y un viajero 511
Á Maximiliano, rey de Bohemia. 513
Á Marco Roderio Puebla 514
Elogio del Ilustre Alfonso Fonseca 520
Á la muerte del emperador Cárlos V 521
Una hebrea en el acto de ir á devorar á su propio hijo en el sitio de Jerusalem. 526
Epitafio para el sepulcro de su primera mujer. . . . 527
Natividad del Señor. 528
La Juventud 531
Á D. Juan y á su hermano D. Lorenzo. 532
Enigma. 534
Enigma. 534
Enigma. 535
Himno. 535
Himno. 538

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

GRAMÁTICA HISPANO-LATINA. TEÓRICO-PRÁCTICA. Décima-cuarta edicion. Un tomo elegantemente encuadernado á la holandesa fina, 17 rs. en Madrid, 19 en provincias. Este libro, escrito con claridad y sencillez, y fundado en los buenos principios de la filosofía del lenguaje, ha sido adoptado desde su aparicion para la enseñanza en casi todos los establecimientos de la Península y en nuestras posesiones de Ultramar.

CURSO PRÁCTICO DE LATINIDAD. Octava edicion. Un tomo en 4.° encuadernado á la holandesa fina, 28 rs. en Madrid, 30 en provincias. Esta obra acogida igualmente con grande aplauso en los establecimientos públicos de enseñanza, dentro y fuera del reino, comprende trozos selectos y cuidadosamente escogidos de los autores más puros y elegantes en prosa y verso, presentados en una gradacion oportuna para que los niños vayan pasando insensiblemente y sin angustia de lo fácil á lo difícil, con gran riqueza de comentarios y anotaciones, que forman en conjunto un gran caudal de doctrina, para la inteligencia de los pasajes oscuros y conocimiento de la índole del idioma.

GRAMÁTICA CASTELLANA COMPARADA Á LA LATINA, para estudiar simultáneamente y con fruto los dos idiomas. Octava edicion. Un tomito en 4.° rústica: 6 rs. en Madrid y provincias.

EXPOSICION GRAMATICAL, CRÍTICA, FILOSÓFICA Y RAZONADA DE LA EPÍSTOLA DE Q. HORACIO FLACO Á LOS PISONES SOBRE EL ARTE POÉTICA Y TRADUCCION DE LA MISMA EN VERSO CASTELLANO. Un tomito en 4.° de 130 páginas, tercera edicion, impresion compacta, correcta y elegante, encuadernado á la holandesa fina, 7 rs. en Madrid y 8 en provincias.

ELEMENTOS DE MITOLOGÍA, RITOS Y COSTUMBRES DE LOS ANTIGUOS ROMANOS Y NOCIONES ELEMENTALES DE RETÓRICA Y POÉTICA PARA USO DE LOS CURSANTES DE TERCER AÑO DE LATIN. Tercera edicion. Un tomito en 4.°, impresion clara y correcta: 5 rs. en Madrid y provincias.

CURSO ELEMENTAL TEÓRICO-PRÁCTICO DE RETÓRICA Y POÉTICA, acomodado á la índole de los estudios de la segunda enseñanza. Cuarta edicion. Un tomo en 4.° holandesa fina: 18 rs. en Madrid y 19 en provincias.

NUEVO DICCIONARIO LATINO-ESPAÑOL ETIMOLÓGICO, acompañado de un tratado de sinónimos y seguido de un Vocabulario español-latino. Cuarta edicion, corregida. Un tomo grueso de 1400 páginas, impresion compacta, nítida, correcta y elegante, á tres columnas, encuadernado en buena pasta: 64 rs. en Madrid.

GRAMÁTICA ELEMENTAL DE LA LENGUA CASTELLANA, para uso de los niños que concurren á las escuelas de instruccion primaria, dispuesta bajo un método fácil y sencillo; rústica 2 y 1/2 rs.

FÁBULAS MORALES, escritas en variedad de metros. Un tomo en 8.°, 8 reales.

La misma obra, edicion económica para las Escuelas, 4 rs. en holandesa.

Todas estas obras se venden en Madrid, casa de D. Agustin Jubera, calle de la Bola, núm. 3, segundo, á quien pueden hacer sus pedidos los que deseen adquirirlas.